This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

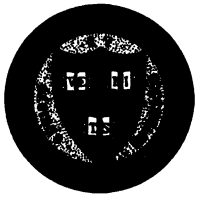
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

ENCUADERNACION
DE
CELSO JARA
Calle de Zuleta Nº 15.
MÉXICO.

W. ... AKE,
OLD BO... CIALIST,
16 D... mbre 13
MEX... , MEX.

SAL 1722.4.3

Harvard College Library



FROM THE

SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The income is to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

R.

6479

UNA ROSA Y UN HARAPO

UNA ROSA Y UN HARAPO

NOVELA ORIGINAL

ESCRITA

POR JOSÉ MARÍA RAMIREZ

Antiguo Alumno del Colegio de San Ildefonso.

IMP. DE F. DIAZ DE LEON Y SANTIAGO WHITE, EDITORES

Bajos de San Agustin número 1.

1868

SAL1722.4.3

HARVARD COLLEGE
APR 24 1916
LIBRARY.

Sales fund

Asegurada la propiedad de esta novela, nadie podrá reimprimirla
sin consentimiento de los Editores.

Á MIS QUERIDOS AMIGOS

EL DISTINGUIDO CORONEL

ANASTASIO ARANDA

Y LA SEÑORA

MANUELA CUELLAR DE ARANDA

José María Ramírez

México, Marzo 20 de 1868.

CAPÍTULO I.

UN HOMBRE CUALQUIERA.

I.

Supuesto que la vida es un sueño, como dice Calderon, preciso es que los ensueños no sean del todo desagradables.

El mundo está caduco y gastado.

Si fuera posible verlo desde un punto dado, en el vacío, se le veria como una gran cabeza de viejo, llena de canas y de rugas.

En su mejor edad, tuvo el mundo sueños de *rosa*.

Hoy los tiene de *oro*.

Se calienta á la luz del sol naciente, con la egoista voluptuosidad de un anciano que sale por las mañanas al calor, para desentumecer sus miembros, mientras sueña con las flores de su pasado, y con los raudales de oro ardiente que lo vivifican.

Mientras revive, apenas osa pensar en «mañana.»

«Mañana,» es la proyeccion negra en el vacío, de la figura redonda del mundo. Es el gran punto final de todas las cosas.

Es el punto y aparte entre esos dos grandes párrafos escritos en lenguaje misterioso, y que se llaman el presente y el porvenir.

«Hoy» es un pedestal en donde se levanta un gigante de sombras.

Ese gigante es «mañana».....

¡Ateneos al pedestal, y subid con tiento!.....

II.

Hay soñadores particulares: ambiciosos que quieren abarcarlo todo dentro del raquítico hemisferio de su cráneo. El cráneo estalla, y todo vuela y se evapora en el vacío.

Una vez el destino dijo á Napoleon:

—¿Qué quieres?

—«El mundo, por pronta providencia—y despues veremos» —contestó Bonaparte:—y el obelisco de sus sueños, pesando demasiado hácia Waterloo, cayó hecho pedazos.

Los sueños y las realidades deben estar en equilibrio, ó tendrá que desplomarse lo que prepondere.

No parece sino que el mundo y la sociedad suelen encelarse del cielo, y reclaman del hombre *todo*, ó todo se lo abandonan.

«¿Angeles, ó dinero?» pregunta al hombre su destino; y mientras él delibera colocado dentro de tal alternativa, la sociedad sigue dando vueltas, ocupada *en sus negocios* y sin hacerle caso.

—«¿Qué sucede?»—le pregunta dos ó tres veces;—y si el rey de la creacion no se resuelve pronto, el mundo lo abandona, dejándolo pasar á su categoría de nube.

Se despide de él, y lo relega al torbellino de sueños y sombras de la imaginacion. Lo deja en medio de un laberinto de ideas vagas é incoherentes. Lo rodea de los diáfanos crespones

de la altura. Lo tacha de entre los guarismos de la humanidad, y le abre para siempre las puertas de lo ideal, de lo etéreo.....

Entonces puede el hombre decir que «su reino no es de este mundo;» pero tampoco el mundo le pertenece. Es un tránsfuga de los hijos de Adan, abdica de gran parte de sus *dominios* como rey de la creacion, y negándose todos sus derechos y todos sus deberes en la vida real, se hace registrar en el catálogo sombrío de los hijos de lo desconocido, y solo deja entre la sociedad una parodia de viviente y un «ánima vili» en busca del ataud.....

¿Es esto un bien, ó es un mal?

Son el bien y el mal dos cubos, cuyos lados tienen diferente colorido. Todo en ellos es relativo, aunque fatal.

Haced del acaso un cubilete, y tirad.....

III.

Se acercaba el invierno del año 18.....

Los luceros temblaban de noche como un millon de miradas del cielo, atentas á lo que pasa en el mundo.

Los árboles, desnudos de hojas, se estremecian como tiritando de frio.

Hasta las nubes, de un blanco denso y mate, volaban cual apretados témpanos de hielo lanzados en la atmósfera para fundirse en ella y enfriarla.

Hacia frio, mucho frio en todas partes. Ese frio seco y airoso de Noviembre, de ese puñado de treinta dias, que parece consagrado exclusivamente á los recuerdos de la muerte y de la tumba, ese mes que bien pudiera llamarse la quinta estacion, en la que como unas flores pálidas y tristes, la imaginacion abre los recuerdos de los que fueron.....

Puede, en tal sentido decirse, que el invierno de los vivos es la primavera de los muertos.

Hasta el hermoso y variado espectáculo que presenta siempre el cielo de México, se cambia durante esos dias.

Flotan por el espacio nubarrones blancos y oscuros, semejantes á grandes sudarios.

Parece que las nubes, pesadas y amarillentas, envuelven cadáveres.

Hay en todo cierta húmeda lobreguez que recuerda el sepulcro.

El viento arranca las flores, y el recuerdo va á depositarlas sobre las tumbas de los séres que nos fueron queridos.

En esa temporada, parece que hasta el amor pide prestadas á la muerte sus manos frias para hacer caricias.

El viento adquiere la entonacion del gemido, y los céfiros, al soplar, parodian suspiros de melancolía.

Las poéticas rosas y los claveles de púrpura se encorvan inclinando su cabeza hácia el suelo, como si quisieran negar sus perfumes y sus colores á los que viven, y buscaran para dárselos á ese mundo inmóbil que yace debajo de la tierra, á esa muchedumbre infinita y callada de los que fueron, que de espaldas y descansando sus formas descarnadas, pulidas y blancas como el marfil, parece que reclama algo de parte del mundo que aun vive. Parece que esa humanidad cadáver, dilata sus órbitas y sus fosas nasales, pretendiendo disfrutar todavía de los matices y de los perfumes de las flores de los jardines.....

IV.

Al acercarse el fin del año, parece que la letra de todas las armonías es el *requiem æternam*, y que las luces mas bellas solo se han encendido para alumbrar facciones muertas.

La luna de Noviembre *chispea* como un gran cirio funeral. Los vapores condensados le forman guirnaldas y crespones de luto, y hay algo de lágrimas de plata sobre paño mortuorio, cuando brotan las estrellas en el cielo.

La naturaleza asiste al oficio de su propio cuerpo presente. Los árboles sacuden suspirando un llanto de hojas secas, y las aves pueblan los ámbitos de notas semejantes á las de una orquesta fúnebre. Lo desconocido, lo lóbrego y lo pavoroso, se abren como un templo de noche para celebrar no sé qué exequias.

El año que languidece, se ayuda á bien morir en Noviembre, la naturaleza le enciende velas amarillas y murmura á su lado rumores siniestros y frases indescriptibles.

El invierno sobre la naturaleza, el frio y la nieve de Noviembre y Diciembre, son la sábana tendida encima del cadáver, sobre la cual la próxima primavera, jóven, risueña, exuberante y fresca, se acerca á derramar todos sus tesoros de rosas y hojas verdes, y todo el inmenso acopio de aroma y calor que trae en las álas de su atmósfera de oro.....

Tal es Noviembre, esa breve chochera del año, ese enfriamiento de un período del tiempo, ese ocaso de la vida de un puñado de nuestros dias.....

V.

Pero tambien las almas tienen su Noviembre. Tambien cae sobre el espíritu esa lluvia de nieve y hojas muertas, y vuelan dentro de nosotros mismos ciertas ráfagas glaciales que arrancan nuestras últimas flores y soplan sobre nuestras postreras nubes de rosa y gualda.

¡Pluguiese al cielo que las estaciones de la vida guardasen siempre las proporciones de las del tiempo, y que una siniés-

tra precocidad, resultado de la saña de nuestro destino, no viniera mil veces á enlazar dentro de nosotros mismos, los festones verdes y purpúreos de la primavera, con los hilos de nieve del invierno!.....

¡Cuántas veces sucede, al pretender seguir la serie de amenas praderas que nuestros ojos descubren en toda la extension del porvenir, detenernos con espanto, al ver que entre aquella serie mágica de verjeles, se oculta en medio del camino el *hasta aquí* de nuestras ilusiones y de nuestros deseos, austero, terrible como una verdad, contrastante y siniestro como una fosa casi perdida entre las galas del jardin!.....

VI.

Empezaba el mes de Noviembre de 18.....

En México, como siempre, la Iglesia celebraba *La conmemoracion de los fieles difuntos.*

Y decimos «la Iglesia,» sin dejar de creer ni de estar de acuerdo con sus aspiraciones.—Es sabido que somos Iglesia todos los que creemos, porque dentro de ciertos muros puramente morales, somos la «congregacion de los fieles, regida por «Cristo y el Papa su Vicario.»

En tal virtud, no podremos menos de emplear á salvo, como Iglesia ó como fieles, todos nuestros derechos y poner en ejercicio todos nuestros poderes, poderes que con aquel carácter hemos recibido del mismo Cristo. En el mismo sentido, y llamándonos Iglesia, nos tomamos en toda nuestra generalidad; y ella hace sin duda que tratándose, por ejemplo, de un punto penal y de la aplicacion de un castigo, represente su espada espiritual armada de varias puntas.

El *gládium* canónico representado por signos sensibles, se-

meja mucho á una espada, que empuñada por un ángel ó por un bienaventurado, todo lo barre.

La sociedad por su parte, oye atenta las conminaciones del poder espiritual; contesta hallarse *enterada* de sus austeros principios, y protesta con los hechos declararse en primer lugar «sociedad» y despues «congregacion de fieles, &c., &c.».

VII.

En la época á que nos referimos, el dia de difuntos pasó lo que siempre tiene que pasar.

Se abrieron los templos, se celebraron preces por los finados, ardieron en los cementerios cirios de todas dimensiones, y mientras resonaban los lúgubres acordes de las orquestas y las velas se consumian chisporroteando y llorando; mientras en las puertas de las iglesias los eclesiásticos, vestidos de sobrepelliz al lado de una mesa enlutada, ostentando el cráneo, la vela y el agua bendita, murmuraban con austera solemnidad preces al cielo, pidiendo el descanso de las almas; el mundo, comprendiendo la cuestion de otra manera, trocaba en un templo de pasatiempo y de diversion la estancia misma de la muerte: ahogaba ideas tristes en copas de vino: neutralizaba el eco lastimero de las campanas con las armonías incitantes de la música de los festines; y en ese dia, en que la Iglesia pretende apoderarse de los corazones y envolverlos en la religiosa niebla, en la grave melancolía del pasado, el mundo destrozó las nubes sombrías de la vida, é invadió alegre y filosófico hasta los cementerios.

Era un dia sin sol, y todo el mundo encendia vela, no para darse luz, sino para darla á los que reposaban sin vista y sin movimiento, dentro de su lecho de piedra ó debajo de la tierra.

La muchedumbre que se agolpaba en los panteones, recorria curiosa nombres y fechas grabadas en las lápidas.

Parece que para ir á descifrar esos tristes conceptos de la tumba, no hallan los hombres que la luz del cielo es bastante, y encienden ellos sus luces.

Quizá el sol, aunque esté oculto como ese dia, hace ver las cosas excesivamente claras.....

VIII.

Serian las cinco de la tarde, poco mas ó menos, cuando un *simon*, parodia de berlina, ostentando sus números grandes y rojos, y tirado laboriosamente por una mula *baya* y un tordillo estenuado, paró en la puerta del «hotel del Progreso,» deponiendo allí *su carga*.

La *carga* de aquel coche era un hombre.

Un hombre de veintiocho á treinta años á lo mas, pálido, melenudo, flaco; tipo intermedio entre revolucionario y artista: víctima probable del ascetismo científico ó de la crápula francesa: anfibologismo viviente, exhumado de una biblioteca ó desprendido de una casa pública.

Aquella mómia iba decorosamente cubierta con un trage con pretensiones de negro, sórdido, manchado por el descuido ó por el trabajo; y su sombrero negro de fieltro, caia sobre aquella borrasca de cabellos revueltos, como si se lo hubieran puesto.

Despues de bajar del carruaje se paró un momento en la puerta del café, tiró de la cadenilla blanca que pendia de un ojal del chaleco, y extrajo un enorme reloj de plata, cuya tapa hizo saltar.

Al ver la hora prorumpió en tres ó cuatro desvergüenzas

de las mas soeces, haciendo enrojecer la frente y apresurar el paso de una anciana; despues alargó al conductor un duro, diciéndole simplemente, en voz baja y descompuesta:

—Toma.....

Tomó el cochero, se ausentó el carruaje y el hombre-*carga* se introdujo en el salon del café, revelando una emocion profunda, una singular y extraña agitacion.

Aquel hombre presentaba al través de sí mismo su verdadero valor, ó para explicarnos mejor, diremos: que detrás de la forma se diafanizaba en él la superioridad.

¡Inconveniente agigantado para las exigencias sociales y para las rápidas miradas del mundo!.....

No obstante sus insolencias, su desenfado y su sordidez, habia en él un *no sé qué* vago, aunque real, de ese perfume exquisito é inapreciable de una finura y de una educacion *naturales*, por expresarnos así.

Podia comparársele á un frasco de rica esencia de verbena ó de violeta, vertido en un sucio harapo de pañuelo.

Era lo que el mundo llama un «muchacho decente,» bajo disfraz un tanto gitano.

La frente *pensaba* con tal desórden y rapidez, que los continuos fruncimientos le habian dejado una série de rugas, como los renglones de una página hebrea.

Parecia que caian las ideas en aquella frente como las piedrecillas sobre el agua, imprimiéndole multitud de caprichosas rugas.

El pensamiento lo habia herido en la frente, y guardaba las cicatrices.

La cara del cínico no conserva esas huellas fugitivas de sus negras ideas, como no se pliega ni se altera el fango aunque le caiga una leve paja.

Veia todo, menos los hombres ni las cosas.

Nada *miraba.*

Su intuicion hácia el mundo era aparente. Su mirada estaba constantemente fija en sí mismo.

Se veia solo. Miraba á lo que pensaba, y nada mas.

En aquel sér momificado por las pasiones, seco y gastado por el roce con la vida y con la humanidad, algo quedaba de luz y de idea.

Un pensamiento, un dolor ó un capricho, germinaban acaso adheridos á las paredes interiores de aquel cráneo. El fuego de la imaginacion abrasaba á aquel hombre á expensas del combustible, que era el cuerpo, y que se consumia.

Aquellos escuálidos treinta años de levita negra, habian sin duda pasado en el mundo por todas las horcas caudinas del destino.

Sin duda aquel hombre habia barajado hasta el capricho los naipes de su vida, y lo habia perdido todo.

IX.

Entró en la sala, se sentó junto á una mesa, y llamando á un criado, se informó de si habia llegado alguno á quien esperaba.

Recibió una contestacion negativa: pidió absyntho y se puso á apurarlo lentamente, y á consumir seguidos tres ó cuatro cigarros.

Se comprendia que aquel hombre fluctuaba en una tormenta deshecha de ideas negras. Se adivinaba en él la agitacion de la borrasca interior. Se le comprendia juguete de un millon de terribles contrariedades.

Si las gentes hubieran prestado su atencion á aquel hombre, lo hubieran calificado de una especie de calavera loco y

soñador, que con la rosa en el ojal de la levita y el pensamiento en lo vago, esperaba, matando el tiempo, á que se acercara la hora de una cita amorosa ó de una entrevista con algun amigo, para disputarse unas cuantas monedas al ajedrez.

Era, por cierto, un loco y un soñador; pero no esperaba allí ni la hora del placer ni la del capricho, sino simplemente á una especie de *comisionado* en *negocios* prosaicos, y que debería traerle buenas ó malas nuevas de una primera esperanza de fortuna, que nuestro hombre confiara á sus manos al partir cinco meses antes, huyendo de lo que entonces huyeron todos.....

Aquello de «intervencion,» «franceses,» «imperio,» &c., &c., &c.....

X.

Debemos antes explicar un tanto quién era y quién habia sido.

Era una dificultad:

Habia sido una equivocacion.

Era la consecuencia de una exigencia social no cumplida: habia sido una excepcion entre los hombres.

Nació como todos, y creció como él solo.

El uso de la razon, siendo aún niño, vino á alumbrarle un cuerpo débil, como un pretexto de su alma. En la juventud, aquel cuerpo creció mas de dos varas castellanas, y aquella alma se dilató no sabemos hasta qué cielo de quimeras.

Era necesario llamarlo á cada paso á la vida, como se tiene que llamar la atencion á un distraido. Pobre arbusto, solo tuvo aromas que dar al viento, sin haber producido jamás hojas ni frutos.

Niño aún, lo hicieron estudiar en lugar de estudiarlo. Fué

á marchitar su frente y sus ilusiones en el polvo de las bibliotecas, como se deseca una flor entre las páginas de un libro.

Amó siempre lo bello, y fué desde bien temprano esclavo del placer, aunque inabordable á la corrupcion.

Si no hubiera hablado pronto, habria muerto. Los conceptos reprimidos por el silencio, formaron en su espíritu un absceso: se recetó solo, lecturas triviales, ensayó la charla por medicina, adoptó la locucion como una especie de higiene: la expresion fué un laxante para aquella alma..... Se alivió traspirando frases y deponiendo conceptos que nadie entendia.

En el colegio, solo se limitaba á *leer* en las páginas de los sabios, y *hacia su estudio* atento en ese gran libro abierto en el cielo, y que desplega desde el cenit hasta los horizontes las dos grandes páginas que repasan sin cesar las almas solitarias y desgraciadas.

El cielo es la gran sinópsis de todo lo grande y de todo lo bello. Sus caractéres están escritos con luz. Hay en ellos algo húmedo que cintila y que os sigue amoroso como una mirada de madre.....

¡Id ahora á enamoraros de Justiniano!

Siempre tuvo envueltos sus códigos en ese velo de colores que está entretejido de amor, política é imaginacion. No pudo evitar verse acometido desde muy temprano de ese mal que se llama *cosa pública*, y que se vuelve crónico cuando se combina, primero con el entusiasmo juvenil, y despues con la profesion de fe política.

Todo fermentó en él, menos lo positivo; y á la edad en que todos los jóvenes han arrojado el cimiento de ese bienestar futuro que en el mundo se llama *porvenir*, él, solo se habia cavado por todos lados un abismo, y estaba suspenso y envuelto en ese nublado ténue y efímero de la idealidad.

XI.

Al despertar de tales séres, la sociedad se encuentra *una de dos:*

El ángel, ó el bandido:

No hay medio.

La *utilidad* toca con una moneda de oro á la puerta de los *idealistas;* pero ellos tienen hecho de su cráneo un hemisferio celeste; de sus ideas han formado mil grupos caprichosos de raras constelaciones, y de su corazon han formado un ramillete para el ara de la patria ó de la beldad.

Dan, pues, las gracias á lo *útil*, y se retiran á su antro, en donde hasta el sol apenas les deja caer un giron de luz, laborioso, raquítico y triste como una limosna.

XII.

Tal era nuestro hombre.

El espíritu vivia completo: de la materia solo quedaba una mómia galvanizada por los recuerdos y por las desgracias.

El amor á lo bello le habia hecho un precoz adorador del placer. En su cráneo se observaba el asombroso desarrollo del *órgano de la filogenitura.* Hubiera, no obstante, sido casto, si no hubiera existido el pudor.

Hebe lo electrizaba: Vénus le hacia pensar en el arte. Nada mas.

Hubiera sido el primero en absolver en el Areópago á la *bella* Phryné, y nunca á la atrevida *cortesana* de Thespyes.

La constitucion y la querida llenaron una grande época de su primera juventud.

Analizó los capítulos de su código como hubiera analizado los encantos de su querida, y respetaba á esta como hubiera podido respetar la constitucion.

El año 1857 hizo un fuego nutrido contra el convento de Santo Domingo, y terminada aquella *cruzada*, fusiló el retrato de Comonfort, á quien antes adoraba, y no quiso salir á la calle en muchos dias.

Por los años 1861 y 1862, se le veia al caer de cada tarde, paseando solo y meditabundo á lo largo de una de las calles de la Alameda. Al oscurecer llegaba un coche á cierto punto; dentro de aquel coche iba siempre una enlutada que le hacia señas con el pañuelo, llamándolo, y á pocos momentos se perdian por una casa detrás del convento de San Diego.....

XIII.

Hácia este tiempo sintió su cerebro asaltado por dos ideas. La palabra «presupuesto» lo puso mas pensativo, y una cédula de elecciones le hizo ver una mision nueva que cumplir en ese camino quebrado que conduce á ciertas situaciones de la *cosa pública*.

Adivinó la política como habia adivinado el amor, y esto lo hizo un tanto circunspecto. Cuando pensó hacer un papel en el drama de la política, llevó á solas su mano al corazon y lo sintió palpitar con una energía salvaje. Se sintió independiente y muy poco á propósito para ser mandado.

—«¡Esto es un hecho!»—exclamó, calándose resueltamente el gorro frigio.

Jamás pudo *venirle* otra cosa.

Pero las *cartas* del político suelen sujetarlo á una condicion mas instable que lo que confia el tahur á sus naipes, y nuestro hombre tuvo lugar de apercibirse de ello muy á menudo.

El número cinco es terrible para el que abraza una profesion de fé política, y los cinco talentos de un espartano suelen tambien producirle las cinco balas del patíbulo.

No parece sino que el Cristo, este demócrata oriental, consagró aquel número.

XIV.

El entusiasmo es un vértigo que mata ó que da la vida. Es el placer gigante, resultado de la efusion de lo desconocido dentro de nosotros mismos. Es el éxtasis de los dos mayores dones que alcanzara el hombre al abrazarse en una sublime incubacion la idea y el sentimiento.....

XV.

Así, pues, ese jeroglífico humano que nos ocupa, esa sombra que trabajosamente vamos corporizando, abrigaba un pensamiento, una cabeza, depósito de facultades confusas, múltiples, indescifrables casi, como un *apocalypsis*, y un corazon tan lleno de vertientes de ternura, como el Cantar de los Cantares.

Puestos una vez en contacto el corazon y la cabeza del hombre, el embrion crecia y tomaba forma: la forma por regla general el fuego, el arranque, la ferocidad casi.....

Lo *épico* estallaba en él, por decirlo así, de una manera instantánea, tanto al dulce crugido de un beso, como al estruendo ronco de un cañonazo.....

Los locos mas terribles en el mundo, son los que para serlo emplean toda su razon y todo su corazon; y el entusiasmo tiene tantas voces cuantas pueden observarse desde los suspiros de Teócrito hasta los rugidos de la artillería de Bonaparte, ese

corzo entusiasta y atrevido, que no parece sino que hallando al mundo poco de su gusto, queria juzgarlo militarmente, sentenciarlo á muerte y mandar pasarlo por las armas.....

.....

.....

XVI.

Tal era nuestro hombre.

Despues de haberse visto arruinado se sintió en ruinas, como quien sabe que siempre ha sido flaco y escuálido, y se encuentra repentinamente con su fotografía.

Era, pues, un loco..... casi un insensato, con intervalos de niño..... Vivia soñando.....

Se llamaba Antonio.

CAPÍTULO II.

UNA OJEADA SOBRE EL «PROGRESO» EN MÉXICO.

XVII.

El hombre á quien Antonio esperaba llegó por fin, despues de un breve espacio de tiempo.

Entró con calma. Se aproximó con la solemne serenidad de quien se siente portador de una noticia, —de la noticia de un hecho consumado.

El «no hay remedio» debe producirse con frialdad, con aplomo, con exactitud.

Quien espera, por otra parte, una noticia solemne, debe esperarla, si no es cobarde, con la dignidad con que se recibe á un adversario no comun.

Antonio estaba «en guardia.»

XVIII.

—¿Queda algo?—le preguntó.

—Solo la esperanza.

—¿He perdido mi *situacion* en el establecimiento?

—El establecimiento ha quedado convertido en cuartel. De él no queda sino una madriguera de zuavos.

—Muy bien..... ¿Y.....

—Todo acabó..... necesitas de empezar á vivir..... hoy naces.....

—*Mejor me fuera nunca haber nacido,*—dijo Antonio, parodiando el verso de nuestro Carpio.—¿Qué resta, pues, entonces?—preguntó de nuevo.

—Nada. *Ogni speranza e morta,* como diria Traviata.

—*Tutto, tutto fini,* como hubiera dicho la misma.

—*Lasciate ogni speranza, ó voi che intratte.*

—La esperanza,—añadió Antonio,—es un *mirage* singular. Es la beldad que nos ofrece ser nuestro «mañana,» «mas tarde.» La esperanza, mi buen Máximo, es una diosa medio desnuda y coronada de pámpanos: es una ninfa risueña, de ojos verdes y lindos piés..... Se baña á nuestra vista, enseñándose toda con pudor. Representa el idilio y odia el trato de las gentes..... tiene rosas en las mejillas; ¡no quiere rosas!.....

El ajenjo..... hace brotar un sombrío y frondoso follaje en el alma..... forma un bosque en la imaginacion..... allí nos espera la Esperanza..... allí consuma el sacrificio de sus amores.....

Velleda ardiente y casta, quiere un tálamo tendido al secreto de los hombres..... oculto por los cortinajes verdes y azules de la naturaleza..... Druidesa enamorada, no rinde culto al amor sino bajo la sombra de los gigantes sabinos y encendiendo al sol como antorcha de himeneo!.....

—Pero ¡es un hecho que todo lo has perdido!—dijo Máximo asombrado,—y piensa.....

—Es un hecho que todo lo he perdido, y quieres que pien-

te..... Muy bien..... Y..... ¿en qué he de pensar?..... ¿en que lo perdí *todo?* Buen consejo, pero gracias. Dejemos eso de pensar para los hombres de la época. El siglo XIX se ha viciado en el pensamiento; es demasiado pensador. El siglo XX *hará* las cosas, y yo quiero tener ciento treinta años..... es mejor..... Pero oye, Máximo, estás perdiendo un tiempo precioso. Yo me aparto del mundo cuando me conviene, esto es, cuando el mundo se aparta de mí. Tengo mi retiro verde, mágico y encantado, como nuestras frondosas praderas y nuestros bosques seculares..... Aquí, en este pequeño estanque de absyntho, hay algo mejor que la fortuna y el proyecto..... Los negocios se hacen pedazos contra una copa de ajenjo; la imaginacion se trasforma en una Atala, y el idilio de Chateaubriand fermenta con toda su poesía y con todo su ardor dentro de estos ópalos..... ¿Me entiendes, Máximo?..... Dentro de este licor verde están ahogados los espíritus de Teócrito y de Andrés Chenier. La sociedad me roba, me escamotea *la posicion* de un modo ratero; y yo, entre esmeraldas y ópalos, me precipito á vivir con Tytiro..... Toma absyntho, Máximo; dentro de una copa de verde absyntho está fundida la égloga..... lo demas no vale un comino.....—Eh! criado, otras dos copas!.....

Antonio estaba lívido.....

—¿Piensas matarte así?—preguntó seriamente Máximo entretanto que el criado servia de nuevo.

—Pienso esperar y verlo todo del lado de la esperanza. La sociedad no quiere que yo coma..... y ya ves, no como..... ¡Bebo!..... Esto al menos no podrá evitarlo.....

—Pero piensa en que tienes que vivir y en proporcionarte desde luego ciertos elementos.....

—Me constituyo Job. Es mas digno, es *mas hombre* que Jeremías con sus trenos, y que Isaías con sus profecías. Job,

al menos, llegó á poseer un basurero..... y si el negocio, esto es, si la necesidad aprieta, yo, desde mis palacios verdes, volveré los ojos al azul del cielo..... No ha de haber hecho otra cosa el Evangelista Mateo, y bien claro lo dice en su capítulo 6º, desde el versículo 9 hasta el 13..... ya sabes aquello de *Padre nuestro, &c.*

—Y ¿crees hallar una inspiracion feliz en el fondo de estas copas?

—Es el retiro en medio del mundo, y el retiro sirve para *pensar.* Son el campo y la soledad amasados dentro de un pedazo de cristal; y la soledad y el campo dan ideas felices y nos ministran inspiraciones oportunas,—respondió Antonio apurando su ajenjo á grandes sorbos y encendiendo en un cerillo su quinto cigarro.

—Y ¿no piensas trabajar?

—Cuando acabe pensaré. Ahora no pienso en nada: pienso pensar en todo, y por eso bebo.

—Ahora no haces mas que sufrir y emborracharte.

—Te equivocas. Ahora estoy en calma, y me preparo para la lucha con el valor de los gladiadores en el Circo de Roma: *Ave, absynthe; qui moriturus est, te salutat,*—gritó, parodiando aquella fúnebre y consagrada salutacion.

El brevaje feroz de Pernod incendiaba la sangre en las venas de Antonio. Sus ojos adquirian ese marcado estrabismo de la ebriedad, y empezaba á titubear envenenado é indeciso, como un aeróstato próximo á elevarse.

Veia ya, como todo bebedor de absyntho, los objetos todos siniestros, lívidos y *temblantes*, cual si saltaran del caos á su vista, iluminados con el fuego instantáneo y sulfuroso del relámpago.

Una sílfide rosada le hubiera parecido un fantasma tétrico.

Bajo la presion moral de la desgracia y el aturdimiento fí-

sico de la embriaguez, aquel hombre estaba sufriendo tormentos exquisitos, y se debatia consigo mismo, como si se hubiera tratado de un odioso adversario.

La vida, el placer, la felicidad, el porvenir, estaban representados para él en una raquítica suma de monedas de oro. Nada mas poseia en el mundo que el mundo mismo, que es el gran tesoro de los filósofos y el gran mendrugo de los mendigos.

—Vamos pues,—continuó diciendo;—bebe ajenjo, Máximo..... pero menos que yo..... ¿Quién nos llevaria? No te pierdas conmigo, para que dentro de un rato podamos hallarnos ambos en alguna parte..... Sácame del bolsillo el dinero y el reloj..... ten cuidado de pagar!..... Mañana te encargarás de avisarle á todo el mundo que «no estoy ahí,» que «ya me fuí»..... Un hombre sin posicion y sin dinero, no está en el mundo: que no lo busquen, porque ha salido..... ¿Me entiendes, Máximo?..... y á mis hermanos, á mis amigos..... á mi novia, á todos, les dirás tambien que ya no pertenezco á *esto*. Presenté mi renuncia de hombre útil para algo, y la sociedad tendrá cuidado de aceptarla..... Estoy ausente..... no quiero ver á nadie..... ni á Piedad!..... que me olvide y..... ¡que se case!..... Soy demasiado *éter* y estamos en el mundo..... Aconséjala que me suplante..... no sirvo para el matrimonio ni para nada..... No soy ni un perro..... cuando mucho seré un ángel!..... Convéncela de que no vivo..... estoy pintado en su imaginacion como un grotesco serafin en una pared..... que le corresponda al primer comerciante de abarrotes, al primer traficante en semillas..... á un *giro*, á una profesion cualquiera..... que se reciba de esposa como quien se recibe de médico ó de abogado..... yo, me suprimo..... me tacho..... Llévame á mi cuarto, Máximo; quiero llorar un poco!.....

XIX.

La accion del *brevaje* habia sido instantánea, casi repentina.

En un momento los densos vapores habian invadido el cerebro de aquel hombre, haciéndolo estallar en rarezas y conceptos extravagantes.

Un borracho vulgar es insoportable, y un desgraciado que se embriaga, terrible.

El licor se trasforma en espejos de colores, suspensos en los muros de la espaciosa sala de la imaginacion en donde vive el alma, y el alma se ve reproducida mil veces, analiza, detalla los males y las desgracias, las ve reales, en sus verdaderas proporciones; y sin pensar que exagera á su pesar, encuentra espantosos signos cadavéricos en la mas leve y pasajera extenuacion, y juzgándose herida de muerte, sucumbe á la desesperacion.

XX.

El mundo, por otra parte, se encarga cuidadoso de acabar de hundir en el abismo al hombre á quien pretende perder sin remedio.

Grande energía de espíritu se necesita para que sobrevivais á esta noticia que os da el mundo con aire entre compasivo y asombrado:

«Estás muerto.»

«Estás perdido.»

Máximo acababa de desplomar sobre Antonio todo el universo de la nada, en uno de esos conceptos terriblemente lacónicos, bruscos, brevísimos, como una mancha que cae y borra.

Antonio, pues, se sentia la nada, el cero solo, vacío, el guarismo que especifica lo negativo, la falta de todo; y sin fuerzas para hundirse en su precipicio á sangre fria, y sereno, ahogó en licor su dignidad, se enervó, aturdió sus sufrimientos para precipitarse.

En el pleno uso de sus facultades, Antonio hubiera estado serio, pensativo, acaso un poco filósofo. Borracho, se susceptibilizó, por decirlo así, sufrió realmente bajo esa aptitud ficticia de la predisposicion orgánica; y en momentos en que necesitaba hacer brotar ideas de oro y aglomerar una montaña de energía y de valor, no pudo hacer otra cosa que aturdirse y efundirlo todo en conceptos estrambóticos y lágrimas de alcohol.

La ebriedad tiene mil inconvenientes que no se han descrito aunque se hayan descubierto.

Acomete al ebrio un falso bienestar, una satisfaccion que le presta una energía pasajera, pero terrible, como toda excitacion puramente orgánica y de ninguna manera determinada por la razon.

Cediendo al impulso del instinto aislado, el beodo á cierto grado es un valiente que todo quiere pulverizarlo de un modo brutal. Si le fuera posible, destrozaria entre sus dedos crispados por un extravagante furor, hasta lo menos corpóreo.

Desbarataria una idea jugándola entre el dedo índice y el pulgar.

Hay algo que se infla y se ensoberbece altamente en un borracho.

Dilatado fisicamente por el licor, se alucina creyéndose mas alto, fuerte y robusto que todo el mundo, aun en el sentido moral.

Seria capaz un hombre borracho de decir á la sociedad entera un horroroso

—«Perdone vd. y vuelva mañana.»

Antonio estaba ya á ese temple: quiso batirse algunos momentos con el dolor como con un adversario cuya superioridad no se confiesa por orgullo. Midió sus fuerzas con las del destino, y en medio de un entusiasmo y excitacion pasajeras, vino la reaccion á abatirlo, arrojándolo en la desesperacion y el llanto.

Nada habia tenido jamás, y sin embargo, decia haberlo perdido *todo*.

Era la verdad.

Todo lo pierde un hombre que, por lo menos, habia soñado poseer siempre los elementos necesarios para una existencia pobre, y en ella puede consagrarse á la lucha y acariciar la esperanza.

Por eso propiamente puede decirse que el que pierde aun aquellos elementos, lo pierde todo, y siente abismarse en ese lóbrego precipicio que se llama «miseria.»

XXI.

El Progreso iba quedando á oscuras.

Lo que en México llamamos «El Progreso,» no es por cierto un recinto de luces y claridad, y sin embargo, somos deferentes, hasta llamarle sin escrúpulo ni restriccion «sociedad.»

Es un patio cubierto con un enorme tragaluz de cristales, por donde pugna el sol por entrar en el salon, en donde están la cantina y las mesas.

El Progreso en México es sombrío, y solo se anima de noche bajo la reverberacion de diez ó doce astros de petróleo.

Aquí se verifica que los que no progresamos solemos concurrir *al Progreso*.

Se agrupan de noche en aquel salon todos los que no tienen donde ir á agruparse. Se juega al billar, al dominó y el ajedrez. Se toman licores y refrescos, se fuma..... se charla..... se piensa..... se proyecta.

Las brujas de aquellos conciliábulos, esto es, los pobres, van á buscar allí el átomo de oro de la vida real, entre las esferas numeradas de marfil ó los peones del tablero, ó bien á disolver cuidados y pesares en copas de cognac.

Se pasa el rato, en fin.

Á un lado está el teatro, arriba el hotel y la fonda.

Se puede pasar allí un dia y una noche.

No nos atreveremos á asegurar si aquel terreno es el de Balzac filósofo ó el del *curioso* Mesonero.....

Antonio fué á arrojarse sobre una de aquellas mesas de mármol, como pudiera lanzarse un suicida sobre la helada losa de una tumba.

Despues de dispararse una muerte pasajera sobre sus mas nobles facultades, despues de empapar su razon en licor, dejándola casi inservible, el hombre físico no pudo detenerse allí mas tiempo y dió el salto de un aeróstato.....

Se encumbró hasta ese firmamento húmedo y sombrío de los borrachos, y á los pocos minutos, hecho un harapo humano, abandonado sobre el catre alquilado de un hotel, yacia sin dolor pero sin sentido; saco de ideas rebotadas como agua fangosa; tabernáculo de dignidad lleno de sombras; metamórfosis lastimosa de rey de la creacion, en nauseabunda sopa de aguardiente.....

CAPÍTULO III.

UNA MUCHACHA QUE PASA.

XXII.

Antonio andaba «por aquel entonces» medio enamorado.

Una ocasion, hacia ya dos años, se habia encontrado en la calle una muchacha pálida, delgada, de fisonomía espiritual y aire modesto.

Iba tan perfectamente rodeada de una atmósfera de pudor, que nuestro hombre no habia podido menos de aspirar aquella estela púdica que dejaba en pos de sí la jóven, con la avidez con que se respira el perfume raro de una flor exquisita.

Le llamaron particularmente la atencion su fugitivo apresuramiento, sus ojos bajos y un *no sé qué*, que crugia voluptuosamente con el trage *moireé*, al compás de los pasos.

La frente era blanca, despejada y tersa. La *manteleta* ocultaba una espalda de curvas encantadoras, y de entre los profusos cabellos que caian sobre la parte posterior del cuello, se desprendian dos *listones* rizados color de *lila*, semejantes á dos deditos enguantados que se movian llamando.

Al pasar entre dos transeuntes opuestos, el trage de la muchacha se recogió inevitablemente, y apareció por un momento un pié.

Era un pié delgado, fino, ágil.

Un pié de raso color de nube, nó muy pequeño, pero seductor, irreprochable.

Aquel pié fué objeto terrible para Antonio. Pudo haberlo hecho un hombre de estado, un padre de familia.

Durante los tres ó cuatro segundos en que aquel pié quedó descubierto, produjo en nuestro hombre algo inexplicable, raro.

Juan Jacobo Rousseau, al descubrir á la azul *pervinca*, no clavó sobre la flor una mirada mas recta y tenaz que la de Antonio sobre aquel pié coqueto y lleno de atractivo, bajo su elegante botin de raso, adornado cerca de la punta con una rosa y una hebilla de plata.

Casi sintió en su mano ó cerca de sus labios la tersura, el tibio y voluptuoso perfume que emana de todos los encantos de una mujer jóven, elegante y hermosa.

Antonio sintió, no que una mano, sino un pié, le cubria la vista.

Quedó ciego: se enamoró hasta el grado de sentirse en el vacío, en un lóbrego y amargo desconsuelo, al comprender que no era poseedor de una mujer que tenia tales piés.

Payno mismo, el eterno apologista de los piés pequeños y bonitos, no hubiera experimentado lo que Antonio en aquel momento fatal.

Al desaparecer de nuevo aquel encanto bajo los pliegues del vestido, el admirador suspiró «con toda su alma,» puede decirse, y pensó seriamente en apoderarse de todo aquello, tan placentero, tan perfumado, tan elegante y bello.

Siguió de lejos á la muchacha; pero la siguió de un modo

exacto, irresistible é inevitable, como si fuera adherido á ella con un hilo invisible.

Por su parte, la jóven comprendió bien pronto que era seguida, y al notarlo, un relámpago de púrpura iluminó instantáneamente su cara.

No volvió, sin embargo, la cabeza de nuevo.

Antonio continuó detrás, ardiente, frenético, loco.

El ataque habia sido brusco y directo.

Ella siguió tranquila, al parecer, é indiferente, sin pensar que acababa de abrir, no con su mano, sino con su pié, una nueva era en la vida de un hombre.

Causas pequeñas suelen producir grandes efectos. *Él* consintió en ser el Adan de aquella Eva, llena de pudor y de atractivo, y la siguió hasta su casa.

Al entrar en ella volvió de nuevo la cabeza, llena de curiosidad, y viendo á Antonio parado enfrente, tornó á ruborizarse: se puso extremadamente séria, y así se perdió en la escalera. Grave, circunspecta, imperturbable.

Nuestro hombre quedó parado, extático por algunos momentos; pero nadie salió al balcon.

Antonio regresó á su casa pensativo, febricitante, bajo el calor de la flama de los deseos. De un deseo vago, decente, acariciador como el perfume de la violeta.....

XXIII.

Una cortesana que *vestida de limpio* desde el toque de oracion, sale á recorrer por la noche ciertas calles, y os encuentra, os sigue, os frota al pasar con la falda de su irónico vestido blanco, y os adelanta en fin, tosiendo y volviendo la cara que no veis, solo os provoca desprecio ó lástima, y no pudiera pro-

duciros mas agitacion que en las monedas que llevais en el bolsillo de vuestro chaleco.

Una muchacha decente, que apenas osa descubrir su pecho virginal y levantar hácia vos sus púdicos ojos, ó á quien por casualidad descubrís la extremidad de un pié, os amenaza seriamente; combate de un modo, acaso tan inocente como eficaz, vuestra criminal soltería, os reprocha vuestro aislamiento, os arrastra irresistiblemente al cumplimiento de un deber consagrado en el paraíso.....

¡Oh!..... una jóven simpática, vestida con mas ó menos gusto, ó si se quiere, con mayor ó menor elegancia, que con un movimiento de cabeza gachon y zalamero, con una manecita inquieta bajo su ajustado guante, con la desviacion repentina del trage bajo el soplo de un malicioso céfiro..... una muchacha así, un objeto por el estilo, que logra sorprender una mirada, una sola, á vuestra indolente y egoista indiferencia, pronto os arrebatará del todo..... tened cuidado, que acaso no podreis evadiros..... le pertenecereis..... os pone por lo menos en inminente riesgo de casaros.....

.....

XXIV.

Antonio en todo pensó, menos en esto.

Esto, es la verdad, y las verdades son por cierto de lo que menos se ocupa un enamorado.

No quiere esto decir, sin embargo, que un enamorado suela siempre ocuparse de mentiras, sino que no siempre suele ocuparse de verdades.

Antonio llegó á su casa; y en su caso, un hombre que llega á su casa, obedece física y exteriormente á otra operacion puramente intelectual:

Concentrarse.

Se estuvo en su casa sin hacer absolutamente nada.

Pensaba solamente, ó algo peor; *se acordaba.*

Á las ocho de la noche se desnudó y se metió en la cama.

Tomó una novela francesa, furiosamente erótica ..... Abrió el volúmen, y entre sus primeras páginas halló un grabado.

Era una de esas figuras espirituales, flexibles y desnudas de Tony Johannot.

Arrojó un suspiro impregnado, por decirlo así, de *escuela francesa;* un suspiro que bien pudo haber brotado de un corazon de estudiante aleman, espectador por la vez primera en el baile de la Opera de Paris.

Sin duda así sollozó su ardiente y voluptuoso amor el blanco cisne de Leda, ó Apolo al abrazar un árbol creyendo abrazar á una pastora..... ó Juan Jacobo Rousseau, cuando caduco y moribundo tributaba caricias, puramente imaginarias, al recuerdo lleno de fuego de Mme. de Warens.

Volvió Antonio varias páginas de aquel libro, pero no habia mas grabados.

El libro solo tenia uno, y el resto estaba plenamente ocupado de conceptos aglomerados de un modo denso, compacto, oprimido dentro de las páginas.

Tornó á clavarse la vista del enamorado en una de ellas, pero de un modo inmóbil, fijo.

Si leia, no era por cierto en aquel libro.

Trascurrió largo rato, y Antonio, al fin, sin apartar la vista del libro, murmuró de un modo vago, pero que revelaba bien su único pensamiento, estas dos palabras:

«¡Qué piés!».....

Despues apagó la vela, como quien apaga una idea fija que incomoda.

Pero al quedar á oscuras sintió que con un movimiento ins-

tantáneo, saltaba en su mente una imágen rara, reproducida con una precision y exactitud fotográficas.

Una imágen singular, extraordinaria.

Entre los informes pelotones de tinieblas que invadieron la atmósfera del aposento al matar la luz, Antonio creyó ver dibujarse distintamente la figura de una ámplia falda mujeril, ondulante, atractiva, perfumada, recogida irregularmente hácia cierta parte, como el pétalo roto de una gran flor.

Por allí se dejaba ver un pié enano, jugueton, coqueto, con su lisa epidermis de raso, con su rosa cerca de la extremidad.

Un pié aprisionado, túrgido, tibio, sin tacha, peligroso en fin, acariciado por blancos y vaporosos encajes, confusos y abundantes.

Antonio vió todo aquello con claridad, precisamente en donde nada puede verse. Entre las tinieblas.

Aquello era, si se quiere, casto sobremanera: nada tenia *de particular;* pero le ahuyentó el sueño por toda la noche.

Toda la noche tuvo ante sus ojos aquel espectáculo tan extraño como agradable.

Parecia que aquella nube de encajes y blondas habia descendido desde no sé qué cielo de placer, trayendo envuelto entre sus orlas blancas aquel pié seductor, aquel encanto femenil con todo su atractivo, y lo habia colgado en el aire sin luz de la recámara, para fatigar la imaginacion de aquel loco, y no dejarle un momento de tranquilidad ni permitirle dormir un segundo.

La vision duró toda la noche.

Antonio se desveló.

Cerca, sin duda, del amanecer quiso vér otra cosa.

Pretendió buscar entre los pliegues sombríos de su fascinada imaginacion un recuerdo del resto de aquella muchacha.

Pero fué en vano.

Nada pudo recordar sino la falda, el pié, el perfume, el crugir del traje.....

Un diablo burlon embozado en sombras, tomaba de las sombras con su pincel maldito esos colores quiméricos é inverosímiles con que el jóven veia reproducida una parte nada mas de la vision.

Á cierta altura todo era sombra, tinieblas, caos, rodando, negro y silencioso, por la atmósfera.

Si exasperado aquel hombre en vela, hubiese pretendido forzar al demonio de su imaginacion á trazar líneas regulares, obedeciendo una prescripcion artística y completando de inferior á superior el cuadro, para determinar la figura simpática y vaporosa de aquella especie de embrollo femenino, el diablo de la imaginacion de aquel hombre fascinado, hubiera trazado en el vacío, por via de complemento, un torbellino cualquiera de sombras, un mónstruo ridículo, confuso, sin órden, sin aspecto ni significacion de cosa alguna.

Pugnaba el hombre por recordar el resto del cuerpo, la cara, las facciones de la muchacha, y resistia la imaginacion á seguir el contorno interrumpido á cierta altura, como un figurin de modas roto horizontalmente á la mitad.

Repentinamente un rayo de luz vino como una estocada á romper aquel nublado de crespones.

Antonio vió desbaratarse y desaparecer aquella mitad de mujer de sombras. Se le evaporó con toda su mágica y misteriosa belleza. Se le abismó sin ruido, como un velo de gasa que cae.....

Entonces el hombre alcanzó á recordar algo.

—¡Oh!—dijo, llevando ambas manos á la frente que ardia;—con razon, si.... no vi de esta mujer mas que los piés..... no me fijé en ella..... no vi cómo era lo demas..... no la conozco..... ¿Cómo es?.....

Meditó algunos instantes con las manos perdidas entre los cabellos.

Despues, allí solo y á oscuras, se puso á reir á carcajadas, y al envolverse en sus ropas, dijo alegremente, entre bostezos y risas, estas dos únicas palabras:

—¡Qué bárbaro!.....

Pocos momentos despues dormia profundamente.

CAPÍTULO IV.

UN POCO DE PAJA.

XXV.

Una imaginacion de hombre amorosamente encendida por un ojo de mujer, es *cosa* que dificilmente se apaga.

El corazon es un combustible peligroso, y encendido así, arde, se inflama, se consume sin remedio.

No lo apagan mas que *ellas*, que son poseedoras del secreto de matar el fuego con el fuego.

Es evidente que solo las muchachas tienen en su mano el poder suficiente para lanzar un rayo con un ojo y curar la quemadura con un beso.

¡Esto es sublime á fe!.....

Vais por la calle henchidos de números, de cálculos y de prosa, combinando maravillosamente los elementos mas reales y positivos de la vida, computando el valor de las cosas y pretendiendo penetrar el de los hombres.

Vuestro cráneo se incendia de proyectos.

Ocultais el corazon debajo de una aritmética. No sois hombres, sois *negocios* ambulantes.

La luz y el calor de un oro presunto os tuesta el frontal, el occiput y los parietales.

No llevais sobre vuestros hombros una cabéza, sino una cartera redundante de operaciones raras.

Vais á ver á un ministro, á un banquero, á una entidad cualquiera, de esas que poseen, aglomerado en pocas frases, todo el *negocio*.

Vuestros papeles llevan un sello muy parecido al de vuestra frente.

No correis tan afanados en pos del adorable y lacónico *sí* de una jóven que no os ve y que tiembla, sino que volais tras ese *todo* que os escribe un viejo especulador al márgen de una carta, dejando caer por la punta de su pluma, negra y trémula, la palabra *dése*.

El *dése* del viejo frio, os pone instantáneamente al tanto de lo que es la vida; y su pluma, al frotar el papel, grazna fatídica como el gozne de la misteriosa puerta del placer que se os acaba de entreabrir.

El *dése* de un viejo es el *fiat lux* de vuestras ilusiones. Es el proveido del destino, al márgen de ese continuo ocurso que se llama vida.

¡Erguíos! ¡sed grandes!.....

Un papel con un *garabato*, os ha devuelto á la dignidad, al decoro.

Los tres dedos desecados y amarillos de una mómia, os tomaron de barro. Una boca os sopló un aliento impregnado de polvos de oro, murmurando un *páguese*, y he aquí que entre sus manos fuísteis el hombre de la creacion, el rey del mundo, el sublime Adan del siglo XIX.....

Todas vuestras lucubraciones, todos vuestros proyectos, to-

dos vuestros asombrosos cálculos; ese prodigioso número de combinaciones, de ideas exactas, de apreciaciones, &c., se aglomera repentinamente en vuestras manos; va sufriendo una inexplicable metamórfosis.....

Papeles, objetos, artículos..... ¡todo prosa, todo físico, todo realidad, hasta que llega un momento en que aquella extraña suma de la fuerza moral de cohesion de *todas vuestras cosas*, llega á su punto culminante, y *todas vuestras cosas* adquieren su grado mas duro y compacto; llegan á su *ultima ratio*, se os condensan, se os pulen, y caen rodando hasta vuestra caja ó á vuestro bolsillo, sonoros, brillantes, preciosos!.....

Ya sois alquimistas. La última expresion de todos vuestros mundos es *el dinero*.

El último concepto determinante se os funde en *oro!*.....

¡Andad, corazones de hornillo y cabezas de retorta!.....

La poesía es el humo de la operacion, que se escapa y sube al cielo!.....

XXVI.

¡Cuánto soñais á los quince años!

Dios mismo toma de la paleta gigante del firmamento las tintas mas bellas y mágicas para pintaros el porvenir como un paraíso!

El mundo..... ¡cuán bello!.....

La sociedad..... ¡cuán agradable!.....

Las mujeres..... ¡seductoras..... irresistibles!.....

Llega un momento en que estallan á un tiempo las mil orquestas de vuestra imaginacion; un momento llega en el que se abren á un tiempo todas las flores de la felicidad, en que á un tiempo se clavan en vuestros ojos todas las miradas húmedas y voluptuosas del placer.

Las nubes del cielo bajan á vuestra vista, aglomerándose en grupos de rosadas sílfides.

El honor, el brillo, la virtud misma, parecen precipitarse del Eden para ofreceros todos sus tesoros.....

Cada flor que se abre en el mundo, es una boca de púrpura que os sonríe de amor.

Cada estrella que brilla en el cielo, es una mirada de ternura.

El vestido blanco de una muchacha que pasa sin veros..... el honor de cinta y oro que veis brillar sobre el pecho del *primer hijo de vecino*..... la carretela que arrastra por las calles á un desconocido que ya tal vez no se ocupa de su carretela, todo os dice:

—¡*Ven!*

Llega á ser el deseo, vertiginoso é irresistible.

Entreveis un *mas allá* y necesitais alcanzarlo á toda costa, mediante cualesquiera medios.

¡Ya no es posible reprimirse! —

¡A volar sin alas!.....

¿Quién dijo abismos?..... ¡Adelante!.....

Y os lanzais.....

Pero en ese momento sentís que una mano de acero os oprime el cuello deteniéndoos.....

—¡Ni un paso mas..... atrás!.....

—¡Oh! El porvenir..... la gloria..... el placer..... el amor!.....

—Espera, desgraciado, espera!..... ¡Haz oro!.....

Y aquel feston de encantos inmaculados, y aquellas cruces, y aquellas flores, y aquellos verjeles de ilusion..... todo, todo se evapora!

Estais inmóbiles. Habeis soñado.

Las muchachas os vuelven la espalda, brindando sonrisas de perlas y coral á un obrero mas adelantado, y se os pier-

den en el festin de la vida, arrebatadas por los brazos de otros hombres que ya supieron incluirlo todo, hasta el amor, en la *partida doble* de ese bazar agigantado de hombres y cosas que hace mucho tiempo *abrió* la sociedad.

A esto, sin embargo, en la jerga del mundo, se llama «constituirse,» «establecerse.»

CAPÍTULO V.

UNA ROSA Y UN HARAPO.

XXVII.

Antonio vió al otro dia, claramente, que aquella muchacha podia convenirle «por mil títulos.»

Pero podia tambien suceder que él no le conviniera á aquella muchacha, «por ningun título.»

Ella era un ángel.....

Pero Antonio recordó que hasta el cielo suele verse muy bello al través de nubes de oro.

Y por otra parte, no habia dejado de pensar lo suficiente en todo lo que nosotros, en las anteriores líneas, acabamos de consignar.

Pensar esto es *quedarse pensando*, y así quedó Antonio.

Las teorías, por verdaderas que sean, jamas han tenido valor alguno en los mercados.

¡*Por poco* sucumbe de hambre Juan Jacobo Rousseau!

Nuestro hombre habia tenido que retirarse, temiendo *ser visto*.

¡*Estaba* su levita en un *estado!*.....

Si hubiera tenido sobre sus hombros un trapo mas *honroso*, acaso hubiera penetrado hasta la sala de la muchacha á quien siguió en la calle; pero no era así, y él tuvo que retirarse, arrojando un profundo suspiro y murmurando:

—¡Estoy tan *fachoso!*.....

Y hubiera querido en aquel momento ocultar hasta su corazon, aun cuando para ello no hubiera tenido mas que un harapo.

Lo importante era *que no lo viesen.*

Por su parte la jóven, no sintió mas que un poco de curiosidad por aquel muchacho *de levita* que le habia visto los piés y la habia seguido *en la calle.*

Al arrancar la *manteleta* de sus hombros estuvo ligeramente pensativa.

—Seria casualidad,—murmuró por fin,—y se puso á pensar en *otra cosa.*

Cuando se asomó al balcon, *ya no habia nadie.*

Buscó, sin embargo, á lo lejos.

Nada.

El último pensamiento de Antonio, al dar punto á sus profundas meditaciones, habia sido.....

—¿Cuándo *despachará* el ministro mi solicitud?

Lo que ella mas pensó, puede, evidentemente, expresarse con estas palabras:

—Tal vez mañana.....

XXVIII.

Pero fué vano esperar.

La levita de Antonio no podia transigir con dar vueltas por aquella calle.

Una levita es, ante la sociedad, la expresion del decoro; pues bien, el decoro se respeta mucho á sí mismo.

La jóven habia tomado el recuerdo de Antonio, y se habia resuelto á guardarlo indefinidamente, junto con sus botines de raso aplomado.....

XXIX.

Una tarde estaba en el balcon y vió venir, á lo lejos, *algo* que le pareció ser Antonio.

Sintió que un poco de sangre le subia á la cara, se apoyó simétricamente en el barandal y volvió la cabeza del lado opuesto al en que venia aquel hombre.

Pero no era Antonio, y la jóven frunció imperceptiblemente las cejas.

Á poco rato se metió del balcon, cerrando cuidadosamente la vidriera. Se sentó al piano y se puso á cantar *Ideal*, por Octaviano Valle.

Nuestra jóven tenia una *mamita* que dormia siesta, y su siesta de esa tarde fué interrumpida por los dulces acordes de la muchacha.

Apenas empezó esta á cantar, cuando aquella entró en la sala con los ojos irritados y bostezando. Al verla entrar la jóven, se levantó del piano y fué á llenarla de caricias y de besos.

—¡Nunca, mamita, nunca me separaré de tí, aunque me muera!—decia la jóven, en medio de una exaltacion tan intempestiva como inexplicable.

—Nunca, mi vida, nunca nos separaremos,—decia la señora, pagando con usura las caricias de su hija y sonriéndole amorosamente, no obstante el mal humor que debió producirle la interrupcion de su siesta.

Nada vió, por otra parte, al través de aquel arranque violento y aislado de la ternura filial.

Cuando á una muchacha se le ocurren tales cosas, y se acerca temblando á protestar á sus padres que *jamas* se separará de ellos, *por ningun motivo*, es que ve mas ó menos próxima la separacion del techo paterno.

Búsquese entonces por los balcones, que álguien, indefectiblemente, andará por la calle.

La tarde en que pasó por allí un hombre que no era Antonio, nuestra jóven se formó tal resolucion respecto de su *mamita*. Despues de formársela y de colmar de caricias á la buena señora, se sintió alegre, placentera, animada.

No podia comprender—decia—cómo era posible no incurrir en la mas negra ingratitud, cediendo de *liso en llano* á aquel precepto de abandonar á su padre, á su madre &c., al tratarse de seguir á un marido.

—Yo nunca haré tal cosa,—decia acaloradamente,—nunca! Aunque *volviera..... con las mejores intenciones.....* Primero *mamita*..... si no, *nó!*

Y seguia saliendo por las tardes al balcon y buscando con disimulo por toda la extension de la calle de su casa, y á lo lejos en las inmediatas.

Antonio no volvió á aparecer en muchos dias; pero su alma y sus pensamientos no tenian necesidad de un trage conveniente para presentarse por todas partes, y el alma y los pensamientos de Antonio giraban sin cesar en derredor de aquella muchacha, como un enjambre de mariposas en torno de una flor. Pero Antonio no volvia y el tiempo iba pasando.

A nada tienen tanta aversion las mujeres, sino al simple trascurso del tiempo.

Ellas son las que *pasan*, y pasan irremediablemente.

La jóven nunca pudo pensar que el admirador de sus piés,

el hombre que se habia atrevido á seguirla, el hombre que habia sido en un momento tan insinuante, dejase pasar tan largo tiempo sin volver.

—¡Lo que son los hombres!—solia murmurar.

Antonio, por su parte, seguia estrechamente abrazado con su levita vieja.

XXX.

Una tarde salió *ella* á la calle.

Tenia puesto un trage negro: *adoptó* un poco de palidez: iba interesante, seductora, hasta un poco distraida.

Fué directamente al *altar del Perdon.*

En el *altar del Perdon* hay concurrencia de dos clases; la que va á oir misas por el descanso de las almas de sus difuntos, y la que, puede decirse, pasa simplemente por allí.

Nuestra jóven no acostumbraba oir misa en parte alguna; pero esa mañana habia amanecido muy triste, muy fastidiada; necesitaba salir un rato, y fué á misa.

Arrodillóse al lado de su *mamita*, se santiguó, haciendo de su linda cara y de su turgente seno el mas casto y apacible Calvario, y abrió su libro de oraciones.

La ceremonia habia empezado algunos momentos antes, pero la muchacha «alcanzó la misa.»

Una misa es un sacrificio lleno de espectadores, y mas si se trata de una misa «dicha» en el *altar del Perdon* de la Catedral de México.

El celebrante y quien lo ayuda ocupan el consagrado recinto del altar, adonde se vuelven todas las miradas.

Es raro en extremo el murmullo de las preces formuladas por los fieles allí congregados, en acorde con la tos de los viejos y el estornudar de los constipados.

No parece sino que en la iglesia, lugar en donde no se habla sino en voz baja, todo el mundo anhela revelar su presencia y hacerse oir, *sonándose* ó estornudando.

La jóven tenia la vista clavada en la primera página de su devocionario, pero no leia.

Sus grandes ojos expresaban la mas profunda distraccion, y todos los pasos del sacrificio tuvieron lugar sin que ella volviera una sola página.

Despues del *post-communio*, la *mamita* dió un ligero tiron al abrigo de su hija, quien volvió en el acto la cabeza.

—El pañuelo,—dijo la señora, dirigiendo sus ojillos présbitas y el dedo índice hácia un objeto blanco que se hallaba en el suelo, inmediato á la jóven.

Esta se inclinó á recogerle y le ocultó, incendiada de rubor y temblando de emocion.

Aquel objeto no era su pañuelo, sino un lindo ramillete de botones de rosa blanca, colocado dentro de una elegante corola de encaje.....

En estos momentos «el padre» *echaba la bendicion*.....

XXXI.

¿Qué significaba un pobre ramo de rosas pálidas en la historia íntima de una muchacha que «sueña y se acuerda?»

Ella no sabia la historia del *celan* oriental. Nunca le habia *pasado por la idea* que un hombre pudiese depositar toda su alma en el cáliz apenas entreabierto de unos botoncillos de rosa blanca; y sin embargo, al tomar en sus manos aquel «bouquet,» la jóven sintió que algo cálido, algo amorosamente tierno y suave, estaba envuelto en aquel grupo de capullos.

Al tomar en sus manos el «bouquet,» sintió que el «bouquet» le besaba la mano.

Cada flor era una especie de boca misteriosa, un nido apacible de besos que desde léjos se le mandaban allí depositados.

Tembló por eso y se ruborizó al tomar aquello, que era al mismo tiempo tan mudo y tan elocuente.

Si al regresar á su casa se hubiera visto seguida hasta ella por Antonio, llena de circunspeccion y de decoro, le hubiera dicho indicándole un sofá de la salita:

—Siéntese vd.

Pero llevaba un ramo, y se limitó á ponerlo sobre su piano en un vaso de agua.....

El *Ideal* de Octaviano se cirnió, con toda su misteriosa expresion, encima de aquellos perfumados botones de rosa, como hubiera podido estremecerse el alma de aquella niña sobre el corazon de su amante.

Hubo una inteligencia entre aquel ramo y aquella muchacha: á cada mota de la cancion, parecian entreabrirse todos aquellos suaves y apacibles capullos como sonrisas de amor, como conatos de beso, como si fueran un casto y delicioso grupo de amorcillos desnudos.

Una esposa, casi adolescente, no arroja una mirada de su alma sobre las futuras prendas de su amor, mas henchida de tiernísimo cariño, que las miradas que aquella especie de artista soñadora clavaba sobre el conjunto perfumado.

Era una série de mutuas interpelaciones, accesibles solo á la *inteligencia* de aquellos dos corazones, uno símbolo, otro armonía.

Era una conversacion ardiente, casta, séria, sublime!..... Una conversacion sin palabras, seguida por medio de perfumes y frases armónicas.....

Antonio *ya* se declaró de esa manera á la muchacha.

Ella, puede decirse, que le correspondió á Antonio, al que la amaba y al que dijo un *sí*, viéndole en forma de ramillete.

Al menos el ramillete estaba engalanado en lo posible, y sus hojas y flores descansaban en un lecho de yerba verde y fresca, y rodeado de aquella cándida corola de encaje.....

¡Hay veces que una persona amada solo puede tener el *inconveniente* de «no estar como se debe!.....»

La camisa limpia de un novio es la corola de encaje de un «bouquet.»

Diablura; pero..... verdad.

Un exterior que no es irreprochable, es un *pero*.

Sin embargo; debemos asegurar, en obsequio de la verdad, que aquella niña no se habia fijado en los *peros* de Antonio. Tal vez era porque no habia tenido tiempo para ello.

Antonio, por su parte, no necesitaba sin duda para llegar á completar su felicidad, otro requisito que el «visto bueno» de una lavandera.

Pero él no lo sabia. Creia otra cosa, y con razon.

Ella, puede decirse, que nada creia, pero pensaba.

«Pensar» en tales circunstancias, es darlo *todo*, virtualmente por lo menos.

Salir al balcon, *pensando*, es asomarse á la posibilidad de *creer*. Creemos nosotros que la fe, al tratarse del primer amor, ó si se quiere del conato del primer amor, forma un dato vago, pero eficaz, en favor del primer amante.

Aquella niña, como Juno, pero sin tener necesidad de pedir á Vénus prestada su cintura, se sintió animada y altamente embellecida por el primer desasosiego erótico. Puede decirse que con ambos piés habia asido y aproximado una tea incendiaria al corazon de Antonio. Probablemente ambos iban á volar.

Subió al monte *Ida* de su acalorada imaginacion, y en su imaginacion *fué de Antonio*.....

Consultó el lenguaje de las flores:

Rosa blanca—amor secreto.

XXXII.

¡Amor secreto!

¿Quién podia amarla en secreto sino aquel jóven macilento, pálido y enlutado, que tanto la habia visto y que la habia devorado los piés con los ojos?

Nadie mas que él.....

Pero..... ¿por qué no volvia? ¿En dónde estaba el obstáculo para seguir adelante?

El ramillete era bellísimo, y se lo agradecia mucho; pero era mejor *hablar claro, expresarse con franqueza.*

Si por acaso le ocurria seguir *pasando* por la calle, mandándole ramilletes, tal vez cartas..... incurriendo acaso en fogosas indiscreciones, ¿qué iban á decir las gentes?

¡Es tan *bonito* reservar el perfume sagrado del corazon, y no evaporarlo en presencia de todo el mundo!

La reserva en amores, es sublime.

Guardar en amores la reserva con los hombres, es hacer confidentes á los ángeles.

Por otra parte, el mundo es zumbon y cruel con los que se aman de veras.

Hay frases que arranca el sentimiento, y que solo llegan al corazon de los *interesados!*.....

Qué..... ¿querrá *ese señor* casarse?..... Porque..... si es diversion *¡yo no!*..... ¿Pensará escribirme?..... Tal vez ahora pase..... pero no debo darme tan pronto por *entendida.*

Me creeria coqueta.....

Pensaria que es el *único*.....

Creo que es simpático..... puede que sea un buen muchacho!.....

Se asomó consiguientemente al balcon.

Allí estaba otro ramo de rosas blancas.

Lo recogió temblando, fué á colocarlo en el mismo vaso en donde se hallaba el anterior, y pensó esto:

—*Por ahí anda.*

Abrió de nuevo el piano y se puso á cantar, con voz trémula y bajo una emocion perfectamente visible, aquello de

«Ven y traspasa el pecho que te adora
Primero que negarme tu mirada:
Ven y *verás* mi sangre envenenada,
Y su intenso calor *tú* sentirás.»

«Ven, amor mio, con tu blando aliento
Cual del pensil la perfumada brisa;
Mis fatigadas sienes narcotiza....
¡*Oh, ven, por Dios, «no me hagas sufrir mas!*»

Redobló el fuego en los últimos conceptos armónicos. Los ámbitos de la salita se impregnaron de la *decente* voluptuosidad de esa cancion, que es un verdadero deliquio.

Habia algo por allí de miel etérea, de una dulzura puramente moral, indefinible.

Las frases melodiosas de la cancion se estremecieron en aquella atmósfera perfumada por un corazon y un «bouquet.»

Habia algo de cataratas de perlas y de rosas, emanado de esa gran rosa entreabierta que se llama *una mujer enamorada.*

Si es cierto que existen los ángeles del amor, aquella pequeñita y elegante sala debió verse instantáneamente poblada de todas las rosadas falanges de los espíritus eróticos.

Al espirar entre los labios de aquella niña la última nota de la cancion, un misterioso, vago y prolongado suspiro, llevó el alma de la jóven hasta el parasismo sublime, interpretado por la última frase de la armonía.....

Pareció que todo languidecia, que todo se inclinaba, y que aquel grupo poético de botoncillos de rosa, como un nido de serafines pálidos, inclinaba sus cabecitas, semejantes á rostros infantiles, languideciendo entre el sueño y la ternura.

Despues de tal expresion, solo faltaba una referencia.

La primera que se presentaba «á la mano,» solo podia brotar por el balcon.

Se asomó, pues, *por detrás de la vidriera.*

Adentro todo era ternura, poesía, amor.....

Al dirigir la jóven sus miradas á la calle, todo en esta era *prosa, grosería, indiferencia.*

La calle estaba sola, y al cabo de un corto rato solo se vió pasar por allí á un muchachuelo sucio, andrajoso é indecente que iba silbando:

La donna e mobile.

Se retiró de nuevo. De nuevo necesitaba expresar *algo*, y entonces cantó:

«Sígueme siempre, siempre,
Sombra del bien que adoro.... &c.»

Antonio se hallaba lejos de aquellos contornos.

Á la sazon que aquella niña habia estado cantando, nuestro jóven se hallaba en el Palacio nacional, constituido en uno de tantos agresores, que con sus diversas *instancias* en la mano, los proyectos en la mente y la paciencia en lo fabuloso, esperan la primera oportunidad para lanzarse sin misericordia sobre la persona del *señor ministro de Hacienda.*

Se cumplió, pues, sin duda alguna, con la ley universal.

La mujer, como la Magdalena, *habia amado mucho.*

El hombre, habia *trabajado* hasta llenar la exigencia de verter el sudor de su rostro.

Podia, pues, representarse el porvenir de ambos jóvenes, por

un singular embrollo de pan y flores; pero se interponia entre aquellos dos astros del mas celestial de los amores, el horroroso *inconveniente social*, el cuerpo opaco que tantas veces se interpone entre el cielo de las ilusiones y el mundo de las realidades..... una nebulosa fatal, en fin.....

¡Una levita vieja!.....

Si amores como aquellos pueden llamarse un poema, *trascurria* para aquellos desgraciados el primer canto, y quedaba *apuntado* y pendiente.

Podrá parecer increible; pero aquel pobre muchacho, con su *prosa*, sus harapos y sus silbidos, habia venido á representar una especie de *registro* de papel viejo, con el cual se *apunta* en las primeras páginas de un libro nuevo.

Tenia su intervencion en el *negocio;* pero ella ni pudo creerlo.

Era, como quien dice, un pequeño ministro de aquellas incipientes relaciones.

La jóven no lo sospechó.

La noche de aquel dia de flores, la muchacha se recogió temprano.

Los ramilletes continuarian la conversacion á solas en la sala, y nuestra solitaria, *tristona*, medio enamorada, y *rêveuse*, como diria un frances, desde las primeras horas de la noche se replegó en su lecho como una flor se replega en su cáliz.

Allí acarició, entre el claroscuro de su recámara, millares de quimeras y esperanzas, sintiendo, castamente reclinado en sus brazos, no á un niño, pero tampoco á un hombre que entre ellos la profanara, sino que antes bien iba á identificarla con la figura poética y divina de su Vírgen patrona.

Nuestra jóven, pues, se llamaba simple y buenamente: «Piedad.»

CAPÍTULO VI.

¡¡¡ESTA USTED INCONOCIBLE!!!

XXXIII.

Habia dicho Piedad las palabras *¡pobre muchacho!*. no por cierto en el sentido en que todo el mundo dice *¡pobre gente!* refiriéndose á quien *está mal* y sufre las adversidades comunes de la vida; sino en el mismo sentido en que hubiera proferido la Jessy del bardo inglés un *¡my poor beloved Byron!* suponiéndolo muerto de dolor y de amores.

La fotografía producida en el cerebro de Piedad, no era por cierto la de un *moceton* entristecido y poco mas ó menos *impresentable*, sino la sombra enérgica, aunque fugitiva, de una especie de Lovelace de levita, todo *todo*, nada detalle.

Era, pues, preciso interesarse un poco por *aquello* que sin vacilar habia seguido sus huellas, y cuya empeñosa instancia habia ella podido observar, viéndola «sin responsabilidad» *y con el rabo del ojo*, mirada que solo es concedida á las mujeres, y sobre todo, á las mujeres *interesadas*.

Y luego, ¡con qué delicada viveza le habia expresado la ternura de sus ocultos y nobles sentimientos!

Aquel ramillete *decia* mucho, mucho.

Aquel grupo de capullos poco distaba de convertirse en un adorable conjunto de niños, que volviendo hácia Piedad sus cabecitas sonrosadas y suplicantes, y haciendo de sus húmedos tallos pequeños brazos y pequeñas manos verdes, las juntaran en ademan suplicante y como diciéndole:—*¡Amalo!*

—Decididamente,—pensaba la jóven,—*este señor sabe mas de lo que le han enseñado.*

Y ella, sin creerlo, se hallaba en la misma condicion en que suponia á su amante.

Pero disimulaba su estado por no sé qué *no digan* que suele preocupar altamente á las muchachas enamoradas.

Y así pues, el pudor por un lado y una levita vieja por el otro, abrian un abismo en medio de ambos jóvenes.

Ella seguia cantando canciones *ad hoc*, á propósito para revelar sus sentimientos, qué sé yo si á los ángeles ó al vacío.

Él multiplicaba ocursos al Excelentísimo señor Ministro de Hacienda, pagando *de á cuatros* recortados y pesetas lisas á aquel andrajo de hombre, casi invisible, que se encargaba de conducir y colocar convenientemente multitud de ramilletes, todos de botones de rosa blanca.

Los encontraba Piedad, al despertar, en el *bureau*, al lado de su lecho, en la falda misma de su trage cuando iba á misa, en la mesa cuando se sentaba á comer..... en el tocador..... en el balcon!.....

Interrogó, riñó, cohechó á los criados.—Nada!

Jamás pudo aclarar con exactitud de dónde procedia aquel singular aluvion de rosas.

Imaginaba, pensaba hasta la fiebre, se exasperaba hasta el delirio..... ¡se volvia loca en fin!.....

El balcon no pudo probarle mas, sino que suele suceder algunas ocasiones que *todo pasa*, menos el amor.

Aquel amor, como otros muchos, no debia penetrar precisamente por el balcon y mediante la aquiescencia de *mamita*, sino por la puerta y en virtud de la influencia del señor ministro de hacienda.

XXXIV.

Nuestro hombre pensaba en los *medios* mas *reales* posibles. Soñaba con Piedad, azuzaba sus esperanzas, se revestia de una extraordinaria fuerza de espíritu, y *¡adelante!* se decia, con el corazon lleno de valor y la cabeza cargada de proyectos.

Aquel *¡adelante!* era la idea inmediata anterior á esta otra: *Instemos;* ó *instaba*, no á Piedad, valiéndose del papel rosa y perfumado, sino al ministro, y por medio de sellos, ya de á siete, ya de á cincuenta centavos.

Al menos, nuestro hombre, si se forjaba ilusiones, era en el fin, pero no en los *medios*.

El *ministro del ramo* llegó por fin á «parar mientes» en aquella série de instancias uniformes, idénticas y análogas como un interminable *Te rogamus, audi nos.*

Una tarde, á la hora del *acuerdo*, S. E., personalmente, tomó su respetable pluma, y puso al márgen del ocurso de Antonio el sublime, el consagrado, el inexplicable y lacónico *dése.*

Esa misma tarde (para explicarnos en el lenguaje oficial) «se libraron las notas relativas,» y al dia siguiente nuestro jóven, sacó de la Tesorería el derecho de pasar «como la gente» por la casa de su novia.

Compró levita, compró simpatía, decencia, aceptacion social.

Al evadirse de aquella epidermis añosa, sintió algo parecido á lo que se sentirá despidiéndose de un pobre diablo de amigo viejo que ha divertido nuestras largas horas de marasmo contándonos contratiempos y *arranqueras*.

Cayó sobre el sillon de Antonio, doblando sus mangas é inclinando su cuello, con el mismo aplomo y languidez, con la palidez y el polvo de un mendigo que se desplomara cadáver, ahogado por la miseria.

Rindió, puede decirse, el último aliento.

Entregó su espíritu en manos de su dueño.

Antonio le dió un puntapié, casi con remordimientos. Al verse en el espejo, se irguió orgulloso y satisfecho.

—Al menos *así* soy gente!—dijo lleno de conviccion.

Y pensó fugitivamente que «así» ¿qué tenia de particular que aquella muchacha, que tenia tan bonitos piés, tanto gusto para vestirse, &c., llegase por fin á corresponderle?

Le ocurrió que en esta vida, para llegar á conquistarlo todo, lo primero que se necesita en virtud de la lógica natural, es *presentarse*.

El estaba ya *presentable*, y.....

¡Quién sabe, quién sabe hasta dónde su levita nueva podria llevarle de la mano!

Lo demas importaba poco.

¡Hay tantos hombres para quienes un trage decoroso viene á significar lo que los polvos de oro á las negras y amargas píldoras!.....

Cumpliendo ciertas condiciones de exterioridad, todo se pasa en esta vida.

Vestido ya, no vaciló.

Era preciso *pasar;* que lo vieran, que lo notara todo el mundo.

¿Qué le importaba?

¿Quién podria oponerse ni dirigirle el menor reproche? ¡Estaba en su derecho!.....

Era *un muchacho decente*. Se «dirigia» á una señorita, y nadie podria sin ligereza vacilar sobre la pureza de sus intenciones.

Lo demas, la realizacion de sus mas nobles y justificados deseos, seria un punto aplazable sin dificultad. Seria solamente una cuestion de tiempo.

Entretanto, nadie, absolutamente nadie tendria objecion alguna que hacerle.

Se presentaba *como todos*..... ¡Podia, pues, hacerse *esperar!*.....

¡No se conoce *uno* y *se trata*, y se *casa!*..... todo en una tarde!

¡Calma! ¡calma!

XXXV.

Antonio estaba *inconocible* con su levita nueva.

Era un *señor*. Pero no era ciertamente un tipo.

No se parecia *al de antes*, y *así* pasó por enfrente de los balcones de la casa de Piedad.

Con el cabello corto y un tanto rizado, el trage respirando decoro y la apostura trascendiendo á decencia, aquella calle, aquella casa, aquella jóven en fin, no eran para él objetos de una escandalosa violacion.

Eran *compatibilidades* sociales y puertas abiertas para dejarle libre la entrada de las ilusiones y de los placeres.

Debia de *pasar*, y pasó.....

Pero ¡no era el mismo!.....

Piedad estaba en el balcon de la salita, y él la vió á lo lejos.....

—¡Adelante!—dijo temblando y presa de una extraña lucha.

Aquel «adelante» no lo sopló por entonces la voz de la ternura entusiasta, sino la conviccion de haber conquistado *la aptitud social* para presentarse en todas partes.

Siguió con la mirada fija en Piedad y la esperanza palpitándole en el corazon.

Casi se sentia tomado de la mano por su levita y arrastrado á una picante aventura, como si aquel vestido fuera un *amigote* atrevido, emprendedor..... calaveron.

Piedad estaba triste, distraida, casi hundida en un estado de perfecta abstraccion.

No se fijó en él.

Antonio halló por conveniente no volver á pasar.

Habia en sus orejas y en su frente una llama de mortificacion.

Se terció de la muerte por haber tenido la ocurrencia de pasar *tan nuevo*.

.....«Luego si no he pasado antes—dijo—luego se comprende que la causa ha sido *esto*.»

Y al decir tales palabras, volviendo la esquina, se dió un furioso estrujon en el cuello de la levita.

—Debí de esperar hasta *usarme* un poco—añadió, suspirando bajo un acceso de melancolía.....

¡Tal suele ser la condicion de un hombre, que llega á identificar los accidentes de su persona y de su vida con los de la vida de su ropa!.....

Piedad tenia prendido entre sus cabellos un boton de rosa blanca.

—No va del todo mal—se dijo él al notarlo;—al menos comprende que es *amada en secreto*, y acepta este amor. Por lo menos no le desagrada.

En una de las calles inmediatas, un *quidam* se paró, solo para hacerle esta observacion:

—¡*Está vd. inconocible!*

No añadió por qué.

Esto lo acabó de resolver á no pasar de nuevo sino despues de *usarse* un poco.....

Ya hemos pretendido probar que en ciertas circunstancias un hombre se identifica con su vestido, ó por lo menos que el vestido de un hombre suele significar para sus intereses en el mundo, un *antecedente*, propia y rigorosamente hablando.

Los sastres, estos fabricantes de epidermis, estos *confeccionadores* del brillante plumaje de mil singulares pájaros sociales; los sastres, decimos, aun no han comprendido toda la importancia de su mision en el mundo, y del verdadero papel que tienen que representar en la sociedad del siglo XIX.....

CAPÍTULO VII.

AMORES Y MATEMÁTICAS.

XXXVI.

En materia de amores, y al tratarse de emitir sobre la misma conceptos determinados, es inútil discurrir.

El amor huye de las reglas fijas, como la mariposa y la nube se separan incesantemente de la línea recta.

Id á comparar las frases espirituales y tiernas de Santa Teresa de Jesus con los *carbones encendidos de Sapho*, y habreis incurrido en el mas singular absurdo.

La sublime poetisa española hallaba la vida entre las sangrientas llagas de su Cristo, y la cantora de Lesbos ó de Mitilene halló la muerte entre los desdenes de Phaon.....

El *sublime* del amor ha sido tambien muy diverso á la expectacion de los grandes amantes, ó si se quiere, de los grandes poetas, estos gigantes pensadores del corazon.....

Si la obra de la Redencion del género humano hubiera aconditeco entre los siglos XVIII y XIX, probablemente hoy nos

santiguariamos qué sé yo si con una guillotina ó con una pistola.

Quedó hace muchos siglos consagrado esto ✠ como un signo de amor y de redencion, y los que creemos, así lo empleamos. Los que creen poco, alteran la forma, limitándose á imprimir en su frente, la X signo de la incógnita.....

¡Oh! ¡Pero la creencia es la felicidad! Creer es amar. Cuando la humanidad se arroje un cero á la cara, habrá llegado el *Dies iræ* del Profeta!.....

Por nuestra parte, hemos admirado la Haydée de Byron, la Cimodocea de Chateaubriand, la *Francesca* de Silvio Pellico, la Carlota de Goethe, &c., figuras todas grandes, nobles y bellas; pero creemos mas en la poesía y en la verdad del amor de cualquiera muchachilla mexicana de la clase media, que mientras distribuye los doce reales de *su gasto* ó repara á solas las mallas de sus medias, piensa y suspira llena de ternura y abnegacion, por un novio con seiscientos pesos de sueldo, ó dependiente de tienda de ropa con esperanzas de llegar á comerciante.

La *Cosetta* de Victor Hugo, idolatrando á Marius de Rennepont lleno de harapos y de entusiasmo, es un tipo sublime.

Es el ideal de los amores posibles: es la verdad desnuda, agigantada, celestial.

Es el *ergo* preciso, la mas exacta deduccion de ese laberinto de hombres, mujeres y pasiones que obedecen, precipitándose á ciegas en no sé qué abismo de rosas y de sombras, impelidos por la fuerza irresistible de esa ley que se llama *amor*.

Antonio y Piedad habian sido arrebatados sin saberlo, por ese huracan, y volaban al mismo punto, pero no unidos. Su destino los obligaba á idolatrarse, por decirlo así, «paralelamente,» á distancia.

Se amaban, si puede decirse, «á tiro de pistola;» pero para

un resultado era lo mismo, si hubiera existido, propia y rigorosamente hablando, un amor mutuo.

¿Debian acaso de encontrarse al fin y comprenderse?..... Esto era solamente probable.

¿No llegarian nunca á comprenderse?

Esto podia acontecer muy bien.

Amarse, por otra parte, al través de inconvenientes sociales, teniendo que derrocar muros de granito para llegar á unirse, era, ó el colmo de la temeridad, ó la epopeya del amor.

Antonio enamorado de una muchacha decente, sin contar, para llevar al cabo una union social, con mas tesoros que el de ciertas facultades personales, y el de *brillantes disposiciones* que el mundo le concedia, confesándoselas en esa jerga decorosa que emplea para confesar cuanto quiere; Antonio, decimos, era para las cuestiones reales de la vida y para las exactas y apremiantes exigencias de la sociedad, todo, menos un *marido*.

Era un boceto del amante desgraciado.

Podia servir de modelo para la viñeta de un *novelon* ferozmente «romántico;» debia de considerársele como la *ilustracion* puesta por Staal ó por Mr. Bertall en algun libro filosófico-erótico de Alph. Karr.....

Nada mas.

Un hombre así, cuando exclama en presencia de la sociedad en las palabras «¡Me muero de amor!» provoca las sonrisas.

La sonrisa despreciativa del mundo, que lo ve «de piés á cabeza» y lo encuentra «un miserable,» y la sonrisa divina de Dios, este sublime inventor de la hoja de higuera, que al ver tal hombre y tal corazon, recuerda que un dia lo hizo *á su imágen y semejanza*, como dicen en el Génesis.

—«¿Me declaro por fin?—pensaba Antonio.—Pero..... tengo que *casarme*.

«Tengo que crear en la sociedad *una posicion* para una mujer.....

«¡No la tengo para mí!

«La familia *lo sabrá* luego: la madre ó el padre de esta muchacha me llamarán aparte.

«Muy bien.

«Me preguntarán cuáles son mis intenciones.

«Las mas nobles y puras.

«¿Cuáles mis fines?

«Los mas dignos y caballerosos.

«Y ¿despues?.....

«¿Despues?..... Despues me dirigirán esta pregunta, á la cual no podré contestar satisfactoriamente:

—«Y vd. *¿con qué cuenta?*.....

«Cuando no se cuenta con algo satisfactorio en la vida, debe suprimirse el amor, como se suprime el vino en la comida si el presupuesto no permite *la entrada* de este *artículo*.

«¿No puedes pagar tu asiento en la ópera?

«No.

«Pues no vayas.....

«¿Tienes fondos para contraer matrimonio?

«No.

«Pues no ames..... suprime el corazon.....»

XXXVII.

Es terrible el período de la vida en que á un hombre le pasa, poco mas ó menos, lo siguiente:

Pasa por cerca del aparador de una tienda; una joyería falsa por ejemplo: le agrada algo, y sus únicas palabras son estas:

—*¿A cómo?*—apuntando con el dedo ó con la vista un ob-

jeto, cualquiera que sea, pero que pudo llamarle la atencion.

Le contestan, y se va *enterado* del precio.

Nada mas.

Si en la calle encuentra una linda muchacha que lo cautiva, le seduce, le fascina, lo primero que le viene á la imaginacion, despues de analizar todos los encantos posibles de la jóven, es

—*¿A cómo?*.....

Y se marcha por otro lado, suponiendo una respuesta, presuponiendo ó presupuestando un valor..... pensando en una cifra.....

Todo esto pensó Antonio, despues de dar vuelta á la calle inmediata á la en que vivia Piedad.

Se sentia lleno de humillacion, exasperado con su ansiosa y loca impotencia.

La observacion del *quidam* expresada con las palabras «¡Está vd. inconocible!» le pusieron furioso.

Llegó á su cuarto y se quitó su levita nueva, que arrojó sobre un mueble con el mayor desden.

—Hablémonos á nosotros mismos con la mayor franqueza y circunspeccion,—murmuró sentándose al escritorio y poniéndose buenamente á pensar en lo que le estaba pasando.—¿Se necesitan los tesoros de Creso para adquirir la posesion de esta mujer? Es de la clase média como yo. Pero es *mujer*..... delicada..... tiene piano..... en su casa hay alfombra..... es, en fin, una «muchacha decente,» que por razon natural debe de tener sus aspiraciones. Nada mas justo por cierto..... pero..... ¿puedo yo llenar tales aspiraciones? ¿puedo ofrecerla con mi amor y con mi persona, otra cosa que dificultades, pobrezas, tal vez miseria?

Dicen que las pasiones bien dirigidas constituyen un noble estímulo y hacen progresar al hombre mas desgraciado.....

¡Pues bien..... apasionémonos!.....

Y bien: ¿cuál es el principio de tal camino?

Los hechos.

Es decir, la buena voluntad..... la fuerza moral. ¡El trabajo!.....

¡Trabajar!..... Pero ¿en dónde, cómo, en qué?..... ¿Soy *algo?*..... ¿Puedo serlo?.....

¡Ah! ya comprendo..... Mi destino me condena aún *á trabajar* para trabajar!.....

¡Singular condicion, excepcionalísima por cierto!

Pero el Criador no se expresó con franqueza.

Su Divina Majestad dijo: *Trabajarás*, en el dia aquel de la maldicion; pero no añadió lo que, por lo menos en mí, se verifica.

Si yo hubiera sido Adan, y Jehovah me hubiera aquel dia tomado por su interlocutor, me hubiera dirigido la palabra poco mas ó menos en estos términos:

—*Trabajarás para trabajar.*

Y si tal hubiera pasado, ¡oh!..... desde hace luengos años que yo hubiera sabido á qué atenerme.

Pero, en fin, dicen que todas las cosas quieren un principio, y yo me sujeto.

¡Adelante! Me precipito en este amor, de cabeza y con los ojos cerrados, como quien confia su salvacion á un largo trecho de natacion en el Atlántico..... ¿Sobrenadaré? ¿podré llegar á salvo á la felicidad al través del negocio?.....

¡Qué escabrosidades, santo Dios, para llevar el camino que conduce al cumplimiento de una mision!.....

Y..... ¡qué camino!.....

El demonio mismo no hubiera inventado un derrotero mas sombrío para conducir al hombre á la exasperacion!

Mi vida es un mapa infernal de sombras.

¿Por dónde está el sendero de oro?

¿En dónde empieza la línea rosada?

¡Oh duda! Tú eres el resultado de la incubacion entre las tinieblas y la nada!

Al menos el vicio tiene sujeto al hombre á sus obsesiones determinadas y enérgicas.....

Entre una carta amorosa y un presupuesto de matrimonio, no veo mas medio que el sacrificio.

Pero no estoy dispuesto á renunciar á mi felicidad.

Seamos algo, pues así lo quiere el destino.

El destino, que se me presenta hoy en medio de la vida bajo la forma de una muchacha simpática, que bien puede ser una santa.

Pero puede ser tambien la forma que el demonio tome para venir al mundo á consumar la obra de mi martirio.

De todas maneras, y sea lo que se quiera, hasta ahora no hace mas que impelerme hácia adelante.

Obedezcamos.

Al pasar, no me ha visto ó no me ha conocido. Pero..... ¡con razon!.....

¿Quién habia de conocerme á mí, pobre *bohemio*, disfrazado de *gente que vale algo?*.....

¡Si andaba yo ya en unas fachas!.....

Y *así* tuve valor para seguirla.....

Se necesita ciertamente muy poco decoro ó muy poco mundo para hacer esas cosas.....

¡Qué tontera!..... ¡Presentarse *así!*.....

Yo no sé *en dónde andan* los términos medios de mi situacion.

¿Qué debo hacer para no andarme en extremos?

La suerte es del audaz, y yo debo empezar por conquistar la suma de audacia que necesito para llegar hasta mi suerte!....

¿Para qué seré yo bueno?.....

Ó mejor dicho:

¿En dónde ó en qué podré «desplegar» la aptitud de que el cielo me haya dotado para alcanzar la realizacion de mis esperanzas tan justas?.....

Qué!..... ¡mas claro!

¿En dónde conseguiré *dinero*?.....

He aquí la verdadera cuestion.....

¡Pobre muchacha si ahora le ocurriese enamorarse de mí!

¡Hacia negocio!

Veamos, pues.

XXXVIII.

Tomó un lápiz, un pedazo de papel, y se puso á escribir.

No penseis, lectores, que la poesía, esa diosa de blanda sonrisa y apacible frente, fué la que bajó á dictar los conceptos angustiados que, negros, silenciosos y rápidos, descendieron de la acalorada mente de aquel hombre, deslizándose por la punta del lápiz y vaciándose en el papel como un *mal humor* arrojado allí por un caño capilar.....

¡No!..... Antonio no poetizaba, calculaba. No escribia sonetos, sino cifras.

No hacia remontar al cielo, en una doble partida, las místicas flores de su esperanza y de su fe, sino que se atenia á la partida doble de la *prosa* de la vida, que en un definitivo resultado debia demostrarle con una cruel y terrible ingenuidad, que todo él era ceros, supuestos, capacidades cuando mas, y que para llegar hasta el Eden de su amor, necesitaba constituirse en una cifra valorizadora de aquellos ceros, y entrar de frente, con valor y entusiasmo, al mundo de la *prosa*, al mundo de la materia..... ¡al mundo, en fin!.....

Porque hay algo que es un hecho:

Para los intereses de una muchacha pensadora, un ángel y un mendigo son casi lo mismo.

No sé qué de harapos hay en las alas.

En todo caso, es preferible *un hombre de bien*, con quincenas siquiera de cincuenta ó sesenta pesos, y esperanzas de llegar «alguna vez» á «algun descanso.»

Todo esto es notoriamente cruel. Algo mas, terrible, para el hombre que confia la mitad de su ser á la union moral, material y social de su vida, á la vida de la mujer que ama.

Pero todo es cierto, ó mejor dicho, todo esto se justifica con una reflexion que es por cierto simple, llana, indeclinable, fria.....

El amor, la ternura, la idealidad, &c., suelen cargar la cabeza, pero jamás el estómago.

Se trata, pues, en tales casos, de cuestiones *vitales*.

Nuestro jóven, al hacer uso de un lápiz y de un papel, hizo algo mas que soñar.

Presupuso.

Y «presuponer» *algo*, es «presupuestar.»

Descendió de la nube al suelo, de la utopia al cálculo, de la mitología á la aritmética.

Si Piedad hubiera sentídose poseida de un sentimiento mas de acuerdo con la conveniencia que con la abnegacion, y si hubiera notado el calor de la frente de Antonio, su desconsuelo y su esmero para medirse de potencia á potencia nada menos que con su mismo corazon; la jóven, decimos, no hubiera vacilado en calificar aquel estado de su novio, como la primera garantía del porvenir de ambos, y no hubiera vacilado en otorgarle *sin responsabilidad*, sin inconveniente alguno, los primeros favores que toda muchacha concede sin vacilar á un hombre cuando está segura de que obra de acuerdo con las severas sugestiones del deber.

Pero Piedad era tan sensible como Antonio, aunque por razon que puede llamarse natural, mas inexperta que su amante.

Las mujeres, por tal razon, pueden acariciar en calma, en materia de amores, las mas lentas y gratas ilusiones, las mas bellas y dulces quimeras; pues que, flores débiles y delicadas, nacieron para dar perfumes, y les basta á su tiempo inclinarse como la rosa de Jericó ó como la liana, apoyándose, enredándose y reclinando sus matizados pétalos y sus fragantes corolas entre las robustas, flexibles y elegantes ramas del arbusto que las sostiene.....

Por eso quizá nos ha parecido siempre «incalificable» el que una muchacha conteste á su amante un «lo pensaré» que jamás puede ser verdadero, pues que jamás tal concepto estará suficientemente fundado.

Somos nosotros, ¡oh lectores! nosotros los hombres somos los que tenemos que *pensarlo*, muy detenida y concienzudamente!.....

Antonio, decíamos, *presupuso* con toda verdad é imparcial exactitud, toda la suma de *fuerza social* que necesitaba impender para llegar á conquistar su soñada felicidad al lado de Piedad.

Más claramente expresado:

Antonio llegó á calcular fria y severamente *cuánto dinero* necesitaba *adquirir y gastar* para poder casarse con la muchacha.....

Presupuestar es poner á la izquierda el nombre de un placer, de una necesidad ó de un capricho.

Á la derecha queda la cifra.

El lugar de honor lo lleva la expresion del dinero.....

¡Sumad, y sabreis *cuánto* teneis que valer en el mundo!

Nuestro jóven clavó hácia el porvenir que anhelaba, una mirada atenta, observadora.

No dejó pasar detalle ni minuciosidad alguna.

Revisó de un modo ideal pero nimio, todo cuanto forma el establecimiento de un nuevo nido de amantes, y á todo dió *un valor*.

La lista debió de ser larga, pero completa.

Era preciso pensar en todo, ocuparse de todo, valorizarlo todo.

Así fué.....

Desde el piano y los espejos de la sala, hasta las *cazuelitas* y las cucharas de madera de la cocina.

Aquella alma que apenas queria tocar el mundo, como una nube, tuvo que descender á la consideracion de los mas groseros elementos físicos.

Aquella mano que solo hubiera deseado escribir las palabras *ángel*, *cielo*, *idealidad*, *&c.*, apuntó temblando y provista de una pluma *metálica*, la palabra *aventadores!*.....

Pero era *preciso*, y se sujetaba.

Sumó, por último, y el resultado *le dió* una cantidad enorme.

Habia allí muchos ceros que debian de llenarse solamente con *oro*.....

—¡Ni soñando hago *esto!*..... exclamó arrojando la pluma ó el lápiz sobre la mesa.

—Pues señor.....—continuó—si yo soy el *hombre* de esa *mujer*..... ¡brillante matrimonio le espera!.....

Pero..... ¿no se casan tantos? ..... Mil, diez mil familias viven bajo cierta comodidad y aun con cierto *comfort*, como dicen los ingleses, con la mitad, ó tal vez menos de lo que yo *gasto* en mi vida solitaria y destituida de placeres.....

¿En qué consiste?.....

¡En *algo* que es preciso averiguar, y que yo descubriré ahora..... ó nunca!.....

CAPÍTULO VIII.

COSAS PUBLICAS Y HOMBRES PRIVADOS.

XXXIX.

Trascurria á la sazon una de tantas épocas que ha sufrido en México la idea liberal y el sentimiento progresista.

El sentimiento universal habia tenido que callar á *cintarazos*.

Zuloaga habia *corrido* un albur, al que habian *ido* grandes cosas, Juarez y el clero.

Los «padres» abrieron su breviario y exorcisaban la idea progresista, con el mismo fervor que si se tratara de una nube.

La nube habia empezado á desencadenarse sobre la situacion en cuyas ruinas se apoyara la silla de D. Ignacio Comonfort, y aun flotaba en el vacío, amenazando al elemento conservador.

Le amenazó de muerte, pero no le mató.

Todo le quedaba al elemento liberal.

El conservador habia empezado á *cajearse* con la Europa.

Jugaba *el todo por el todo*. Ponia su última *parada*.

Corria, pues, un terrible albur.

La Iglesia sacudia sus campanas en son de rogativa.

Los entonces llamados *fieles*, pretendian matar la luz del cielo de la idea, mediante preces, cruces de *liston* y un influjo puramente *ascético*.

Las mujeres *se confesaban* en los templos, de tener amantes ó maridos *puros*.....

El arzobispo, con la mitra en la cabeza, revestido *de pontificale*, el báculo levantado y la actitud solemne y resuelta, amenazaba de muerte al águila de nuestras armas, como si se tratase de un perro rabioso ó de un poseido.

Todo iba así.....

Las miradas estaban atentas, y el formidable azar, el albur terrible, corria en presencia de todos.

Estaba escrito que el clero recibiria la penúltima sonrisa de la suerte.

Por entonces debia de ganar un poco aún.....

Salió un *as de espadas*, un Miramon, una cosa feroz y violenta como una catapulta, una entidad arrojadiza nada mas que de balas y decretos.

El clero entonó en la Catedral su solemne y consagrado *Te Deum*.

Se entregó á Miramon la cosa pública para ver *qué hacia*, como se entrega á un niño un reloj descompuesto é inútil.

Miramon dió golpes sobre la delicada máquina y acabó por destrozarla. La hizo, puede decirse, verdaderamente pedazos.

Ninguna espada resiste sin romperse á los golpes dados sobre una idea.

La idea es, por decirlo así, el granito, el diamante, el átomo primitivo de todas las cosas, y las cosas son de su tiempo.....

¡Cándidos! Id á soplar sobre el sol que no os deja dormir!....

Apagad la hoguera matinal del firmamento que no os deja soñar sombras y acariciar quimeras!.....

Matad la sublime antorcha de la verdad social, que baja á deslumbraros en vuestros delirios y á evidenciar vuestros suspiros por el pasado!.....

Allí no hubo un director de escena.

Por regla general, cuando la dictadura invade á México, la administracion no cuenta propiamente con un primer magistrado.

Se asesina al pueblo de muchos modos: ya rompiendo cráneos á balazos, ya trozando con una pluma de acero la grande arteria de la opinion.

La cuestion, por regla general, degenera hasta el grado de tener que buscarse entre las entidades prominentes de la situacion, buena y simplemente al «primer espada.»

Cuando un enfermo no *tiene remedio* y así lo han declarado todos los facultativos, se esperan los primeros síntomas mortales, y entonces se llama al *homeópata.*

Miramon y Maximiliano fueron los *homeópatas* en las últimas convulsiones del partido conservador en México.

No debian de sobrevivir á los últimos esfuerzos burlados, y sucumbieron con ellos.

Sucumbir con un principio, es resolverse á presentar al mundo el espectáculo de dos cadáveres que se identifican, de dos polvaredas que se confunden perdiéndose en el espacio para siempre.....

Las situaciones públicas se encuentran, por regla general, á la altura de sus gefes.

Así sucedia en la época á que nos referimos; pero Miramon jamás llegó á pasar de *cierta altura.*

En los combates era asombroso.

Pasaban millares de balas á su lado, como no queriendo tocarle por respeto.

En Calpulalpam le hirió una idea.

Le cargó la opinion como una columna de héroes invulnerables, y sucumbió á las balas del *revolver* republicano, cargado de proyectiles y de ideas.

Los recuerdos guardan consignado aquel grupo confuso de mitras, plumajes y bordados, en cuyo centro aparecia la figura juvenil de Miguel Miramon, verdadero anacronismo de nuestros tiempos y gefe de la última patrulla que el clero llamara en su auxilio.

Jóven, arrogante y no exento de simpatía, presidia de un modo novelesco su peloton de monjes y soldados.

Sus miradas de águila abarcaban de un golpe el más complicado campo de batalla, y parecia que una *ojeada* de Miramon hacia estallar á un tiempo todos los cañones de su campo.

En Calpulalpam se vió vencido, y su valor guerrero pudo dictarle una protesta contra la idea que triunfaba.

Allí la *rubricó* con la punta rota de su espada, y aquella *rúbrica* «hizo» mas tarde *fe* en Querétaro.....

Por otra parte, en aquel tiempo «se hizo» el gobierno *subtegmine-fagi.*

Chapultepec, antigua residencia del presidente que habia sido alumno del colegio militar; Chapultepec, decimos, empezó á tener no sé qué de *Miramar.*

Algunas de las señoras usaban en la cabeza, joyas que tendian visiblemente á algo que parodiaba la figura de una corona.

El génio encendia la vela, y aquellas gentes soplaban sin cesar sobre la flama.

El derecho público y el derecho político se refundieron en la policía urbana.

Las garantías individuales quedaron convertidas en nombres raros, *incrustados* en la hoja del sable de Lagarde.

La pluma escribia y el fusil borraba.

Llovia, no agua, sino plomo, sobre las cabezas, encima de

las frentes, sobre los corazones, para que nadie pensara ni sintiera.

Se fusilaba en Tacubaya, y se brindaba en Chapultepec casi con sangre.

Todo estaba, en fin, nublado, y presentaba aspecto de catástrofe.

En el cielo de México se condensaba una niebla aparentemente compacta.

Algo mas.

Puede añadirse, sin temor de incurrir en una marcada hipérbole, que en México *fué* de noche durante todo aquel tiempo.

Para el espectador frio, filosófico y razonador imparcial, todo aquello era un espectáculo ilógico, una loca *jerigonza*, en la que no se embozaba mas espíritu que el de cubrir bien con el bonete ó con el *kepí* la mano que avanzaba con tiento hácia lo que mas tarde quedó consagrado con el nombre de «Caja central.»

Y *¡un muchacho!* presidia todo esto!

Era consiguiente que México quedase reducida á la condicion de «jugar á las muñecas.»

Todavía entonces se subia á la silla de oro á saltos y como jugando.

Márquez y sus amigos se retiraban *extramuros* á «echar una copa de sangre» á la salud de aquel clero y de aquel ejército, y Lagarde declaró conspiradora á toda la poblacion.

Puede decirse que la poblacion de México tenia «la ciudad por cárcel.»

Tambien puede decirse que los Excelentísimos señores Predentes de la República mexicana, D. Antonio López de Santa-Anna y D. Miguel Miramon, han encontrado alguna vez por muy conveniente que toda la República se presentase *arrestada en el cuarto de prevencion.*

Pueden perdonarnos nuestros lectores el empleo de estos conceptos, correspondiente con toda propiedad y en rigor al lenguaje puramente militar.

Hemos hecho alusion en las anteriores líneas á épocas y hombres militares, únicamente militares.....

XL.

Las grandes transiciones sociales producen tambien su bazofia: al asentarse, precipitándose al fondo lo que mas pesa, sobrenadan, como menos densos, mil hombres-moléculas, mil átomos flotantes, inapreciables, vermiformes, y que se retuercen y pugnan por precipitarse al fondo de toda situacion, como los gusarapos dentro de un vaso de agua. Cuando en México vacila un órden de cosas, salta de la nada un maravilloso número de adeptos del contrario, y por poco que sea su valor, llega á determinar la preponderancia del elemento revolucionario.

Suele acrecer su número hasta convertirse en fabuloso.

No lo equivoquemos con el de los hombres guiados por las apremiantes sugestiones de la idea y del principio.

Creemos que la conviccion, al obrar, trae consigo su parte de abnegacion y de martirio.

Los que obran bajo la conviccion no son *aquellos*: *aquellos* no son capaces de abrigar la chispa sublime de una idea: toda situacion moribunda acaba por ser devorada por su propia miseria: cuando ha combatido á sus enemigos grandes, leales y fuertes, sigue luchando con los insectos sociales, da cuerpo é importancia á los reptiles, se bate con pequeñeces *atómicas* y sucias como piojos.....

Al finalizar el período de la presidencia de Miramon, todo

el mundo conspiraba en México. La policía se volvia loca; eran ineficaces todos sus esfuerzos.

Dentro de la ciudad vivia la conspiracion, sorda, tenebrosa, inevitable. Por afuera se acercaba la revolucion, franca, segura, indómita.

La conspiracion, con sus sombras, con su carácter crepuscular, minaba en secreto el recinto ocupado por el sillon del jóven dictador: los conspiradores han necesitado siempre ese génio de alas cárdenas que conduce á tientas, pero de un modo directo y seguro, hasta el desenlace anhelado.

Los revolucionarios encienden el sol para guiarse en sus operaciones, y entre el hemisferio de las sombras y el de las luces, queda apretada, oprimida, sofocada, muerta, la situacion que se combate.

La fuerza y la luz por un lado, la noche y la sinuosidad por el otro; he aquí los dos elementos generales que juegan en tales luchas.

Los detalles suelen presentar otro espectáculo, ser otra cosa, de la cual es necesario desapercibirse. Los detalles suelen ser muy varios, y entre ellos suelen dejarse ver algunos no muy limpios.

Pero en los cuadros revolucionarios es preciso aceptarlo todo, pues todo aumenta la fuerza y tiene un valor explotable. El génio vuela á reflejar sus destellos sobre las armas de los combatientes, el *anima vili* tiene allí su importancia y su lugar, y en la dilatada escala que existe entre la acémila y el génio, basta buenamente *el hombre* visto y considerado en todas sus faces, ya brote á la revolucion abortado de la ciudad como un *detritus* social, ó ya se desprenda de una situacion para ir en pos de otra.

A la influencia de tales consideraciones, jamás hemos podido explicarnos cómo puede disputarse la moralidad de nin-

guna revolucion, sino considerando esta en su acepcion mas lata y fijando la vista en la mas noble y mayor escala, por decirlo así, de los grandes acontecimientos sociales.

Así como hay hombres que hacen revoluciones, así hay revoluciones que hacen hombres.

Las *capacidades* se van deduciendo de las audacias distributivas, por decirlo así, y las situaciones revolucionarias tienen la virtud de llenar de rosas y oro los mas grandes ceros de la sociedad.

XLI.

En la época en que terminaba la efímera dictadura de Miguel Miramon, habia en México un Don Martin *que conspiraba*.

Tenia familia y no recursos, y no teniendo qué hacer, conspiró.

La cosa era muy sencilla. Conspirar es abrirse la puerta del destino, sin mas trabajo que declararse adepto ó partidario del órden de cosas que va á triunfar.

D. Martin habia pasado su vida sin ser nada, sin poseer ni ejercer profesion alguna, tutoreado por las nubes, hijo mimado de la Divina Providencia.

Y sin embargo, así habia vivido, así habia producido una familia; era un hombre de quien jamás pudo saberse nada malo y nada bueno: un ente que vivia como todos, sin declararse nada: sombra embozada en las lontananzas de la vida, sin aparecer notable ni importante para nada.

De esos hombres que años tras años llevan *el gasto* de su casa, sin que nadie sepa de dónde lo adquieren, pero que cumplen con las exigencias de los deberes domésticos con una precision y exactitud admirables.

Y es que D. Martin nunca habia tenido posicion social, pero en cambio tenia familia y la amaba tiernamente.

Llegó, sin embargo, una época en la que D. Martin se vió colmado de dificultades.

Pequeñuelo, activo, casi malicioso, casi reservado, parodiando al eficaz y al atrevido, deslizaba entre sombras sus proyectos disfrazados con el trage revolucionario; iba y venia por todas partes, temblando de un susto puramente dramático; mostraba en silencio y con misterio billetes firmados por Juarez, se llamaba *altamente comprometido* en una situacion complicada y dificil..... cada transeunte era un policía, cada calle un abismo, cada paso un precipicio. Se ocultó por fin, y fué á avisarlo á todo el mundo.

—Me tutean Ocampo y Degollado; Juarez ha confiado á mis trabajos y á mis apreciaciones el desenlace definitivo de esto. Van vdes. á ver!.....

Y el hombre lanzaba miradas desconfiadas hasta al sol.

Cambió tres ó cuatro escondrijos. Apuró la suma de las mas ingeniosas precauciones, se inundó en tinieblas, desempeñó de una manera maestramente artística el papel del agente. Se puso, por fin, inconocible y cuando hubo cumplido con este último requisito, empezó á tocar el logro de sus mas ardientes deseos.

¡Lo buscó la policía!

Esto al fin era algo; esto al fin queria decir un principio de realidad. D. Martin empezaba á hacer efectivos sus delirios; entreveia ya la orla de *tisú* de la espléndida túnica del porvenir.

La policía tuvo aviso de que un hombre se ocultaba cuidadosamente, y como era de suponerse, quiso averiguar la policía por qué se ocultaba un hombre.

La policía ejerce indistintamente acciones que nos permitiremos llamar *reales* y *personales*.

Cuando no encuentra á la persona se dirige á la cosa.

D. Martin no aparecia, y entonces las pesquisas se limitaron á un rigoroso *cateo* en la casa del revolucionario.

Cuando este lo supo, ocultó sus papeles bajo de tierra, y provisto de un poco de oro y de un *Pactolum* de esperanzas, se evadió violentamente de México.

Entonces solo se podia salir de México para ir á incorporarse en alguna fuerza revolucionaria.

Así lo hizo D. Martin.

Despues de sustraerse laboriosa y dificilmente á la activa eficacia de los rastreros sabuesos de Lagarde, despues de atravesar por en medio de ese tortuoso y oscuro sendero que cruza el conspirador en medio de la sociedad, despues de un millon de dudas, vacilaciones y sustos, nuestro hombre se presentó una noche en su casa, abrazó conmovido á su familia, y de los brazos de su esposa é hijos pasó á ingresar en uno de esos grupos luminosos, raudos y terribles que describian en el gran mapa del territorio una línea sinuosa de sangre y de fuego.

Se hizo un tanto guerrillero.

Y muchas veces el hombre determina su carácter y despierta dentro de sí mismo una energía desconocida, lanzándose á formar parte de una de esas nubes de acero y carne humana que se ven á lo lejos chisporrotear y fulgurar, lanzando destellos, humo, polvo, gritos y muerte: avalanches desencadenadas y poderosas que se precipitan por todas las faldas de nuestras montañas, tronando y relampagueando; lavas incandescentes que se desbordan del encendido cráter de la idea y descienden á abrasarlo todo, á arrasar cuanto existia de viejo é inusitado, á producir un gigante cataclismo en las ciudades, á matar las superficies gastadas é inútiles de nuestro suelo, á consumar, en bien y provecho de la humanidad entera, una especie de trasformacion geológico-social, de la cual resultan al mundo las prendas inestimables de la reforma y el progreso.

D. Martin, pues, tenia que legar algo mas que moralidad á sus hijos, y fué á buscar ese *algo mas* al campo de los combates. Al través de cierto tacto instintivo; comprendió que lanzarse á la revolucion era enlazar una cuestion patriótica con otra de bienestar privado; y haciendo una especie de equipaje de aquel embrollo de ideas de honor, deber, porvenir y utilidad, cargó con todo hácia uno de los cuerpos de ejército que expedicionaban por el Estado de Michoacan.

La familia de D. Martin era numerosa, y Piedad era su hija mayor y predilecta.

El pobre hombre hacia mucho tiempo que consagraba largas horas de sus noches y de sus dias á un pensamiento único, fijo, constante y atormentador.

El porvenir brillante, ó cuando menos tranquilo, para su hija Piedad.

La idea del porvenir de su hija, roia el corazon y el cerebro de D. Martin con la saña de un extraño suplicio.

Al despedirse de ella para partir, sintió que su corazon se oprimia y que le saltaban las lágrimas; pero partió, no obstante, satisfecho, y murmurando sin cesar:

—¡Al menos se habrán puesto todos los medios!

Y al murmurar estas palabras, D. Martin pensaba en un laberinto confuso de objetos heterogéneos en su expresion, aunque consiguientes, absolutamente lógicos en el órden de las cosas de la vida, tales como son. Veia el buen hombre en su «mañana» un torbellino de rosas, oro y diamantes, gasas y joyas, brotando de un fuego nutrido de fusilería; distribuia lo bello entre su hija y el resto de su familia; pensaba en que era casi evidente que iba á comprar la realizacion de sus paternales ensueños, á precio muy alto:

Con su propia existencia.

«Huérfana acaso; pero tranquila, segura, acaso feliz:» pen-

saba D. Martin, de Piedad, como quien piensa al mismo tiempo en un bien y en un mal, y heróicamente se resuelve á aceptar el uno por el otro.

Y en la época en que la muchacha experimentaba el vacío que deja al ausentarse la sombra querida de un padre, habia aparecido á sus ojos la sombra de un amante.

No equivale; pero peor es nada, hubiera dicho la jóven, si por acaso le hubiera ocurrido decir algo.

Probablemente nada dijo.

Si aquel hombre no hubiera sido padre, acaso jamás habria llegado á pasar de un hombre cualquiera.

Por su hija, bien pudo haber llegado á todo.

XLII.

Hay muchos paréntesis que poner en la vida de un desgraciado.

Todos los instantes, todos los dias, todas las épocas si se quiere, en que una tregua de su destino lo ha hecho formar una idea de la felicidad.

Pero la felicidad es una especie de aurora boreal, poco frecuente en las regiones ardientes.

La aspiracion continua, el deseo constante, un *algo* que perseguir en la vida; hé aquí uno de los principales elementos de la felicidad; que si no, pudiera darse el absurdo abstracto de que es posible la felicidad sin un objeto á que referirla. Coronar una aspiracion, dar lleno á un deseo, equivale á hacerse ilusiones de que *se es feliz.*

¡Ved á lo lejos lo que anhelais! ¿Es posible tenerlo en vuestras manos? ¡Imposible! Este imposible es lo que basta para haceros creer que su adquisicion os haria felices.

Ya lo teneis en vuestras manos..... reios..... ¿Lo sois?

¡Ay! acaso la felicidad humana solo consista en el deseo siempre probable, jamás cumplido!

¡Cuánto harías con lo que os falta!..... ¿Qué haceis con lo que teneis?.....

Perseguísteis años enteros un grande honor, un gran caudal, una linda mujer.

Llegais solo á entrever el honor, acaso en el campo de la muerte: llegais á adquirir solo algun dinero, quizá á expensas de la dignidad, del decoro: llegais, por último, á conquistar solo una sonrisa de *ella*, que tal vez con su sonrisa os burla ú os engaña.....

Entonces os enloqueceis.....

¡Todo, todo para mí! gritais precipitándoos sobre todo.

Llega un dia en que adquirís todo el caudal, se hace vuestra toda la mujer, y se os concede plenamente todo el honor.

¿Y qué?.....

Feliz el que desea, aunque sus deseos no lleguen á verse satisfechos!

XLIII.

Antonio habia conocido á Piedad durante la época de la ausencia de D. Martin.

Piedad resentia aún los efectos de esa ausencia, y si bien esta circunstancia pudo ser favorable para que el jóven esperara algo propicio de un corazon preparado á abrirse á un afecto susceptibilizado, por decirlo así, á consecuencia de otro, nada, sin embargo, llegó á obtener por entonces, sino esas expresiones vagas, esos conceptos aéreos, si podemos decirlo, de un lenguaje puramente de las almas que se comprenden solas

y que desdeñan para expresarse de la pobre, de la humilde organizacion material.

Piedad era una hija excepcional, y jamás hubiera dicho sí á su amante, sin recabar préviamente toda la aquiescencia y beneplácito necesarios de su *papaíto*, como llamaba á D. Martin.

No urgia mucho; por otra parte, y el poco tiempo que tardara el señor en volver, serviria para *probar* y *observar* un poco á aquel jóven.

No habia necesidad de acelerar nada, ni de contestar las insinuaciones, si él no llegaba á exigirlo de una manera muy apremiante.

Bastaba una conducta que revelara buena y simplemente *disposicion*, sin concederlo *todo* y sin negarlo.

Por lo demás, las cosas *caerian de su propio peso.*

Y así tambien *se veria* si era posible unir la *conveniencia* con la simpatía, y haciéndolo *todo* compatible, marchar en *todo* con prudencia, y no hacer con el tiempo *una locura.*

Porque—decia Piedad—las pobres mujeres *pierden* mucho cuando no saben manejarse en una cosa de estas, que, no tiene duda, es necesario pensarlas.

—Yo veré cómo hago para que este señor no sufra—pensaba siempre al fin de todas sus reflexiones, por mas sérias y sensatas que fuesen, pues no podia negarse; Piedad tenia un excelente corazon y era la bondad y la indulgencia personificadas.

Así es que nada perdia con dejarse ver en el balcon, ni con ponerse lo mas *bonita* que fuera posible para salir á la calle, ni con repetir de vez en cuando el *Ideal* de Octaviano Valle y «La Sombra,» cancion de no sabemos quién.

¡Y cuidaba la muchacha con un esmero tal sus botines de raso color de nube!

¡Todo esto era inocente, muy inocente, recomendable, sublime! Todos estos eran rasgos de indulgencia y de bondad de

aquella muchacha, que sin saber ni por qué, se sentia inclinada á no contrariar á Antonio, y pensaba mas en llevar á cabo sus nobles propósitos de sostener por cierto tiempo un *statu quo* que era indispensable, que en ceder á los impulsos de una coquetería que siempre hubiera sido inocente, inofensiva, verdaderamente irreprochable.

Antonio fué mas que un santo: se sujetó á la casta represion de un mártir del amor. El amor se desbordaba en su alma, el amor henchia sus venas, el amor lo arrobaba, lo llevaba hasta sus misteriosas mansiones, antesalas del placer.

Aquella niña, con la voluptuosidad de su juventud y de su tipo perfectamente espirituales, hubiera formado el Eden, la epopeya primitiva de los amores, enlazada voluptuosamente á su jóven compañero: hubiera sido la Eva ardiente, tierna y acariciadora de un Adan social, frenético, salvaje y casi terrible en sus arranques amorosos, creador, fecundo, noble y grande, semejante al dios del Paraíso, despues de detallar, de analizar, de devorar á solas en el consagrado retrete nupcial, entre sonoros besos y caricias locas, á su compañera, asombrada de tanto amor y tanta energía, reproduciendo el *imágen y semejanza* del principio de los tiempos, repitiendo el *fiat lux* del Jehovah, criando, cumpliendo la mision, siendo el hombre en su tipo, ó mejor dicho, el tipo del hombre.....

Llegó un dia en el que Antonio ya no fué dueño de deliberar sobre los inconvenientes sociales á que tenia que sobreponerse para hacer expresivos sus apasionados sentimientos, y se propuso presentar su corazon *desnudo*, como se habia propuesto no hacer visible su persona sino *vestida*.

Escribió una carta llena de esos ardientes y expresivos desatinos del amor verdadero, desatinado siempre, pobre y casi tartamudo en su expresion, siempre que su expresion sea ó tenga que ser el lenguaje vulgar de los hombres.

Al poner el obligado «señorita» se exasperó: hubiera puesto «diosa,» «ángel» ó «hermana,» y no hubiera quedado satisfecho. Sentia, al dirigirse á Piedad, la necesidad imperiosa de llamarla con un nombre sin equivalente en ningun idioma conocido. Puso, sin embargo, su trivial vocativo, y derramó toda su alma é impregnó todo su papel en arranques de tal manera vehementes y apasionados, que á las pocas frases comprendió que habia agotado todos los elementos de la expresion: hubiera necesitado seguir gritando y sollozando, interpelándola solo con el corazon, hablándola solo al alma, y esto no es posible en un miserable fragmento de papel.

«*Perdóneme vd. que no me explique, aunque yo no pueda perdonarle que no me entienda; pero me duele tanto* esto, *que vaya vd. á ver si podré vivir así!*

«*No quise volver á pasar en mucho tiempo, porque vd. no dijera «como todos,» y no lo dijo vd..... Pero ya me moria, y pasé.....*

«*Vd.* dispense; *pero ya no* aguanto *el corazon, y me permito escribir porque ya me estaba ahogando..... No tenga vd. cuidado, que yo no quiero divertirme, y haré por casarme pronto si vd. quiere..... ¡Si vd. supiera todo lo que pienso y todo lo que hago para eso!..... Verá vd. como todo se arregla con solo que vd. me quiera un poco, porque yo quiero á vd. mucho; que si así no fuera, estaria como estoy en estos momentos, llorando como lloran las mujeres?.....*

«*¡Dígame vd. algo, por Dios! porque si vd. quiere, tendré mucho que hacer.....*

«*¿Qué, nunca ha sentido vd. esto que yo siento aquí? ¡Qué será esto, santo Dios, que ya no lo sufro, y no puedo estar sin ello!*

«*Le iba á decir á vd. muchas cosas que ó no recuerdo ó no puedo explicárselas.... ¿Vd. me entiende? ¿Se burlará vd. de*

mí porque lloro? Mil perdones; pero contéstame vd. cuanto amás, porque me estoy muriendo!.....»

Piedad recibió aquella carta como un rayo. Trémula, conmovida y llena de emocion, se encerró á leerla, y la leyó temblando. Aquellos disparates le hablaron muy alto: aquella incorreccion pueril la convenció de que era amada hasta un grado que acaso jamás habia pensado.

Y sin embargo, aquella declaracion le venia casi de una sombra. Piedad no habia tenido oportunidad de ver á su amante de un modo claro y distinto: no sabia de él mas sino que era un muchacho delgado, romántico, de levita, y que le decia que la queria mucho, y que se lo escribia, que le mandaba flores, que se moria de amor por ella.

—¡Pobre hombre!—dijo despues de haber leido aquel sublime fárrago, sintiendo que las lágrimas se le agolpaban á los ojos!

Hasta entonces habia estado curiosa, inquieta, desasosegada. Desde ese dia comprendió que la tranquilidad habia huido de su alma.

Habia un hombre que sufria, y sufria mucho, por su causa, y *esto no podia ser.* ¿Por qué habia de sufrir un hombre por ella? ¿por qué habia de ser desgraciado con el amor que le inspiraba? Era preciso evitar *esto* á toda costa..... Evitarlo..... ¿pero cómo? Entregándosele. Casándose con él, amándole como él la amaba, y tranquilizándole desde luego..... era preciso para tranquilizarle, contestar aquella carta de una manera muy fina y muy decorosa. Pero habia una dificultad. ¿Cómo habia de contestar una carta amorosa, precisamente cuando *papaíto* estaba ausente? Esta dificultad era invencible para la pobre niña.

Pero Piedad era un ángel, y se propuso abrir sus alas para abrigar á aquella alma enamorada. Se resolvió á emplear toda

la bondad, toda la indulgencia de su carácter, para poder proporcionar un poco de flores y de calma á la vida de aquel desgraciado; inclinar hácia él su frente llena de apacibilidad y serena como una alborada: sonreirle con una castidad é inocencia como una hermana que sonríe á su hermano, ó una madre á su hijo. Por último, si era preciso, se resolveria á decir á aquel *pobre señor*, de un modo mas ó menos indirecto, que esperara, que esperara *un poquito*.

Antonio, en los momentos en que la jóven se formaba tales resoluciones, no pensaba ni remotamente en la felicidad que su destino le preparaba, pues en tales momentos su buen destino abria para él todas las flores del cariño, todos los pálidos, fragantes y castos lirios de la ternura, guardados en el seno de aquella muchacha. Él la amaba. Ella le queria compadeciéndole. En él habia el indómito fuego de una pasion juvenil; en ella la casta afeccion de una hermana, un cariño apacible y lleno de abnegacion y desinterés.....

CAPÍTULO IX.

¡ADELANTE!

XLIV.

Así pues, Antonio amaba con todas sus fuerzas.

Piedad compadecia con todo su corazon.

Bajo tal concepto, ambos hubieran podido llegar fácilmente hasta el cumplimiento de la mision sagrada.

Pero él era una planta exótica en el mundo, un arbusto que no daba sombra, un rosal seco y estéril.

Ella, flor pudorosa, solo hubiera podido desplegar todas sus gracias, desatar todos sus capullos y derramar todos sus aromas, bajo la sombra de árbol mas frondoso.

Tanta abnegacion habia en la jóven, tanta bondad y tan resuelta predisposicion hácia el amor, que con gusto hubiera sido menos rosa, con tal de que él hubiese sido mas árbol.

Porque estas rosas que se llaman mujeres, y estos arbustos que se llaman hombres, fácilmente llegan á comprenderse, á

unirse, á formar el sublime enlace de la naturaleza, cuando no se coloca en medio la sociedad.

Cuando la sociedad decreta un «no ha lugar» á las mas nobles y tiernas aspiraciones de dos amantes, viene abajo, se desploma en ruinas todo el edificio de las ilusiones, de las esperanzas, del porvenir en fin.

Aquel episodio sublime de la creacion queda en escombros: «no ha lugar á la felicidad, porque no estamos ya en el Paraíso.»

La hoja de higuera es hoy un bellísimo recuerdo, y se acabó.

Antonio, rico, lo hubiera adquirido todo: Antonio capaz de cubrir el presupuesto de la felicidad, hubiera llegado á alcanzar sin el menor inconveniente «todas las felicidades» que este pobre mundo puede darnos.

Antonio virtuoso, noble, ardiente y leal, pero sin dinero, no tenia su reino en este mundo: en esta segunda condicion, cualquiera exigencia de Antonio para con la sociedad hubiera tenido de toda ella esta resolucion:

Pase á la Divina Providencia para sus efectos y por ser de su resorte.

El mismo Cristo, si hoy se presentara á predicar en el mundo una ley nueva, ¡cuántas condiciones tendria que cumplir para dar todo su atractivo entre los hombres á su «programa» y poder formar el verdadero espíritu de proselitismo!.....

Porque es un hecho.

Hoy se puede hablar de libertad, sentado en una silla de oro.

De igualdad, viendo al mundo desde una grande altura.

De fraternidad, cuando se ha adquirido todo el oro posible y se ha puesto al abrigo del *hermano* que no tiene oro.

Y así pues, lo que importa es profesar las ideas de libertad, igualdad, fraternidad, despues de haber conquistado las ventajas de la fraternidad, de la igualdad y de la libertad.

Pensar de otra manera es ocuparse de absurdos, es acariciar quimeras, es vivir tutoreado y bajo la proteccion de las sombras y de las nubes.

—El Sr. D. N. es la persona mas recomendable que se conoce—suele decirse de alguno.

—¡*Teoría!*—responde en coro el mundo entero.—¿Qué puesto ocupa? ¿cuánto tiene? ¿cuántos tesoros desamortizó en virtud de la ley de 25 de Julio?.....

—El Sr. D. N. es pobre—murmura apenas «el buen sentido,» confuso, temblando y cubierto de vergüenza.

—Pues el Sr. D. N. *no vale nada.*

Y sin embargo, la juventud, con la fuerza poderosa de su savia, con el fuego incandescente de su idea, con sus nobles y enérgicas aspiraciones, se abre paso por en medio de todo y todo lo domina.

Escala los *lugares altos* ocupados por los dioses de Baal.

Derrumba las usurpadas aras de los grandes ladrones, de las grandes situaciones, arranca la careta del hipócrita y penetra por todas partes y al través de todos muros sociales, iluminándolo todo con el fuego de la idea, destruyendo lo *imposible* bajo su noble, indómito y generoso impulso.

La juventud es la sociedad, la juventud es el mundo; es el vigor, la energía, la grandeza.

Bajo la mirada penetrante y el arranque de la juventud inteligente y resuelta, el mundo se estremece, porque el mundo es un viejo.

¡Dad paso al jóven que va á cumplir sus altas misiones de sociedad y de vida!

Monumentos del pasado, anacronismos vivientes que sofocais en la garganta el grito del entusiasmo y la explosion vertiginosa del santo placer del progresista;

¡Atrás!.....

¡Plaza á la frente encendida por el fuego del talento y de la inspiracion! ¡Campo á los corazones nobles que palpitan de amor y que saben inmolarse en las aras de todos los amores!

¡Mómias engendradas entre la noche y el olvido, raquíticos fetos de las sombras, verdugos de la idea, hijos del proyecto, cazadores «en vedado» de inteligencias!

¡Haceos á un lado!

¡Escombrad el camino por dónde tienen que pasar esas frentes pensadoras de veinte años!

¡Tapizad con rosas la vida, que va á pasar la juventud, y con ella la audacia y el talento, el progreso y la reforma!

¡Romped *coronas*, y cubrid con los diamantes y fragmentos de oro la senda de la nueva generacion!

Hijos del pasado, ¡volved á él!

Falanjes del retroceso, ¡lejos de la civilizacion!

En vano es embestir al héroe jóven con las impotentes astas de vuestra sordidez brutal!

¡Oh! no nos hableis de *vuestras* leyes de reforma!

Empezad al menos la reforma de nuestras leyes!

Y aun existen fabricantes de caos en medio del siglo de la luz.....

Y aun viven reptiles que amenazan tejer al mundo la noche en la mitad del dia.....

Pero tambien hay juventud y entusiasmo, y con el entusiasmo y la juventud, fuerza, valor, generosidad.

El fanatismo religioso, este señor feudal del pensamiento, este *divus imperator* del sentido íntimo;

El hijo de los Czares, ese harapo de púrpura, baldon viviente en pleno siglo XIX, recuerdo vergonzoso de la pasada abyeccion del mundo;

¡Ambos se desvian para «hacer lugar» al niño que nace!....

¡Oh! el pasado se despide luchando. *Se bate* «en retirada....»

El pasado quiere ser el presente.....

El absurdo se va sacudiendo su manto desgarrado y llenándonos de polvo.....

Dirijamos sobre esa mómia que se ausenta la última descarga de ideas.....

Dentro de pronto acaso, el pueblo, ese cuerpo de miles de almas, ó esa alma efundida entre mil cuerpos, sabrá pensar.... ó lo que es mejor, sabrá sentir.

Muy pronto tal vez, el entusiasta grito del pueblo será el concepto mas felizmente expresado: el poema en dos palabras, la sublime reasuncion de toda virtud, expresada así:

¡Viva hoy!.....

Discutid, pero andando.

El Norte inauguró la edad média.

El bárbaro, al disparar su formidable dardo, hacia saltar en mil chispas de oro el trono de los reyes.

Disparemos ideas contra el solio insultante del pasado.

¿Teocracia ó anarquía?

República.

¿Es un sueño? Pues dadnos la anarquía.

Pero adelante.

Derramad el sol entre todos, ú os llamaremos czares republicanos.

Fusilad al pasado: muy bien; pero sustituidlo con el presente y con el porvenir, ó no habreis hecho mas que una criminal sustitucion.

Ya no existe la *aseidad* bíblica en el que manda: seria un crímen: seria un ultraje al pueblo: seria la usurpacion de sus mas sagrados derechos.

La sangre de tantos siglos guillotinados ó fusilados por el Progreso, clamaria al cielo por tal atentado.

En la marcha general de las cosas, titubear es caer.

No parece sino que en los grandes pasos sociales la humanidad entera se muestra tímida.

¡Cuántos detractores contemporáneos tuvo Voltaire!

Los grandes *pasos* sociales quedan restringidos al través del tiempo y del carácter de los hombres.

La verdad es que las sociedades tienen conatos de andar como gigantes.

Pasa un puñado de dias, y se las ve andar como pigmeos.

Y los gobiernos se rehusan imprimir á la *cosa pública* las proporciones necesarias para hacer efectiva la verdadera marcha del progreso.

¡*Progresar!* ¿Quién define hoy sin ruborizarse esta palabra?

Unos tendrán que reprocharse mucho al dirigir la vista hácia el espectáculo de su progreso personal.

Otros tendrian que confesar que aun no han puesto los piés en la senda del progreso, y que acaso no lo han comprendido.

El hombre público que envuelve en tinieblas sus actos públicos, no puede menos de considerarse como un hombre privado.

Pensar y obrar *á solas*, aun cuando se obre y se piense en nombre del pueblo, es observar una conducta enteramente susceptible de ser juzgada como discrecional.....

XLV.

Antonio habia escrito como hubiera gritado.

Sin emplear en su carta mas literatura, mas retórica ni mas *tropos* que los de su corazon.

Aquella carta pudo haber sido escrita «á gritos» por un salvaje.

Aquel salvaje sentimiento habia tenido que expresarse por medio de una carta.

Intervino el corazon: intervino la mano.....

La *cabeza* habia quedado para lo último.

Lo último era la reflexion.

—¡Qué he hecho!—exclamó Antonio, cuando hacia un cuarto de hora por lo menos que habia entregado la carta y *las señas* al muchachillo harapiento.

—Ya no hay remedio—murmuró despues:—*¡adelante!*

Y la palabra *¡adelante!* proferida con toda conviccion y apercibiéndose de su verdadero y rigoroso significado, habia venido á dictar lo que *pensó* Antonio y que nosotros hemos antes consignado.

Y pensó mucho mas que nosotros no escribimos.

Sujeto á *pensar*, pensó de un modo inflexible, recto y tenaz como el índice de acero de una brújula.

Estaba en aquellos momentos de sus lucubraciones sociales, convertido en el exacto aparato científico y obediente á una ley natural.

Se vió en su situacion: comprendió que su situacion casi se derivaba de la pública, y como una brújula exacta, apuntó al Norte, al través de la pública situacion y de la propia.

Ya hemos antes indicado que el Norte es la inauguracion de la edad média.

El Oriente produjo al Cristo, sublime, divino autor de la idea republicana.

La patria de Washington se encargó de la práctica.

Wath y Fulton aplicaron el vapor á las sublimes máximas compiladas por Ripalda.

Moisés y Franklin han buscado la augusta faz de la Divinidad.

El primero, al través del incendio del Sinaí.

El segundo, haciendo volar su pensamiento á lo largo del hilo metálico de su *cometa*.

«Pensar trabajando y trabajar pensando,» seria el gran descubrimiento que debiera la humanidad al buen siglo XIX.

En esas palabras, como en un aforismo, se reasume tal vez el *eureka* de la civilizacion, el «*ultima ratio regum* de la soberanía del genio,» el «hasta aquí» que formara los ámbitos en donde el talento desplegase sus alas.

El pensamiento, interpelado hasta sus últimas y augustas mansiones, para venirlo á unir á la materia en un abrazo épico y sublime, formaria el poema de los siglos, la nueva creacion, el «imágen y semejanza» del Génesis, la grande alma cirniéndose augusta *dentro* del gran cuerpo, *el hombre*, en fin, de la creacion, el ensueño acariciado por Jehovah, el cielo en el mundo..... ¡el todo moral en toda su perfeccion!.....

XLVI.

Nuestro jóven habia interpelado á su propia alma, y despues á la sociedad, tal como está constituida.

Se declaró incompatible con todo, y á todo consigo mismo.

Pero en tal posicion, no hallaba el medio.

Se trataba tambien de alcanzarlo *todo* con Piedad, ó perderlo todo perdiéndola.

Y ya hemos dicho que no se resolvia á perderla en ningun sentido.

Se trataba, pues, de *compatibilizarse* con el mundo y con Piedad, é inductivamente llegar hasta la felicidad.

La felicidad de Antonio era la posesion de la jóven.

Una posesion amplia, absoluta y tranquila.

Era, pues, necesario empezar por *metalizarse* un poco

Vestir de oro algunas de sus ideas y ponerlas en el bolsillo de su chaleco nuevo.

Tomar el hombre útil y abdicar del harapo.

Presentarse, en fin.

Su alma quedaria *reservada*, como una linda estatua de Pradier, una de esas pequeñas Vénus del Benvenuto frances, á las cuales instintivamente se las toma, se las envuelve en un pedazo de crespon color de rosa y se las guarda con cuidado para cuando llegue el momento oportuno de mostrarlas.

Pensaba Antonio que llegaria el momento en que le fuera necesario desvelar su *bella estatua*, dejándola ver de Piedad, desnuda y desmayada, como la Psiquis lánguida de Tennerani.....

Una alma *así*, una resolucion de casarse *lo mas pronto posible*, el deseo vehemente y eficaz de disolver el blanco nublado de la idealidad y espantar el grupo de sus ideas, puramente *ideas*, como quien ahuyenta una parvada de palomas; un trage ademas siempre conveniente; reloj, joyas, algunas piezas de oro, &c.; todo esto era un principio, una posibilidad, la fachada, como quien dice, accesible de una probabilidad.

Podia, bajo *tales conceptos*, autorizarse un poco de fe, algo mas de esperanza y todo su amor.

Ya *entonces* seria alma y cuerpo:

Idealidad y materia:

Cielo y mundo:

Amor y negocio.

Ya *entonces* tendria la facultad de romper una nube bañada de sol, «una nube de oro,» hacerla pedazos, *acuñarlos*..... ¡comprar el mundo con el cielo!

Resolveria en verdad el absurdo de mandarse *servir la mesa* en el Olimpo.....

De chocar su copa con la de Júpiter, y apurar con los dioses algunos litros de «borgoña» de á cinco pesos la botella.

Salvo algunos inconvenientes del momento, inevitables en quien tiene que operar sobre su propia persona la instantánea transicion de *bohemio* en «muchacho decente,» todo se haria, todo, pues ahí estaba el grande amor y la firme voluntad para hacerlo.

Pondria, pues, su corazon «á diez y nueve atmósferas,» regularia su amor con un manómetro, haria de Piedad un ángel conductor de tan singular locomotora.

Seria trabajador, *hombre de negocios*, entidad en prosa; aprenderia el *modus vivendi.*

Se convertiria en adjudicatario ó denunciante, en artesano ó en conspirador; se improvisaria comandante de batallon ó gefe de oficina....

¡Cualquiera cosa, en fin, especuladora, progresista, fria, pero que lo condujera hasta el dinero, y del dinero á Piedad!...

Provisto de tales resoluciones, resuelto á caminar en cuestiones de *decoro* hasta el *frac* y la corbata blanca, y en materia de audacia hasta el matrimonio, Antonio no quiso esperar mas tiempo.

Se vió á sí mismo, «*y vió que era bueno.*»

Pasada la última revista *de su cuerpo*, se hizo presentar en la casa de la mujer que amaba, y fué en ella recibido como un señor que iba á frecuentar *su casa*....

La jóven le recibió con amabilidad, reserva y timidez.

La *mamita* con indiferencia, y *todos* le hicieron justicia, sin que se atreviera nadie á dudar que Antonio era un *muchacho decente;*

Sino que parecia un tanto caprichoso y estravagante, un «buen chico» lleno de ideas y *sin mundo* absolutamente.

Antonio entró de lleno en ese período de ansiedad, en el cual todo tiene que salvarse, ó que hay que perderlo todo.

Anhelaba ocultar su verdadera condicion, parodiar al hom-

bre, ó ya constituido, ó que no tiene que ocuparse gran cosa de su establecimiento.

Su locucion era flexible; afectaba cierta facilidad para vivir, para pensar y para obrar; quiso aparentar que seguia la vida sin penas y sin placeres, libre de las peripecias del destino, y ajeno á una felicidad que soñaba hacia mucho tiempo sin poder realizarla.

Atribuia su aislamiento á todo, menos á sus verdaderas causas.

Habia sido—decia—retraido y excéntrico por carácter.

Habia llegado, en algunas épocas, á sentirse seriamente atacado de verdaderos y alarmantes accesos de misantropía.

Pero jamás habia conocido ninguna de esas sinuosidades del mundo moral, que tiene que andar mas ó menos el hombre que está en la sociedad sin estar en la fortuna.

Se quejaba de *haberle tocado* un carácter reservado y un temperamento frio, sin haber podido sentir la primera ilusion sino muy tarde.

No por esto le habian faltado aventuras de cierto género, que habia aceptado y seguido por imitacion mas que por carácter.

Pero creia llegado el momento de entregar para siempre su corazon á un objeto que pudiese merecerlo....

Incurrió por fin en mil *banalidades* é hizo mil locuras, cuyo verdadero orígen fué, gracias á su buena estrella, perfectamente comprendido por la jóven.

La verdad es que Antonio estaba tiernamente enamorado de Piedad, y tendia constantemente á manifestarse como todo el mundo en su caso, juzgando así ganar terreno en el corazon de la muchacha, cuyos verdaderos sentimientos no comprendia.

Pretendió interesarla en su favor jugando para ello medios vulgares y empleando una loca trivialidad que él mismo despreciaba.

Quiso revelar al hombre de sociedad antes que al corazon excepcional, y Piedad habia soñado antes en el corazon que en el hombre.

Las primeras insinuaciones de Antonio contrariaron notablemente á Piedad.

No revelaban ciertamente aquellas insinuaciones, ni al amante tímido, espiritual y *poético*, por expresarnos así, de los ramos, ni al moribundo de amor de la carta; sino á una especie de viejo calavera, frio, gastado y fatuo, que habia buscado muchos amores por pasatiempo, y buscaba el suyo quizá solo por comodidad.

Pero al cabo de algun tiempo, Piedad, que no carecia de penetracion, llegó á comprender el estado de Antonio, apreciar los verdaderos sentimientos que le habia inspirado, y hacerse, en fin, con él un tanto mas expresiva.

Piedad en poco tiempo pudo hacer un estudio lento y detallado de Antonio.

Fué analizando uno por uno y del modo mas nimio todos los vicios de su carácter, todos los inconvenientes de su educacion puramente literaria, casi novelesca.

No podia, por otra parte, darse cuenta de las verdaderas resoluciones que precedieran á la presentacion de Antonio en su casa, ni de hasta qué punto pudiera llegar ella á ejercer una influencia decisiva en su amante, para llevarlo por medio de su ternura hasta la consumacion de sus amores, hasta la fusion de sus almas.

Y habia ademas en *aquello* el tiempo suficiente para seguir en una tranquila lentitud, pues ninguna resolucion definitiva podria llegar á darle á Antonio sin hacer antes intervenir en ella á su *papaíto*.

Ya hemos dicho antes que D. Martin se hallaba ausente «por causa de la República,» como decian los romanos.

Esta lentitud era precisamente lo que Antonio deseaba, y por cierto la esperanza de seguir en ella, habia contribuido, y no poco, á dar algunos *pasos* en el sendero lleno de rosas y lleno de espinas de sus amores.

Pero Antonio se habia dicho á sí mismo en voz alta un ¡adelante! lleno de energía y resolucion.

—Para seguir *adelante*, poco importa empezar con lentitud—*se* murmuró en voz baja.

XLVII.

Si nuestro jóven hubiera revelado desde luego su verdadero carácter, hubiera sido amado de una manera mas inmediata, y por expresarnos así, menos laboriosa.

Al través de la compasion de Piedad, habia ternura.

Al través de la reserva que Antonio pretendió emplear, nada habia, absolutamente, mas que un sentimiento, pretendiendo disfrazarse con el trage *convencionalmente* necesario de la circunspeccion.

Bien pronto el enamorado quitó la careta al presunto calavera, y aparecieron de una manera tan repentina como franca el cerebro y el corazon del amante.

Es decir: una alma lanzándose á tientas en pos de lo desconocido y de lo maravilloso.

Un espíritu perdido entre las curvas caprichosas é infinitas de los ámbitos en donde vuelan las quimeras, las ilusiones, toda esa falanje etérea é indescifrable que puebla los espaciosos salones de la imaginacion de un soñador.

Antonio trasportó por fin á la encantada salita de Piedad, todas las flores raras, todas las quimeras púdicas, sonrosadas é inverosímiles que forjaba sin cesar su flameante fantasía, y

al prescindir de su cómica circunspeccion, *se desarrolló* á los ojos de la atónita jóven, como un lienzo lleno de infinitos arabescos: se dejó ver como un invernadero pleno de las mas raras flores exóticas.

Así pudo verle bien Piedad, y así le quiso.

Á cada momento era preciso llamarle al mundo, á la sociedad, á la vida real, á la sala.

Piedad solia aventurar su propio espíritu á la vaguedad de los pensamientos de Antonio.

Solia tender sus pensamientos como unas gasas ténues y vaporosas, en las alas de aquél pájaro vagabundo, atrevido é inquieto, que á cada paso tendia el vuelo para ir á hundirse hasta no sé qué cielo de idealidad.

Pero el alma de la muchacha solia fatigarse hasta el extremo, de aquellos vuelos inútiles, á tan inmensa altura de la vida real y de su condicion de novia, hablando buena y humanamente, expresándose en el exacto é indeclinable lenguaje de todas las cosas de acá abajo.

Queria estar con su amante: el amor es una cosa divina, es un don del cielo, es una emanacion del mismo Dios.....

Muy bien.

Pero aun no eran ángeles, sino pobres moradores de este «desierto» *erial.*

Aun no les habia sido concedido el ir á derramar sus almas como una *blanca* nube de incienso en presencia de las aras de oro del Eterno; y mientras llegaban á tal categoría, bueno seria poner los medios para vivir simplemente como habitantes de *este pobre planeta*, y arreglar todas las cosas de tal manera, que pudiesen ir á unirse y á realizar sus ensueños mas gratos y sus mas bellas ilusiones en presencia de cualquiera párroco, *contrayendo matrimonio* «como todos» y conquistando su mutua felicidad ante el ara de la parroquia correspondiente.

XLVIII.

Antonio tenía proyectos.

Se habia hecho preceder en aquella casa y en aquel amor por una informe multitud de *ideas de porvenir*.

Al entrar allí se habia hecho acompañar por un tropel de pensamientos de *mañana*.

Habia dado el brazo á todo un programa de operaciones útiles y provechosas.

Iba resuelto, más á ser un hombre como todos para aquella mujer, que un himno á la belleza de aquel ángel.

Iba á necesitar vestir sus *sentimientos* de *negocios*.

Iba á forjar un *contrato* para hacerse comprender.

Se creia resuelto. No estaba mas que resignado.

Para *el caso* era lo mismo, siempre que de su resignacion se produjeran actos de una eficaz y productiva energía.

Se habia propuesto nada mas enamorarse, y se medio apasionó.

Era consiguiente; ya de antemano estaba enamorado.

Pudo comprender al través de la ofuscacion de las pasiones, que Piedad era susceptible de compadecerle, tal vez de comprenderle, cuando mucho de amarle.....

Pero nada mas.

Aquella mujer jamás llegaria á sentir por él una pasion.

El cariño de Piedad habia sido y era comparable á un manso arroyo, llevando entre rumores apacibles y modestas violetas, la onda trasparente de sus linfas hasta llegar á su fin.

El amor de Antonio era una tormenta desbocha, una aspiracion, un fuego continuo y borrascoso que le ahogaba y que, como las borrascas del cielo, solo hubiera podido espirar entre torrentes de lluvia ....

Los labios de Piedad eran un nido de apacibles sonrisas..... A lo mas, de tiernos y castos besos.

El pecho de Antonio era un volcán que se desbordaba en fuego y que derramaba á raudales las encendidas lavas que bajan á tostar las púdicas flores del verjel de la felicidad.

El pudor y la timidez le exasperaban, le enloquecian.

Veia á Piedad rodeada de una atmósfera de pureza que la hacia inabordable á los arranques locos y casi feroces de su amante.

Si alguna vez la hubiera besado, habria creido siempre que dejaba una mancha, una opacidad, un *vaho* demasiado ardiente en la frente ó en la mano de aquella muchacha lánguida y delicada como una flor.

Antes de visitar á Piedad, Antonio la habia escrito una carta.

Esto es: habia adelantado ya su declaracion amorosa.

Despues, que ya visitaba á la jóven, jamás pudo volver á decirla *yo te amo*.

Pero se lo hacia comprender incesantemente.

Antonio *esperaba*.

Esperaba con toda la suma de paciencia que tenia á su disposicion, á que «las cosas fueran como debian de ir.»

A nivelar su amor del cielo con sus facultades de la tierra....

Sus sentimientos con su posicion social:

Su situacion del mundo con su idealidad puramente divina.

Puede decirse que Antonio habia puesto en un platillo de la balanza de su destino su propio corazon, con todo su valor y todo su peso.

Era preciso equilibrar aquella balanza, echando en el platillo opuesto otro tanto, por lo menos, de posicion social, de valor real y efectivo; un poco de oro, un poco de *prosa*.

Y ya lo hemos dicho.....

Antonio esperaba con una paciencia ejemplar, verdaderamente sin límites.

Tocaria cada mañana á las puertas de la sociedad, á la entrada de lo positivo, á un antro cualquiera en donde hallara á ese dios serio, pero no severo, que se llama «trabajo.»

Por las noches podria permitirse las horas del placer y de la felicidad al lado de Piedad.

La situacion pública, por otra parte, se resentia de un carácter absolutamente anormal.—Estaba casi moribunda.....

¡Quién sabe si sobre el cadáver de aquella situacion podria encontrarse algo!

O mas claro: ¡quién sabe si la nueva situacion pública que se acercaba con marcha agigantada, podria prestarle la suma de elementos necesarios para determinar su situacion personal!.....

La *cosa pública* suele ser una *cosa* muy buena para los que no tienen *cosas* privadas!.....

El erario se encarga de arreglar las dificultades personales de infinitos adoradores de la *Res-pública.*

Acaso el erario iba á darle el Pactolo en que bañar á su Danae.

Por su parte estaba Antonio resuelto *á todo, á todo*, hasta á adquirir talentos, táctica, simpatías, &c.

Seria un hombre público, un hombre político, un hombre de letras, un juez, un magistrado..... cualquiera cosa.....

Hasta un hombre *de negocios*, que no sabemos si es lo primero ó lo último que puede ser un hombre.

Aquella muchacha delgadita, pálida y espiritual, vivia tranquila, pensando en que si *aquel señor* la queria como manifestaba, *pondria los medios*.....

Aquel hombre apuraba sorbo á sorbo como una copa de hiel, este aforismo social nunca desmentido:

«Que jamás se llega al fin sin poner los medios.»

XLIX.

La revolucion progresaba de la circunferencia al centro, ejerciendo su inflexible constriccion sobre la capital.

Miramon, lleno de audacia, blandia su espada contra el formidable *boa*.

El partido reaccionario ceñia ya su espada de viaje y se preparaba á evadirse luchando.

La República de Juarez (permítasenos la expresion) se habia lanzado hacia tiempo íntegra al combate, por no ser conducida á la cárcel por la *República de Miramon*.

Entre esta alternativa,—el campo de batalla ó la celdilla de la prision,—no se daba medio.

La negra nube que hacia tiempo colgaba en el cenit amenazando al órden de cosas espirante, vino á estallar en Silao y á desplomarse en Calpulalpam.

Las oleadas de los ejércitos republicanos, semejantes á las ondas embravecidas de un nuevo *mar Rojo*, se precipitaron sobre las tribus de aquella especie de israelitas de nuevo género, y su Faraon traspuso el mar, que estaba decretado no volveria á atravesar de nuevo sino para dirigirse al patíbulo de Querétaro.

Aquella tea reaccionaria que se apagó entonces, no debia de volverse á encender por manos mexicanas.

Correspondia á Luis Napoleon Bonaparte volver á levantar la flama con el fuego de fusilería de sus zuavos.

La *nueva* sangre que tenia que correr en México, como un *nuevo* bautismo de libertad, no debia de ser solamente mexicana, sino *austriaca*.

Esta simple emision de tan simples conceptos, explica ó in-

dica, por lo menos á nuestro juicio, el verdadero carácter de la última tentativa que el partido llamado reaccionario hizo por apoderarse *á toda costa* de la situacion.

L.

Pronto, muy pronto, Piedad iba á ser para Antonio «la hija de D. Martin,» y Antonio temblaba pensando que acaso la hija de D. Martin dejara de ser «Piedad.»

¿Cuál era el carácter de ese hombre, á quien nuestro jóven solo conocia por vagas, muy vagas noticias?

D. Martin era un abismo para Antonio.

Se decia que idolatraba aquel hombre á su hija, que sentia por ella una especie de pasion paternal.....

¿Qué posicion iban á ocupar D. Martin y Piedad despues del triunfo de la revolucion?

La nueva posicion de aquella familia ¿tendria que determinar y acelerar de un modo fatal ó favorable los apasionados deseos, las tiernas aspiraciones del jóven?

¡Oh! temblaba bajo tal duda, y se estremecia hasta el *corazon de su corazon*, como diria Shakespeare, al solo temor de perder á Piedad para siempre, y teniendo que ceder á razones de conveniencia, de fuerza, de delicadeza.....

.....

.....

No parece sino que los últimos disparos de Calpulalpam habian venido á herir á Antonio en el corazon, identificándole bajo un extraño respecto con la situacion pública, que yacia casi cadáver!.....

Antonio, empero, guardaba en su corazon, *toda* íntegra y sublime, la epopeya del amor.....

Si el amor es una virtud, es la virtud hermana de las grandes virtudes:

¡La Fé y la Esperanza!

Antonio esperó, pues, y creyó .....

Y en los momentos en que al repique entusiasta de las campanas de la Catedral, penetraban en México los veinticinco ó treinta mil republicanos triunfantes, Antonio, presa de una agitacion intensa y comprimiendo con ambas manos los latidos de su corazon, clamaba, aparte é infundiéndose solo valor:

—*¡Adelante..... adelante!.....*

CAPÍTULO X.

"TRANSVERBERACION."

LI.

Antonio recordó todos los poemas mas bellos de los amores mas desgraciados.

Pensó en todos los prodigiosos resultados de la fuerza de voluntad:

En todos los heróicos esfuerzos del corazon.

Antonio sintió agitarse el suyo bajo el impulso del mas sublime entusiasmo:

El entusiasmo del sentimiento.

No sabia cómo llamar á Werther, si un loco ó un santo.

Se replegó de nuevo hácia la idealidad y el amor, divorciándose otra vez de la sociedad.

Hizo la abstraccion mas difícil, pero la mas sagrada. La que ni la moral, ni la sociedad ni la religion autorizan; pero que la autoriza el corazon, y esto basta para las ansiosas exigencias del amante.

Pensó únicamente en estas dos palabras, que son el sublime dístico, el orígen, el gérmen de la creacion:

—*Ella y yo.*

Lo demas, en aquellos momentos, era para Antonio un accidente, una cosa secundaria, una cuestion de forma.

Ella y yo son el *in principio* bíblico, son la naturaleza de las cosas, son el fundamento y orígen de todas las personas, de todas las cosas, de todas las acciones.

¿Qué seria de la vida moral y material sin la existencia prévia, sin el antecedente indispensable, sin la condicion *sine qua non* del *todo*, que en el lenguaje de los hombres se formula con las palabras *ella y yo*?.....

Pronunciarlas comprendiéndolas, apercibiéndose de su verdadera significacion, su sentido mas real y positivo, es emitir en un concepto breve, abstracto, divino, el nombre de la primera ley, la denominacion de la naturaleza de todas las cosas, el punto de partida de todas las cosas de la naturaleza.

La noche sabe tejer velos de decoro para encerrar en un retrete de sombras los amores del bosque.

No sé qué confidencias amorosas y llenas á la vez de fuego y de frescura, conducen prendidas en sus alas invisibles, los céfiros que vuelan de una en otra flor, en medio de esos dormitorios nupciales que llamamos jardines.

En el principio de los tiempos, el alma y el cuerpo contrajeron el primer *ella y yo*, el primer matrimonio, las primeras nupcias, y fué el hombre:

El hombre, sér fecundo, creador y amor en nombre de Jehovah mismo, de todas las cosas.

¿Qué quiere decir esa primer mirada indescriptible é indefinible, de ese hombre y esa mujer que pasan por la vida, se encuentran y se ven?.....

El sol, esa rosa de oro del cielo, brota cada dia á efundir,

en raudales de fuego, el fecundante *polen* que cae sobre el seno ardiente de la tierra.

Ved el árbol que se enlaza con el árbol, entre crugidos, estremecimientos y sollozos como de amor!

El viento á su lado suspirando frases que nadie comprende y que todos pretenden traducir.

El viento los inclina unos á otros, suspirando no sé qué raros conceptos ni qué extraños rumores:

Cae una lluvia de hojas secas, las ramas se entretejen amorosamente.....

No parece sino que el viento ha gritado en el bosque un *amaos los unos á los otros*.....!

La luna sale á revestir de perlas y crespones á la novia naturaleza, siempre vírgen, siempre fecunda y siempre madre; y los céfiros, conductores eternos del *crescite et multiplicamini* del Jehovah en el Paraíso, recorren el mundo difundiendo por todas partes secretos amorosos, frases acariciadoras, embriagadores aromas.....

Y ¡Ovidio ha escrito el arte de amar!.....

Si sus contemporáneos hubiesen sido los contemporáneos de *Voltaire*, el autor de las *Metamórfosis* hubiera muerto en una hoguera.

El arte de amar no tiene otro autor que el autor del amor.

El amor es una rosa que ha brotado por la vez primera en el verjel de los verjeles.

El arte de amar se inventó en el Paraíso.

Dios *escribió* allí el primero, mejor dicho, el único tratado que existirá de ese arte divino, hasta la consumacion de los siglos.

La sociedad combate el amor, por mas que de él proceda.

La sociedad, ese tropel de dementes, ese embrollo de *mythos*, esa grotesca mitología, caida de no sé qué *cielo* de verdades,

ó no sé qué olimpo de quimeras; la sociedad, que á todo impone *bases reglamentarias*, y todo lo numera, y todo lo calcula; la sociedad es el único autor que ha pretendido siempre constituirse en un resuelto antagonista, y rebatir con todas sus fuerzas aquel código divino que se llama *arte de amar*.

El canónigo Fulbert, escribiendo en la frente de Abelardo una esquela mortuoria, pudiera representar bien á los partidarios del aislamiento.

Pudiera ser considerado como una sinonímia del reglamento social de los *amores*, y del tenebroso é infame impulso de los *amoríos*.

En el principio dijo el Gran Sacerdote del amor, las palabras:

Creced y multiplicaos.....

Mas tarde ha dicho:

«Amaos los unos á los otros, &c.»

Los hombres, la sociedad, inmediatamente se han encargado de comentar las palabras divinas, y asiendo ya el *stylum* ó ya la pluma, han procedido inmediatamente á escribir:

El matrimonio es un contrato..... &c.

Y los demonios de las sombras, de las tinieblas y de la soledad, han aplaudido frenéticos, desde sus antros infernales, estas tendencias del hombre á no serlo, esta organizacion civil de una ley natural, este cúmulo de restricciones que la sociedad se dispara sola suicidándose.

LII.

Don Martin venia á México, formando *ya* parte de un grupo de héroes, de un núcleo de luz, de una cohorte de progresistas que se acercaban, nuevos Mesías, á redimir á México de la servidumbre del pasado.

Antonio debia esperar lógicamente, que el padre de Piedad hubiese sido tocado de un rayo de la gracia republicana.

Podia suponerle partícipe del fuego santo de la idea.

Accesible á un principio como á un hombre.

Abordable *á todo*, menos *á nada*.

No desconfiaba, en fin, de la aquiescencia de D. Martin, en virtud de los antecedentes que de él tenia y de las *virtualidades* á que el enamorado jóven se aventuraba, fundadas siempre en aquellos.

Se *hacia*, en fin, *todas las ilusiones* que se hubiera hecho cualquiera otro hombre puesto en su lugar, y que contase á la sazon con todos los datos y elementos con que contaba Antonio.

Temia, pues, la llegada de D. Martin de tal manera, que si hubiera sido un tanto filósofo, debia, en virtud de tantos temores, no llegar á temer cosa alguna.

Pero empezó á experimentar las alternativas é intermitencias de su carácter trunco, poco formado, verdaderamente irresoluto y desconfiado.

Al menos, en ellas daba lugar al trascurso del tiempo, y con el trascurso del tiempo á la elaboracion lenta, pero eficaz, de la mejor prueba que un amante puede dar de su amor.

Y si aquel hombre llegaba con la mente poblada de proyectos de porvenir, y habiendo ya de antemano prevenido y dispuesto del de su hija!.....

¡Oh! entonces.....

Entonces..... bajo tan negra y siniestra suposicion, Antonio se sentia repentinamente rodeado por todas partes de ese sombrío crepúsculo de la duda.

Se perdia en las variadas é infinitas sinuosidades del proyecto.

Improvisaba, en fin, los mas absurdos programas para lo

futuro, y extraviado en las mil curvas de su imaginacion exaltada, loca, enferma, creia que al fin de aquel enmarañado laberinto de difíciles lucubraciones, hallaria á Piedad pura, rosada, bella y tierna como el primer destello de la primer alborada, al trasponerse una noche prolongada, borrascosa y negra.

Piedad, por su parte, nada creia, pero esperaba.

Al través del indescifrable carácter de su amante, la jóven no podia menos de ver la honda huella de algo mas que una ilusion, y que revelaba un sentimiento verdadero, constante, en Antonio.

Esto bastaba.

«Del corazon brota todo» — decia la jóven, no pudiendo ni remotamente suponer que la sociedad aglomera obstáculos sin cuento entre dos personas que tienden á unirse.

Dificultades y obstáculos á que el corazon, si se quiere, no puede sobreponerse.

Verdad es que veia con calma hácia adelante, sin exagerarse nunca las aspiraciones para su vida futura, y sin soñar su felicidad conyugal perdida entre quiméricos verjeles.

Miraba Piedad las cosas como son.

Antonio las miraba alumbradas siempre, alumbradas con el fuego eternamente encendido y abrasador de su fantasía.

Su expectacion al porvenir la hacia al través de una diafanidad prismática, y así veia todos los objetos multiplicados y rodeados del íris aparente de la *descomposicion*.

No podia hacer sus reflexiones en voz alta.

Devoraba á solas sus temores sin hacer partícipe de ellos á Piedad.

¿Con qué derecho?

Si la jóven le hubiera correspondido, si le hubiera dicho ya que le amaba, ambos hubieran podido resolver esta cuestion, llena de interes para dos personas que se aman:

¿Les *prestaria* «aquel señor» la indispensable aquiescencia para amarse, y no se opondria á que se uniesen?

Porque ya lo hemos dicho: nada haria ni llevaria á cabo Piedad sin aquella condicion.

Pero ni aun esto podia decirlo Antonio.

Se habia declarado, es cierto, con mucha anterioridad.

Se manifestaba á la sazon enamorado, vehemente y alusivo.

Pero no pasaba de ser alusivo, y esto no era suficiente.

Era preciso, pues, que Antonio *instara*, y que instara de un modo serio y eficaz.

Antonio no se resolvia á hacerlo.

Sufrian ambos en silencio por no explicarse.

Al través de simples indicaciones y de mil arranques vagos por mas que fuesen expresivos, no podia ciertamente llegarse al terreno de exactitud y claridad en que ambos debian colocarse, porque ya era tiempo.

Antonio aventuraba en prolongadas, difíciles y casi incomprensibles conversaciones, mil conceptos intencionales, mil frases henchidas de significacion.

Pero no daba un paso mas.

Ella solia colocar entre sus negros cabellos, botoncillos de rosa blanca y pequeños «bouquet» de violetas y madreselvas, ó iba á sentarse al piano á repetir:

«¿Quién eres tú, vision idolatrada,
Ideal hermoso de mi amor ardiente? &c.»

Lo cual no es mas que una cancion.

Y las canciones, en ciertas circunstancias, pueden significar mucho.

Pero tambien pueden no significar nada.

Jamás llegó á comprender Antonio si podia referirse á él aquel *Ideal* que pronunciaba la jóven cantando;

Pero sí no le cupo ni la menor duda de que estaba representando allí el papel de *vision*.

Y no pudo pasar por entonces de tal categoría.....

LIII.

La salita estaba tapizada con un papel *color de plomo* adornado con rosas y cintas blancas.

La pintura del cielo remedaba algunos caprichosos relieves de regular gusto, ostentando falsas luces y falsas sombras en imposible combinacion con la luz que penetraba por ambos balcones de la sala.

Esta no estaba amueblada y *puesta* con elegancia, pero no carecia de gusto.

Los muebles, de imitacion de *rosa*, tendian á parodiar en lo posible el estilo Luis XV, y el piano era un regular *Erard*, premiado en no sé qué exposicion.

Sobre la *mesa-estorbo*, llena de juguetes de porcelana, caprichosas conchas y pequeños bronces de un gusto enteramente florentino, habia un gran *quinqué* con su bomba de cristal-nube, perfectamente apagado.

Era el que se llevaba al piano cuando la jóven tenia que cantar ó tocar algo *por papel*.

Colocada la luz á la izquierda del piano, Antonio quedaba á la derecha, y el perfil de la muchacha aparecia en medio, dibujado con una línea irreprochable.

Piedad tenia sembrado con profusion ese *vello* finísimo y casi impalpable, tan peculiar á las naturalezas ardientes, y colocada contra la luz la cara de aquella muchacha, el *vello* ó finísimo *duvet*, como lo llaman los franceses, se inflamaba instantáneamente, como el ampo de una nube herida por un rayo solar.

Parecia entonces que aquella dulce y espiritual fisonomía, medio arrobada por la expresion de su propio canto, parecía, decimos, que se hallaba rodeada de una ideal aurécola de fuego.

No habia lujo ni elegancia en la sala de Piedad:

La jóven estaba distante, por cierto, de ser una *lionne*.

No era tampoco una beldad.

Pero era una muchachilla *espiritual* (y por cierto en todo sentido) y capaz de hacer creer al mundo entero que se moría, desde que empezó á ser jóven, de una ternura puramente *acéfala*, por decirlo así.

Una ternura que se efundia en el mundo del platonismo y de la idealidad, sin un objeto determinado, *específico*, á que referirse.

La verdad es que Piedad adoraba á su padre al través de todo.

O lo que, si se quiere, es mas exacto aún:

A todo al través de su padre.

Era, pues, aquella niña, *incasable* sin saberlo,

O por lo menos, sin apercibirse de que lo era.

Atentaba, pues, como mujer, á su parte de maldicion *paradisiaca*.

Contrariaba con todas sus fuerzas «su mision» en la vida.

Tendia visible y *abrevidamente*, aunque sin apercibirse de ello, á la transgresion de una ley natural, ya que no podia *tender* á su derogacion.

No hubiera querido incluirse en aquel concepto bíblico, que dice, de un modo sublime, pero genérico:

«*Dejará* el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer.»

Si á Piedad le hubiesen dicho que solo se trataba del *hombre*, hablando ideológica y estrictamente, hubiera abdicado de su sexo por adorar tranquila á su padre.

Esto es santo, esto es sublime... pero la hija no es incompatible con la esposa.

Antonio pensaba esto, veia en ello un inconveniente formidable como un muro de hierro.

Era toda una dificultad.

Las dificultades rodean á los objetos de cierta magia irresistible, y nada despierta por cierto tanto el deseo de la lucha, de la conquista, de la posesion en fin, como lo inabordable.

Es el sufrimiento que tiene de un lado un deseo, del otro un objeto, mas ó menos envuelto en la sombra de la duda, ó por lo menos en la penumbra de la dificultad.

Y esto basta para hacer de aquel objeto una *panacea*, capaz de curar sufrimientos de todo género.

La duda, en tal sentido, es un *dato* en favor del triunfo.

La dificultad es un elemento casi eficaz, casi determinante del resultado.

En amores y en política, los hombres de la época actual del siglo XIX, nos hacemos reos de asalto con escalamiento y fractura.

Esto es cuando en amores hallamos cerradas las puertas, ó los muros demasiado elevados.....

Antonio se veia colocado en ese pasillo doble y de atmósfera crepuscular, que conduce á no sé cuál de estos extremos:

Todo.

Nada.

¿Hácia qué parte le llevaria D. Martin?

La duda y la fe suelen estar sujetas á muy particulares y determinadas intermitencias.

Ellas son mas frecuentes en los corazones y en los espíritus que no están completamente formados.

Por eso Antonio solia á veces ver á Piedad considerándola como un objeto raro y de indisputable valor, pero que era, á

juicio del enamorado jóven, indispensablemente preciso escalar montañas para ir á encontrar aquel objeto.

Otras ocasiones pasaba Antonio revista á sus dificultades, con el mismo aplomo con que la hubiera pasado el capitan Gulliver á los ejércitos armados de Lilliput.

Entonces se reia á carcajadas burlonas de sus dificultades, de sus temores, de sí mismo, y con el mejor humor exclamaba:

—Nos casaremos, nos casaremos sin duda!.....

Y despues de haber hecho una prolongada hipótesis de su felicidad, virtualmente cumplida é idealmente allanada;

Despues de seguir detalle por detalle y de supuesto en supuesto su vida futura de *casado*, se fatigaba de enlazar de un modo puramente imaginario todas las peripecias y alternativas de aquella vida presunta, y solia murmurar, ya suspirando ó ya sonriendo bajo la influencia de cierta intempestiva filosofía:

—*¡Qué mundo, Santo Dios, qué mundo este!*

Porque en fin:

Seguia todo adelante, llegaban ambos á enamorarse como dos tórtolas:

Papaíto opondria tal vez su *veto*:

Antonio se constituiria en oposicion:

Saltaria de su alma una energía altamente subversiva:

Lograria convencer á Piedad de que era preciso iniciar una revolucion contra las resoluciones de D. Martin.

Contaria acaso, para tales circunstancias, con Piedad.

Triunfarian, en fin, pues todo era de suponerse!

Bien!..... y despues?.....

Oh! ese *despues* ya era otra cosa que se necesitaba pensar mucho y muy detenidamente.

Ese *despues* llevaba invencblemente de la mano á las cuestiones de la prosa, al escueto presupuesto, á la vida real, á la materia del mundo.

Y así, pues..... sois, no importa qué:

Un obrero decoroso,

Un magnate sin decoro.....

Cualquiera *cosa*. Lo que os ocurra primero suponer;

Pero en fin, sois *algo*.

Uno de esos *algos* que quieren efectivamente serlo, y que se constituyen en un martillo social que golpea por todas partes, para hacer saltar en chispas de oro esa veta inagotable que el mundo llama «utilidad,» «posicion,» *proporciones*, *&c.*

Un mazo que cae sin cesar sobre los hombres y sobre las cosas, sobre las ideas y sobre los sentimientos, y que de todo saca la *chispa mágica*, la divina sustancia, los átomos de la sublime piedra filosofal.

Suponed, en fin, que sois como todos; esto es, un hombre que trabaja y *adquiere*.....

Viene en seguida *ella*.

Ella es la flor que os cambia perfumes por rocío, placeres por afanes, ensueños por trabajos.

Ella, rosa entreabierta que vivirá con las gotas de oro del sudor de vuestra frente.

Evaporacion instantánea de las mas complicadas operaciones de vuestra alquimia.

Colocais las llaves de oro de la comodidad, del decoro ó del porvenir entre el matizado y fragante ramillete de las flores nupciales.

Las envolveis juntas con un corazon y un saco de escudos, en los crespones un tanto ajados de la luna de miel.

Vuestra compañera se hace el administrador de vuestras felicidades.

Descuidad del nido: allí está *ella!*

Vuestra mision queda reducida á cavar, cavar incesantemente en la mina.

¿Os fatigais?.....

Volved un tanto la cabeza. Sobre vuestro hombro se reclina aquella carita apacible, aquellos lindos ojos os ven y os dicen algo.

La frente tan pura, tan serena, se ruga un tanto porque *ella* os ayuda á pensar.

Aquella boca de donde se escapan sin cesar mil sonrisas que os caen al corazon, aquel nido purpúreo de besos, parece que sin cesar os dice:—¡Adelante!.....

Y de aquella boca, y de aquellos ojos, y de ese todo, en fin, seductor, nube de crespones y ébano, lirios, amor, placer, caricia y ternura, brota para vuestros brazos una musculacion de acero, para vuestro espíritu una energía indómita.....

Ella os hace fuertes: *ella* os hace hombres.

Vedla, de regreso á vuestro hogar:

Todo es caricias..... ternura..... sus lindos ojos flamean de placer al veros: su cara se enrojece bajo los relámpagos de una santa ternura: su expresion revela la sublime voluptuosidad del cumplimiento del deber.

Empieza á cumplir su mision de cada dia, abrazándoos.....

Vuestro dia es un prado de césped y violetas.

Os paseais por vuestra vida como por un jardin.

Sois el infatigable cultivador de una rosa.

A la hora de la mesa, vuestro cuerpo consume simplemente «platillos.»

Vuestra alma se nutre de miradas y de sonrisas.

Viene «el caer de la tarde.»

¡Oh! Al caer de la tarde, hasta la naturaleza se arranca el «trage de trabajar» y prepara sus húmedos céfiros, sus embriagadores perfumes, se viste con un trage de crespones trasparentes, y se *impregna* de casta y deliciosa voluptuosidad para el misterio del placer, ó para el placer del misterio.....

El caer de la tarde, es el *caer* lleno de languidez y de dulzura de una reciente esposa.....

Vuelan por los espacios blancos velos, festones de azahar, rosas, oro, blondas..... aromas.

La creacion se trueca en un vasto retrete conyugal, con sus céfiros como suspiros, con sus misterios como castidad, con sus rumores indefinibles como besos.....

El mundo á esas horas es un tálamo.

No sé qué caricia, no sé qué beso prolongado y delicioso se regalan el cielo y la tierra á la hora del crepúsculo.

Las estrellas húmedas, ardientes, ígneas, lanzan sobre las flores de la creacion miradas fijas.....

Y las flores, temblando de pudor, lánguidas bajo las caricias de las auras de la noche ó bajo la luz de las ardientes miradas del cielo, cierran su corola perfumada, se replegan en su cáliz de púrpura.

¡Oh! de noche se consuman las nupcias, se perfeccionan los amores de la creacion.

No sé qué ángel ruborizado baja á encender la luna y á derramar por todas partes la muelle y apacible luz de la antorcha del himeneo universal.

No sé qué misteriosos cortinajes se despliegan en los horizontes para envolver en sombras, secreto y sopor, el lecho en que la esposa naturaleza cumple sin cesar con su mision alta, augusta, sublime.....

El pío enamorado del ave, el misterioso rumor del sabino que *se despereza* sacudiendo sus hojas secas á millares, el tímido y monótono rumor de la fuente, lento, reservado y tranquilo como una confidencia del corazon;

¡Todo!..... ¡todo el epitalamio de las grandes nupcias, de los amores universales del matrimonio de la creacion que se une..... que «crece» que «se multiplica».....

¡Solo el hombre ha hecho degenerar el *amor* en *amorío!*

¡El hombre solo ha sido capaz de atar las inmaculadas flores de la ternura con el lazo de oro del negocio!

¡Estaba reservada á la raza de *la obra maestra del Criador* hallar la fruicion de sus amores en el fango y la profanacion de un tálamo comprado con el oro ó con el capricho!.....

¿Por qué no debemos á Job el *Cantar de los Cantares?*

¡Singularidad inexplicable, pero que puede formar la base de un terrible argumento de los que enlazan el oro con la idea!.....

¡Salomon era un millonario! Edificó un templo de oro, fué el *Rostchildt* de su tiempo.....

Y Salomon fué el poeta á quien debemos el Cantar de los Cantares!.....

LIV.

Tales fueron los pensamientos de Antonio una noche en la que quedó solo, un poco de mas tiempo de lo regular, en la salita de Piedad.

El piano estaba abierto, y la bomba de cristal apagado presentaba el aspecto de una especie de luna, un raro planeta puesto allí para desparcir en los ámbitos su luz ténue y misteriosa.

Sobre la mesa—*estorbo* y colocado en una copa con agua, se marchitaba de calor un pequeño ramillete de trinitarias.

Parecia que aquel pobre «bouquet» representaba los *pensamientos* del jóven, postándose aprisionados en su recinto de cristal, entre un poco de agua y al lado de aquella especie de astro apacible, pero intenso.

Preocupado Antonio con sus ideas tristes, filosóficas y amorosas, no sintió correr el tiempo, ni se apercibió de que hacia

muchos minutos que estaba allí, sin que ninguna persona saliera á la sala.

Llegaba ya, en su febril y filosófico entusiasmo, al final que antes hemos escrito, cuando percibió que alguno se acercaba.

Era el andar apresurado y rumoroso de una mujer.

Los pasos acelerados y voluptuosos de la muchacha que se acercaba, haciendo crujir su trage *moirée*, derramando gracia, simpatía, atractivo.....

Impregnando la atmósfera por donde pasaba, de crujidos, de perfumes y de brisas.

A los pocos instantes la vidriera de una de las recámaras se abrió, dando estrecho paso á aquella muchacha.

Apareció la falda del vestido recogiéndose y replegándose hácia adentro.

Eran vanos los esfuerzos de Piedad por penetrar en la sala llevando su elegante trage de un modo natural y sin que se le recogiera.

Antonio vió, ó por mejor decir, entrevió, medio perdido bajo los amplios y difusos pliegues de aquella falda, y medio oculto en una abundante nube de lienzos bordados y tejidos con esa coquetería tan minuciosa que emplean las señoras hasta para los adornos de sus ropas interiores; Antonio, decimos, vió apenas un objeto movible, color de ópalo, que se pretendia hacer desaparecer bajo las ropas.

Casi saltó de su asiento.

Instantáneamente le vino el recuerdo del dia en que conoció á Piedad «de abajo á arriba,» podemos decir, y el de aquella noche pasada en vela, viendo á oscuras una cosa muy parecida á la que acababa de aparecer á sus ojos, perdiéndose tan pronto.

Piedad llegaba de la calle, y Antonio pudo notar que la jóven no estaba como siempre.

Le pareció hallarla un poco preocupada, ligeramente triste... acaso un poco pensativa.

Despues de saludarse, quedaron ambos en silencio durante un breve rato.

—Y ¿á vd.? *¿cómo le ha ido?*..... preguntó *ella* por decir algo, y usando de tales palabras, que nada son despues de un saludo sino una continuacion del mismo.

Se dicen, por lo regular, cuando no hay otro medio de emprender la conversacion, ó porque falta asunto, ó porque no se quiere ó no se puede hablar de algo particular.

Antonio dió, pues, á la jóven la única contestacion que podia dar á la pregunta de la jóven, esto es, un

—*¡Perfectamente!*.....y ¿á vd?.....

—Nosotras *hemos tenido carta*—dijo Piedad del modo mas sencillo y natural del mundo.

—Y ¿está bueno *el señor?*

No debia dudar Antonio de que se trataba de D. Martin.

—Muy bien..... dentro de pocos dias le tendrá vd. por acá.

El alma de nuestro enamorado se pobló de niebla, y su semblante se cubrió de sombras.

Hay momentos en que sentimos que la felicidad, ese precario sol de nuestra vida, se hunde repentinamente en no sé qué regiones de la fatalidad, entoldándose á nuestra vista bajo un denso y compacto nublado.

Siguieron otros minutos de un silencio sepulcral.

—¿A vd. le gusta *salir fuera de México?*—dijo ella, que comprendió la necesidad de animar en lo posible la conversacion.

—*No tiene vd. idea:* deliro por el campo!

—*Nosotras* tambien..... pero hemos salido muy pocas veces, y solo hemos ido muy cerca.

—Y ahora..... piensan vdes.....

—Sí, señor..... nos vamos de México; pero un poco mas tarde..... cuando *venga*.....

Piedad, con estas pocas palabras, acababa de consumar la obra de la exasperacion de su amante.

—Y ¿muy lejos? —dijo él.

—No sabemos con exactitud. Probablemente á.....

Y Piedad pronunció el nombre de una de nuestras *provincias*, cuya capital dista de México veintiocho ó treinta leguas.

—A radicarse, ¿eh?.....

—Por ahora sí; quién sabe mas tarde.

—¿Y vd. irá á visitarnos alguna vez *allá*?

—¡Oh! sin duda: tendré mucho placer.

—Y *nosotras* mucho gusto.....

Se preparaba otro nuevo intervalo de silencio, y era esto un inconveniente sin duda alguna.

Así lo pensó Antonio.

Se sintió acometido de un *spleen* feroz. Corria por sus venas un humor denso.

Su frente se cubrió de negros pensamientos.

Aquella conversacion, por decirlo así, intermitente, le obró directamente sobre la bilis.

Tenia la boca amarga y el corazon lleno de pesadumbre.

Arrojó seguidos tres ó cuatro suspiros desgarradores, hondos.....

—Está vd. *de arrancar*, Antonio, y me va á poner á mí lo mismo—le dijo Piedad, volviéndose á él con un aire entre bondadoso y compasivo.

—*No me haga vd. caso*, Piedad—dijo Antonio.—Tengo *aquí* multitud de *cosas* que me preocupan «mas de lo necesario»—añadió, tocándose la frente con un dedo..... Ya estoy contento..... esto pasa..... En fin..... ya estoy alegre..... ¿No canta vd. ahora algo?.....

Antonio estaba tan alegre como «un dia de Difuntos.»

La jóven lo comprendió así, pero se abstuvo de nuevas preguntas.

A su vez sentia la conveniencia de dirigir á otros objetos menos enfadosos sus propias ideas y las de Antonio.

Con la afable y obsequiosa dulzura de su carácter, quiso poner á aquella escena un «intermedio» musical, y cediendo al deseo que le habia indicado Antonio, tomó el primer papel que *halló á la mano* y fué á sentarse al piano.

Al acariciar aquella muchacha el instrumento, arrancando en un fácil y elegante preludio la primera y rauda cascada de armonía, Antonio sintió dentro de su alma caer aquellas notas como si todos los ángeles de la ternura y de la melancolía hubiesen bajado á derramar sobre su corazon las ardientes gotas de un llanto sublime.

Las cuerdas del melódico aparato y las fibras del corazon de Antonio se estremecieron á un tiempo.

Puede decirse que parecia haber entre el corazon y el piano una relacion íntima y misteriosa.

El piano le dijo á Antonio lo que Piedad no hubiera podido llegar á decirle.

Antonio se sintió correspondido en su ternura, aunque no dejó de temer el ser contrariado *mas tarde* en sus amorosas aspiraciones.

Piedad *empezó* á expresar cuanto habia sentido y nosotros hemos procurado antes indicar, acerca del verdadero carácter del afecto que aquella niña profesaba á su amante.....

Despues de *registrar* su piano con cierto *negligente* abandono, lleno de encanto por cierto, Piedad *dijo* una linda cancion francesa, cuya música, llena de una séria y ardiente melancolía, es absolutamente conforme al concepto de los versos.

En aquellas circunstancias, la música y los versos de la cancion tenian una elocuencia indisputable.

Los versos dicen:

Adieu! Tu vas m'attendre,
bientôt je dois partir:
mon cœur fidèle et tendre
te garde un souvenir.
Adieu jusq'à l'aurore
d'un jour en qui j'ai foi:
d'un jour qui doit encore
me réunir à toi.....

Todo esto tendia notablemente á dos cosas:

Por un lado se confirmaba mas y mas la idea de una separacion acaso demasiado próxima.

Pero por otra parte, las frases poéticas y demasiado expresivas de aquella cancion, que Piedad proferia conmovida y con la voz trémula de emocion, explicaban bien claro á Antonio que se le autorizaba para esperar.....

¡Ah, *un dia!*

Las esperanzas de aquel hombre eran como sus ilusiones.

Pálidas, dolientes, pero bellas.

Aquella cancion era la voz de la esperanza misma, apagando con sus ondas mansas y tranquilas el fuego de un amor demasiado borrascoso y arrebatado para aquella alma tímida, melancólica y resignada.

Antonio pasó en aquella noche sucesivamente desde el vértigo hasta la languidez, desde la intensidad hasta la penumbra de los amores.

Aquella fué la noche de uno de los dias en que Piedad se ponia *bonita*.

Cantó con un fuego y una expresion inusitadas:

Duró muy largo rato enteramente á solas con su amante.

Hizo capitular su pudor con sus sentimientos hasta donde sus sentimientos y su pudor pudieron permitirlo.

Habia empleado el lenguaje del alma.

Se habia *expresado* hasta el punto que á una muchacha le es lícito expresarse.

Hizo comprender del modo mas decente y decoroso, por medio de una circunspecta conversacion de *cosas de familia*, que se acercaba el dia de una ausencia.

Estaba tal vez próxima, muy próxima.

Esto es, «quedaba ya muy poco tiempo.....»

¿Por qué no hablaba claro aquel señor, y sabrian ambos á qué atenerse?

¿A qué venia tan prolongado é inexplicable mutismo de Antonio?.....

Hay veces en que las muchachas no pueden comprender «á qué espera un amante,» ni por qué se muestra tan tímido y tan reservado.

En amores, los aplazamientos infundados son imperdonables.

Una muchacha que espera, y que se fatiga al fin de esperar, vuelve irremisiblemente la espalda.

Y más si por otro lado hay «otro objeto» menos mudo, menos soñador y mas activo.

Un inexplicable y prolongado retraimiento en un amante, es una gran cuestion de ridículo para el bello sexo.

Piedad, en aquella noche, fué *mujer*, el ideal de la mujer en el mundo, si se quiere; pero no se separó del mundo ni un momento.

Tierna, previsora, reflexiva é ingeniosa, halló en sus propios sentimientos el ingenio, la ternura, la reflexion, &c., que determinaron su conducta.

Antonio se limitó á adorarla como un devoto puede adorar á una imágen de un santo, encerrada en su nicho en una iglesia.

Ella se revistió de la mayor suma de bondad é indulgencia de que era susceptible, á fin de escombrar de espinas el tortuoso y difícil sendero en que su amante se habia colocado solo.

Desplegó un tacto admirable, é hizo prodigios de ingenio para no *desviarse de la cuestion*, ser expresiva, y compatibilizarlo todo con las mas frias y severas exigencias del decoro.

Él hizo el apoteosis de Piedad.

Susceptible, nervioso, apasionado y soñador, pasó del pensamiento al delirio;

De la ternura á la adoracion;

De la mujer al ángel.

Hizo de Piedad una especie de *mythos* anónimo, pero brillante.

Improvisó, no sé si en su corazon ó en su cabeza, una especie de sagrario, y allí depositó la imágen de aquella mujer, que jamas pretendió remontarse á tan grande altura.

A Piedad le hubiera bastado quedar buenamente en el corazon de su amante.

Antonio esperaba por momentos ver saltar de la espalda de Piedad dos alas blancas como la nieve.

Le pareció demasiado poco sujetarse á las exigencias del corazon, y encendió su fantasía como una antorcha para verla, creyendo así verla mejor, á su luz instable, trémula y falsa.

El uno nube y la otra rosa, bien pudieron haber formado el accidente de un cuadro *idílico;* pero jamas unidos.

El seno de Piedad estaba tibio de ternura.

La frente de Antonio estaba incandescente de inspiracion.

No parece sino que la jóven habia hecho descender su pensamiento al corazon.

Él, en cambio, habia hecho subir su corazon hasta la cabeza.

Ambos se habian replegado de la *vida*, acogiéndose á un verdadero nido de delirios y de ensueños.

Ella obedecia temblando é instintivamente á su mision de mujer, y ansiaba acaso cumplirla al través del mas puro y tanto platonismo.

Antonio ansiaba por volar á acariciarse quimeras mas bellas y platónicas al través del amor de aquella mujer.

Ambos, sin embargo, se hallaban bajo las alas de las ilusiones.

Esto basta sin duda para que dos almas ardientes de ilusion acudan á fundirse en un suspiro mutuo, en una recíproca mirada.

Si un amante cree que el objeto de sus amores es la realizacion de sus sueños mas bellos y el *cénit* de su ansiedad constante, vuela á abrazarse con una ilusion.

Vendrá el infierno del desengaño, pero vendrá despues del cielo del amor.

Es preciso transigir un tanto con la naturaleza de las rosas, ó tendremos que abstenernos de todas ellas.

Referid vuestra felicidad á la posesion de un objeto:

No os equivoquéis. Habreis poseido una copia de uno de vuestros mas intensos deseos, ó de uno de vuestros mas ardientes delirios.

Nada mas.

Mientras os convenceis de que no existe en ese sentido la invencion, sereis felices.

Eso basta.

Aquel convencimiento es lo que se llama en el lenguaje de los hombres

Desengaño.

Estad siempre preparados para recibir los desengaños; pero mientras se os presentan, gozad.

Discurrir de prisa por las cuatro estaciones del amor, es privarse de los detalles del placer;

Es apurar de un sorbo el cáliz del néctar divino.

Es cortar en un solo dia todas las flores del jardin.

Antonio y Piedad se hallaban en la primavera de los amores.

O si se quiere, en el primer período de las ilusiones.

Ese período en que los ojos son *estrellas*,

La frente *una alborada*,

Los labios *un capullo de rosa*,

Vuestra amada, toda *un palmero enhiesto que se cimbrea*.

Antonio, instintivamente se abstenia de recorrer á grandes pasos el sendero tapizado de rosas de sus amores ó de sus ilusiones.

Su destino, llevándole de la mano, le hizo pasar por allí; pero no le dejó en él....

Creen los místicos que la oracion es un *acto de amor*.

Antonio «levantaba á Piedad el alma y la pedia misericordia.»

Ella solo pudo concederle un poco de cariño y otro poco de ilusion.

Ambos amaban algo en sí mismos al amar al otro.

Piedad pudo haber dicho alguna vez de la manera mas fácil y sencilla que pueda suponerse:

«*Esto* es *lo* que he pensado,»

Refiriéndose á Antonio.

Tambien pudo haber dicho Antonio, lleno de conviccion:

«Hé aquí *lo* que soñé.....»

Aludiendo á Piedad.

Pero en medio de aquel mutuo *sursum corda*, se levantaba no sé qué nube que les impedia verse *claro*.

Un nublado que subia interpuesto entre ambas aspiraciones, perdiéndose en un cielo de idealidad, y conduciendo aquellas dos almas en un perfecto paralelismo.

Porque aquellas dos almas se dirigian á un mismo cielo, próximas, la una al lado de la otra.....

Pero nada mas.

Nunca deberian llegar á tocarse.

Creian, pues, adorar *algo* descubierto el uno en el otro.

El uno al través del otro, veian nada mas que sus propias *ilusiones*, creyendo haber hallado *otra cosa* en una mutua expectacion.

Pero esto ni aun lo sospechaban.

Antonio creyó ver aquella noche un *sí* envuelto en una cancion francesa, entonada por Piedad en voz trémula, sollozante, conmovida.

Entonó en secreto, *para sí* y de una manera puramente mental, un

Te, amorem, laudamus.

Piedad vió en la emocion de Antonio una confirmacion de su primera declaracion amorosa, y tambien mentalmente profirió un *Vaga* intraducible.

Se habian *comprendido* hasta donde habian podido comprenderse.

Se habian *hallado* hasta donde puede uno hallarse en este mundo.

Él, al hacer la interpretacion de todos los actos de Piedad, durante aquella noche de fuego, armonías, sollozos y pensamientos, gritó con toda la efusion de su alma, nada mas que de su alma, un

¡¡Es un ángel!!

Ella, en lo íntimo de su corazon y sin salir de *él*, exclamó, cerrando conmovida su piano:

Seré su mujer!

La Verdad, esta diosa que el hombre proscribe porque odia su casta y sublime desnudez, se presentó en aquellos momentos en la salita de Piedad, y al recibir aquellos dos conceptos que no fueron dichos, sonrió de un modo irónico y amargo.

Y se ausentó de allí..... para ir á ocultarse en sus mansiones desconocidas.

¡Despues!.....

Despues el ángel ruborizado de los *amores nuevos*, bajó á herir dos corazones con su dardo de fuego.....

LV.

Antonio, en aquella noche, medio loco de ideas, se habia limitado á tomar su sombrero y á marcharse, despues de haber comprendido que lo único que necesitaba era *hablar*.

Habia hablado hasta donde podia, de un modo abstracto, conto, casi inteligible; pero no pasó adelante.

Estaba saturado de luz de miradas, de ginebra armónica, de esperanzas truncadas, como un papel hecho pedazos, y en el cual de antemano se hubiesen escrito los actos de *fé, esperanza y caridad.*

Las ilusiones son una especie de vino celestial que *embriaga* fácilmente.

Las esperanzas amorosas, son una especie de ralgia carmelitana, y muy susceptible de *subirse* á los primeros sorbos.

El primer síntoma de la esperanza amorosa es la ofuscacion.....

Y así tambien los primeros indicios de ofuscacion son las esperanzas amorosas.....

No sé qué buen genio habia tapado la boca de nuestro jóven, durante toda aquella noche, para impedirle que *hablase*.

Si hubiera *hablado*, no habria hecho otra cosa que repetir la *declaracion* á Piedad.

Ambos jóvenes se habrian explicado entonces, y entonces todo hubiera acabado allí.

Ella le hubiera acaso *correspondido* desde luego; pero no sin algunos *peros*.

Y esos *peros* hubieran precipitado á Antonio del cielo á la tierra:

De la ilusion á la materia:

Del platonismo al matrimonio:

Del ángel á la mujer.....

Allí hubieran sin duda acabado aquellos amores, evaporándose en su cuna, como se evapora el perfume de las flores al amanecer.

No sé qué dios caprichoso y cruel dió consistencia al frágil estambre de aquella red, con la que ambos jóvenes pudieron cazar mil ilusiones, pero ningun amor.

¡Las ilusiones!

¡Mariposas de oro que vuelan en torno de todo lo bello y que se apartan de todo lo grande!.....

Moscardones áureos y murmuradores que solo giran en torno de las rosas y de las gardenias, sin llegar jamás á las copas frondosas de los árboles del jardin!.....

Piedad y Antonio llenaron aquella noche una página del *album* de la vida.

Se engañaron sin saberlo y del modo mas inocente.

Creyeron que *se creian*, y nada mas.

Supusieron que se amaban, y esto pudo bastarles por entonces.....

¡Tal es la vida!

CAPÍTULO XI.

NATACION AÉREA.

LVI.

Monsieur Nadar es un francés que tiende hasta donde le es posible, á la identificacion de la idea con el hecho.

Es uno de esos aeronautas *explotadores* del oro de las nubes, un *tourista* del cielo, un pensador que sube á pensar en los espacios.

Puede tambien decirse de Mr. Nadar que es uno de los *aviadores* de la veta misteriosa de lo desconocido, un perpetuo interpelador del Cenit y del Nadir, un espíritu inquieto que constantemente está pidiendo resultados positivos á las profundidades del cielo y á las profundidades de la tierra.

Sin cesar le vereis procurando apartarse de la superficie del mundo.

Se comprende que es un hombre que quema su *ayer* como leña, para dar luz, calor y vida á su *hoy*.

No le conocemos; pero tenemos de él no sé qué conceptos:

á nuestro juicio, es un hombre que necesariamente tiene que sentirse atacado seriamente de nostalgia cuando no baja ó cuando no sube.

Hay almas para las cuales el mundo es una especie de trage antiguo y usado en demasía, pero que no puede inutilizarse ni deteriorarse del todo, y fastidia.

Creemos que si Nadar hubiera nacido en el «Celeste Imperio,» habria sido hace muchos años suicida.

Es el inglés de los franceses, para quien el terreno horizontal es el sendero del fastidio.

Tiene que ser necesariamente uno de esos hombres arqueólogos del pasado, para llegar á ser garantía del porvenir.

De otra suerte, ese hombre habria sucumbido hace mucho tiempo á la fatiga de vivir.

Si *Nadar* no fuera un nombre, seria un sobrenombre.

Si no estuviera encarnado en un nombre, hoy le tendriamos consignado en un epíteto.

Porque *Nadar* es un hombre que significa muchas cosas.

O lo que es lo mismo, *muchas cosas* que se encarnan en un hombre.

Ha hecho del mundo una caricatura.

Ha hecho del cielo su mundo.

Tiene por cabeza un aeróstato.

Su tarjeta de visita en todas partes, dice así:

¡El Gigante!

Se comprende que se comprende.

Es de presumirse que pretendiendo seguir la veta de oro de la vida, se encontró un dédalo en lugar de un mapa.

Y entonces fué á buscar la continuacion en el vacío.....

No sé qué obstáculos se presentan en el mundo para que el *mundo* siga la «línea recta.»

Nadar ha ido á buscarla entre los instables vientos, sus-

penso á una de esas gigantes cabezas que se llaman aeróstatos, que llenas de humo, flotantes y serenas, parecen una alusion insultante de los *genios* del vacío contra los *genios* de la humanidad.

D'Amecourt, Lalandelle y Nadar han sido los primeros que han pretendido atornillar en la altura el *helycóptero* como una idea fija que se clava en el cielo.

El *Gigante*, esa expresion del pensamiento y de la voluntad de Nadar, sube á levantar no sé qué planos misteriosos en el aire, y el elegante aeróstato, ese extraño proyectil disparado desde el Campo de Marte contra el cielo, vuela como un raro mundo audaz y poblado, separándose del otro mundo, que le saluda atónito, y que le ve alejarse de sí como una idea elevada, como un pensamiento nuevo, grande, sublime.....

No sabemos aún si *Nadar* llegará á ser una especie de Colon:

Creemos sí, que Colon fué una especie de *Nadar*.

La audacia y el genio pueden muy bien llegar á todo si la audacia y el genio se tienen que volver siempre cuestiones de práctica.

Los grandes pensamientos adunados con los grandes hechos; la idea interpelada desde la vida real y descendida á la categoría de *negocio;*

El *negocio* llevado sin cesar hasta su apoteosis, el trabajo y el esfuerzo remontados hasta la idea, la materia conducida hasta su deificacion en las nobles alas del pensamiento, producirian al hombre ideal y realizarian el ideal, casi quimérico, del mundo.

LVII.

Antonio, aquella noche, pretendió haber empezado á pensar con juicio.

Se sintió con no sé qué extraña formalidad, supuso cami-

nar desde aquellos momentos, y no hizo mas que fruncir levemente el entrecejo y decirse á sí mismo de una manera puramente ideal y lacónica:

—Procedamos.

Y al encerrarse de nuevo en su recámara con la mente inflamada de ideas y proyectos, *procedió* á no sabemos qué extraña y singular elaboracion, á no sé qué inflamiento de su cabeza, y la cabeza de Antonio voló de nuevo aquella noche.

Debia de haber bajado un poco á la vida, y subió demasiado hasta la idea.

Hizo de nuevo un viaje inútil hasta sus extrañas teorías; pero la parte práctica se hallaba sobre la superficie de la tierra.

Debia de encontrar de un modo rápido y apremiante los datos y elementos mas groseros y conocidos para dar cima á sus *negocios*, ya que los negocios de Antonio tenian un carácter tan mundano, tan apremiante y tan rápido.

Era aquella cuestion de *realizarlo* todo pronto.

Pero él se hundió otra vez en el vacío, alado, loco, vertiginoso como el helicóptero de Nadar.

Subió á buscar en el éter *el punto de apoyo*, como puede subir un aeronauta á buscar la direccion, la exactitud, el *cenadero* de su globo en el vacío.

La atmósfera y lo desconocido tienen sus embravecimientos, y se levantan formidables tormentas para envolver y derrumbar al audaz que penetra en sus ámbitos.

El *maná* es una de las ideas mas atrevidas de los sagrados códigos.

Esa especie de lluvia de pan de los israelitas, es una de las bellas ideas del divino escritor.

Pero es el caso que aun no se descubre ninguna de dos cosas,

Ni la direccion de los globos, ni el punto de apoyo para imprimir un sentido determinado á esas cabezas aerostáticas que,

como la de nuestro enamorado, se remontan hasta lo impalpable en pos de un *ergo* de oro.

El sendero aereo es, en nuestro concepto, la nueva piedra filosofal.

El señor del éter puede aun considerarse como una entidad, cuya existencia es perfectamente *negable*, tanto, como la del *hombre fósil*.

El negocio en la idea no pasa, lo mismo que aquello, de un ardiente y bello deseo.

De un ensueño delicioso, de un sendero aéreo.....

No sé qué burlas pesadas juega el cielo al mundo de vez en cuando.

La nube bañada de sol que vuela como una crencha de oro, derrama éxtasis para los soñadores y sarcasmos para los avaros, es un espectáculo sublime para el poeta que se nutre de concepciones y ensueños.....

Es una alusion excesivamente violenta y ultrajante para el buscador de dinero, para el cazador de valores.

Cuando el cielo se enmaraña, se desordena y *despilfarra* por todas partes sus nubes de colores, sus cambiantes, sus ráfagas, sus estrellas y sus aves, entonces, las almas contemplativas alzan los ojos al cielo y dicen:

¡Cuánta grandeza!.....

Y la gente *positivista*, la gente *mercantil*, la entidad filosófica del negocio, exclama:

¡Cuántas cosas!.....

¡Qué sé yo qué sarcasmo indirecto, aunque grosero, he visto siempre en la caida de un aereolito!

Es una especie de limosna raquítica que álguien le tira al mundo desde arriba.

Es un acto indecoroso para tentar la miserable avidez del rey de la creacion.

Es, por otra parte, un atentado á la dignidad humana.

Se ve de noche una flama que vuela por el vacío.

Cae en una montaña, en una pradera, en una llanura, se apaga, y todo el mundo corre á ver lo que es:

¡Metal!.....

«Niquel, cobalto, fierro, &c.»

¡Oro, no!

Instintivamente alzan todos la vista.

Parece que aquel astro que brilla tan puro en el cielo entre una aurécla de matices y trémulos y apacibles cambiantes, parece, decimos, que ese astro nos ha querido mandar una de las chispas de su espléndida corona de brillantes y oro.....

¡Oh! No os alucineis. El astro salió á ver al mundo y *á darle por su juego*, y despues le arrojó una saliva con desprecio.

A las inmensas alturas suceden las tremendas catástrofes.

Una orgullosa elevacion produce necesariamente el desquiciamiento y desplome de la torre de Babel.

Los ícaros de la imaginacion se abisman siempre con las alas rotas, y las aves mas atrevidas y que mas se remontan en la extension azul y oro del pensamiento y del proyecto, caen hasta el mundo real, medio abrasadas por el fuego del cielo.

Los espacios deben estar poblados de invisibles y silenciosos moradores.

No sé qué misteriosa elocuencia hay en el suspiro del céfiro, como en el gemido del noto.

Cuando en una noche oscura el viento aulla por todas partes, azotando los muros de la ciudad y haciendo crujir á los árboles del campo, la imaginacion medrosa puebla los ámbitos de dragones diáfanos, de trasparentes monstruos, invisibles, pero formidables, que descienden airados á hacer restallar el látigo de sus colas y á hacer escuchar de cerca los bramidos de su ira.

Estos *mythos* del pavor, estos *Eoli* poderosos, viendo invadidos sus dominios por la audacia aventurera del aeronauta francés, soplaron con todas sus fuerzas sobre aquella especie de cabeza de gigante y sobre aquella navecilla que surcaba tranquilamente las ondas incoloras del vacío, y el *Gigante* y su nave zozobraron.

Se derrumbó aquella «torre de Babel» del grande invento.

Subió Nadar en busca de la direccion de su globo, y bajó el viento á dar direccion al globo y á Nadar.

El viajero cayó abismado en Alemania, próximo á un bosque.

El problema quedó escrito muy alto con estrellas y con nubes.....

.....

LVIII.

Antonio habia ascendido hasta las mas bellas estancias del placer. Se habia remontado hasta las mas altas, ocultas é inabordables mansiones de la ilusion.

Su imaginacion se vió en aquella noche sujeta al impulso de una *potencia* ascensional, maravillosa.

Cual otro apóstol Pablo, llegó hasta el sétimo cielo.

Sus esperanzas le lanzaron hasta el éxtasis, en lugar de hacerle descender hasta el *negocio*.

Subió tanto, que perdió de vista á Piedad.

Dió el *salto mortal* del matrimonio al apoteosis, y cayó de cerebro.

Del objeto de simples deseos, forjó la diosa de un culto loco y extravagante.

Hizo la absurda transicion del pan á la rosa y de la rosa al lucero.

Tenia que caer necesariamente. No se emprenden con impunidad semejantes vuelos.

Tenia que descender, y descendió precitado, abismado, lleno de humillacion y de rabia, como los ángeles caidos. Era hombre, nada mas hombre, no tenia alas; pero al caer, esto es, al *volver en sí*, sintió que se le habian caido las alas del corazon...

Se necesita una organizacion de acero para que algo sobreviva á ciertos golpes.

El que se desploma desde las nubes, tiene que quedar hecho pedazos encima del mundo.

Lo contrario es casi un milagro, esto es, una derogacion de las leyes naturales.

Antonio pudo, por desgracia suya, operar ese milagro en sí mismo.

Esto es, *sobrevivió*.

Pero *sobrevivió* de un modo, por expresarnos así, fenomenal.

Tuvo, en esa virtud, otros momentos que tambien fueron fenomenales.

Amó sin esperanza.

Amar sin esperanza es una especie de oda que solo comprenden los poetas, es decir, nadie.

Es una de esas teorías color de rosa, que solo caben en verso.

Un absurdo que *pasa* entre los hombres; porque en fin, todo tiene que *pasar* en esta vida.

Un embrollo tan difícil de emprenderse, como esta otra *charada, jerigonza, palabrería*, ó lo que se quiera:

Vivir sin dinero.

O esta:

«Constituirse sin constitucion, &c.»

Y despues de tales momentos y sus consiguientes reflexiones, incurrió en el heroismo peor de los heroismos:

En el del ridículo.

—*Ello ha de ser*—se dijo;—*pero á la verdad que no sé cómo será ello!*

Antonio, pues, empezaba á lanzarse hasta en la detentacion de las leyes de la dignidad.

La subordinacion de todo á un solo objeto, llega á ser en tal sentido criminal.

Aquel mártir buscó aquella noche todos los datos de un futuro *establecimiento*, y no encontró ninguno.—Se exasperó...

Echó, por decirlo así, su alma «por la calle de en medio,» prostituyó su espíritu, abdicó, del modo mas resuelto y sórdido, de sus pocas virtudes.

No tomó una pistola para disparársela sobre la frente;

Era para eso demasiado grande, ó tal vez demasiado pequeño.

Se suicidó, pues, de otra manera.

Hizo saltar de un golpe y con una resolucion, sus mas nobles facultades, sus mas puras intenciones respecto de aquel amor y de aquella muchacha.

Instintivamente habia llevado su mano al bolsillo del chaleco.

Allí habia cinco ó seis duros.

Al tomarlos entre sus dedos pulgar é índice, soltó una carcajada solemne, sonora, magnífica.

Una de esas carcajadas que suelen llamarse «homéricas.»

Despues arrojó aquel *pico* sobre la mesa, y dando en ella un puñetazo, gritó:

—¡Oh! señorita, *nos casaremos*, «os» lo ofrezco, *¡nos casaremos!*.....

Y se sentó á escribir su *instancia*.

Aquella resolucion equivalia sin duda á esta otra:

«Dejaré á un lado la dignidad, la vergüenza y el decoro, y seré como son todos los hombres para todas las mujeres.»

«Por satisfacer una exigencia de mi corazon, sacrificaré *un objeto*.»

«Haré caber todo un mundo de felicidad dentro de una cáscara de nuez.»

La condenaré á una perpetua luna de «pan y cebolla.» Si la suerte es pródiga conmigo, nos amaremos con comodidad y descanso; pero si no lo es y llega á *faltarla* el descanso y la comodidad, veremos cómo se hace para hacer una sustitucion simplemente con amor.

Con amores cubriremos los *huecos* que haya en los platillos de nuestra *pobre mesa*, y seremos de las personas que se resignan á ir conquistándolo todo *poco á poco* y en virtud de *afanes, sudores, economía, &c.*

No *la* «llevaré á mi lado» á disfrutar los placeres de una buena posicion, sino que *ella* vendrá acompañándome á conquistarla.

Seré de esos hombres que *hacen la lucha.*

Aparato destilador de gotas de plata, sin que se sepa quién lo llena.

Un bicho que *se busca la vida* «por aquí y por allí.»

¡Oh Dios mio!.....

Y ¿si llegase el momento en que viésemos penetrar por la puerta de nuestro nido la faz espantosa y la garra amarilla de la miseria?.....—¡Pobre muchacha!

Tendria entonces que decirla:

«No hay pan: ¡quién piensa en *eso!*—Pero hay amor, mucho amor.»

Lo cual seria una mentira solemne.

Nadie ha pretendido ni aun discutir esto:

«Cuando no hay pan, no hay nada.»

Este es un descubrimiento que se ha hecho desde que existen la verdad, la naturaleza de las cosas, todo.

Las muchachas tienen que ser indulgentes ante esta palabra: *Veremos.*

Esto es: confiémos á un poco mas adelante aquello de comodidad, decoro, *comfort*, &c.

Por ahora es una palabra á la cual deben tener mucho miedo las personas que quieren rodearse, unidas ó separadas, de una atmósfera de placer.

«Contigo pan y cebolla,» no pasa de ser una comedia, ó mas bien dicho, un título de comedia.

Creemos que Gorostiza pensaba en el particular, de acuerdo con nosotros.

En todo caso, el que se siente con el orgullo ó con el pudor del corazon, debe adoptar el pan y la cebolla solo, á partir una ridícula mediocridad con el objeto á quien ama y respeta.

El amor no es como Dios, que «está en todas partes:» el amor exige el cumplimiento de ciertas condiciones de placer y de ilusion, ó vuela.....

No nos hableis de la heroina de casa de vecindad, de la Penélope jóven y hermosa que combate de un modo sublime su negro fastidio encerrada en la vivienda interior número tantos, de tal inmunda casa de vecindad de tal barrio.

No nos hableis de esas beldades llenas de harapos y de resignacion, que prefieren la virtud para ellas, por no preferir el desprecio para sus degradados Adanes.

Una mujer linda, virtuosa y hundida en la miseria cuando al alcance de su mano derecha tiene un hombre á quien pertenece, es algo grande, respetable, sublime tal vez; pero allí no se concibe que pueda haber amor.

La miseria, esta vieja pálida y descarnada, trae una mision que cumplir en el tormentoso carnaval del mundo.

Se la ve alzarse de su basurero como una sombra de Job, y arrastrar por las calles y las plazas su inmundicia y sus harapos, que ultrajan los sentidos.

Cuando el hombre hace muchos dobleces de su fuerza de

voluntad, de su natural nobleza, de su santa mision, y las guarda anudándolas en la extremidad de un pañuelo sucio, allí está la miseria.

El vicio tiene sus millares de bichos vermiformes que devoran sin piedad al alma abandonada, así como el sepulcro tiene su podredumbre y sus gusanos que consumen el cadáver.

La miseria no puede menos de ser viciosa, así como el vicio no puede menos de ser miserable.

Un trage de mendigo es un disfraz de esqueleto en la mascarada ridícula del mundo.

Una nacion que no se cuida de la mendicidad y que no combate la miseria, es una *puerca* que descuida el aseo y el decoro y se llena de *animales*.

Debia de haber una policía especial que cegara los gérmenes de la miseria, como se tiene cuidado de quitar los depósitos de fango y todo ese *detritus* de las calles por malsano.

Cuando en alguna parte se generaliza la miseria, puede decirse que allí se desarrolla una espantosa epidemia de *tifo* en las almas.

No nos simpatiza Job: esta es la verdad.

Nuestro Cristo, el tipo sublime, tan pobre, tan llano y tan decoroso, ese tipo tan lleno de belleza y atractivo, era, entre muchas personificaciones, la personificacion del aseo.

¡Id ahora á resolveros á arrancar de su nido á esas aves brillantes y encantadoras que se llaman mujeres, para arrastrarlas al nauseabundo lodazal de la miseria!.....

¡Resolveos á cortar esas bellas y perfumadas flores, para ir á tirarlas á vuestro basurero despues de respirar su blanda esencia!

¡Las mujeres!

Pérfidos, pero encantadores serafines, que necesitan para vivir de todos los caprichos de la molicie, que no pueden exis-

tir sin hastío sino en una estancia adornada hasta lo infinito con los innumerables arabescos de la fantasía.

¡Qué poca delicadeza!

¡Seducir á Vénus y robársela del Olimpo, para venir á encerrarla en un *chiribitil* de á catorce pesos!

La diosa de la juventud, de la gracia y del placer, la reina del mundo, la señora del pensamiento y del corazon, la Eva del Adan, la compañera del rey de la creacion, *muriéndose* de tristeza y de inútiles deseos, sin mas amores que los de su *miserable*, remolcando por todas partes vergüenza y desearo, y sin mas compañía que la de un *comino* casi idiota «de á doce reales!».....

Vivid mejor solitarios, y si no pueden ser las cosas de otra manera, dejad que el mundo «acabe por acabarse!».....

¿A qué viene esa vehemencia por conquistar vuestra perla de Cleopatra, vuestra valiosa joya, vuestro *Ko-io-noor*,[1] si careceis hasta de un estuche para guardarle?

¿La conquistais sin merecerla?—¡Será un robo!.....

Enamorar á una mujer cuando no hay flores que ofrecerla ni ilusiones de que rodearla, es una *calaverada* en extremo insulsa.

Una estupidez sin lado *pasable*.

Cortar flores para tirarlas:

¡Gracia singular!

¡Pobres mujeres!

Las conocísteis diosas, rodeásteis su flexible y elegante cintura en vuestros brazos, las arrastrásteis á vuestro infecto *nido de aviones*, y despues lanzais maldiciones á la harpía que ya no tiene placeres que ofreceros: apuró ya los recursos de la abnegacion, agotó los tesoros de las ilusiones en la lóbrega mazmorra de la miseria!.....

1 *Montaña de luz.*—Magnífico diamante presentado en la Exposicion de Lóndres.

¡Oh! El aislamiento es santo cuando está determinado por las nobles sugestiones de la abnegacion y del honor.

Reproducirse en seres sombríos, escuálidos y atormentados por la miseria, es ir á buscar el tálamo en el ataud, es atacar la civilizacion.

La miseria que *crece y se multiplica*, ataca en lugar de cumplir la prescripcion divina.

El valor pobre, unido á la beldad y marchando adelante, produce el *par* digno del Eden.

La miseria hundida en su cieno y buscando allí perlas, es la infinita degradacion, que merece quedar aplastada bajo las plantas de la dignidad.

Sed dignos, y sereis dignos de amar.

Sed dignos de amar, y sereis dignos de todo.

La palabra *Ella* debe siempre quedar escrita dentro de un círculo de rosas.

El «Amorcillo» y el escarabajo forman un contraste tan repugnante, que no le ha ocurrido pintarlos unidos ni al mismo Jaime Callot.

¡Pobres muchachas, son tan débiles!

¿Os resolvereis á servir *ceros* en el *platillo* de vuestra flor?

Si no teneis brazos de acero, si no sabeis cavar, dejad que otro la corte:

Al menos otro tendrá lo que vos no teneis:

Un vaso de cristal ó un *recipiente* de oro, en cuyos bordes irá á reclinar sus delicadas y muelles formas!

¡Oh! amad á las flores!.....

Todo esto fué para Antonio la verdad; pero la verdad no pudo influir para hacerle variar de resolucion.

Habia decidido seguir y siguió.

No habia remedio.

O se exasperó con sus sentimientos delicados y quiso atro-

pellarlos, porque se oponian á sus deseos, ó despues de pensar tanto, quiso ser un tanto práctico, y ya en este terreno se sintió capaz de todo;

Hasta de casarse.

Se hallaba solo en su *cuarto*.

Su cuarto era un *chiribitil* de loco, un verdadero *pandemonium* de su carácter.

La imaginacion de nuestro extravagante enamorado era, como ha podido verse, una especie de astro de falsos fulgores, una luna de luz rara y de faz heteróclita.

Pues aquel cuarto de Antonio era un cuarto menguante.

Era la prolongacion del estudiante hasta el solteron.

Pero no se habia verificado la transicion de un tipo en otro.

Nuestro hombre era un colegial en un hotel.

No estaba en su centro.

Se introducia allí para vivir.

Pero introducido allí no vivia.

Pasaba el tiempo nada mas.

No estaba constituido en aquello, y el desmantelamiento, la incuria y el desórden de aquella raquítica habitacion, atestiguaban bien claro que Antonio pasaba en ella la vida á girones, pero no definitivamente.

Pasar del cuarto creciente á la *llena*, es pasar del hotel á la casa.

Habia allí libros cerrados, como amigos en silencio que saben mucho y que mucho podrian decir, pero que no dicen nada porque no se les pregunta.

Sabios condenados á no hablar para que no digan cosas que no se quieren oir.

Flores marchitándose en una agua no renovada, y que se morian de lánguido fastidio, sin poder atraer una sola mirada del solitario.

Fotografías que no necesitan nombre.

Armas caducas, inútiles y sin objeto.

Sobre uno de los muros descansaba, dentro de un *passe par tout*, un retrato de una *signora* Juliani, bailarina de no sé qué teatro de Europa, y que se habia hecho *sacar* y reproducir en una actitud verdaderamente dificil, artísticamente «vestida» de un poco de vapor y de mucha desnudez.

El retrato de Jhon Brown en el cadalso, dibujado por Víctor Hugo.

En la percha estaba colgada la levita vieja de Antonio, con el *caimiento* é inmóbil descompostura de un ahorcado que queda pendiente del patíbulo.

Antonio no habia vuelto á tocar hacia mucho tiempo aquel cadáver de levita.....

De aquella bohardilla tenia que salir una habitacion para una familia.

Aquellos *tarantines* inútiles debian de convertirse en muebles decentes.

Todo tenia que trasformarse repentina, violenta y *convenientemente*, y Antonio carecia de la varilla mágica.

Sobre la mesa *yacian* los cinco ó seis duros que Antonio habia arrojado desdeñosamente.

Aquellas monedas hubieran presentado á los ojos de un observador atento, cierto aire de inquietud.

Antonio se sentia, pues, complicado y en un laberinto sin salida.

Habia pensado mucho, y ya no queria pensar un cuarto de hora mas.

Se habia viciado en pensamientos, como algunos árboles que se vician en hojas, sin llegar jamás á dar fruto alguno.

Instintiva y violentamente pasó nuestro enamorado del simple pensamiento al recuerdo.

Se acordó del Paraíso, de las frutas,

De la hoja de higuera,

De los tiempos patriarcales, con su sencillez, con sus encantos naturales, «con su vida tan fácil, tan llena de tranquilidad y de placeres.»

Los hombres en aquellos tiempos, cuando amaban y se resolvian á unirse con el objeto de su amor, no tenian mas trabajo que ir á esperarlo á la fuente.

Allí todo *se arreglaba* con la mayor velocidad y sin grandes preámbulos.

Los hombres iban á tomar mujeres, como quien sale hoy á buscar madreselvas.

—Decididamente el mundo está muy cambiado, exclamaba, suspirando por volver á la edad de oro, y sintiendo con todo su corazon, que el mundo haya dado tantos pasos atrás en lugar de darlos hácia adelante.

—¡Es difícil esto! murmuraba; pero tiene que hacerse y se hará.

Esta pobre flor va á ser trasplantada, se la van á llevar á otra parte, y entonces todo se habrá perdido. Es necesario obrar con actividad suprema, improvisarlo todo, caminar aquí bajo las sugestiones de un carácter norte-americano.....»

¡Cómo es que no pensé en adjudicarme *algo*, cuando ha habido tantos que se han adjudicado todo!

La ley de la materia, en su interpretacion extensiva, ha debido sin duda prever *casos* como el mio.

¡Y yo, que me desvié de ese aluvion de fincas!

¡Oh! es necesario apuntar hácia el erario con una rectitud, una firmeza y una tenacidad heróicas!»

Y al sentarse Antonio á escribir su segundo billete amoroso, tuvo verdaderamente que hacer un esfuerzo para apartar de su mente fascinada la palabra *tesorería*.....

En aquellos momentos Antonio descendia al fin.....

Descendia un tanto de su vaguedad loca y se acercaba en lo posible á la vida real, á la naturaleza de las cosas.....

¡Es decir, á Piedad!

LIX.

Se sintió poseido de una extraña filosofía.

Al través de sus seis duros, de su desmantelamiento y de sus ceros, acechó la verdad como quien espia lo que hay del otro lado, al través de un pequeñísimo agujero.

Invocó con fervor al dios «Trabajo» y procuró revestirse de sinceridad y exactitud.

¡Prodigio inmenso!

¡Hacer de una nube de *rosas y crespones* un corte de trage nupcial!

Hizo al menos este extraño parangon:

«La Egloga,» «el martillo.»

Y se colocó incierto, vacilante, entre un duro yunque y una tirada de armoniosos «alejandrinos.»

Cuando en *tal caso* se confiesa uno á sí mismo, es porque siente hallarse colocado en la perfecta deliberacion.

Al mojar su pluma, puso, temblando todavía y lleno de temores, la palabra:

Piedad.

Era extremoso, como hemos dicho, y lo que es en esos momentos hubiera querido repetir el ataque de otro modo:

Cambiando el frente.

Revelándose mas mundo y menos pensamientos.

Sincerándose de prosaico.

Empleando un lenguaje positivista, franco, abordable á las exigencias heladas de la sociedad.

Hubiera deseado que toda su segunda carta expresase sin dar lugar á la menor duda:

«Que ya habia caido;»

«Que ofrecia no apuntar tan alto;»

«Que quedaba seriamente apercibido de que á toda costa tenia que preferir la paladra *compatibilidad*, á la palabra «Empíreo;»

Que conocia con todo rigor y propiedad la significacion del *hecho*, no solo en un sentido ideológico, sino en su acepcion mas física y matèrial;

Que pretendia entrar «enmendado» al himeneo, despues de dar al monstruo de las dificultades un golpe mortal en su múltiple cabeza de *hidra;*

Que entraba al matrimonio olfateando por la cocina;

Por último, que se ocupaba de espantar ilusiones y devaneos, como quien se sujeta en un país demasiado cálido, á pasar largas horas ahuyentando enjambres de insectos zumbadores é impertinentes.....

Queria presentarse de nuevo despierto, bien despierto.

Personificacion de una garantía, encarnacion de una promesa.

Exacto, evidente, sin anfibologismos, sin términos medios:

Transicion brusca pero necesaria, de poética estátua del comendador en prosáico marido:

De un hombre que pudo dilatarse mucho viendo lo que hay allá arriba, y *enterado* bajó á practicar buenamente lo de acá abajo.

Quiso evidenciar su enorme salto de teoría á realidad, de sombra á cuerpo, de conjetura á aforismo.

Si le hubiera sido posible, hubiera adjuntado á aquella carta su patente de invencion de sí mismo, con un privilegio incapaz de caducar en miles de años.....

O una placa de «asegurado contra incendios» del fuego de la idea, y del incendio de las flamas quiméricas del volcan de su enferma imaginacion.....

¡Desgraciado!

Equivocó el todo con la parte;

La generalidad con el incidente;

La regla con la excepcion;

La historia con el episodio!.....

No podremos deciros lo que escribió.

Escribió poco; pero lo bastante para repetir del modo mas explícito y llano estas dos únicas palabras, que eran las necesarias, y que ya habia escrito antes á Piedad:—*¡Yo te amo!*

Las habia dicho la primera vez, como quien deja escapar de un modo espontáneo, inevitable, un gran suspiro.....

Cediendo á un arranque aislado, ilógico, del corazon.

Las repitió acompañadas de mil reflexiones sérias, de mil propósitos positivos, y practicando para ello la operacion mas difícil en todo sentido, tratándose principalmente de amores:

«Poner de acuerdo la cabeza con el corazon.»

Creyó nuestro jóven haberlo realizado, y por eso cuando acabó de escribir aquello, quedó un tanto tranquilo.

No del todo, pues seria no desconfiar lo bastante de sí mismo.

Aquel complicadísimo laberinto de ideas, ternura, resolucion, fantasía y dominio, se agitó esa noche como una nube preñada de tempestad.

La *realidad* y el espíritu, como dos electricidades de nombre opuesto, tendieron á neutralizarse mediante un acto de esfuerzo desesperado de aquel loco, todo electricidades, todo tormentas.

El rayo que se produjo fué una nueva carta para Piedad.

La recibió en sus manos como si hubiera caido á su lado un aerolito.

Un cuerpo metálico, pesado, grave, un cuerpo, en fin.

¿De dónde caia?.....

Del vacío.....

Fenómeno excepcional, extraordinario, rarísimo.

¡Caso único, verdadera excepcion!

Fenómeno por excelencia.

Si la jóven hubiera conocido perfectamente el *carácter* de su amante, hubiera temido que al recibir en sus manos la carta se le hubiera dispersado en una pequeña y ténue nube de humo.

Se limitó á murmurar su inexplicable

—«¡Vaya!»

Y despues dijo, abriendo el papel:

—«¡Veremos, por fin, qué es esto!»

CAPÍTULO XII.

MÁXIMO.

LX.

Las amistades de colegio forman un lazo que, por regla general, dura toda la vida.

El *tú* de dos muchachos que se conocen y se unen en el aula bajo la férula de un mismo dómine, es un *tú* de buena fe, primero sentido y despues pronunciado.

No sé qué mutuo abrigo se prestan dos capotillos raidos de *capenses*.

Dos muchachos despilfarrados, llenos de greñas y de polvo, de descuido y de abandono, que con el Nebrija convertido en naipes y la imaginacion hecha un basurero, se van juntos *á cátedra*, puede decirse, en un sentido moral, que van juntos á todas partes.

Sus mutuas groserías son caricias.

Sus empellones y sus tirones de cabellos son las mas elocuentes pruebas de una confianza y de un cariño que las mas veces dura hasta la muerte.

Cuando encontramos por la calle dos de estos muchachos sucios y malcriados, escamoteando minutos á las clases y poniendo medios que son verdaderamente un asombro de ingenio y de viveza, para evadirse hasta donde les es posible de las espinas é inconvenientes que brotan siempre al principio de esa *lenta carrera* que se llama carrera literaria; cuando encontramos estos embriones de garantía social, estos fetos de sabio, cuyos ojos flamean de impaciencia por ver de una sola mirada el mundo y el porvenir, no podemos menos de conmovernos, pensando en que bajo aquellas frentes de quince años, tersas y amplias, pero vacías, por decirlo así, y en *blanco* como las páginas de un álbum, empieza á germinar el talento, á encenderse el santo fuego de la idea y tal vez del genio..

Las naciones deben tapizar de rosas el camino de esos pequeños bohemios que saltan, que se revuelcan y que estudian, porque esos muchachillos son algo para las naciones, demasiado interesantes.

Representan sus esperanzas;

Le hablan de su porvenir.

¡El colegio!.....

Cuidad ese verjel lleno de arbustos.....

Ellos crecerán mañana y serán árboles frutales ricos y frondosos.

Y entonces el jardin será un bosque.

Y serán *ellos* entonces los que os den sombra.

El muchacho de codos rotos será *un señor:* vosotros sereis «lo que ha sido.»

No sereis mas.

El colegial pelon, travieso é insufrible, ese pequeño demonio que se agita sin cesar, que se burla del tiempo en sus barbas, que de todo se rie y que pasa para ir á jugar á la pelota;

Esa cabecita redonda que por nada se calienta, y que em-

pieza á rodar por el mundo, fácil, rauda, atrevida é inteligente, medio farfullando églogas de Virgilio ú odas de Horacio; esa pequeña cabeza, inquieta, casi rapada, que ahora se golpea sin hacerse mal, que ahora la obligais á inclinarse bajo vuestra indignacion y vuestros regaños, mañana, bajo la divina combustion del pensamiento, será una especie de astro;

Un sol irradiando inteligencia, un mundo girando dentro de la atmósfera celestial del saber.

Levantad con energía el látigo para el protervo; pero pensad en *mañana*, y quitaos el sombrero con respeto.

Mañana está encarnado en ese pobre niño que se halla en vuestra presencia y que tiembla y se estremece ante la faz de vuestra severidad.

Con el corazon lleno de temor, las lágrimas en los ojos y oscilando sobre ambas piernas, murmura:

Nos patriæ fines et dulcia linquimus arva,

y mas tarde, un poco mas tarde, cuando haya trascurrido el espacio indispensablemente necesario para que quepa una transicion, el intervalo absolutamente preciso para que aquella risueña alborada de la infancia se trueque en la ardiente mañana de la juventud, aquellos labios que murmuraron la queja del ostracismo y la melancolía del cantor latino, pedirán á gritos el ostracismo y todos sus horrores:

Se habrá verificado una sublime metamórfosis
Del niño en hombre,
Del escolar en el héroe.
Habrá abandonado sus «clásicos;»
En sus manos brillará entonces una espada;
En su frente el genio.
Aquel adolescente, trémulo ante las palabras y la austeri-

dad de un pedagogo, será mas tarde el hombre de corazon, el hombre de la energía y del valor civil.....

¡Respetemos á la juventud que aprende hoy, pues que mañana ella nos enseñará el camino!

Ella será en el porvenir lo que *hoy* nosotros ya debiamos ser.....

Abrimos á la juventud las puertas del porvenir, gritándole: ¡adelante! ¡adelante!.....

Y nosotros nos quedamos en el dintel, mirando *cómo pasa*, y no la conducimos de la mano.

¡Juventud, juventud!.....

Hoy que solo vives para recordarnos los placeres del pasado, vas á tapizarnos de rosas el sendero del porvenir!

Tú no perteneces al presente! el presente solo es el pedestal de tu gloria!.....

Mañana, te hará justicia.

Hoy, te condena.

El niño colegial á quien se dice *¡adelante!*, cree ese *¡adelante!* con sinceridad y buena fe.

Es el sublime *recluta* de las huestes de la civilizacion.

Si le mandais que *avance*, no dará un solo paso á retaguardia!

No ve el falso brillo de las reformas sociales y políticas, ni seria capaz de hacer apreciaciones sobre reformas susceptibles de descuento, como una letra.

Le mandais que vea al sol, y su mirada de águila se pasea serena sobre la superficie incandescente del astro-rey del dia.

El pasado hubiera estornudado en presencia de la luz:

El presente la toma en sus manos, y como Diógenes, recorre con ella el mundo, procurando encontrar *al hombre*.....

LXI.

Máximo era un colegialito pobre, de capa raida, aspirante y melancólico.

Procedia de la *clase média*, como tantos muchachos casi indigentes, cuyas familias los arrancan de un hogar frio y miserable, para mandarlos al colegio.

Cuando una familia de la clase pobre, que, entre paréntesis, es en México lo que se llama «clase média,» observa un poco de viveza y aptitud en alguno de sus miembros, esto es, de sus niños, al momento le consagra «á los estudios» para que llegue á tener «una carrera.»

Cuando el muchacho SE RECIBA, la familia tendrá algun descanso.

Nada mas justo.

El niño va creciendo y formándose, entre privaciones y conocimientos, entre latines y *hambres*.

Pero en fin, llega el *chico* á formarse.

Y entonces ya se dió cima *á todo*.

Máximo, vástago inteligente y predestinado de un *hombre de negocios*, lo fué mas tarde para ser «el negocio de un hombre.»

O lo que es lo mismo, el futuro *sostén* de toda la familia procreada por su padre.

Se le recomendó que fuese *muy aplicado*, que estudiase mucho para aprovechar, y á principios del mes de Enero de no sabemos qué año, nuestro futuro sabio, con el Nebrija y el Diccionario debajo del brazo, y el corazon comprimido, esperaba en uno de los corredores del colegio de *** el consagrado toque de campana para entrar *á cátedra*.

El dómine inició el curso de latinidad no concurriendo, y

los alumnos tuvieron oportunidad de iniciar su período de diabluras.

Nuestro Máximo tenia abierto su *Arte de Nebrija* en el principio de las declinaciones de los nombres.

Jamás habia pasado aquel niño los ojos por una cosa mas insípida.

No podia comprender cómo puede ser que *Musa musæ*, *Dominus Domini*, &c., le condujeran algun dia á alcanzar el porvenir, la posicion social y el descanso y tranquilidad de su familia.

Se conformó, no obstante, con empezar su camino hácia el porvenir al través del misterio.

Empezó, en tal virtud, á pasear por los corredores, repitiendo sin cesar su *Musa musæ*, á fin de incrustarse lo mas pronto que le fuese posible aquellas declinaciones de los nombres.

Empezaba Máximo á recorrer el camino de la ciencia, en medio de las mas severas escabrosidades latinas.

Inauguraba el *initium sapientiæ* subiendo muy «cuesta arriba» por la dificil y sublime lengua de Ciceron y de Tácito.

En el mismo corredor, aunque en sentido opuesto, se hallaba otro jovencito meditabundo, pálido y entristecido.

Eran los dos únicos que no entraban en la batahola infernal de los demás muchachos.

Esto ya era un motivo para que ambos simpatizasen entre sí, y así sucedió.

Aquel otro niño era Antonio.

Máximo, á las pocas vueltas, se le acercó, preguntándole:

—Y ¿á qué hora nos vamos?

—Yo no me voy, contestó Antonio.

—¿Es vd. *colegial, señor?*

—Sí *señor*, soy colegial.

—Pues yo no. Y ¿*para qué* va vd. á estudiar?

—Yo..... *quieren* que *para abogado.*

—Yo *para médico.*

—Bueno.

Esta fué, poco mas ó menos, la primera conversacion de aquellos dos muchachos, que tanto debian de hablarse en el resto de su vida.

En aquella mañana, y mediante unas interrogaciones mutuas, formaron el lazo de una amistad sincera, bella y desinteresada como todas las afecciones que se contraen, ya sea en la infancia, ya en la primera juventud.

Se unieron desde entonces para hacer frente unidos, al fastidio del colegio, á todas las privaciones, dificultades y sufrimientos que erizan la vida de los jóvenes estudiantes.

Unidos supieron hacerse superiores á todos los inconvenientes de sus enojosas y prolongadas faenas.

Máximo reveló desde luego un carácter retraido y sério, pero no inabordable.

D. Antonio de Nebrija empezó á ser desde luego para él un objeto de terribles dificultades.

Porque Máximo no las tenia para estudiar, pero sí para aprender.

Su consagracion desde el principio fué absoluta; pero los resultados no correspondieron á aquella.

Empezó á ser desgraciado, porque era aspirante, y se sentia en el colegio fuera del terreno de sus aspiraciones.

Las aspiraciones de nuestro jóven eran de un resultado mas inmediato y positivo que los que dan los exámenes profesionales despues de una larga série de años.

Máximo se exasperó bien pronto.

Encontró absurdo y singular que le hubieran puesto allí para buscar fortuna y auxiliar á su familia.

«*No puede ser,*» decia:

Y contaba mohino:

Dos años latin:

Tres filosofía:

Siete medicina.....

¡Doce años!

Dentro de doce años ninguno de mi casa vive.

¡Todos son viejos!

Y estudiaba, y se afanaba «por cumplir;» pero con repugnancia y sin esperanza.

Era un soñador; pero sus ensueños eran de oro.

No pensaba mas que en tener dinero, porque teniendo dinero ya se tiene todo, y todo puede hacerse.

—Lo demás—decia—es una tontería.

Se fastidiaba en el colegio y entre sus latines, de una manera exactamente igual á como puede fastidiarse un inglés con su niebla, su Támesis y su San Pablo.

«Yo no nací para esto,» solia exclamar, golpeando con el revés de la mano *sus autores selectos de la mas pura latinidad:* esto *no deja* nada.

Como se ve, Máximo hubiera preferido con todo su corazon, lo que dejara *algo.*

Su retraimiento y anticipada circunspeccion eran un eficaz indicio de cierta precocidad, perfectamente incompatible con los pasos de pigmeo que seguia en el colegio.

Y un muchacho en quien los deseos se adelantan á la situacion en que deba satisfacerlos *ordenadamente*, es un mártir.

Puede muy fácilmente llegar á ser un bandido.

Pedir á la juventud impotente, apasionada é irreflexiva, la frialdad del viejo, ó por lo menos la solidez y energía del hombre, es hasta cierto punto, y en determinadas circunstancias, un absurdo.

Máximo, á pesar de su circunspeccion, demasiado precoz

por cierto, y de sus pasiones, que tambien lo eran, estaba muy distante de sentirse un espartano, y *protestaba.*

Si le hubiera sido posible adquirir en un período de dos ó tres años toda la ciencia necesaria para llegar á ser médico, nuestro jóven hubiera sacrificado con placer aquellos dos ó tres años para salir á *adquirir* desde luego

¡El dinero!

¡Talisman precioso que en tan pequeño volúmen encierra tantos tesoros de placer, tan gratos sueños de ilusion!

Máximo suspiraba por él con las fuerzas de su corazon de quince años.

Comprendia todo valor, porque carecia de todo dinero.

No podia soportar ni la idea de no tenerlo.

Era un niño calculador *frio*, que veia las cosas como son y se exasperaba de no alcanzarlas del modo que las deseaba.

Entre su Nebrija y las *visitas* de á un duro cada una, hallaba una serie infinita de proposiciones intermedias:

Se ofuscaba en presencia de una induccion prolongada, difícil, terrible.

Una lontananza que lo espantaba.

Pensando en el fin se perdia en el camino.....

¡Oh, doce años!

Tenia quince, y empezaria á buscar dinero, propiamente, hasta los veintisiete.

Esto es, tendria que pasar la época de rosas, el período de las mas bellas ilusiones de la vida, desecando su juventud, marchitándose, fatigando todas sus facultades, encorvado sobre los libros, agobiado por mil dificultades, muerto de deseos, ó impotentes ó estériles!

La juventud que estudia, tiene que cultivar solo las flores sérias de la ciencia.

Al jóven le es preciso soplar sobre el ténue y endeble teji-

do de las ilusiones, para poder ver claro las «series de conocimientos deducidos de principios inconcusos» que se hallan consignados en sus libros, porque nada se ve al través de los crespones diáfanos de la idealidad.

La ciencia tiene la belleza de las grandes *savanas* de América.

No es posible conquistar una flor sino tras largos desvelos y fatigas.

Llegar al *ergo* filosófico, es descubrir los residuos que enseñan ó revelan la existencia del druida en medio de un enmarañado y espeso bosque.

Marchar al misterio de la ciencia al través de los gayados senderos de la juventud, de la vida y del placer, es un heroismo superior á muchas almas.

Llegar al término, es tocar su propia deificacion.

Se necesita para esto cierta predestinacion.

Haber nacido para pasar hollando lo aparente á fin de tocar llegando á lo real.

Esto es difícil, verdaderamente asombroso para una imaginacion de quince años.

Es cuestion de dejar las flores por correr en pos de la verdad.

Y la verdad vive desnuda, y se retrae:

Sus grutas no están pobladas de encantadoras ninfas como lo estaban las grutas de Calipso.

La verdad es hermosa, pero severa.

«Luego yo no debo estudiar,» inferia Máximo.

Y «se inferia» ciertamente.

No era precisamente la atmósfera embriagante que rodea á la juventud, la que pudo engendrarle tan invencible aversion al venerable polvo de los volúmenes de la ciencia.

Pero hubiera querido desentrañar mas pronto el átomo de oro que se le habia mandado á buscar allí.

No soñaba con una *hurí* de negros ojos, labios de carmin y

manecitas de lirio, en donde ir á colocar el rocío de oro que extrajera de las flores divinas del trabajo.

Pensaba en otra cosa, y le parecia muy singular que su familia no estuviese de acuerdo con sus pensamientos, que le parecian lo mas lógico y racional que pueda imaginarse.

Queria gastar todas sus fuerzas, emplear todas sus facultades, apurar todos sus elementos naturales, en mejorar la condicion de aquella familia y de aquella casa, en la que se veian todos los horrores de la indigencia.

Para esto hubiera bastado que lo hubiesen consagrado á un trabajo que inmediatamente fuese productivo para él y para ellos.

—*Los pobres no debemos estudiar*—se decia á menudo, lleno de amargura.—Los pobres necesitamos trabajar desde que nacemos.

Y se agolpaban las lágrimas á sus ojos.....

Un niño en cuyos ojos se agolpan las lágrimas, es una alborada en cuyo cielo se aglomeran el nublado y la tempestad.

Las lágrimas de un ser que apenas pisa los umbrales del verjel de la vida, son una protesta bien temprana y bien amarga contra la idea de que la vida es un verjel.

No solo los hombres, sino los ángeles mismos debieran descender á enjugar el llanto de los niños.

Las lágrimas de la infancia y las de la beldad, debieran caer sobre el cáliz de las flores mas puras, en forma de rocío.....

Creemos que el *gementes et flentes* del a Salve, debe tener lugar desde cierta edad y en ciertas circunstancias.

Hemos visto ángeles llorar como Magdalenas.

Y Magdalenas usurpar risas y placeres dignos solo de los ángeles.....

¡Si al menos las plagas de la vida de este piélago de sufrimientos, estuvieran exentas de esas flores amarillas y envenenadas del sufrimiento!.....

Máximo y Antonio estaban ligados, aunque sin apercibirse de ello, con un lazo igual:

El del sufrimiento, que trae consigo la impotencia y el deseo irrealizable.

Uno pretendia ser ave,

El otro rico.

Se habian encontrado dos imposibles, dos sueños, dos quimeras, y se habian dado la mano cariñosamente.

El uno, medio asfixiado y lleno de algo menos denso que el aire.

El otro, sediento, vacío y atrofiado como un saco.....

Eran ambos ya conocedores de ese *puntillo*, que en cierta edad se expresa con las palabras

¡Ser fuerte!

¡Ser hombre!

Y que no es otra cosa que el sentimiento de la dignidad que empieza su desarrollo en los muchachos.

Deseaban en voz alta, y la mutua relacion de sus deseos, estériles é infecundos, llevaba envuelta la historia de sus sufrimientos.

La dignidad les hacia hablar siempre en un sentido positivo.

De otra suerte, se hubieran hecho terminantes y muy amargas confidencias, y ninguno de los dos tenia el valor y la abnegacion suficientes para ser el primero.

No es lo mismo decir que se desea tal cosa, que quejarse porque falta.

Es magnífico este *quijotismo* entre los muchachos.

Al fin del año escolar, Máximo habia estudiado mucho y habia aprendido muy poco;

Antonio habia pensado mucho y no habia aprendido nada.

En el primer exámen, Máximo obtuvo una calificacion mediana;

Antonio la mereció muy baja.

Aquel se exasperó, y al saber su calificacion, prorumpió en una solemne tirada de apóstrofes, imputaciones y quejas contra lo que él llamaba la injusticia de los sinodales.

Se hizo firmemente el propósito de no seguir adelante en el año próximo, en una ocupacion que tantos disgustos le proporcionaba, sin ofrecerle desde luego provecho ni ventaja de ningun género.

Antonio, despues de oirse calificar tan modestamente, se quedó resignado, murmuró un *está bien* demasiado alarmante para las aspiraciones de sus maestros, y siguió soñando.

Las protestas de Máximo y su resistencia para continuar estudiando en el año inmediato, ocasionaron en la familia verdaderas tempestades.

Nuestro jóven fué amonestado, reprendido enérgicamente á propósito de sus resoluciones.

Se le predijo que moriria en un hospital, y que su porvenir seria *con un mecapal* al hombro, de *cargador de la esquina:*

Que lo harian sentar plaza de soldado;

Que lo pondrian á ganar ocho ó diez pesos al mes en una tienda de abarrotes, &c., &c., &c.

Nuestro Máximo, inmóbil en sus resoluciones, expresó bien su intento de aceptarlo todo, menos estudiar.

Hubiera cambiado su latin por la ínfima gratificacion de un meritorio de oficina.

Todo estaba *en griego* para él, menos el dinero.

Dejó pasar todo el periodo de matrículas en el año siguiente, sin ir á inscribirse para continuar el curso.

Se matriculó, por fin, en el último dia útil; pero empezó á faltar á las clases.

Se le empezó, en consecuencia, á reprender y á imponer castigos.

Entonces sus faltas *á la cátedra* se multiplicaron.

Un dia fué seguido á lo lejos por una de las personas de su familia.

Le vió entrar en la escribanía de un notario.

Allí pasó una, dos, tres horas.

Al dia siguiente fueron de nuevo á aquella escribanía, y en ella encontraron al jóven sentado trabajando.

Del consiguiente informe resultó que Máximo estaba empleado allí hacia muchos meses.

Trabajaba de un modo asíduo y empeñoso.

Se le habia asignado un sueldo mensual de veinticinco ó treinta duros.

Máximo realizaba sus sueños:

Ganaba dinero;

Trabajaba, y su trabajo le era inmediatamente productivo.

Pero ¿qué hacia aquel muchacho con las cantidades que estaba adquiriendo?

La familia entró en sérios temores.

Se alarmó en extremo.....

Era cuestion de decretar una pena extraordinaria á aquel demonio que habia ido á meterse de escribiente en lugar de sabio.

Una *zurra*, una privacion prolongada,

Una pena, en fin, que no careciese de crueldad, por aquello del escarmiento.

La deliberacion fué prolongada, y *acalorado* el debate entre la familia.

Todos estaban de acuerdo en estos puntos:

Primero, que Máximo era un pícaro;

Segundo, ¿qué tenia que hacerse con él para castigar el pasado y prevenir el porvenir, haciendo volver al tránsfuga al buen camino?

Tercero. Qué pena se le aplicaria y qué medios debian emplearse para obrar con la debida eficacia.

Sin duda aquel muchacho se estaba pervirtiendo.

Acaso estaba ya enteramente perdido.....

Nada mas natural que suponerlo así.

Sin duda alguna. Supuesto que se habia descubierto que adquiria dinero, sin saberse en qué le invertia.

Esto era grave, gravísimo.

Era preciso *llamar á cuentas* á aquel pequeño bribon.

El dia en que quedó resuelto este *súrgite mortui*, nuestro jóven, tranquilo, satisfecho, llegó á su casa como á las cinco de la tarde.

Llevaba su Nebrija debajo del brazo.

La tormenta le llegó, sorprendiéndole desprevenido.

Toda la familia le llamó *aparte*.

¡Cosa singular!

Le dirigieron la palabra en un alarmantísimo *usted*.

Le rodearon con un misterio y una solemnidad que helaron la sangre en las venas del delincuente.

—¿Qué estudia vd., caballero?—le preguntó su padre con un tono que hizo comprender á Máximo que se hallaba perfectamente sorprendido y descubierto.

—*Mayores*—contestó, reprimiendo el susto y procurando aparentar cierta atrevida naturalidad.

—*¿Mayores?*—continuó el padre, devorando al hijo con el fuego de las miradas.

—Sí, señor, «mayores»—volvió á contestar el jóven con una notable intrepidez.

—Pero yo no soy para la carrera de los estudios—añadió, desconcertándose completamente bajo la terrible mirada de su padre.

El interrogatorio fué corto, pero supremo.

Máximo escuchó en silencio y aterrado los formidables cargos que pesaban sobre él.

Todo era innegable.

Nuestro jóven guardó silencio.

Se le habia sorprendido en flagrante delito de desercion de las aulas;

En el imperdonable de abandono de los estudios;

En el muy grave de ser llanamente el escribiente de un escribano.

Se le hizo cargo de hacer varios meses que adquiria mensualmente ciertas cantidades cuya inversion no se sabia, pues era misteriosa y probablemente criminal;

De que estaba próximo el nuevo período de los exámenes, y seguramente *perderia el año*, como una consecuencia necesaria de aquella *infame* conducta;

Y por último, que se habia atrevido al mas miserable engaño, siendo gravoso á su familia, que lo creia *formándose*, y se sacrificaba para que nada le faltase; y.....

Al oir Máximo las últimas palabras, rojo de indignacion corrió á su cuarto, abrió su baúl y extrajo de él un puñado de monedas de plata y oro que dejó caer á los piés de su padre, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Yo no soy para los estudios! ¡yo no soy para los estudios!!!.....

Y se lanzó á la calle corriendo.

—Vete y no vuelvas nunca—le gritó su padre.

Desde entonces Máximo no volvió á su casa, ni al colegio, y vivió como pudo.

Esto quiere decir que no sucumbió ni al hambre ni al abandono.

Los dos muchachos siguieron siendo amigos.

Máximo se deslizaba cada noche hasta el dormitorio de An-

tonio, y allí seguian sus extrañas confidencias, sus revelaciones de vida íntima, y ambos continuaban levantando el plano de su existencia futura.

Todas eran virtualidades y deseos.

Todos proyectos.

Antonio salia los domingos del colegio, y hallaba un singular encanto en ir á pasar largas horas de su dia en el miserable tabuco de su amigo.

Era una bohardilla á la que se subia por medio de noventa y seis escalones, y en la cual no habia mas muebles que un lecho, una mesa y dos sillas.

En la pared estaban pegadas dos estampas perfectamente mal iluminadas, y de un dibujo y carácter tal, que bien pudieran pasar por la caricatura del asunto que representaban.

Una de ellas era la Esmeralda de Víctor Hugo, dando de beber á Cuasimodo en la picota.

La otra indicaba el solemne momento en que Fœbus de Chateaupers acaricia con enajenacion á la jóven, mientras que el clérigo celoso apareciendo por la ventana, tiene levantada la mano y va á descargar el golpe mortal.

Encima de la puerta del tabuco se ven cruzadas dos pequeñas escopetas de dos tiros, formando una especie de panoplia con dos floretes, el polvorin y la bolsa de la municion.

En la cabecera de la cama, colocada en un *passe-par-tout*, se ve una fotografia.

El retrato de una mujer seductora.

Aquella fotografia no era ni una curiosidad ni un capricho de aficionado.

Era un recuerdo mas tierno. La imágen de la mujer á quien Máximo habia empezado á amar con todo el fuego de su corazon y con todas las ilusiones de su juventud.

Aquella mujer, ó mejor dicho, aquella fotografia, pudo ha-

ber arrojado una sombra en el cielo sin mancha de la amistad de los dos jóvenes.

Pudo la fotografía por un lado y la curiosidad de Antonio por el otro, haber ocasionado un serio disgusto, acaso una ruptura.

Un domingo penetró nuestro jóven en el cuarto de Máximo.

Aquel dia iban á salir á alguna de las *inmediaciones* con las escopetas.

Se habian citado para salir á cazar.

No estaba Máximo en el aposento, y Antonio fué á sentarse en la cama para esperar.

Le llamó particularmente la atencion aquella tarjeta que no habia visto nunca.

Se acercó para mirarla mejor, y quedó maravillado del singular atractivo y belleza de la mujer retratada.

Era una muchacha envuelta á medias en un trage vaporoso y trasparente: el cabello estaba recogido en un tocado elegante y gracioso, y el seno y los brazos, de una morvidez mitológica, estaban descubiertos.

No sé qué chispa de electricidad sensual saltaba de las pupilas de Antonio, al mismo tiempo que Máximo entró sorprendiendo á nuestro jóven en su muda pero estusiasta expectacion.

Antonio no volvió la cabeza á la entrada de Máximo, sino que prosiguió contemplando el retrato con éxtasis, con arrobamiento.

Máximo se enrojeció hasta lo *blanco de los ojos*, como suele decirse.

—Deja, deja eso, es mi prima Isabel—murmuró desconcertado.

—¡Tienes una prima adorable!—¿La enamoras?

—¡*Qué!*..... Va á casarse dentro de poco tiempo con un individuo muy rico de Guanajuato.

—¡Oh! es lástima por cierto..... es una muchacha deliciosa, añadió Antonio arrojando un profundo suspiro.

—Sí, en efecto: es bonita Isabel. Yo la he tratado desde que ambos éramos muy niños. Siempre nos hemos *querido*.... pero ya dentro de pronto se va.

Y Máximo, al pronunciar las últimas palabras, tornó á desconcertarse de nuevo.

Antonio comprendió que su amigo mentia, que lo engañaba, defraudándole una confidencia, callándole una historia de amores.

Nuestro jóven se entristeció, pero no dijo nada á su amigo.

Descolgaron las escopetas y demás aperos de caza, y se prepararon para salir.

Pero antes tuvo Máximo cuidado de descolgar de la cabecera aquel retrato, envolviéndole en un papel, con sumo cuidado, y metiéndole en el bolsillo.

—¿Por qué quitas eso de ahí?—le preguntó Antonio.

—Por nada, por nada—respondió Máximo encendiéndose de nuevo;—no seas tan curioso. Ya te hablaré de esa muchacha..... Ya te lo contaré todo mas tarde .....

—¡*Todo!*..... ¿Todo qué?.....

—Vámonos, Antonio, vámonos: ya es tarde, muy tarde.

Y ambos salieron precipitadamente del aposento.

Antonio triste, soñador y vagaroso como siempre.

Máximo preocupado hasta un grado indescriptible.

—*Este* tiene *algo*—pensaba el primero.

—Este sospecha *algo*—pensaba el otro.

LXII.

Siguieron ambos silenciosos y preocupados, hasta llegar á la administracion de los *ómnibus* que partian en aquella época para San Angel.

Por la primera vez se levantaba en medio de los dos jóvenes ese vapor de una ligera reserva, que como un nublado tenue, impide verse de una manera absolutamente clara, franca y detallada.

Antonio sentia clavada en el corazon no sé qué espina que le punzaba levemente, pero que no dejaba por eso de ofenderle.

Máximo, que le habia puesto al tanto de sus mas íntimos secretos, que le habia hecho un absoluto confidente de toda su vida, sin callarle la historia de ninguno de sus placeres y de ninguno de sus dolores, confiándole hasta las mas ocultas *poridades* de familia; Máximo le habia *reservado* qué sé yo qué capricho, qué historia ó qué sentimiento.

Habia visto una tarjeta fotográfica, misteriosa y que algo raro significaba.

No tenia duda, pues que de otra manera su amigo no se hubiera ruborizado tanto, ni en tan alto grado se habria preocupado al sorprenderle contemplando aquella especie de naipe encantador que venia *á la puerta* con un secreto ó con un misterio.

Aquella muchacha era divina.

Pero lo raro era que, segun la fotografía, aquella linda jóven era una especie de *lyonne*, un tipo enteramente aristocrático, un ser femenino de las altas regiones sociales, y Máximo era un pobre jovencito, lleno de aspiraciones, proyectos y pensamientos áureos; pero sin mas resultado hasta entonces que un raquítico sueldo y una posicion casi miserable.

—No puede ser su prima—decia lleno de conviccion;—tampoco puede ser su novia ni su querida. Se necesitaba que estuviera loca una mujer como parece ser esta, para enamorarse de Máximo, que no está en disposicion de llevar al cabo nada formal.

Pero es indudable: Máximo está enamorado.

Uno de esos amores, una pasion acaso, de esas sin esperanza, que es preciso callar eternamente por no ponerse en ridículo.

Y por eso no me habia dicho nada, y se ha mortificado tanto al verme sorprender á medias su secreto, y temiendo que llegase á comprender, ó por lo menos á sospechar algo.

¡Pobre Máximo!.....

Pero me engaño.

¿Qué objeto ha llevado al engañarme?.....

¡Su prima!—¡Qué ocurrencia!

Teme sin duda Máximo que yo me burle de sus sentimientos, que no comprenda su valor, que no sepa respetar un amor desgraciado, un amor sin esperanza.....

Mal hecho, muy mal hecho. No debia yo perdonar esto.

Pero tampoco provocaré una confidencia, no seré el primero en volver á hablar de esa mujer ni de ese retrato.

¡Oh! es hechicera y elegante.

¡Pobre Máximo!.....

No contarme *á mí* todo esto, es una tontería que no se puede explicar.....

Preocuparse tanto y mortificarse de tal manera porque un amigo, un hermano sorprende alguna historia del corazón....

¡Ah! es una atrocidad.

Yo se lo hubiera contado todo desde el principio.

Pero ¡qué brazos de mujer..... y qué manos, y qué boca... y qué cuello!.....

Este desgraciado debe de estar medio loco.

Es séria y apacible como una Juno.

Muy decente, pero muy voluptuosa.

Si la cara no tuviera un aire tan distinguido, sería esa mujer una ramera.

Pero una de esas rameras muy caras, que no se adquieren sino mediante raudales de oro.

Y esto no podría ser para Máximo.....

La cara dice: «condesa, reina, serafin.»

Las formas explican: Vénus, voluptuosidad, placer.....

¡Qué mirada!

Tiene *ojeras*.

Debajo de los ojos hay unas sombras prolongadas, magníficas.

Esta muchacha debe de haber sido formada para amar como Sapho y para gozar como Cleopatra.

Tal vez Máximo haya comprado esta fotografía como una curiosidad, por afeccion á lo raro y por amor á lo bello.....

El amor á lo bello suele ruborizar á algunos hombres que pretenden aparentar cierta austeridad de carácter y cierta energía de espíritu.

Y esto tal vez sea la causa de la mortificacion de Máximo.

O quizá pretendió hacerme comprender ó sospechar que está en *relaciones* con una muchacha *así*.....

¡Fátuo!..... ¿*Con qué?*.....

De todos modos, yo quisiera saber en dónde vive esta muchacha.

El original debe de ser un querubin en toda forma.

Pero no debo ni puedo preguntárselo á *este*.

¡Quién sabe!..... puede ser que.....

¡Pero si me parece imposible!

Será preciso poner mucho cuidado, con mucho disimulo, para procurar averiguar si *este* guarda cartitas ó cabellos.....

¡Habia de ser tan afortunado!.....

¡Su prima Isabel!.....

No lo creo; no hay tal prima.

Esto no puede ser mas que una *muchachada*, «cosa» que me parece lo mas probable, ó un secreto amoroso, lo cual me parece muy difícil, aunque no inverosímil.

A este tiempo llegaron á la administracion ó expendio de billetes.

Máximo entró á comprar los de ambos, y pocos minutos despues partia el ómnibus para «San Angel.»

San Angel es un nido de ilusiones, una página de recuerdos, un recinto de placeres.

Las inscripciones puestas en los árboles y en las rocas del *Cabrío*, son toda una historia del corazon.

El aire de San Angel acaricia.

Las muchachas sienten allí que el aire, manso y perfumado, pasa por sus cabellos, y con ellos juega como una mano invisible, pero amorosa.

Los céfiros que vuelan por los jardines de San Angel, tienen no sé qué de malicioso y enamorado.

Es delicioso ver cómo se arrastran por el suelo para levantar el trage de un grupo de jóvenes que pasean y besarles los piés.

Qué sé yo qué suspiran al oido de las muchachas; pero es tan suave y armonioso, que parece una galantería.

El viento está plenamente autorizado para murmurar *flores*, dar besos y hacer las mas indiscretas coqueterías con las jóvenes mas cándidas é inocentes.

No sé qué cambio extraño hemos notado siempre operarse en los verjeles de ese pueblo tan colmado de brisas y de perfumes.

Nos ha parecido siempre que allí las mujeres se vuelven flores:

Que las flores se vuelven mujeres.

Es aquello el *corredor* lleno de tiestos de esta gran casa de vecindad que se llama México.

Es aquello una especie de página color de rosa, en donde no dan ganas de escribir mas palabras que estas:

«Amor.»

«Ilusiones.»

«Placeres.»

¡Levantad la vista!

El circular está en el cielo.

Hay allá arriba una inmensa custodia de oro, y el templo de la creacion está empavesado.

Todo es nubes, aves, matices y colores.

Nubes que vuelan, blancas é incandescentes, como si fueran las aladas falanjes de los «espíritus puros» de los ángeles de la pureza, revestidos de blondas y tisú, para bajar «á traer y llevar recados *Suyos*.»

Aves inundadas de éter y embriagadas de luz, cuyo canto, posadas en las gigantescas ramas de los árboles, es un epitalamio en loor de las perpetuas nupcias de la creacion, y cuyo pío entre las nubes debe formar el *Tu solus Sanctus. Tu solus Dominus, &c.*

En el verjel todas las flores reunen sus aromas para formar un solo aroma:

Todas las fuentes adunan sus rumores para formar un solo rumor:

Todos los céfiros se exhalan como sollozos de una Teresa de Jesus.....

Todo vuela al cielo.

No sé qué manos invisibles vienen á imprimir á las rosas y á las gardenias, suaves é irregulares oscilaciones, y las flores se agitan desatadas como pequeños incensarios de púrpura.

¡Oh! separaos un momento del mundo ó id unos momentos al campo.

Alzad el alma y los ojos.

El Divinísimo está patente:

¡Orad!.....

En San Angel se ora, se ama, se piensa en el cielo, se piensa en la tierra, se sueña, se delira, se desea.....

Sin duda alguna fué plantado allí un renuevo del árbol de la fruta del bien y del mal, porque allí Eva es irresistible.

Nuestras jóvenes se estremecen de placer al oir pronunciar las palabras San Angel, como si escucharan la palabra Paraíso.

La ciudad, ó como decimos todos, *el centro*, es sombrío.

En *el centro*, la imaginacion no puede improvisar mas que *baladas de salon*, lo cual es un absurdo por lo mismo que es un contrasentido.

Las calles de la ciudad no pueden ofrecer á la fantasía otra cosa que fantasmas.

Las flores no pueden dar mas que flores.

Algunas temporadas nuestras beldades se fastidian de la joyería y van al jardin.

Aprisionan los diamantes en el estuche y prenden rosas entre sus cabellos.

Los diamantes dan brillo á las mujeres.

Las rosas les dan hermosura.

«Una cabeza de mujer, con flores,» es algo muy bello.

Es una rosa con botones.

Cuando se desliza una margarita, una acacia ó un feston de madreselvas, de la parte posterior del peinado de una mujer, parece que la mujer *retoña*.

Parece que la mujer piensa en cosas muy bellas, y sus pensamientos brotan del cerebro de la beldad en forma de rosas.

¿Qué se dirán á solas las flores y las mujeres?

Deben decirse confidencias, deben de hablarse de amores.

Las mujeres son las flores de la vida.

Las flores son las mujeres del platónico idealismo.

¡Qué sé yo si las gotas de rocío son las lágrimas ó los diamantes de las flores!.....

San Angel tiene flores y tiene mujeres.

Cae allí el rayo del sol como el beso frenético de un enamorado turco sobre los labios de coral de una sílfide andaluza.

El sol, este rey *dandy*, se levanta en Oriente de su lecho de nubes, entre cinco y seis de la mañana.

Los árboles y los montes se cubren de penachos de oro, y todas las alturas se ostentan brillantes y magníficas como una inmensa joyería.

La esposa Naturaleza despierta fresca, hermosa y rica.

Se siente feliz y goza.

Al despertar del astro rey, saltan por todas partes como puñados de topacios y esmeraldas, los colibrís, esos chupadores de miel, esos seductores de las flores, instables, vertiginosos y rápidos como el placer.

La rosa desata su cáliz púdico al beso del colibrí, estremeciéndose ante los ígneos cambiantes de esta volante piedra preciosa que baja á *montársele al aire*, de esta ave enamorada y elegante, ébria de felicidad, ardiente, bella y trémula como el deseo fugitivo é inconstante, como los placeres de la vida.....

El colibrí es al mismo tiempo el amante, la joya y el «amorcillo» de la flor.

Cuando vemos un colibrí temblando sobre el blanco pétalo de un lirio, nos parece ver una magnífica sortija lanzando fantásticos cambiantes desde el dedo de una linda mano.....

Nuestros jóvenes descendieron en la plaza del pueblo, y siempre pensativos y reservados, y por una de tantas veredas curvas y estrechas, se dirigieron hácia el *Cabrío*.

El follaje estaba lleno de verdura y lozanía.

Por todas partes caian sacudidas hojas de árbol y gotas de agua.

Las lagartijas de negros ojillos huian y se ocultaban al paso de los dos cazadores.

Las abejas, zumbando, hacian en torno de ellos giros continuos é irregulares.

La cascada precipitaba estrepitosamente sobre el rio sus anchos raudales de plàta, y las mariposas formaban en el espacio un agitado y extraño jardin.

Bajo aquel cielo diáfano y puro, en medio de aquella vegetacion admirable, de aquella agua, de aquel fuego, de aquellas rocas, en medio de aquellos *reinos*, en fin, nuestros jóvenes iban muy distantes por cierto de apercibirse de su soberanía de reyes de la creacion, y mucho menos de ejercerla.

Ambos iban dominados por un mismo pensamiento.

Este pensamiento era una mujer.

Para el uno, aquella mujer era una especie de anónimo femenino, encantador, bello, magnífico, pero trunco, apagado, y del cual solo habia podido formarse una idea.

Para el otro, no sabemos aún lo que aquella mujer, aquel anónimo, podian significar.

No habian vuelto á pronunciar una sola palabra sobre el *asunto*.

Sin duda el asunto era poco abordable ó muy delicado.

Parecian huir ambos de lo que se llama reanudar una conversacion ó tomar la iniciativa.

Eran cazadores; pertenecian formalmente á un *club*, y muy á menudo salian á pequeñas expediciones de resultados mas ó menos felices.

Aquella mañana parecieron ambos olvidar completamente que eran cazadores y que habian salido á cazar.

Pasaron ambos del lado de la fábrica que está inmediata al Cabrío.

Apoyaron las escopetas contra el tronco de un árbol afloso y se sentaron á su sombra.

La naturaleza estaba espléndida, el sol magnífico.

Máximo suspiró.

Antonio suspiró tambien.

Se vieron mutuamente, y los dos á un tiempo empezaron á reir estrepitosamente, sin saber por qué.

Era difícil empezar una conversacion. Esto sucede muy á menudo, sin que sepan dos interlocutores por qué efectivamente retardan serlo.

Parecia que habian ido allí para oir los soplos de las brisas, los rumores de las cascadas, los zumbidos de las abejas, y nada mas.

Cada uno de ellos sostenia una *acalorada* conversacion con la acalorada naturaleza, y no podian por tal causa sostenerla mutuamente.

Muchas y diversas aves cruzaban por allí, *á tiro* y en vuelo mas ó menos tardo.

Pero decididamente aquellos jóvenes cazadores tampoco tenian ganas de cazar.

Se comprendia que á todo habian ido allí, menos á eso.

Un cuarto de hora mas de tal situacion, y el fastidio hubiera penetrado necesariamente en aquellas dos almas reclinadas *sub tegmine fagi*.

Repentinamente Máximo hizo un movimiento brusco, y Antonio pudo ver que su semblante adquiria cierta animacion.

Ambos se quedaron oyendo y sin pestañear.

Detrás de uno de los casucos inmediatos al Cabrío, se escuchaba el agradable parloteo de un grupo de mujeres, que aparecieron á los pocos momentos.

Eran, en efecto, cinco ó seis muchachas ligera y elegantemente vestidas, que paseaban por allí cortando flores, y sacudiendo las ramas de los árboles para que cayeran las frutas, que recogian alegremente.

Se dirigieron todas por el lado en donde se hallaban sentados ambos jóvenes.

Iban sin duda á pasar por allí.

Máximo estaba purpúreo.

Antonio quiso incorporarse; pero su compañero le retuvo en el mismo sitio, diciéndole imperiosamente:

—No te muevas, *estate* quieto.

Y Antonio obedeció esta prescripcion maquinalmente, volviendo á sentarse.

Las jóvenes guardaron silencio al acercarse á aquel lugar.

Una muchacha como de veinticuatro ó veinticinco años, morena, de magníficos ojos negros, levemente pálida, pero con unos labios rojos y bellos como una acacia en capullo, se habia quedado la última.

Al distinguir á Máximo, su rostro se coloreó levemente bajo una instantánea alborada de pudor.

Al pasar junto á los dos muchachos, todas inclinaron ligeramente la cabeza.

La jóven morena dió un corto rodeo, y tomando por un fragmento de senda lleno de piedras, troncos muertos y escombros, fué á unirse con sus compañeras que la esperaban.

Pasó cimbreando su talle esbelto, elegante, magnífico, y recogiendo su trage con un movimiento fácil y natural, aunque no exento de coquetería.

En este momento dirigió una fugitiva sonrisa y un saludo á Máximo.

Antonio vió de un golpe aquellos ojos seductores, aquella sonrisa llena de perlas y coral, aquel busto majestuoso, aque-

las manos y aquellos pies, y apenas pudo contener una exclamacion.

Hemos dicho que Antonio era un ciego idólatra de lo bello, y aquella muchacha era bella, atractiva, graciosa hasta la idealidad.

El perfil era puro, artístico, irreprochable como un camafeo hallado en una excavacion de Pompeya.

Tenia no sé qué de Cleopatra.

Las formas eran dignas de la Vénus divina de Praxiteles....

LXIII.

Aquella mujer era ciertamente inspiradora, verdaderamente poética, y Antonio poseia cierta aptitud para apreciar lo bello en donde quiera que se hallase.

La habia visto venir rodeada de una atmósfera que le era propia, como la de un astro.

Aquella muchacha era el original de la copia que habia hallado en la cabecera del lecho de su amigo;

Su presunta prima Isabel.

Pero Máximo se habia ruborizado varias veces al hablar de su prima, mucho mas cuando la descubrió, y ella tambien al descubrir á Máximo.

El saludo habia sido perfectamente aristocrático y circunspecto.

Si no hubiera sonreido de *cierta manera* al saludar, el saludo hubiera sido impertinente y casi altanero.

Quedaba, pues, demostrado, á juicio de Antonio, que entre aquella jóven y su amigo habia algo mas ó algo menos que las relaciones de un simple parentesco.

Podia muy bien suceder, aunque esto hubiera parecido á

Antonio demasiado absurdo, que hubiese entre aquellos jóvenes relaciones amorosas.

Pero esto solo podia suceder hablando en el sentido de que nada es imposible.

Cuando ambos hubieron perdido de vista aquel bello grupo de damas, Máximo se quedó mortificado y Antonio serio.

—¿*La* viste?—preguntó el primero al segundo—y *la* conociste?

—¡Ya lo creo!..... tu prima Isabel.....

—*Eso es.*

Y Máximo pronunció este *eso es* con una entonacion de inocente ironía.

—¿Te gusta?—dijo Máximo.

—¡Oh! es hechicera! Se comprende que el susodicho *futuro* guanajuatense es un hombre que sabe vivir.

—¿Crees tú?

—Sin duda..... esta mujer es linda como una diosa.

—Sí, es *bonita*..... ¡Si vieras!.....

—¿Qué?.....

—No es mi prima.

—Ah!

—Ni se llama Isabel.

—¿Pues cómo?

—Eugenia.

—¿Eugenia?

—Sí.

—Y el novio ¿cómo se llama?

—Tampoco tiene novio. Todo era broma. Eugenia no tiene mas amante que yo, á lo que parece. La enamoro hace algunos meses, y aun no me resuelve definitivamente.

—Nada sabia ni sospechaba, te lo juro.....

—Por eso te lo cuento. Pero reserva *esto*. Ah! si vieras!..

—¿Qué?

—Es negocio. ¿La viste bien?

—Sí, es divina, divina!

—Es rica, rica!

—Pues entonces.....

—Entonces, tanto mejor para mí si me quiere. Será un golpe maestro.....

—¡Qué ojos de mujer!

—¡Y qué anillos tiene!

—¡Qué cuerpo y qué piececitos!

—Tiene *como* catorce mil pesos en alhajas.

—El seno, y los hombros, y los labios.....

—Tiene dote.....

—¿Y qué?.....

—Sin *eso*, de nada serviria lo demas.....

—¡Eres un *majadero*, Máximo!

—¿Por qué, Antonio? Esta jóven es para tí una diosa, y para mí un proyecto. Es *negocio*, créelo, un negocio *redondo*. Si no tuviera dinero, la *echaria á pasear*, porque yo no soy ningun Pachá para mantener muchachas bonitas nada mas por un simple gusto.

—¿Y te corresponde?

—Parece que sí.....

—¿Te ha tratado?

—Poco. Enamora á una de las hermanas. No son tan *bonitas*, pero tambien tienen algo.

—Gracias, Máximo: no sé hacer negocios con mis sentimientos.

Y al decir estas palabras Antonio, habia arrojado sobre Máximo una mirada de soberano desden.

Máximo recibió aquella mirada, pagándola con una muequilla de labios perfectamente burlona y cáustica.

—Vamos á *verlas*—añadió este último, indicando con el gesto el rumbo por donde habian desaparecido las muchachas.

—Tengo hoy cita y debe darme Eugenia una resolucion. Vamos á la casa del Sr. ***, en donde viven, y por una tapia del jardin la hablo. Vas á ver. Probablemente me servirás, porque creo que han sospechado algo y *la* cuidan.

Antonio se sentia disgustado en gran manera.

No podia suponer que existiera un positivismo tan prosaico en un alma de veinte años.

El corazon y el cerebro de su amigo se habian vuelto de oro, y *explotaba* su cerebro y su corazon.

Deseos le vinieron de abandonar á Máximo y volver á México, solo.

Aquella sílfide tan séria, tan hermosa y tan simpática, le habia *impresionado* profundamente.

Los proyectos de Máximo le repugnaron hasta el grado de encontrarle sórdido, repugnante, intolerable.

¡Eugenia!

Tipo ideal, bella reproduccion *de lo antiguo*, medallon griego apreciado por su amigo como una joya valiosa, y no como un objeto bello.

Eugenia valia para Máximo tal cantidad de pesos fuertes. Nada mas.

¿Para qué era rica aquella muchacha tan linda?

Si fuera pobre, sin duda alguna que no lo hubiera despertado jamás la ruin codicia de aquel especulador helado de veinte años.

Para la imaginacion de Antonio, para sus sentimientos y para sus ensueños, Eugenia era una entidad mitológica.

Para las aspiraciones de Máximo, aquella jóven majestuosa como Juno y linda como Vénus, no podia pasar de un artículo mercantil.

¡Tan jóven Máximo, y ya calculista frio y avaro como un viejo!

Esto era detestable.

Estaba pendiente de saber la historia de aquellos amores singulares.

Aquella historia debia de tener un carácter absolutamente excepcional.

Aun no tenia Antonio ni aun la mas ligera nocion de esa ciencia terrible que se llama *mundo*.

Máximo, no obstante su extremada juventud, habia pasado por una prolongada serie de amargas peripecias de la vida.

Jóven, muy jóven aún, se propuso seguir viviendo sin hacerse ilusiones sobre cosa alguna. Ver claro, ser todo cabeza, deprimir constantemente al corazon reprimiendo sus impulsos.

Hé aquí los fundamentos de la gran ciencia que el jóven empezaba á cultivar tan empeñosa y resueltamente.

Sentia Antonio una vehemente curiosidad por saber aquella historia que de antemano le repugnaba.

Máximo, mientras se dirigian á la cita, se la contó.

Nada tenia de particular.

Habia conocido á Eugenia en un dia en que pasaba por cerca de una casa de Chimalixtaca.

Era una de tantas jóvenes que almorzaban alegremente á la sombra de los árboles de la huerta de aquella casa.

Máximo entraba en San Angel buscando una caza muy distinta de la que se le presentaba.

En aquellos momentos, ni por la imaginacion le pasaba que existen mujeres hermosas en el mundo.

Máximo vivia exasperado con su pobreza y su impotencia, y no se daba la pena de pensar en *flores*.

Sin embargo, la primera mirada fué la que instintiva y naturalmente tiene que arrancar la belleza á la juventud.

Esto es, una mirada inflamada de pasion y deseo.

Pero poco despues el cazador tuvo lugar de observar que habia en las orejas y en los dedos de Eugenia, algo que brillaba mas que los ojos seductores de aquella muchacha.

E inmediatamente procedió á insinuarse amorosamente con aquellos magníficos diamantes que tanto abonaban á aquella linda mujer.

Máximo era fino y suave en sus maneras, excesivamente atrevido, y no carecia de ciertas ventajas físicas que ninguna mujer pasa desapercibidas.

Comprendió que no era enteramente desechado, y se propuso seguir empeñosamente en *aquello*.

Eugenia era bella, voluptuosa, rica.

Era, pues, la lotería, el bello ideal de Máximo.

Era aquella una oportunidad que no debia dejarse pasar.

Una especie de aventura que debia de seguirse con insistencia y energía, pero con *tacto*.

Máximo habia sabido *iniciarse*, empleando los recursos y secretos resortes que pueden despertar el interes en el corazon de una mujer.

Y aunque Eugenia parecia tan severa como linda, Máximo no se desanimaba.

En pocos dias pudo colocar á la jóven en un verdadero estado de vacilacion.

Entre las callejuelas, las flores y los arroyos de San Angel, pudo Máximo presentarse á los ojos de Eugenia cubierto de cierto interes.

Le llamaba la atencion de una manera notable.

Llegó en pocos dias á pensar en él algunos ratos y á preguntar dos ó tres veces á sus amigas un

—*¿Quién es este?*.....

Que dicho *muy al pasar*, y con un gesto y tono de voz casi

depresivos, nada revelaba á aquellas y podia tener una significacion favorable para Máximo.

Empezaba bien aquel negocio, pero Antonio vino á romperlo.

Al pasar Eugenia cerca del árbol en que ambos amigos *descansaban*, la mirada lánguida pero penetrante de Antonio le habia dicho tanto!.....

Habia visto en la frente del jóven, casi adolescente, amigo por lo menos de Máximo, una palidez tan inmaculada, estaba aquella frente tan exenta de rugas y de sombras, que Eugenia, perspicaz, apasionada y soñadora, habia visto aquella frente como la página en limpio de un *album* en donde se puede escribir lo que se quiera.

La jóven tierna, pero inocentemente caprichosa, habia querido ver escrita allí la palabra divina:

«Amor.»

¡Debia de tener tanto fuego y tantas ilusiones vírgenes aquel colegialillo de veinte años!.....

Máximo se desbordaba en sávia, y era serio y pensativo.

Aquel jovencito aparentaba estallar en ideas y parecia triste y soñador.

Las mujeres aman el idealismo, ó por organizacion ó por amor propio.

La idea es la rehabilitacion de las mujeres, como la fuerza moral y material es la de los hombres.

Aquella sonrisa y aquella ligera inclinacion de cabeza, *apuntadas* para Máximo, habian ido á parar hasta Antonio.

Antonio las habia recogido sin apercibirse de ello.

Era un colegial niño, tímido, modesto y ruboroso.

Al ver los piés de ninfa de Eugenia, cuando ella recogió su vestido para pasar entre escombros y flores, se estremeció de placer y de pudor viendo aquellos piés, y aquella pierna fina, rosada, redonda.....

Ya hemos dicho, no sabemos si en otra parte ó en otro libro, que el pudor, este velo del placer, azucena que se abre entre la niñez y la juventud, es lo mismo en el hombre que en la mujer á cierta edad.

Eugenia habia visto á Antonio desde cierta distancia, con curiosidad, despues con placer.

Al pasar á su lado, con ternura.

Antonio era un niño.

Aquella sonrisa que pudo haber atraido una abeja ó una mariposa, fué á caer como una flor deshojada sobre la frente y sobre el seno del iluso niño.

Antonio entonces se medio enamoró sin saberlo,

O mejor dicho, sin comprender que se habia medio enamorado.

Eugenia pensó que seria *muy bonito* llegar á ser madre y llegar á tener hijos, al menos uno, *así*..... como aquel cazadorcillo que se hallaba con Máximo.

Máximo, aquel muchacho frio, audaz é imperturbable, que se habia atrevido á escribirle una carta, un billete grande, sin perfume, seco y neto, en el que sin preámbulos le pedia redondamente que le amara, por medio de frases en las cuales se embozaban anfibologismos expresados con las palabras «conveniencia,» «sentimientos,» «establecimiento y felicidad, &c.,» cuyos *trait d'union*, comprendidos, ó por lo menos sospechados por el alma de la jóven, suave y decentemente espiritual, no pudieron menos de inspirarle repugnancia y desprecio.....

¡Pobre Máximo!.....

Eugenia, sin conocer á su amante, y por consiguiente sin comprender sus verdaderas aspiraciones, habia mas bien indicado que dicho un «veremos,» palabra que tanto emplean las mujeres cuando *necesitan tiempo para pensarlo.*

Ese dia, al regresar á su morada, despues del encuentro de los jóvenes, habia improvisado una resolucion.

Las resoluciones de Eugenia eran de temerse por mil títulos:

Cuando esas resoluciones eran [illegible] tenían otro carácter:

Terribles!

LXIV

Eugenia era [illegible] sola [illegible].

Sus límites [illegible] el [illegible] desdichado y casi [illegible].

Para Eugenia [illegible] sido que [illegible] con horror [illegible] de la vida.

Había sentido [illegible] amarlos, y los había encontrado á [illegible] ingratos.

Deseó [illegible] á [illegible].

[illegible] que la [illegible] había encontrado en sus adoradores, y [illegible] que aquella [illegible] [illegible] podía [illegible] á través de los [illegible] y más [illegible] procesos de [illegible].

Tenía Eugenia el [illegible] de sus sentimientos, se [illegible], sin [illegible] el [illegible] de la [illegible] de su [illegible], y [illegible] la [illegible] de sentimientos, de [illegible] y de [illegible], [illegible] se [illegible] de un modo [illegible] y [illegible] de [illegible] á [illegible] Juan.

Pero sin embargo, llamaba la atención el [illegible] que Máximo se [illegible] á sus [illegible].

Máximo había empezado á [illegible] con [illegible] y con [illegible] que hacían sospechar á Eugenia que era [illegible] en horas de [illegible] y de [illegible].

Tenía [illegible] dignidad y [illegible] [illegible] de [illegible] para [illegible] esto:

—¿Qué será Máximo?

Y [illegible] que [illegible] [illegible] [illegible].

Sentir bien, es dar la mas completa y absoluta garantía en materia de amores.

Máximo tenia fuerza de voluntad, era un alma de bronce, y sabia cuando era preciso, hacer de su semblante un logogrifo indescifrable, una página china ilegible.

Se hubiera sentido humillado y él solo se hubiera calificado de débil, si una mujer hermosa hubiera sorprendido en sus miradas el relámpago del deseo.

Aquella cara inmóbil inspiraba desconfianza.

Puede decirse que tenia el alma encerrada con llave y en tinieblas, y cuando necesitaba de un alma para vivir en el mundo, la mandada hacer á su voluntad, imponiéndola la suma de condiciones necesarias para alcanzar la utilidad de aquel artefacto moral.

No sabemos qué economía de la vida humana habia estudiado Máximo.....

Al través de su austeridad casi mónástica, era un grande amador de los placeres mundanales; pero los veia con esos perfumados y vistosos ramilletes con que se adorna una mesa de cincuenta cubiertos.

No concebia ningun placer sino despues de haber hecho la digestion.

Despues del *beefsteak* la Lucinda: todo con órden.

Podia ir á todas partes con el trage que usaba.

Nunca le faltaba en el bolsillo una moneda de oro y una pistola, ni el boton de rosa en el ojal.

Sabia, cuando era conveniente, formarse una *careta* con la nube de humo de su enorme y perpetuo puro.

Nunca exclamaba: *¡Dios mio! ¡Dios mio!* como suelen hacerlo todos, aunque no sepan lo que dicen.

En lugar de aquellas palabras, decia á menudo y despues de suspirar, estas otras:

—*¡La mosca! ¡la mosca!.....**

La casa que habitaba Eugenia estaba situada, como ya antes hemos indicado, á la entrada del pueblo de San Angel, en un terreno cercado, ó mejor dicho, limitado por una barda con honores de cerca.

Aquel muro pigmeo se alzaba prestando á las habitaciones una guarda del mismo género que la que puede prestar una oblea pegada en la cerradura de un candado abierto y sin llave.

Esto es, una cerradura, una seguridad puramente moral.

Un hombre fuera de la barda, podia sin esfuerzo alguno colocarse de codos sobre ella.

Esto es magnífico para los que van á enamorar á las muchachas que viven *cercadas* como lo estaba aquella casa.

En un ángulo formado por uno de los lados de aquella posesion, que daba á la que podremos llamar calle Real, y el otro que formaba el principio de uno de esos callejones iguales en todos los pueblos, se detuvieron ambos jóvenes.

—«Tú, por allí me esperas»—dijo Máximo á Antonio, señalándole con el dedo y con la vista un punto en el callejon, á veinte pasos poco mas ó menos, del en que se hallaban.—Yo me quedo aquí, á ver qué sucede.

Aquel sitio era el lugar de la cita que Eugenia habia dado á Máximo para contestarle su carta.

Antonio fué á esperar en el lugar que se le habia designado.

Las jóvenes habian entrado haria un cuarto de hora en la casa, perdiéndose detrás de un porton pintado de verde, en el que pendia por el lado de afuera la cuerda del picaporte.

Máximo esperó en aquel rincon como una hora.

Antonio habia apoyado su pequeño fusil sobre el muro de

* Dinero.

adobes del callejon, y se paseaba fastidiado á lo largo de aquella callejuela llena de tierra.

Por el lado en donde se hallaba Máximo, la casa tenia dos grandes ventanas cerradas interiormente con vidrieras y cortinas y por afuera con *persianas*.

Raras ocasiones se habia observado que aquellas ventanas se abriesen.

De ellas á la barda habia una gran distancia, y sin embargo, podian percibirse detalladamente los objetos.

A la hora de expectativa, una de ellas se abrió y apareció Eugenia.

Eugenia, que se quedó mirando fijamente á Máximo, que apoyado en su fusil, se dejaba ver de la cintura para arriba, esperándola.

La jóven, casi inmediatamente desapareció, cerrando estrepitosamente la vidriera.

A poco rato la vió Máximo acercarse lentamente á la barda.

Al llegar, ella inclinó leve y circunspecta la cabeza.

El cazador apartó un instante el fieltro de los cabellos, balbutiendo:—«A los piés de vd., Eugenia.»

—¿ *Quiere* vd. decirme *qué quiere?*—dijo esta afectando un humor denso, y con esa locucion incorrecta por lo comun y defectuosa, pero encantadora ciertamente, que suelen emplear las mujeres, y con mas razon si están violentas ó preocupadas.

—Yo..... nada..... vd. me ha mandado venir hoy..... y ahora.....

—¡Ah!..... sí..... es cierto..... para devolver á vd. *esto*, que no podria sin duda ni deberia conservar en mi poder.

Y al pronunciar estas palabras, la jóven sacó del bolsillo la carta que Máximo la habia obligado á aceptar, y se la devolvió, alargando el brazo por encima de la barda.

—Pero yo habia venido—murmuró desconcertado Máximo al reconocer su carta—yo habia venido aquí citado por vd. á esta hora y en este sitio, para recibir una contestacion de esta carta, y no ciertamente la misma.

Y retiró la mano para indicar que se rehusaba á tomar aquella carta.

—Entonces le diré á vd. que todo es inútil..... que á nada vendria el insistir sobre el particular, y que para nada debe vd. ocuparse *de esto*, pues no podria darle ninguna esperanza.

Y la jóven al decir estas palabras, con un acento breve y duro, destrozó la carta en menudos fragmentos, que arrojó al viento en presencia de Máximo.

—¿Absolutamente?—murmuró este con voz trémula y conmovida.

—Ninguna—contestó Eugenia volviéndole la espalda y dirigiéndose de nuevo hácia la habitacion.

Máximo la siguió con la vista, y al dar ella vuelta por la pequeña y encorvada calle de árboles que iba á terminar á pocos pasos del porton verde, perdiéndose allí completamente á la mirada del estupefacto amante, prorumpió este en diez ó doce insolencias que algo nuevo hubieran enseñado á un *lépero*.

Nada habia podido oir Antonio desde la especie de escondite en donde se hallaba; pero todo lo vió: y cuando Eugenia habia hecho menudos fragmentos la carta de Máximo, apenas pudo reprimir un grito de júbilo.

La simpatía produce instintos, y por eso, acaso instintivamente, comprendió Antonio que Eugenia se salvaba.

El solo pensamiento de que aquella adorable mujer, aquella delicada y poética flor, hubiera ido á deshojarse entre las manos profanas de Máximo, solo para dejar entre ellas un átomo de oro, habia exasperado á nuestro jóven.

En un momento habia sentido dentro de su corazon la rabia

impotente de un celo devorador, tanto mas, cuanto que ni aun podia hacerse expresivo.....

Máximo bien pronto se rehizo, y al unirse de nuevo á su jóven amigo, afectaba una serenidad y una indiferencia completas.

Tambien la tarde estaba serena y apacible.

El viento seguía soplando tibio, manso y embalsamado, y gruesos pelotones de un áureo nublado se precipitaban al horizonte.

Con ellos se hundian en un hemisferio lóbrego y desconocido, no las tiernas esperanzas, sino los sórdidos proyectos del avaro jóven.

De regreso á México, Máximo habia perdido un nuevo negocio y Antonio habia adquirido una nueva ilusion.

Siguieron, no obstante, siendo tan amigos como siempre lo habian sido.

Hay algo que se atrae en las naturalezas de opuesto carácter, obedeciendo sin duda á ciertas leyes de neutralizacion ó equilibrio moral.

Bien pronto olvidó Máximo á aquella mujer y aquella aventura.....

Antonio tuvo un objeto mas entre el asombroso número de objetos que poblaban su fantasía y le tenian cada dia mas abstraido y mas soñador.

Siguieron el uno proyectando y calculando;

El otro soñando y delirando.

Solian, no obstante, recordar ambos á Eugenia algunas ocasiones.

Antonio como un ángel perdido;

Máximo como un billete de banco extraviado.

La jóven habia podido vacilar sobre las intenciones del segundo, é iluminada en sus simpatías por la misteriosa intuí-

cion de aquel jovencillo compañero de su amante, á quien Eugenia habia encontrado no del todo destituido de interes, excitada la fibra de la ternura en la jóven, que poseia un corazon brillante y se dejaba fácilmente avasallar ante el espectáculo de la melancolía y de la desgracia cuando estas tenian un carácter noble, pudo retirar á Máximo cuanto hubiera sentido por Antonio, y aquella linda frente se contrajo algunos momentos en los dias siguientes, pensando en aquel cazador por quien habia sentido una ternura casi maternal.

Si Antonio le hubiera dicho á Eugenia «yo te amo,» Eugenia, en su carácter noble, grande y despreocupado, le habria dicho en el acto:

—«Yo tambien.....»

Quedando firmemente persuadida de que nada habia aventurado su decoro de señora y su dignidad de mujer.

Y ambos se hubieran comprendido sin duda alguna.

Ella, habria llamado á Antonio un poco, hasta hacerle tocar desde aquella época la suma necesaria de las realidades de la vida;

Él hubiera acariciado el alma bella y entusiasta de Eugenia, colocándola entre sus nubes, haciendo de aquella beldad morena y séria, un ángel, un ídolo, un bellísimo ensueño de amor.....

Pero no volvieron á verse por entonces.

Máximo la recordaba sin cesar entre cifras;

Antonio entre nubes.

Antonio seguia su lenta carrera en el colegio de ***;

Máximo empezó á aplicar todo su ingenio y toda su fuerza moral á prosperar.

Antonio no se ocupaba de las operaciones aritméticas de su amigo;

Máximo se burlaba de los delirios de su compañero.

Pero se reunian, se toleraban, eran amigos.

Y amigos que podian tenderse la mano y estrechársela, hallándose cada uno en un polo opuesto del en que se hallaba el otro.

Se hablaban poco y siempre andaban preocupados.

Solia suceder que Antonio se pusiera á hablar *del trage de crespones con que se enluta la noche, de los diáfanos y rosados velos con que se engalana la aurora, del aleteo de los ángeles cuando dos amantes tímidos se acercan á darse el primer beso de amor*..... &c., &c., &c.

Máximo oia hablar á su amigo como quien oye que el viento sopla ó que la fuente corre.

Aquello era griego para el jóven.

Una *jerga* que le fastidiaba.

Una jerigonza incomprensible, que cuando mucho podia producir dolores y cargazones de cabeza.

Despues de dejar hablar largas horas á su amigo, solia fijar las miradas en su semblante, como quien observa los progresos de una enajenacion mental en un objeto que no le es indiferente.

—Y bien, ¿qué sacas de esto?—le interrumpia exabrupto. —Ni honra ni provecho. Te fatigas *de balde* y sin que haya quien te lo agradezca. Acuérdate de alguno que ha dicho, y con justicia:

«Bueno es el amor; pero mejor es la comida.»

Vas á acabar en un hospital si sigues ocupándote de esas miserias.

Piensa en *esto* y gozarás de la vida. Mas tarde me agradecerás lo que te aconsejo ahora.

Y cuando Máximo pronunciaba la palabra *esto*, hacia un círculo con los dos primeros dedos de su mano derecha, enseñándole á Antonio.

Aquel círculo elocuente queria decir dinero, monedas, *moca*, como decia Máximo.

Y es la verdad que Máximo profesaba un sincero cariño á su jóven amigo, apenándose por lo mismo con verle en esta alternativa:

O que Antonio andaba por el cielo perteneciendo al mundo;

O que andaba por el mundo perteneciendo al cielo.

—De todas maneras—decia lleno de conviccion—ó *este* no debió de haber nacido, ó por necesidad tiene que acabar mal, muy mal.

Esas cosas de que se ocupa y en que piensa constantemente, no dan de comer ni dan nada.

Todo esto puede pasar en un loco, pero no en un muchacho que tiene necesidad de trabajar para vivir.....

¡Pobre Antonio! ¡qué suerte le espera con sus poesías!.....

Y hubo momentos en que Máximo se sentia séria y profundamente conmovido, pensando en la suerte futura de su amigo Antonio.

Este no tenia remédio. Aquel le abandonaba despechado.

LXV.

A aquella especie de aventura fugitiva y casi insulsa, llamaba Máximo haber amado con todas sus fuerzas y con todo su corazon.

La mirada de Eugenia habia abierto no sé qué flores misteriosas en el de Antonio.

La imágen de Eugenia jamás debia borrarse de su memoria, cuando tras largos años y al través de una cuarta parte de su vida, volviera á hallarla.

Máximo habia llegado á ser un ente vulgar, un hombre tra-

bajador, mezquino, lleno de *modus vivendi*, lleno de tacto y de mundo.

Antonio en la ebriedad de sus ideas, habia llegado hasta el *delirium tremens*.

El primero no habia vuelto á saber de su padre ni de su familia.

Era comerciante en vinos, armas de lujo, libros raros, fotografías y medicinas.

Tenia abierto al público un expendio, y encima de la puerta se leia su nombre en áureos y elegantes caractéres ingleses, sobre fondo negro.

Allí se famaban exquisitos puros de la Habana: en la vidriera del aparador habia dos tarjetas que decian:

English spoken here, y

On parle français.

Se *despachaba* en aquella pequeña y elegante tienda el «chocolate vermífugo,» las «pastillas de Brown,» el «remedio afrodisíaco de Hollick,» y se ostentaban millares de tarjetas fotográficas de mujeres extranjeras que se habian dejado reproducir anónimas, y que medio envueltas en girones de gasa, con la *boneta* en la cabeza, los brazaletes en los puños y la fatiga debajo de los ojos, se expresaban bastante.

Todo aquello valia caro, muy caro; Máximo se lo hacia pagar *á peso de oro;* pero su tienda estaba bien situada, pasaban por allí algunos *dandys*, y cuando alguno se sentia *frappé* por el *chic* de alguna de aquellas fotografías, entraba en la tienda, llamaba á Máximo *monsieur*, y decia con cierto aire, entre grosero y desdeñoso:

—¡A ver! deme vd. á esta..... es M.lle H*** ó Miss L***, que *me perteneció* en New-York ó en Paris: conservaré esto como recuerdo de esa infame, que me costó tantas onzas ó tantos billetes de banco!.....

Y Máximo, serio, solemne, impasible, extraia cuidadosamente la fotografía, la introducia en una cubierta, la entregaba, se hacia pagar, como hemos dicho, muy caro, y en el acto apuntaba en su libro el artículo vendido y su precio, apareciendo á veces en aquel libro partidas tan raras como por ejemplo estas:

Por una Mlle. F*** ó K*** medio desnuda..... $0 75 cs.
Por una id. vestida con decencia ..... 0 50 cs.

Máximo tenia un expendio asombroso.

Muy á menudo tenia que hacer nuevas provisiones de bailarinas, pistolas, botellas de vino y frascos ó paquetes de medicinas raras, «aprobadas por la Facultad médica de Paris, &c.»

Hablaba en su idioma á los extranjeros.

Con los calaveras hablaba de crónica escandalosa, de las prostituidas notables, de duelos, &c., &c., &c.

Con los hombres circunspectos, de política, ferrocarriles, invenciones y descubrimientos, adelantamientos y mejoras materiales.....

—Barnum—decia—es mi corresponsal en los Estados-Unidos. Por su conducto me llega todo lo notable que aparece allí.

Enseñaba un fragmento de papel color de rosa, en donde Adelina Patti le mandaba un recuerdo bajo su firma.

—¡Miren vdes. otro recuerdo!

Y mostraba con cierto desembarazo una zapatilla de raso que habia pertenecido, decia, á Lola Montes.

—¡Con estas zapatillas blancas tuvo la ocurrencia de bailar «la Cachucha» en un salon de Berlin!

—Era una mujer muy rara—añadia con el mayor desenfado y naturalidad.

Una ocasion me *plantó* un beso delante de todos. Yo me mortifiqué de aquella excentricidad, y ella me dijo casi á gritos:

—Te quiero, *Máximo*, te quiero por *grosero*.

Porque deben vdes. saber que yo he sido siempre aduste.

Otra vez la Coy Stephan bailó divinamente el à Paso Stimen sobre la punta de los piés.....

¡Oh! ¡qué mujer aquella!.....

La hice no sé qué cumplido demasiado trivial, y habia de caerle en gracia.

Me regaló una camelia roja que tenia prendida en los cabellos.....

Mírenla vdes.....

Y mostraba con la mayor circunspeccion una camelia, acompañada de una tarjeta en la que estaba grabado el nombre de la célebre bailarina.

Máximo, con sus embustes, con sus rarezas y con su cómica circunspeccion, atraia á su tienda á cierto círculo que sin cesar le compraba los heterogéneos artículos de su comercio al precio que queria imponerles.

Tal vez obraba contra su verdadero carácter; pero su idea fija le salvaba todo.

Era de los que piensan, sienten y obran bajo el concepto de que «el fin justifica los medios.»

Estaba en via de realizar los mas gratos ensueños que desde niño habia acariciado, y de realizarlos de un modo serio:

¡Ser rico!

Dominarlo todo con su oro, sentirse fuerte, grande y poderoso, capaz de ser dueño de todo, ¡pues que todo se compra, poco mas ó menos!

Cada noche que Máximo abria su libro y veia que habia ganado mil veces el doscientos por ciento, se reia de sus compradores, de sus artículos y de su propia circunspeccion, y así, riendo de una manera irónica, terrible, hacia cartuchos de *su ganancia* y los ocultaba en su arca de fierro.

Por lo demas, ningun placer se permitia.

Cada vez que algun cartel anunciaba alguna novedad, Máximo empezaba á leer el anuncio por el fin, esto es, por «los precios de entrada.»

Nunca concurria.....

Tal era Máximo.....

CAPÍTULO XIII.

"SI....."

LXVI.

En la misma noche que Antonio escribia á Piedad una segunda carta, Máximo fué á ver á Antonio.

No perdian nuestros jóvenes la costumbre de visitarse.

Le encontró excitado, violento, *impresionado* sobremanera.

—¿Qué te pasa? ¿perdiste algo?

Se limitó á preguntarle.

—Estoy expuesto á perderlo todo.....

—¿Todo qué? ¿Pues tú qué posees en la vida?

—Pretendo poseer un corazon que vale mas infinitamente que todo cuanto posees tú, y á cuanto puedes aspirar.

—¿Algun amorío, eh?.....

—Un amor que no comprendes.....

—Si la muchacha *no está del todo mal*, no seria difícil que llegásemos á entendernos.

—¡Cínico!

—Nada de eso..... Pero en fin, cuéntame esta nueva aventura.

—No es aventura, es un amor serio. Estoy enamorado de una muchacha, y acabo de escribirla.

—Bien; ¿pero entonces, aun no sabes el resultado?

—Debo presumirlo.

—¿Adverso?

—No. Favorable.

—Pues adelante, si ella tiene algo mas que amor que ofrecerte. Y no vuelvas á acordarte de esto, si en el particular no ha de haber mas que amor.

—Es mi dificultad. Esta muchacha va probablemente á entrar en una situacion acomodada.....

Y Antonio contó minuciosamente á Máximo cuanto sabia y presumia acerca de Piedad, y de todo lo cual están al tanto nuestros lectores.

—¡*Hum!* hizo este, tan luego como hubo escuchado la narracion de Antonio. Conozco á ese D. Martin, y dificulto mucho que sea él quien de un empleo improvise una fortuna. Esto es muy comun en México; pero en el caso no creo que pase.

Por otra parte, tú nada tienes, y así es que no es conveniente esto por ningun título. Debes prescindir, Antonio.

—¡Imposible!

—¿Pues entonces?.....

—Pensaré y trabajaré.

—Lo segundo es necesario. Ya tendrá esa niña diez ó doce años para esperar á los primeros resultados del trabajo de su amante.... . ¿Cuánto poseés?

—Nada: esos seis duros que están ahí tirados.

—Pues para poder uncirte á la sagrada coyunda, te faltan nada mas que diez y nueve mil novecientas noventa y cuatro

piezas iguales á esas telas que *pelen* ahí. ¿Las tienes? No: pues á tenerlas, ó renúncielo. ¡El tiempo! ¡el tiempo!..... ¿Crees tú que las mujeres pasan fácilmente por el tiempo, que es su mas formidable enemigo cuando pasa por ellas?

No lo creas.

Necesitas recursos, y esta es una cuestion muy seria.

Algo mas de un duro tiene que costarte *la cestilla:* vé á pedir lo que te falta á alguno de esos Júpiter (*almo Jove*) que soñabas en el colegio.

Las musas son nueve pobretonas, *tontillas* y lo que tú quieras; pero si vinieran al mundo, serian unas *rotitas* de casa de vecindad, que ya hubieran *empeñado*, en algun *tendajo* de barrio, hasta sus gorriques de cambra y sus liras.

No te ofendas, *hijo;* pero las nubes y las estrellas son muy mal tutor.

Viven de estar tontas, y si tienen de estarlas ante tribunal alguno.

Los velos del crepúsculo son muy vistosos; pero nadie se puede tapar con ellos, y nuestras tatarabuelas suelen ser muy friolentas.

Tu Musa, como ..... supongo.

Tú haces versos.....

Me se ha descubierto hace ahora que los versos son nutritivos.

Pan y queso para ambos.

Yo prefiero la fonda al Olympo.

También es de preferirse mil veces vivir solo, y sin escusarse, y que dos *se mueran* de hambre.

Deja eso, Antonio, y go ser que ella tenga lo que tú te falta.

Todo se vende en esta vida: procúrelo tú, de mas raro posible; no te *malbarates*.....

¡Sí!..... vé á rezar un *Padre nuestro* á Cupido.....

Ya vendrá el cieguecito á apretarte la venda en el estómago.

¡Seis duros!..... ¡seis duros!.....

¿Para qué son seis duros?.....

Para muchas cosas, para muchas.

Para casarse, no.

Hé ahí, pues, una disyuntiva por via de consejo.

Prescinde.....

¿No puedes? pues no prescindas.

Vé entonces á comprar, con esa miseria, unas pocas de flores y una pistola.

Compra tambien una botella de algo fuerte.

Enfloras el cuarto y haces llover hojas de rosa sobre el lecho.

Te enfloras el *magin* hasta donde puedas.....

¡Todo flores como ha sido toda tu vida!

Cuando estés enteramente briago y enflorado, invocas el dulcísimo nombre de tu novia y te pegas un tiro..... ¿Te parece?

Y Máximo, al decir estas palabras, soltó una carcajada sonora, irónica, digna de Satanás.

Antonio estaba aterrado. ¡Todo era abismos y miseria en derredor suyo!

Hubiera dado su vida por recoger la carta que habia mandado á Piedad. Se sintió lleno de remordimientos, y con el pecho henchido de rabia y de una desesperante humillacion.

Tenia vergüenza de sí mismo, se habia ultrajado solo, de una manera detestable, permitiéndose tener obras sin tener dinero.

—¡Dios mio!..... ¡Dios mio!—gritó mesándose los cabellos con fuerza.

Y fué á arrojarse, llorando, en los brazos de Máximo.

LXVII.

Pero ningun hombre hay, sin duda, que no haya sentido alguna vez que el ala de oro de la fortuna le roza al pasar, por mas que haya provocado sus desdenes.

Todo el mundo ha tenido una época mayor ó menor de su vida, en la cual, sin saber cómo, siente que rueda hasta sus piés una ola del *Pactolum*.

Esto se llama, entre los hijos del deseo, «una sonrisa de la suerte.»

«Una caricia del destino.»

«Una tregua de la fatalidad,» &c., &c., &c.

En el lenguaje vulgar, se expresan estos breves períodos de la vida de un desgraciado, en términos un poco mas vulgares.

Por ejemplo:

«Remediarse.»

«Descansar.»

«Tener una *bolichada*.....»

Cuando cae un saco de oro á los piés de un *arrancado*, el *arrancado* ó se fascina, y, por expresarnos así, le da un puntapié para que sigan rodando aquellas monedas, ó hace de su saco una especie de dios monstruoso y escamado, y lo va devorando poco á poco y tejo á tejo, entre mudas adoraciones, á aquella especie de becerro áureo y entre inverosímiles economías, hasta que viene un momento en que el talego llega á su estado de perfecta atrofia.

Entonces el hombre vuelve á tiritar de ese frio glacial que se llama «necesidad,» y recuerda sus doblones como quien recuerda un ensueño agradable.

Vino el sol á visitarlo, por algun tiempo, en su bohardilla, como un señor decente y rico.

Le hizo la «mala jugada» de pasarle por la nariz la «honra y el provecho» para que lo olfateara..... y despues.....

¡Se va con todo!

Fœbus condensó sus rayos y deslizó onzas españolas entre los harapos y el muladar de un poeta.

Pero el dinero, este *astro rey* del dia social, deja *allí* solo *un poco*, y se retira tapándose la nariz.

El oriente de tales astros suele retardarse demasiado.

Algo mas que un hemisferio, recorren estas constelaciones de la vida que se llaman *duros*, antes que vuelven á aparecer sobre las mismas manos, sucias y escuálidas, que las acariciaron hace tanto tiempo.

El centro de gravedad del dinero, es el dinero.

Cae en él como al cuerpo que tiende al centro de la tierra.....

.....

LXVIII.

Máximo se habia conmovido con el abrazo y con las lágrimas de Antonio; pero este no lo comprendió, porque el semblante de bronce de su amigo no pudo revelarle nada.

Sintió el *tinan* de Máximo, al abrazarlo, como hubiera sentido el tronco de un fresno antidiluviano:

Inflexible, duro, seco y sin sávia.

Casi se arrepintió de aquella especie de expansion que ningun efecto pudo producir, y que ningun sentimiento habia podido despertar.

Se sintió rechazado por Máximo de una manera suave, pero fria.

—Siéntate!—le dijo el comerciante con voz á medias, tranquila é imperiosa.

«Siéntate, *poeta*, y veamos lo que se puede hacer de provecho.»

La verdad es que aquella entidad mercantil habia tenido algo de humano y de amigo durante un período de cincuenta segundos.

Pero la impresion producida por el arranque violento de aquel desesperado, solo pudo tocar un instante al corazon, subiendo desde luego á la cabeza.

Antonio empezaba todavía á sufrir, cuando Máximo ya hacia algo de mas provecho:

Pensar en calma, y pensar por su amigo.

Le habia herido con horribles sarcasmos, y el resultado inmediato casi habia hecho saltar instantáneamente el arrepentimiento en aquella alma poco menos que diabólica.

Despues del sarcasmo, venia el consejo;

Despues del tormento, el consuelo.

No un consuelo vulgar, consistente solo en frases y conceptos mas ó menos estudiados, y por lo regular inútiles, sino que Máximo iba á prestar á su amigo un alivio real, efectivo, verdadero.....

Antonio se sentó en su lecho, desolado todavía y enjugando sus lágrimas.

Encendió aquel un enorme puro, y con ambas manos perdidas en los bolsillos de su *paletot*, se puso á pasear violentamente por todo el cuarto.

Aquel muchacho de hierro, pasándose en todas direcciones por la habitacion, lanzando humo, chispas y rumores, pensando en lo positivo y sin permitirse una sola flor en la imaginacion, despertaba la idea de una singular locomotora conduciendo un sargamento de recursos improvisados para un loco.

El que Máximo se ocupara de ver *qué hacia* con Antonio, era una prueba de que le queria.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Y dirigiéndose hácia Antonio, que le esperaba con ansiedad febril, fué á apoyar ambas manos en sus hombros, y de una manera breve, seca é imperativa, dejó caer este único monosílabo:

—¡*Ven!*

Antonio, sin contestar una sola palabra, tomó su sombrero y siguió á Máximo.

Como se verá adelante, no le habia ocurrido otro medio de llevar á su amigo de la mano hasta el terreno de una improvisacion de fortuna ó del principio de ella, sino por medio de esas sombras, de esas tinieblas sociales, en las cuales se enciende una luz ficticia, porque no puede entrar el sol francamente.....

Le llevó á una de esas moradas en donde el dinero vibra y se muestra al rayo de un falso dia, como esas mujeres que solo se dan del todo en ciertas casas.

LXIX.

Piedad habia leido y *releido* la segunda carta de Antonio.

La primera toda habia sido dislates, incongruencias y verdaderos desatinos, que sin embargo le habian llegado al corazon.

En el fondo de la segunda, más que pasion se notaba un principio de juicio, un vago indicio de sensatez, que hicieron presumir á la jóven que su amante habia hecho intervenir la frialdad del pensamiento en las *flamas* del corazon.

Esto le causó no sé qué vaga pesadumbre.

Le dió *un poco* de sentimiento.

La primera carta de Antonio le habia probado hasta la evidencia que era amada hasta el delirio, hasta la locura.

La segunda, tendia ó empezaba á tender á publicar que Antonio queria casarse con ella.

La primera solo decia: «corazon.»

La segunda, ademas de *eso*, decia otras cosas:

«Sociedad, conveniencia, decoro, &c.»

—¡Pobre muchacho!—murmuraba pensativa:—si pudiera influir de tal manera en él que llegase á dominarle y á hacer que prescindiese de *algunas cosas!*.....

Este «algunas cosas» se refería directamente á la vaguedad de Antonio, á su tendencia continua á volar, á sus continuas *excentricidades*.

Pensó hablarle *seriamente*.

Esto es, hacerle comprender que eran vanos los temores que Antonio le indicaba en su carta, sobre que D. Martín acaso rehusaria su aquiescencia.

—*Papaito* no querrá arrebatarme lo que es mi felicidad —decia suspirando.—Y pensaba despues:

—*Con que* este señor sea «como todos» y no ande con locuras, vamos á ser muy felices.....

Y la jóven se dejaba llevar por esos sueños de rosa de las muchachas *que van á casarse*.

¡Oh!.....

Llegarán unos criados con unas grandes bandejas cubiertas de un velo de punto como si lo estuviesen de una nube.

En aquellas bandejas van unos trages elegantes, llenos de blondas y perfumes, crujiendo al menor tacto de la seda, como si las besaran.

El blanco, para la ceremonia.....

El negro, para la misa..... *la velacion*.....

Un velo blanco trasparente..... diáfano, como el prisma al través del cual ambos esposos ocultan con disimulo su futuro Eden cubierto con los santos placeres del matrimonio...

Una guirnalda de flores de azahar, blancas, puras, inmaculadas, como sus últimos pensamientos de vírgen, que brotan acariciando los cabellos y el cuello de la esposa.....

Aquellos *azahares* nunca, nunca se volverán *ayares!*.....

Porque van á quererse mucho, y *ella* procurará, por todos los medios posibles, *hacerlo* muy feliz, y *él* no querrá que *ella* sea desgraciada.....

Porque va á ser tan buena..... tan amorosa.....

Les leerán á la hora de la ceremonia una epístola de San Pablo «á los Corinthios,» «á los de Tesalia,» ó yo no sé á quiénes; pero mientras *el padre* la lee, procurará ella estar pensando en otra cosa.....

¡Sí, porque esa epístola dice cosas tan fuertes!.....

Los brillantitos de su aderezo de novia, lanzarán chisporroteos como miradas.....

Su esposo podrá verla delante de todos con enajenacion, con arrobamiento, con éxtasis.....

Ella no le verá..... estará con los ojos bajos.....

Y cuando el padre diga el *Ego conjungo, &c.*, ¡ah! ¡ya estarán unidos para siempre!

Será la *ella*, la carne de su carne y el hueso de sus huesos (de Antonio).

Serán *dos en una carne*, como dicen las santas páginas.

Será su esposa ante Dios y ante el mundo.....

La primera copa del banquete nupcial irá acompañada de una mirada intensa.

Antes de *llegarla* á sus labios, fundirá en ella su postrer suspiro virginal.

Fundirá en el líquido y anguloso rubí de aquella primera libacion, toda su alma, para que él la apure despues.....

La verterá como la sublime perla de aquella hechicera egipcia, querida de César y Marco Antonio.

Tendrá cuidado especial de colocar sus dos piés, cubiertos de raso blanco, sobre los piés de Antonio.....

Perderá sus manos entre los cabellos de su esposo, como si quisiera introducirlas hasta dentro del cráneo para acariciárle las ideas.

A la primera oportunidad empezará á llamarle *hijito*.

.....¿Qué le gustará á Antonio para almorzar?

Le hablaria durante la hora de la mesa de cosas muy agradables.

Cuando tuviera algun pesar, le consolaria si era posible, aun cuando fuera preciso hacerle una inocente burla de verle preocupado *por tan poco*, aunque fuera mucho.

Si no bastaba, le haria beber fuerza y resignacion en el mismo vaso en que ella hubiese bebido.

Si aun esto no era suficiente, le ofreceria, no un vaso, sino sus labios.....

Si ni aun así lograba derramar el consuelo en su corazon, tomaria su cabeza con ambas manos, la reclinaria sobre su pecho, haria caer sobre su frente millares de besos y en su alma raudales de ternura..... Le devoraria á caricias, le embriagaria de amor, le infundiria felicidad á toda costa, aun cuando se muriera; y apretándole contra su corazon, *hasta lloraria*.....

¡Ah!..... ¡Cuando un amado manda á su amada las grandes *charolas* con ese bulto lleno de blondas, encajes, rosas y diamantes, un millon de ángeles enamorados deben ir cirniendo sus alas sobre aquellas donas!

Deben acompañar á aquellos criados, casi idiotas, los genios de la ternura y de la casta voluptuosidad nupcial, entonando ese epitalamio tierno, espiritual, bellísimo, que se llama:

«¡El Cantar de los Cantares!.....»

—¡*Unios, hijos!*—dice desde el cielo *El* Jehovah de la blan-

ca barba, del majestuoso semblante, de la blanda, paternal y apacible sonrisa.....

«¡Unios, creced y multiplicaos, y vuestras generaciones pueblen todos los ámbitos de la tierra!.....»

¡Oh! tales palabras no necesitan de setenta intérpretes, no necesitan sino de uno.

El que ame, el que sienta, el que sepa traducir las santas, las sublimes exigencias del corazon!.....

El primero y casto beso del esposo á la esposa, es un céfiro escapado del Paraíso, que al través de los siglos de los siglos se acerca á murmurar en los oidos de la vírgen aquello de

¡Faciamus hominem ad similitudinem nostram!

Y la fecunda.....

Al momento aquella casta flor se siente con la dulce inquietud y la tiernísima voluptuosidad de la madre.....

Su único y mas constante anhelo es estallar en serafines como un giron del cielo.

No parece sino que el primer ósculo conyugal, tan lleno de una casta enajenacion, la deposita entre los labios un nido, una crisálida misteriosa y divina de esas aladas mariposas que en el Empíreo se llaman querubines y en el mundo hijos!.....

La niña esposa y la jóven madre, piensa ya en esa poética nube, en ese pequeño y perfumado fardo de blondas, crespones y lienzos cándidos que vienen á abrigar á la encarnacion de su primer beso de esposa.....

¡Venid, serafines, bajad del cielo para arrojar en vuestro aleteo amoroso perfumes, brisas, ensueños agradables, sobre *el canastillo* de vuestro hermano, del niño que va á nacer dentro de un puñado de dias!.....

Apenas *brotado* á la vida, querrá apretar entre sus diminutos labios un capullo de rosa, y su madre sabrá dárselo en su pecho!

Vosotros sabreis sonreir al niño, mientras el niño se adormeme narcotizado con el beleño de aquel boton.....

Querubines, niños de pecho del cielo, venir á arrullar el sueño y á enjugar con vuestras alas las primeras lágrimas de los niños de pecho de la tierra!.....

¡Qué mision la de las mujeres!.....

¿De qué serviria el rocío sin las rosas?

¿En dónde precipitaria la nube sus torrentes sin la madre tierra?.....

LXX.

Piedad aquella noche durmió, ó si se quiere veló bajo la influencia de ideas y pensamientos, poco más ó menos, análogos á los que acabamos de expresar.

Amaba ya hasta donde aquella niña podia amar, y sus sentimientos eran compatibles con sus esperanzas.

Amar como Piedad amó á Antonio aquella noche, es cumplir *con la mision.*

Esto es bastante en la vida para las exigencias de la vida social.

De otra suerte: jamás ocurrió á aquella jóven llamar á *él* «su *dios*, su ángel, &c.»

Bastaba llegar á llamarle buena y simplemente y á la faz del mundo:

Mi marido.

Con ser su marido, ya es todo en materia de amores.

Es justo:

La poligamia haria pedazos el *uno cum unica* de la Biblia, y toda la poesía, y toda la ternura, el amor, la grandeza del *In principio* vendria abajo.

Millares de esas rosas del cielo que se llaman ideas de fe-

licidad, descendieron esa noche sobre el lecho, sobre el casto seno, sobre la frente apacible de Piedad.

Soñó despierta y vivió dormida.

No sé qué sublime abnegacion hay en ciertas mujeres, que las hace capaces de olvidar su propia vida y su felicidad, por no pensar sino en la felicidad y en la vida del objeto á quien se consagran.

Las mujeres no piensan ni ansían otra cosa que llenar el mundo de flores.

Cuando la primavera se va y las flores se mueren, ellas se ofrecen á serlo.

Cuando el mundo se cubre de matices y perfumes bajo los fecundantes rayos del sol primaveral, las mujeres cortan flores y adornan con ellas sus cabellos:

Entonces las mujeres son las flores, y las flores son los retoños.

Piedad fué aquella noche la única rosa del verjel de todos sus sueños.

No sabemos si sintió más que pensó; pero sí sabemos que cumplia.....

Si la hubiera visto su amante en los momentos de mayor excitacion, y cuando ella representaba á solas el papel de ángel ó de Sulamitis, la hubiera encontrado mas bella, mas simpática, mas atractiva que nunca.

Si el amor es un astro, Piedad lo sentia en el zenit de su corazon.....

LXXI.

Antonio, entretanto, habia seguido á su compañero sin vacilar, y ambos iban «por la calle» sin proferir una sola palabra.

—¿Pues cómo vives, Antonio?—preguntó por fin Máximo á su compañero.

Este no entendió del todo la pregunta, y no tuvo mas remedio que envolver un desatino en una nueva interrogacion á Máximo.

—¿Cómo vivo, *de qué?*—le preguntó.

—De recursos, de elementos, de dinero..... ¿Cuánto gastas al dia, á la semana, al mes y al año..... cuál es el presupuesto que tienes que llenar en tu vida de *hombre solo?*

—De tres á cinco pesos al dia.....

—¡Imposible!..... ¿Tú solo?.....

—Sí, mira.

Y Antonio instantáneamente se trasformó á los ojos de su amigo en una especie de «libro de entradas y salidas.»

Máximo se convenció, pero quedó asombrado.

—Y ¿adquieres todo lo que necesitas?—preguntó.

—Indefectiblemente.

—Entonces, no comprendo tus dificultades.

—¿Cómo, Máximo?

—Ciertamente. Casado, tu vida te importaria lo mismo, ó acaso *te* seria menos dispendiosa.

—Pues bien; me casaré si *ella* me quiere..... ¿Qué tengo de hacer?.....

—Prepararte al menos.

El cura y el tapicero, tratándose del ejercicio de sus respectivas profesiones, no entienden *una jota* de platonismo ni de elevacion de ideas ó sentimientos.

Segun creo, esta tu Piedad ha de tener los piés muy pequeños y muy delicados, pues que te gusta.

Está bueno.

Pero esos piés *de seda* deben de necesitar una alfombra regular.

Los piés pequeños y bonitos son palomas blancas que necesitan picotear constantemente flores, aunque sean pintadas.

No olvides eso.

Una sílfide no puede imprimir *su leve huella* sobre los duros ladrillos.

Necesita deslizar sus piececitos por un jardin.

Poco importa que ese jardin sea de trapo.....

¡Ay, Antonio!

¡Cuidado, mucho cuidado con las muchachas de piececitos!

Al decir estas palabras habian llegado á una de tantas casas que hay en México, en las cuales no se sabe quién vive:

La razon es que en ellas vive todo el mundo.

Estaban, pues, en el zaguan de una casa de juego.

Antonio aceptaba de Máximo una propuesta muda, y consistente solo en hechos:

La de penetrar al mundo de la tranquilidad y de la virtud por en medio de los senderos del vicio.

No habia podido conquistar una situacion del talento, é iba á pedir su felicidad á una *sota* ó á un *rey*.

Empezaba tambien Antonio á penetrar hasta el fin sin pararse en los medios.

Progresaba visiblemente.

—No olvides esto—dijo:

Vas á jugar «lugar y á la dobla.»

Y al decir estas palabras, Máximo puso en las manos del enamorado jugador dos cartuchos de monedas y le dió algunas indicaciones sobre lo que iba á hacer.

Antonio entró solo en lo que podremos llamar, sin el menor escrúpulo, un elegante garito.

Era la primera vez en su vida que nuestro jóven entraba en *una partida*.

Todo el mundo sabe lo que es una partida, y nadie habrá que si no sabe lo que es ó no la conoce, no pueda al menos hacer una acertada suposicion sobre el particular.

Nos abstenemos por lo mismo de una descripcion que no podria menos de ser excesivamente nimia, detallada y repugnante.

Allí todo el mundo pierde el oro, menos «uno que otro que lo gana.»

La ansiedad es espantosa.

Es aquello el sacrificio de las mas nobles facultades del hombre, que abdica de todas ellas para no pensar mas que en esto:

«Atraerse el oro .....»

Antonio habia seguido las indicaciones de Máximo, y jugaba *lugar* «á la dobla.»

Es decir, colocaba su dinero, apostándolo á la carta que salia de un lado.

Empezó por perder.

Perdió tres veces seguidas, y sintió que el despecho empezaba á invadir su corazon.

Pero recordó á tiempo todas las prescripciones de Máximo:

«Mucha serenidad siempre, y duplicar, triplicar ó cuadruplicar las apuestas, aun cuando perdiese, siempre en el mismo lugar.

Salió el cuarto albur y de *su lado* «un mono.»

Una *sota*.

La ansiedad de Antonio llegaba á su colmo.

Sentia que el corazon y la cabeza le estallaban, y alternativamente llevaba sus dos manos á las sienes y al pecho, comprimiéndolos.

«Alguna se te ha de hacer»—le habia dicho Máximo.

El albur «corria».....

Estaba lo que se llama *muy hondo*.

¡Salió una *sota*!

Nuestro jóven apenas pudo reprimir un grito de entusiasmo,

pero nadie hizo caso del «¡oh!» que medio sofocó entre sus labios. Habia ganado.

Aquella *sota* tan profunda y tan ansiosamente esperada, le trajo en un momento cuanto habia perdido, y otro tanto.

¡Qué formas tan raquíticas toma á veces la felicidad!

Pidió Antonio aquel naipe sucio y lo guardó cuidadosamente en su cartera, como hubiera podido hacerlo con el retrato de Piedad.

El siguiente albur era entre un *rey* y un *as*.

Antonio puso al *rey* cuanto poseia.....

En los momentos precisamente en que *él* aproximaba al azar en la partida su pequeña montaña de plata, *ella* se dejaba deslizar suavemente por el sendero de sus castas y apacibles ilusiones.

Él se abrasaba en un infierno de flores de oro, y ella recogia todos los recuerdos de su amante, y los guardaba, como guarda una flor en su cáliz las gotas del rocío de la mañana.

No sé qué inversion de *papeles* tuvo lugar aquella noche.

Él fué á dar al mundo, y ella al cielo.....

LXXII.

Piedad esperaba á Antonio en la noche siguiente.

Pasó la hora en que él acostumbraba llegar de visita, y no apareció.

—«La carta»—dijo ella:—quién sabe qué *le* pasa.

La jóven hizo renovar los lindos ramilletes de su salita.

Hasta entonces habia preferido colocar en sus vistosas copas de cristal de roca, grupos de botoncillos de rosa blanca.

Habia mandado poner aquella noche sus *bouquets* recargados de myosotis y heliotropo.

Tenia ella puesta una bata blanca, enteramente fresca; en su peinado se veian medio perdidas y cayendo en un gracioso feston, algunas de las flores que Piedad habia tomado de los ramilletes. Tenia una cintura azul.

La bomba del candil estaba recubierta con una *velador*a del mismo color, matizada de rosas y pensamientos.

No sé qué vago y misterioso perfume estaba desparcido por todo aquello.

En una de las paredes, sobre la tapicería perlada y rosa de la sala, dentro de un óvalo de oro, se veia la figura espiritual de Santa Cecilia al lado de su órgano.

En el muro opuesto y bajo un marco igual, aparecia Sapho.

Los prismas del candil lanzaban de vez en cuando chispas azules, amarillas y rojas.

Bajo la gotera del balcon y suspensa entre las dos cortinas, habia una jaula, un elegante y pequeño *kiosko* dorado, y dentro un canario.

El avecita dormia con la cabeza perdida dentro de sus alas.

No se oia mas ruido que el *tic—tac* del reloj.

No habia en aquella sala mas gente que Piedad, sentada cerca del piano, pensativa, soñadora, distraida.

El piano, abierto completamente, mostraba todas sus cuerdas, exhibia, por decirlo así, todo su sistema nervioso.

Descubiertas las siete octavas del teclado, tenian no sé qué apariencia de una dentadura enorme completamente descubierta.

Perecia aquello una gran boca riendo grosera y maliciosamente.

Aquel piano presentaba el aspecto de un monstruo burlon....

Repentinamente se dejó escuchar un sonido agudo, sonoro y argentino.

La muchacha se incorporó vivamente y dirigió la vista al reloj que descansaba sobre la mesa *consola*.

El reloj apuntaba las once con su dedo de acero, lento, pero incansable, inflexible.

Una densa nube envolvió repentinamente á aquella mujer que esperaba.

—Este hombre está loco, y *loco de atar!*—dijo, revelando perfectamente en su cara y en el tono de su voz cierto malestar, cierta impaciencia.

Aquellas once campanadas, aquel dedito de acero ratificante del tiempo, y que como un dedo de escribano *daba fe*, contrariaron notablemente á Piedad.

Ya hemos indicado antes que las muchachas difícilmente perdonan algunas cosas en amores.

Ciertas omisiones, por ejemplo.

La política de *simple abstension* puede explicarse en México durante ciertos períodos.

En un novio, ¡jamás!

Un amante que alguna vez se insinuó, indicó ó dijo algo, y despues calla como un cadáver, es algo, un objeto demasiado molesto é impertinente para una jóven.

Es impedir los medios de que clara y terminantemente se le diga *que no*.

Es abusar de la condicion de las mujeres que por ningun título puedan usar del derecho de iniciativa.

—Se está muriendo por mí, me escribe; me insta, no puede estar un segundo sin verme; es exigente y se revela tiernamente enamorado..... puede entrar á la hora que le plazca, y cuando llega el momento..... ¡no viene!

¡No entiendo esto!

¡Esta conducta es incalificable!

Yo, en su lugar, y sintiendo lo que él dice que siente, me hiciera traer aquí ahora, moribunda, en camilla!.....

¿Qué puede haberle sucedido?.....

¡Señor! ¡señor! si este Antonio es un colegial hecho y derecho.

Será preciso *que cambie*.....

¡Qué muchacho!

Seguramente le ha dado miedo.....

¡Habla *ya* con tanta formalidad en esta carta!

Pero me temo mucho que á pesar de la formalidad que aparenta, no sea él formal.

Esto *con el tiempo*. Ya le haremos que reflexione un poco y que tome mas *á lo serio* las cosas de la vida.....

Piedad tornó á quedar silenciosa y pensativa.

Al oir *el cuarto* de las once, se levantó con un movimiento convulsivo y fué á ponerse delante del espejo.

Allí se arrancó las flores que habia colocado entre sus cabellos y empezó á despeinarse, poniendo una carita!.....

Si en aquellos momentos la *ha* visto Antonio, acelera su matrimonio.

O para expresarnos de un modo mas simple, exacto y verdadero:

Si en aquellos momentos la ha visto Antonio, *se casa*.

Enfadada Piedad, era irresistible.

Él se hubiera tal vez arrodillado al lado de la muchacha, y tomando una de sus manos, la habria dicho:

—Perdon!..... *¡ya está!*.....

Y ella sin duda hubiera contestado con un *¡quée!*

Verdaderamente magnífico.

Y despues se hubiera puesto á reir con el mejor humor del mundo, y hubiera sin duda dicho:

—¡Jesus!..... ¡Cómo es vd., *zeñor!*.....

Y aquel *zeñor* hubiera sido mucho para el enamorado.

Faltaba á la jóven un pequeño fragmento de los dientes delanteros.

Tal defecto ocasionaba el defecto de pronunciacion que nosotros pretendemos indicar.....

Y el mismo *defecto*, si puede llamarse así, habia contribuido en gran manera á *volar* á Antonio *la chaveta*.

Sin duda alguna Antonio habia nacido para mortificarla.

Seria preciso que esto no fuera así.....

LXXIII.

Al dia siguiente, Antonio, enteramente preocupado, pasó muy violento en una calesa de alquiler.

Serian las tres de la tarde cuando Piedad entrevió la pálida cara de su amante, quien se pasó sin saludarla.

Los caballos del carruaje iban á escape.

Ella quedó en el balcon algun tiempo esperando; pero Antonio no volvió á pasar.

Sin duda andaba muy ocupado, pues que le acompañaba *otro*.

Otro que habia parecido á Piedad un mocetón frio, *estirado*, desdeñoso.

—¡Pues qué sucederá!—dijo.

Y al poco rato se volvió á meter, pensativa y suspirando.

En la noche no fué Antonio.

Piedad se sentia *mistificada*, y su amor propio empezó á sublevarse.

—¡Me pregunta una cosa, me insta, y cuando le va *una* á contestar, se va y no vuelve!.....

Pero Piedad no podia comprender que Antonio se volviese...

¿Qué le habia hecho?.....

—Si esto es la timidez—pensaba—que es consiguiente al verdadero y grande amor, me corresponde obrar con prudencia y no desalentarlo.

Pero si ha pretendido jugar, yo no soy juguete de nadie, y poco será todo mi desprecio para *él*.....

Y aquella pobre muchacha sufria en silencio, con resignacion y dignidad, el mal que le ocasionaba la sola idea de que se estaba afectando no solo su dignidad y su amor propio, sino hasta sus sentimientos.

Pasaron tres ó cuatro noches, y Antonio no volvia.

—¡Que no vuelva nunca!—pensaba ella—y procuraba manifestarse unas veces indiferente, y otras alegre, expansiva, contenta.

Una tarde, como á las cinco, paró un carruaje.

Piedad, al oirlo, sintió que una llama le incendiaba el semblante.

Recogió instantáneamente sus cabellos hácia atrás, y voló á colocarse detrás de la vidriera.

Sentia que el corazon se le saltaba del pecho.

No podia alcanzar respiracion.

—Ahora no salgo sino hasta muy tarde, pensaba, preparándo así un castigo de aquella ausencia.

Y su mirada caia á plomo sobre la portezuela del coche.

El cochero abrió por fin aquella portezuela, y salió un hombre cubierto con una capa parda y «sombrero de copa».

Aquel hombre levantó la cara hácia el balcon.

Piedad dió un grito, y temblorosa, desalada, corrió al interior de la casa, gritando:

—¡*Mamita! ¡mamita!*..... ¡Ya llegó! ¡ya llegó!.....

Aquel hombre era D. Martin.

Toda la familia se precipitó á la escalera para recibir á aquel hombre, que traia la doble corona de la santa paternidad y del santo patriotismo.

Quedó algunos momentos borrada la imágen de Antonio en el corazon de Piedad, y como oculta por la presencia de D. Martin.

—Estando con *los* que quiero, ya estoy contenta —decia aquella muchacha llena de júbilo.

Y en aquellos momentos desechaba hasta la idea de ser otra *cosa* que hija.

Eso de Antonio iba á quedar para un poquito despues.

En el pequeño período de tiempo que D. Martin habia empleado como revolucionario, su destino le habia hecho andar una casilla mas en el tablero de la vida.

Habia, efectivamente, obtenido un nombramiento para no sabemos qué gran cosa en una pequeña ciudad.

Era hombre de notoria probidad, é iba á manejar grandes caudales de la hacienda pública.

Se trataba de un empleo, de esos que la nacion data largamente y cuya adquisicion casi se toca con la de una fortuna que nos atrevemos á llamar *média* fortuna.

Y el hombre llegaba lléno de polvo, de proyectos y de esperanzas.

Pasadas las primeras expansiones del cariño, lo contó minimamente *todo* á su familia.

El placer irradiaba en todos aquellos semblantes.

Llegó un momento en el que D. Martin se limitó á hacer á Piedad ciertas vagas alusiones acerca del estado de su corazon y de sus sentimientos.

Siempre procura un padre hallar medios mas ó menos directos para saber el estado en que se halla el corazon de sus hijas, y mas en ciertos casos, como por ejemplo, despues de una ausencia prolongada.

Despues de algunas vaguedades cambiadas entre padre é hija, Piedad creyó manifestarse con una franqueza abierta, y llamó á solas á D. Martin.

Estando solos, le manifestó cuanto en el particular habia ocurrido, y le mostró las dos cartas de Antonio.

—Ya me habian contado *esto* en Pátzcuaro—dijo—y he creido inútil escribirte.

Ahora vengo, y sabremos quién es *ese;* y si es *algo* formal y te conviene, adelante.

Pero no tengo de él los mejores informes.

Tampoco sé de él nada malo.

Me aseguran, ó que es demasiado loco ó demasiado niño.

Es preciso mucho cuidado antes de entregar definitivamente el corazon.

Hay cosas que se hacen *de una vez*, y una vez hechas, no tienen remedio.

Mejor que yo sabrás tú quién es *ese* y lo que hay que esperar de él.

Habrá tiempo para pensar y ocuparse de todo, y entretanto ya sabrás cómo debes manejarte. Yo no le conozco.....

Piedad extendió ante los ojos de su padre una especie de gran cuadro sinóptico de los defectos y de las cualidades de su amante.

El principal defecto que un padre puede poner á un novio de su hija, es serlo.

La única recomendacion que en tal caso puede llegar á confesarle, es que el novio aparezca ser para la hija lo que el padre fué para la madre.

Es casi imposible que el padre pueda creer que aquel fragmento de su corazon puede hallar la felicidad en otra parte que á su lado.

Aquella pequeña flor, que ha ido creciendo y desarrollándose á su sombra, que poco á poco ha ido desplegando sus encantos, tranquila, bajo el techo paterno, que ha dado solo á sus padres los primeros perfumes de su belleza y de sus virtudes, llega repentinamente á sentirse triste y aislada en aquel hogar.....

Aquella flor tiene que ser cortada por otro hombre que un dia la vió al pasar, y dijo:

—Es bella. La quiero para mí.

Y viene, y la corta y se la lleva.

Irá á dar y á recibir en la casa de aquel extraño que pasa, que la ve y que se la lleva, lo que no puede dar ni recibir bajo el hogar de sus padres.

La segunda familia, la nueva generacion, una nueva rama del árbol de que ella procede.

Durante los dos ó tres dias siguientes al de la llegada de D. Martin, solo se habló de Antonio de un modo muy indirecto, y por expresarlo así, accidentalmente.

Antonio no habia vuelto á aquella casa.

Piedad no queria creer ni podia persuadirse de que su amante pretendiera olvidarla.

Ella no tenia inconveniente en suponer un motivo justificado que causara su ausencia, y se hallaba dispuesta á perdonar, siempre que él se presentase dispuesto á disculparse.

Ningun inconveniente habia en pensar en *él*, y pensaba.

¿Por qué no?

—¡Pobre!—solia pensar;—acaso le habrán ocurrido esas dificultades que suelen ocurrirles á los hombres solos!

Y pensaba nada mas en que á los hombres solos les suelen ocurrir dificultades, y que ellas pudieran ocurrirle á Antonio; pero no se ocupaba de cuáles pudieran ser aquellas.....

Una ocasion, una de sus amigas le contó haberle visto *muy elegante*.

Eso podia probar algo favorable.

Por lo menos, que Antonio se habia sentido sujeto á su influencia y empezaba á respetar mas á la sociedad y á sí mismo.

Tal vez aquel hombre habia tomado muy á pechos la idea de casarse pronto, y se preparaba.....

¡Imposible! Sin contar terminantemente con la voluntad de su novia y con la aquiescencia de su *papaíto*, no podia ser *esto*.

¿Cómo podia aventurarse á proceder sin estar autorizado para ello?

Seria ciertamente una locura, hasta una especie de fatuidad.

¿Cómo no habia venido ni venia á *hablar del asunto* con D. Martin?

¡Miedoso!..... ¿Qué le habia de hacer su papá?

Decididamente Antonio era todavía muy *colegial*.

Ya se le quitaria.

—¿Pues qué sucede con este señor, que no ha vuelto?—le preguntó una vez D. Martin.

—Desde la segunda carta no ha vuelto á poner aquí los piés—se limitó ella á contestar.

—Si insiste de alguna manera, haz que me vea.

Pero Antonio no se dejaba ver ni por la calle.

Este retraimiento no podia ser originado por otra cosa que por algun temor pueril de aquel enamorado, ó por alguna extravagancia de su carácter.

Ya Piedad iba conociéndole perfectamente.

Llegó un dia en el que fué preciso que D. Martin se separase otra vez de la capital.

Iba á la ciudad de *** á tomar posesion de su empleo y *á poner allí casa*.

Todo ello requeria algunos dias mas de ausencia.

El dia de la partida hablaron D. Martin y Piedad *sobre el particular*.

Quedó la jóven plenamente autorizada para obrar, en caso necesario, con absoluta libertad, pero con gran prudencia.

El retraimiento de Antonio seguia.

Un dia pasó Máximo á caballo por allí.

Piedad volvió la cara del lado opuesto.

Volvió él á pasar.....

La muchacha, disgustada, se metió del balcon.

¿Qué queria decir aquello?

Por otra parte, Máximo le inspiraba una antipatía invencible.

Presentia ó adivinaba Piedad que aquel muchacho serio, estirado y fatuo, ejercia en su amante una influencia completa.

Sin duda él retraia á Antonio.

—Sepa Dios lo que está pasando—decia, llena de curiosidad y no exenta de inquietud.

¡En fin, esperemos!

Y esperaba, segura de que al fin vendria á pasar algo.

No sabia ni sospechaba qué.

LXXIV.

Por aquel tiempo se daba en el teatro Principal una de las mas bellas obras dramáticas del teatro moderno español:

«La Cruz del matrimonio.»

Esta sublime autopsía del amor conyugal impresionó profundamente á nuestra jóven.

El tipo de la esposa desgraciada, sufrida y virtuosa, le inspiró una idea terrible:

El amante no es el marido.

El que busca una flor, no es el mismo que el que la ha poseido.

Vió claro y con la debida distincion estas dos cosas:

«El amor.»

«El deber.»

El amor y el deber suelen á veces constituirse en los verdugos de la felicidad.

¡Cuántas veces sucumbe la tranquilidad entre un amor y un deber!

Pero en último término está el sacrificio, y el sacrificio es el apoteosis, es la deificacion del alma; el corazon mártir, resignado y heróico, es el corazon del corazon, como diria Shakespeare.

El corazon del corazon es la única flor de la vida digna de abrirse para el cielo. Es la que se abre entre zarzas.

No sabremos decir si aquel espectáculo pudo producir en el corazon de la muchacha una impresion mas ó menos favorable ó mas ó menos adversa para las aspiraciones de su amante.

Es, empero, cierto que Piedad admiró el tipo sublime del drama español, y simpatizó con *él*.

—Si el mundo ó los amigos le vuelven malo, yo le volveré bueno—pensaba acordándose de Antonio.

LXXV.

Este se presentó allí cuando acababa el segundo acto.

Estaba perfectamente preocupado y nada *elegante*.

¿Por qué iba allí Antonio?

Su destino, revestido con las formas de un amigo, le habia conducido al teatro.

Tal vez un capricho inexplicable, una extravagancia singular, le habian llevado á una luneta con cojin del teatro Principal de México.

Antonio odiaba *de corazon* todos los espectáculos escénicos del mundo.

Le parecian una raquítica parodia, un debilísimo reflejo de la *verdad social* y del *hecho humano*.

(Perdónese al autor que su pobreza de lenguaje le haga emplear una fraseología acaso impropia é *inexpresiva*.)

Antonio tenia, no sabemos si la desgracia ó la fortuna de hacer la discusion de *la escena*, y en ella lo hallaba todo trunco, inverosímil, impropio.

Esta era una de sus locuras.

Se hubiera quitado respetuosamente el sombrero en presencia de Sóphocles, de Shakespeare, de Víctor Hugo ó de Larra, y les hubiera dicho con los ojos bajos y lleno de vergüenza:

—¡Perdonen vdes., pero no los entiendo! sin atreverse á entrar en mas detalles ni en explicaciones de ningun género.

Le agradaba concurrir al teatro cuando las bailarinas tenian los piés pequeños y las damas jóvenes *sentian* y se expresaban con una voz melodiosa y simpática.

Antonio tomaba de la escena *girones*. Nada mas.

Jamás pudo *impresionarle* ningun *todo* dramático.....

LXXVI.

Esa noche pasaron muchos minutos antes de que Antonio viese á Piedad.

Preocupado, como hemos dicho, paseó una mirada detrás del *binóculo* por aquella rosada línea de espaldas desnudas, elegantes tocados y *ardientes* ojos, y se fijó en Piedad, que inclinando suavemente la cabeza y levantando tambien suavemente la mano enguantada y el brazo desnudo, dirigia su anteojo *no sé á qué punto*.

Siguiendo la línea recta de la mirada de la jóven, iba á parar á una *butaca* que estaba vacía, y con los brazos abiertos como quien se despereza.

En la cabeza de la jóven y medio perdidos entre sus negros cabellos, *caian* dos botoncillos de rosa blanca. *¡Dos!*

Volvió á seguir Antonio la línea recta de aquella mirada....

¡Nada!

Un sillon vacío..... de un lado de aquel sillon una señora ya *muy grande* y muy mal peinada.

Junto de la señora un señor, tambien muy grande, calvo, de gafas, y que no apartaba la vista de la escena.....

Del otro lado un *payo* de gran sombrero, *cache-nez* rojo, cabellera revuelta y estúpida, y bronceada fisonomía.

Aquel hombre reia de un modo descompasado, precisamente cuando todo el mundo se sentia con las lágrimas en los ojos, hallando muy *chistosos* los sufrimientos de aquella mujer.

—*¡Qué malditos!*—exclamaba con voz de estentor.

Piedad no veia ciertamente á ninguno de aquellos concurrentes.

—*¡Qué indecente!*—decia el señor calvo, refiriéndose á nuestro buen Padilla, que hacia el papel del marido calavera.

—Y ella, ¿para qué es *guaje?*—decia la señora mayor, aludiendo á Pepita García, que representaba asombrosamente el ideal de la esposa del *calavera.*

—¿A quién verá Piedad de un modo tan tenaz?—decia Antonio, sintiendo que invadia su corazon un celo infernal.

—¡Oh!..... no me ve..... me desprecia..... me humilla.... ¡Santo Dios!..... las mujeres; siempre pérfidas, siempre ingratas..... siempre lo mismo.....

«¡Mi ángel! ¡mi ángel!..... ¡oh, qué ángel!.....»

Y con voz trémula de emocion, murmuraba aquello de la *Andrómaca* de Racine:

.....¿Por qué inhumano
Redoblas el martirio de tu amigo?
¡Ah! ¿Cuándo de mi pecho los arcanos
Te oculté? ..... &c.

Y estas palabras, dirigidas por Orestes á su amigo Pílades, sirvieron á Antonio perfectamente aquella noche para apostrofar á su *ángel ingrato*.

Repentinamente el hechicero cuerpo de la jóven giró unos cuantos grados sobre su eje, y ambas miradas, pasando por los *oculares* de los respectivos *gemelos*, fueron á encontrarse en la mitad del camino, como si aquello hubiese sido un duelo *á ojos* y ambos adversarios hubiesen disparado «al descubrir.»

Antonio se estremeció como si hubiera recibido una descarga de la botella de Leyden, y la cara de la jóven se iluminó con una púrpura tan suave como *si le estuviera amaneciendo*...

Permanecieron en tal posicion algunos instantes.

Despues *él* llevó la mano izquierda á su corazon.....

Ella vió este movimiento, apartó el anteojo de su cara, é inclinó la cabeza sonriendo, ruborizada.....

En aquellos momentos cayó la cortina y tuvo lugar ese movimiento general y ese ligero desórden de los entreactos.

LXXVII.

Antonio se acercó lentamente á la platea en que se hallaba la jóven.

Cuando esta notó que aquel se acercaba, se removió con inquietud en su asiento, palideciendo ligeramente.....

—¿Cómo va, Antonio?—le dijo por fin, con una amable circunspeccion, y aceptando la mano que su amante le tendia.

—Mal, Piedad; estoy sufriendo y he sufrido mucho—le contestó este.

—¿Por qué?.....

—Porque nada me ha dicho vd..... estoy en un abismo de dudas..... estoy en el infierno de la incertidumbre!.....— dijo

Antonio, tan conmovido y en voz tan baja, que la jóven casi tuvo que adivinar lo que le decia.

—¡Piedad!..... ¿Qué espero?..... ¿Me autoriza vd. para tranquilizarme y creer que pueda abrigar la ilusion de que no me rehusará vd. la felicidad de su amor?.....

Mientras Antonio pronunciaba estas palabras, Piedad se habia puesto lívida.

El seno de la muchacha se levantaba y descendia por la agitacion..... Nada contestaba.....

—¿Me amará vd., Piedad?—dijo Antonio, no menos conmovido.

Entonces ella se inclinó hácia atrás, y apoyando en la frente el borde superior de su abanico, lanzó sobre Antonio una indefinible mirada, y articuló en voz tan baja como un suspiro, esta palabra:

—*Sí*.....

LXXVIII.

Antonio sintió que todo el cielo de la felicidad se le desplomaba sobre la cabeza en nubes de rosas.....

Al finalizar el espectáculo fué á despedirse de la jóven.

—Espere vd. mi resolucion definitiva—dijo esta al separarse de Antonio.

No hubo lugar para que ninguno de ambos jóvenes hubiese podido añadir una sola palabra.....

LXXIX.

A los dos dias salia Piedad con su familia para la ciudad de ***

Iba tranquila y contenta.

Dejaba en México á Antonio confiado y feliz.

CAPÍTULO XIV.

"SANS FAÇON."

LXXX.

Con tales palabras puede explicarse perfectamente el verdadero carácter que tomó lo que llamaremos «el espíritu de la intervencion europea en México.»

Jhon Bull, le Petit, &c., se habian incomodado, y esto podia ser terrible para México.

Nuestro Popocatepetl se insolentaba demasiado y subia muy alto.

Era preciso fundir á cañonazos su pretendida ó pretensiosa *nieve eterna.*

Tres hermanas se acercaban por el golfo, murmurando un *¡Mire vd. qué!.....*

Y fruneiendo el ceño de una manera amenazante.

Se pretendia hacer una nueva edicion de nuestro derecho de gentes; y era preciso hacerlo con letras de oro ó con rúbricas.

Era demasiado poca cosa la suma de ventajas y franquicias que hasta allí se les otorgaran.

Era preciso mas aún: esto es, *todo.*

Pero para pedir este *todo*, no bastaban los conceptos de las simples notas, y las secretarías de Relaciones redundaron por allá.

Las de Guerra quedaron encargadas del negocio, y el negocio pasó á tener la categoría de un *negociado.*

Fué ó se creyó necesario envolver las inviolables reglas del derecho de las naciones en estandartes rojos.

La política de todo el mundo con respecto á México, pasó de simples conminaciones á hechos.

México decididamente se *perdia*, y era preciso ganar á México á toda costa.

La Francia se encargaba de ello.

Ello podia ser aventurado, podia tal empresa tener un carácter anfibológico.

Pero no era de desdeñarse el billete de tal lotería.

A Laurenzez le habia tocado una especie de aproximacion singular.

Le fué pagada.

La Francia se quiso constituir en árbitro «amigable componedor de nuestras cosas.»

Juarez, el elemento mexicano, representante ya del elemento nacional, por tantos años deprimido en pro del extranjero, rehusó tal intervencion, manifestando de un modo terminante que rechazaria la fuerza con la fuerza.

Aquella felicidad que nos venia de Europa envuelta en proyectiles, articulaba, al recorrer *la trayectoria* en el espacio, no sé qué raras interjecciones demasiado poco castellanas, y sobre todo, nada mexicanas.

México ni quiso ni pudo entenderlas; pero se ofendió de ellas.

Resueltamente querian los franceses hacernos felices por la fuerza.

Nosotros nos empeñamos, á toda costa, en ser los séres mas desgraciados de la tierra; pero solos.

El viejo continente inició, hace muchos años, su accion sobre el nuevo, ejerciéndola con toda la eficacia de su política y con todo el tacto y diplomacia de su experiencia.

Llegó, puede decirse, á conquistarlo todo, menos la idea.

Atacado el principio frente á frente, la cuestion cambiaba.

No eran ya las franquicias otorgadas á los importadores de una dispendiosa civilizacion:

Tampoco la definicion rigorosa de la mayor ó menor suma de garantías hechas siempre efectivas á los diversos nacionales; garantías que jamás dejaron de ser un hecho:

Fué algo mas.

Fué el desquiciamiento pretendido y no consumado de un principio sancionado universalmente por el derecho de todas las naciones; y la conculcacion importaba un crímen de proporciones agigantadas.

Ese principio ultrajado, devolvió sangre y fuego y opuso la fuerza á la fuerza.

El Genio frances tuvo que plegar sus alas ante la impotencia de fusilar una idea.

Esto hubiera sido su triunfo.

La consagrada montaña de Querétaro no fuera hoy, sin duda, un monumento de la gloria de México, sino un recinto de melancolía, desolacion, vergüenza.....

Veriamos allí aglomerados los escombros de nuestras esperanzas.

Es bien sabido que los franceses pretextaron aceptar la forma de un tratado para consumar una obra de perfidia.

Esto entraba en la táctica francesa.

Sesenta ó setenta mil hombres vinieron á interpelar al pueblo de México.

Nos preguntaron, con el arma preparada y apoyándola en nuestro corazon:

—¿Qué forma de gobierno apeteces?

Y aquel ejército, derrotado moralmente en Puebla, é irracional, violento y bárbaro en todas partes, casi se le veia pasar adelante, con la frente sellada por su flor de lis, y bajo el estallido del látigo de Bonaparte el tercero.....

En la época á que referimos los acontecimientos de nuestro libro y la accion de nuestros personajes, aquella tempestad empezaba á flamear en nuestros horizontes.

Todo el mundo se preparaba.

Unos para evadirse de ella, otros para combatirla.

Todo en México vivia bajo el concepto de que los franceses se acercaban.

¡Los franceses!.....

Ellos fueron siempre los que hallaron aquí todas las ventajas, y ninguno de los inconvenientes del extranjero.

Ellos los que desconociendo su propia influencia en nuestro carácter y costumbres, pudieron olvidar que de ellos mismos supimos aprender á llamarlos «bárbaros.»

Pocos esfuerzos debian de necesitarse para hacer efímera aquella accion de un continente en el otro.

Aquella *calaverada* no tenia nada de sencillo, y Puebla fué solo la instancia de un argumento.

¡Cuán sensible es que nuestro desprecio de ahora no llegue á las proporciones de nuestras afecciones de antes por los franceses!.....

La temida situacion amenazaba caer y estallar como un proyectil mortífero que todo lo dispersa.

Le esperaba el cataclismo.

Por unos, con furor; por otros con desesperacion.

La marcha pública y los intereses individuales quedaron

entorpecidos, y fué preciso desviarla para conducirla hácia un solo objeto. La guerra.

Se fabricaron cartuchos y se aglomeró, bajo el espíritu público, la mayor suma de combustibles morales.

El espíritu público ardió.

Los soldados de la República gritaron desde las murallas de Puebla un

«¡Hénos aquí!»

Y el viejo artillero Courtois d'Hurbal, se preparó para estornudar con toda su artillería sobre la moderna Zaragoza.

Los oficiales franceses tienen un brio puramente de *dandy*.

Ven algo de rosas, de placeres, de molicie detrás del humo del combate.

México, esta joya rica y codiciada, este jardin de un continente, esta caja central del mundo; México, decimos, atraia las miradas y los deseos de aquella gente que se iba á diezmar ante los muros de Puebla, soñando en «Las Mil y una noches de México.»

Aquellas «Mil y una noches» debieron volverse, un poco mas tarde, «mil y un fantasmas.»

Permítasenos una proporcion:

Vino á ser el *chinaco* en México, al frances, lo que es en Paris al frances el inglés:

Una caricatura.

Aquellos rubios aventureros que pudieron acercársenos llenos de audacia, ostentando en el pecho todos sus milagros de Africa, Solferino, Magenta, &c., deben haber hallado excesivamente adusta su expedicion hasta México.

Aquellos sesenta ó setenta mil volúmenes desembarcados en Veracruz, y que venian *importándonos* no sé qué tratados de *l'esprit*, tuvieron que enseñarnos mas de una vez los *lomos*, y allí vimos sus *títulos*.

No tenian otra cosa que llevarse, que una medalla acuñada en Paris y una cara sellada en México.

Aquel peloton de *sangre latina*, jamás pudo farfullar el azteca; pero tuvo al fin que *darse* por entendido.

Algo pudieron entender de lo que el hermano Jhonathan les dijo en inglés.....

El inglés que se habla en los Estados-Unidos, suele ser demasiado expresivo aun para los europeos que menos gustan de aprender el inglés.

¡Qué sé yo qué pasó con la consabida expedicion francesa, iniciada por agigantadas sombras como de titanes, y terminada entre pelotones de caricaturas animadas y fugitivas!

Es preciso no negar que los franceses son valientes. Somos nosotros, los mexicanos, quienes debemos mandarlo decir *al de las Tullerías*.

El que trocó la corona por la caperuza.

La Grève por Querétaro.....

¡Pobre Hapsburgo!.....

LXXXI.

El descendiente del padre prior de los Gerónimos de Yuste, debe de haber muerto fastidiado.

Aquel hombre, que era todo imaginacion, nació destinado á perder la cabeza en un lugar todo jardin.

Empezó á perderla desde su aceptacion del *trono* de Moctezuma;

Esto es, un trono puramente presunto.

Aquel hombre, que desde *Miramar* habia soñado la corona, llevó á ella la mano y no encontró ni la cabeza.

Aquella cabeza pertenecia, desde muchos años antes, á un partido moribundo en México.

El partido se hundió para siempre con todo, absolutamente con todo, hasta con la cabeza de Maximiliano.

Merecia ciertamente una suerte mas noble que la del mingo que se pierde.

El tercer Napoleon soñó y deliró no sabemos hasta dónde.

Se vió envuelto qué sé yo en qué laberinto de conjeturas y deseos;

Se presentaba la probable realizacion en México, y cerca de Trieste habitaba un aleman soñador y utopista, aspirante y atrevido.

Napoleon entregó á aquella especie de artista, un eslabon de la cadena con que pretendia aherrojar un continente al otro, y la cadena solo pudo encadenar á un hombre, pero no á un mundo.

¡Pobre Maximiliano!

Exclaman *de corazon* cuantos aman lo bello.

¡Desgraciado archiduque!.....

Profieren cuantos piensan en lo grande.

Fué bello como un rayo solar penetrando en México á las doce de la noche.

Pero así fué absurdo, singular, excepcionalísimo.

Proyectil de oro, vino á herir un principio.

Figura exótica y rosada, vino á abortar el principio opuesto, y solo halló un fin.

La tumba de Maximiliano cubre algo mas que el cadáver de un noble austriaco.

Sobre su losa se lee el *Hic jacet* de una bandería traidora.

La postrera esperanza de un partido.

La mistificacion de un tirano usurpador.

Sobre la tumba de Maximiliano debe consignarse la expresion terrible de toda una gran necrópolis.

La figura mas alegórica, por decirlo así, el signo mas elo-

cuente que pudiera colocarse sobre aquel sarcófago del hijo de los Hapsburgos, debiera sin duda limitarse á un símbolo:

¡Un *mundo* roto, y velado en uno de sus hemisferios con un crespon negro, y el otro con un gasa rosada!

¡Basta de anatemas!

La razon y el sentimiento deben murmurar al oido del nieto de Cárlos V estas palabras:

Sit tibi terra levis.

¡Quede la execracion para el verdugo de las Tullerías!

La historia de los héroes se ha escrito siempre con oro, y la de los mártires con sangre.

Maximiliano fué víctima de la imaginacion, que pudo ver el poder, cuando no se le ofrecia sino la usurpacion.

Tal vez se albergaba en el corazon de aquel hombre la epopeya teórica del buen deseo.

Acaso vió hácia un fin, sin *pararse* en clavar sus pupilas azules y límpidas en los medios, y los medios eran un abismo insondable.....

Cayó.....

Fué llamado á *su poder* por una conspiracion, y fué derrocado por «la voluntad del pueblo.»

El patíbulo puede ser el apoteosis del caballero que cumple su palabra;

Nada mas.

El «Cerro de las Campanas» es hoy algo mas que una *faccion* de la naturaleza, ó si se quiere, un fenómeno geológico.

La mano de Dios intervino en su formacion física, y la de la República en la moral.

Es el pedestal de una historia:

Es un desenlace.

Las campanas de aquel cerro formularian un poema original.

El que contara «á gritos,» en presencia del mundo transeunte, la historia de la segunda independencia de México;

Esto es, el desenlace moral de la primera.

PROPOSICION.

«¿Qué diferencia hay entre Hidalgo y Juarez?»

«¿Cuál existe entre Iturbide y Lerdo?.....»

¡Quiera el cielo cerrar la boca del porvenir!!!

LXXXII.

Innumerables ocasiones, esto es, por una regla general si no absoluta, la expresion de la simpatía y la del deber referidas á un mismo objeto, no pueden compatibilizarse.

Cuando el corazon dice: «tocan las generales de la ley,» la razon *se abstiene*, ó se vicia.

Aquello de la imparcialidad es una virtud excepcionalísima.

No recordamos bien á *Destutt de Tracy;* pero creemos *illius venia*, que las palabras «pensamiento» y «sentimiento» se hallan escritas en los dos polos opuestos de un mundo puramente intelectual.

Esto es *ahora*, en los tiempos que atravesamos.

En cuestiones de derecho público, político ó internacional, aquella incompatibilidad constituye un principio incontrovertible.

Ellas mismas debieran formar una *regla de derecho:*

Esto es, si se conociera un derecho *práctico.*

El hombre *público* y la mujer *pública* deben ser el excepticismo personificado en materia de sentimiento.

En tales entidades se verifica la abdicacion de la persona por la cosa:

El trueque singular del *hombre* por el *principio.*

Esto no es un sarcasmo: tampoco una alusion.

Es algo mas grande, aunque menos *espiritual* que ambas cosas:

Es una verdad.

Nosotros excluiriamos á los muchachos de la magistratura siempre que observásemos en ellos un corazon demasiado tierno.

Y decimos «los muchachos» porque *lo que es* á los viejos, los excluiriamos por ahora de todo.

Por ahora, porque mas tarde tendremos que los muchachos serán viejos y los viejos muchachos.

No se olvide que estamos en una época de invenciones y descubrimientos.

Puede en tal sentido decirse:

¡Hay tantos viejos que incurren en *muchachadas!*.....

Y tambien:

¡Hay tantos muchachos que se anticipan á sus años!.....

Dígalo *si no*, en confirmacion de lo primero, la vieja Francia *interviniéndonos.*

Y digámoslo *si no* nosotros mismos, que olvidamos por fin á la vieja Francia, que nos *intervino* hace pocos años con las *vias de hecho*, y que ahora sigue «interviniéndonos» *de hecho* bajo no sé qué pabellones ó no sé qué *palabrería;* mientras nosotros, tal vez *muchachos viejos*, que es lo mas probable, ó acaso *viejos muchachos*, que es lo menos, nos limitamos á contemplar al francés sombreado por un *pabellon*, y que continúa extrayendo oro y utilidad envueltos en *garantías*, y á esto llamamos:

«Un estado de perfecta *abstension* por nuestra parte, mientras Europa toma la *iniciativa.*

¿Vendrá esta iniciativa formulada en *latin ó en inglés?*....

Pero entretanto que Europa toma la iniciativa, creemos evidente que sigue tomando *otra cosa.*

¿Qué importa? De *aquí á allá* habrá para todo.

Absolutamente para todo, hasta para comprar antifaces de oro que oculten el semblante severo y digno de la verdad!....

LXXXIII.

Nosotros compadecimos al desgraciado archiduque, como se compadece una persona, cuando una persona es un pretexto.

La abstraccion entre el hombre y el principio que se representa, es prácticamente imposible:

Ni se conocen ni se comprenden *las ejecuciones de justicia* en un mundo, única, pura y exclusivamente intelectual.

La sociedad vulnerada busca la encarnacion del abuso ó del crímen.

La abstraccion es algo mas que difícil; es imposible.

En tal virtud, es preciso fusilarlo *todo*, ó todo dejarlo.

Lo segundo era absolutamente imposible tratándose de Maximiliano.

Estaba de tal manera adherido al principio que llamamos *interventor*, que era propiamente su resultado y el representante de la intervencion.

A su despecho, si se quiere, y no obstante sus impotentes esfuerzos por *mexicanizarse*, perdónesenos tal palabra.

Dandy rico, *particular* ó sabio, hubiera acaso podido atraerse las simpatías de todos nuestros *círculos*.

Es la condicion de los extranjeros en México.

Resultado de un hecho atentatorio, no pudo merecer mas ni menos que el patíbulo.

De otra suerte, hubiera México tenido el sentimiento de condenar al desprecio á aquella víctima del sórdido monarca de los franceses.

LXXXIV.

Réstanos solo preguntar:

«¿Qué inconvenientes habria para hacer efímeras las garantías de que gozan los súbditos franceses en México, á fin de estrechar á su soberano á una iniciativa conforme del todo con el derecho de todas las naciones y la dignidad y los intereses de México?.....»

No sabemos si podrá impunemente emitirse esta proposicion.

No debemos callar cuando las circunstancias nos conceden la palabra.

Algunos actos del poder, reasumiendo la expresion de toda la suma de los vitales intereses de un continente, seria hoy la expresion definitiva del perfecto desenlace de la intervencion.

Europa entera podria comprenderla, ya fuera aquella emitida en mexicano ó ya en inglés.

No pretendamos ahora caminar por el estéril terreno de la omision, cuando hemos recorrido felizmente el de los hechos.....

Celui rirá bien, qui rirá le dernier.

LXXXV.

Por aquel tiempo, esto es, cuando los franceses se acercaban á Puebla, en México diversos grupos representantes de muy diversos intereses, se reunian cada noche á entregarse á varias conjeturas y á singulares deliberaciones.

Unos, suponiendo el caso de que los franceses triunfasen;

Otros, el de que fuesen derrotados.

Porque todos los casos significaban ó representaban ciertos intereses generales é individuales.

Habia, como debe suponerse, quienes desearan ardientemente el triunfo de las fuerzas *intervencionistas;*

Esto es, los que pertenecian al partido que trajo la intervencion.

Otros habia que no podian ni tolerar la idea de la misma.

En este caso se hallaba la generalidad;

Pero una generalidad propiamente dicha.

El mal era excepcional.

El delito de infidencia se perpetraba *sotto voce*, porque no hubiera sido posible de otra manera.

Pero en México, en el mismo México tenia sus adeptos.

Muchos, puede decirse, muchos; esto es, hablando relativamente.

El café de *La Gran Sociedad* era uno de los lugares en que se formaban varios círculos á hacer comentarios de la situacion.

Esta se precipitaba visiblemente.

Los franceses «se habian tomado, sin tomar» y sin trabajo, los puntos que les parecieron convenientes y que les proporcionaban un mejoramiento de condiciones de clima, &c.

Entonces, como ahora, habia en *La Gran Sociedad* dos gabinetes laterales adornados con grandes espejos, cuadros, sofaes, &c.

Una de las extremidades del salon formaba otro gabinete, que tampoco carecia de cierto *comfort* y de cierto gusto.

En la extremidad opuesta se hallaba la mesa de billar.

La Gran Sociedad es uno de los cafés mas antiguos de México, y ha contado antiguos, numerosos y asiduos concurrentes.

Hace mas de diez años que se tuvo la feliz idea de llevar allí un piano y un pianista.

Ambos objetos eran magníficos.

La concurrencia aumentó notablemente.

En México se ama el arte en donde quiera que se encuentra.

La música, en donde quiera que es buena.

Poco despues aquello aumentó.

Llegó á ser una pequeña y escogida orquesta.

Entonces se podia pasar una *prima noche* en *La Gran Sociedad*, seguro de distraerse y de estar allí contento, complacido.

A menudo los gabinetitos de que hemos hablado se veian convertidos en verdaderos canastillos de rosas.

Muchachas que iban á oir música y á devorar helados.

Es singular y bello contemplar una boquita linda y delicada como una flor, que se torna mas fresca y purpúrea con la nieve.

En la época á que antes nos hemos referido, en uno de los gabinetes laterales de que ya hemos hecho mencion, se reunian diez ó doce muchachos que iban allí á hablar de todo, pero con especialidad de política y de amores.

Las dos pasiones mas nobles y que mayor influencia pueden arrojar en la juventud actual.

Esto es si tales pasiones no son las que siempre la han arrojado de hecho, ó han debido arrojarla en la juventud de todos los tiempos y de todos los países del mundo.

Aquellos muchachos eran, unos, empleados,

Otros militares:

Estudiantes otros, de derecho ó de medicina;

Otros, en fin, comerciantes;

Pero todos eran amigos, se tuteaban casi desde la infancia, se habian unido, unos por la identidad de aspiraciones, otros por la conformidad de caractéres ó de sentimientos.

A la sazon se encontraban todos dominados por una idea fija.

La idea fija que dominaba entonces á todos.

No era precisamente el mal general que se llama la guerra:

Era, ademas de eso, el resultado personal y distributivo que aquel azote general debia producir á cada uno de ellos.

Todos, por ejemplo, estaban poco mas ó menos enamorados.

Querian batirse.

Ardia en la mayor parte ese fuego quijotesco que hace soñar combates homéricos, refriegas inverosímiles, laureles y amor.

Cada uno de aquellos corazones estaba convertido en una especie de leyenda romántica.

Eran doce trovadores entusiastas é inflamados por el fuego activo de la quimera y del amor.

Sus conversaciones todas tenian no sé qué resabios de proclamas.

Los franceses eran *el galo invasor.*

Las muchachas de México, *palomas cándidas y puras que vendrian á parar entre las garras del milano rapaz.*

El horizonte que se presentaba ante *aquellas fascinadas* imaginaciones, estaba enteramente entoldado con las nubes del polvo y del humo de la lid, y aquellas nubes estaban llenas de manchas de sangre, de instantáneos fulgores, de horrísonas detonaciones, de crujir de aceros, de vírgenes deshonradas (por los franceses) &c.

¡Ah!.....

Cuando los *ponches* y el entusiasmo hacian flamear aquellos ojos y encendian un extraño fuego en aquellos corazones, el gabinete presentaba un aspecto singular.

La animacion de aquel grupo hubiera bastado en ciertos momentos para contagiar á una gran masa.

Si les hubiera sido posible salir de *La Gran Sociedad* directamente al combate, se hubieran lanzado todos hasta el

campo, llenos de brío y pujanza, y todos sin duda, todos, hubieran muerto como los griegos de Salamina.

México iba á ser la invicta Sagunto *que se hundió.*

Se hablaba de Leonidas, de las Thermópilas, de las dos Zaragozas.

Hubo alguna vez quien hiciera alguna alusion al *rapto* de las sabinas por los romanos.

Todos sintieron en aquel momento que el furor circulaba por sus venas.

Cada cual creyó ver á su novia oprimida por los brutales brazos de algun zuavo robusto, grosero y maligno, ó de algun argelino de catadura y uniforme muy parecidos á los de los moros que se ven en los cuadros de «Matilde ó las Cruzadas.»

Momentos habia en los que el furor llegaba á su apogeo, y se oian puñetazos sobre la mesa, maldiciones, juramentos, el *chascar* de los vasos, como diria Zorrilla, y aquellos diez ó doce frenéticos bastaban para parodiar el amenazante ruido de todo un tumulto.

Entre las doce de la noche y la una de la mañana, el furor y la excitacion cedian el campo á la postracion consiguiente.

El beleño iba apoderándose de aquellas facultades.

El ruido decrecia gradualmente.

Unos dormitaban allí mismo;

Otros se iban retirando paulatinamente.

Las altas horas de la noche eran un calmante para aquellos cerebros.

La frescura de la calle hacia ver casi todas las cosas de una manera enteramente *modificada,* por decirlo así.

El fuego de las almas y los vapores de los ponches *se iban* juntos.

Quedaban expeditos los elementos útiles y explotables:

La razon, el pensamiento, la idea, la conviccion.....

LXXXVI.

Antonio era de ellos.

Máximo tambien.

Pero ninguno de ambos participaba de los intempestivos y casi feroces arranques de la generalidad.

Entraban los dos en los ponches, pero no en las consecuencias.

Si en ellas hubieran entrado, las consecuencias les hubieran sido fatales como á nadie.

Porque los dos se encontraban en circunstancias excepcionales.

Como ninguno de los restantes, sin duda alguna.

Sí, porque se hallaban ambos enamorados de distintos objetos:

Uno, de una mujer;

Otro de un negocio.

Y en tales circunstancias no hubieran podido menos de *acalorarse.*

Y el calor, en todos los negocios de esta vida, es un mal dato para el resultado.

Esto es, tratándose del negocio;

Pero al tratarse de los negocios del corazon, esto es, de los sentimientos, acalorarse es dar toda la *prueba.*

El uno veia á su novia entre un millar de bolas de lotería.....

¿Saldria ella?.....

El otro apenas podia persuadirse de que su *negociacion* iria no mejor, sino lo mismo que antes.....

¿Tendria que hacer una inversion de negociaciones?

La duda es el peor de los tormentos.

¡Ni siquiera es un tormento determinado!!!

Máximo vacilaba en *realizar* de un modo intempestivo y violento.

Y tenia acaso que hacerlo.

¡Sin duda iba á ser preciso!.....

Núñez aprovechaba la oportunidad que le presentaban las circunstancias públicas, para extorsionar al pueblo con gabelas é impuestos de todo género.....

(No se olvide que Núñez, en aquella época, era esa especie de entidad, cajero de la República, que se llama buena y decorosamente:

«Secretario de Estado y del despacho de Hacienda.»)

Esto era Núñez entonces:

Despues, fué *otra cosa.*

A Máximo le preocupaba en extremo el temor de que los esbirros entraran cada cinco minutos á pedirle «la boleta de las fortificaciones.»

Aquel expendedor de obscenidades y embustes no queria ser molestado para nada.

Hacia pocos dias que habia tenido que satisfacer una multa.

Esto era grave.....

¿Qué le importaban á Máximo las agonías de la República?.....

Habia cerrado su comercio.

Se decia «arruinado.»

Se habia puesto en el bolsillo del chaleco seis águilas americanas de á 20 pesos.

Con esto iba á pasar la época de crísis.

Si le faltaba, *veria lo que se hacia;* pero se propuso resueltamente no tocar un centavo de sus fondos.

Tomaba, sin embargo, *ponche,* que jamás pagaba, afectan-

do una temperancia verdaderamente espartana, y «violada» en aquellas noches *por su carácter condescendente é incapaz de contrariar á tan buenos amigos*.....

LXXXVII.

Antonio se entregaba á otro órden de ideas.

Habia seguido procurando llegar á todo, á ser hombre de ideas, de órden.

Poseia algo. *Una nada*, como se dice de un modo no sé si hiperbólico ó vulgar.

Aquella *nada* estaba, digámoslo así, impuesta en la casa de comercio de Máximo, y despues de la clausura de dicha casa, depositada en su caja.

Como ya el lector debe de haberlo supuesto, ó podrá fácilmente recordarlo, Antonio debia el *algo* que aquella *nada* explicaba, á la munificencia de su buena suerte, que le expresó *lo bastante* á su favor por medio del código de *Birjan*.

Habia habido una *sota* muy *profunda:*

Despues un *rey* «á la puerta;»

Y Antonio habia consumado su primera *diablura* y tenido dinero.

El rédito no hubiera bastado hasta allí para alimentar á un caballo ó á un perro de Terranova.

Pero aquel rédito no se tocaba, á fin de que creciendo el capital, llegase á ser un recurso de porvenir.

Se tocarian otros recursos, porque Antonio hacia meses que estaba en *relaciones*, y tal situacion despedia de sí y del modo mas eficaz y natural, este consiguiente:

Que en materia de recursos, debia de tocarlos todos, absolutamente todos, sin excepcion.

En una carta de aquellas *relaciones* ó de aquella correspondencia, la novia le participaba sus temores mas serios de que la guerra que los franceses nos venian haciendo, levantase obstáculos ó cavase abismos en medio de aquellos *amoríos*, que tenian toda la apariencia de amores.

Antonio pensaba conciliarlo todo tomando parte en la refriega, y aquella especie de bicho de pluma, proyectó por la primera vez de su vida, en la mas singular metamórfosis.

De ave en cazador.

Pensó en que iba á necesitar convertirse «de la noche á la mañana» en esto que llamamos «un soldado;» y suspiró sesignándose.

Antonio creia amar de tal manera á Piedad, que por llevar adelante sus delirios amorosos, se hubiera improvisado bailarin ó buhonero.

En aquellas relaciones intervenian hasta entonces el sentimiento y el deber de cumplir una palabra.

Antonio, por su parte, no habria querido faltar ni á uno ni á otra.

Le daba tristeza comprender que iba á lanzarse á la guerra guiado por *intereses particulares*.

Salia á cazar novia con el fusil al hombro: le parecia salir á una caza bien extravagante.

Pero se resignaba con la idea que antes hemos expresado, de conciliarlo todo.

En una de aquellas noches de *ponche y hubladero*, y gritería y desórden, Máximo le enseñó un telégrama copiado de su *puño y letra*.

Gonzalez Ortega avisaba al gobierno que los franceses se movian sobre Puebla, y que el negocio se iniciaba, como quien dice, seriamente.

Nuestro enamorado se propuso entonces dejarse caer de

cabeza en el porvenir, como quien se precipita desde un quinto piso.

De todas maneras, la cuestion era caer.

El caer bien, quedaba á la casualidad.

LXXXVIII.

Siguieron otros telégramas.

La situacion iba poniéndose terrible.

El general en gefe *de Puebla*, participaba ver acercarse extraños fulgores y nubes densas.

El ejército frances relampagueaba, tronaba.

Se acercaba como una nube.

Pronto lloveria granizo de plomo y de hierro.

Las poblaciones se distribuian estas tres cosas:

« Furor, *pánico*, esperanzas. »

Aquella lluvia iba sin duda á *arruinar* á la patria en general. A muchos cosecheros del porvenir en particular.

Máximo era uno de ellos. Antonio otro.

No quedaba, pues, tiempo que perder.

El asunto era de precipitarse, y se precipitaron ambos.

Esto es, los dos se lanzaron á la tormenta.

El mismo dia en que Puebla sucumbió, como sucumbe un gigante asesinado por un muchacho;

Como sucumbió Goliat á la pedrada de David, multitud de *entes* hubieran querido improvisarse *cuerpos:*

Otros almas, otros sombras, otros mucho..... otros nada.

Nuestros jóvenes, no teniendo otra cosa mejor que improvisarse, se improvisaron *comandantes de escuadron.*

Porque en México, y en ciertas circunstancias principalmente, todo el mundo se improvisa lo que quiere.

Marcharon llenos, si no de brío y denuedo, sí de esperanzas y de ilusiones, incorporados con uno de tantos grupos que siguieron al gobierno en el enorme trayecto de su peregrinacion.

Llegó un momento en el que ambos vieron que sus elementos mas indispensables se agotaban.

La noche de su partida habian rayado en el mas vertiginoso entusiasmo.

—No nos separaremos jamás—decia Antonio.

—Jamás—respondia Máximo maquinalmente.

Y ambos espoleaban sus respectivos rocinantes.

Aquello era para recordar lo que se dice en *Capuletti:*

"¡Oh sí, sí, la morte
O la vittoria
Co te-co te
Dividiró!...."

La noche estaba magnífica, espléndida la luna, y sin embargo, Antonio empezó bien pronto á comprender que tenia demasiados inconvenientes la imposibilidad de unir las piernas, acostarse y dormir.

De momento en momento aquel inconveniente se aproximaba hasta el carácter de un verdadero obstáculo, y Antonio empezó á expresarse con *menos calor*, y despues menos.

El movimiento acompasado é igual que le imprimia *la andadura* de su tordillo, le llegaron á impacientar.

Muy pronto pasó de la impaciencia á la exasperacion.

Todo le parecia irónico, insultante, grosero.

Azotó fuertemente á su cabalgadura y le tiró violentamente de las riendas.

El desgraciado animal volvió la cabeza resoplando y enseñando su gran dentadura, como si sonriese burlándose.

Antonio lo apostrofó en los términos mas crueles y amargos.

Momentos hubo en que dejó de apercibirse de que iba en el lomo de una bestia, y se *airó* razonadamente contra ella como si se hubiese tratado de un *cargador*.

El *zangoloteo* no cesaba.

El caballo inclinó demasiado la cabeza, y así continuó, sin dársele *un bledo* de aquel bilioso á quien llevaba encima.

El ginete bostezaba cada diez ó doce segundos, de un modo violento, sonoro, magnífico.

Hubiera dado un tesoro por poder juntar las piernas un solo momento.

Le parecia imposible el menor movimiento.

No se atrevió á encender un cigarro, ni á pasar de una en otra mano las riendas.

El frio era intenso.

El lomo de aquel animal llegó á tener proporciones agigantadas para el ginete.

Antonio llegó á enfriarse tanto y á experimentar un tan cruel *desencuadernamiento*, por expresarnos así, que hubo momentos de aquella noche, en los que al desgraciado le pareció que caminaba caballero en el Popocatepetl.

Eran aquella inmobilidad y tirantez las de un compás abierto y colocado sobre el lomo de un *diccionario* puesto de canto.

Era aquel un suplicio de tal naturaleza, que llegó á arrancar un

—*Ya está, ya está*..... —dirigido al tordillo, y cuya verdadera expresion, dichas tales palabras como lo fueron, maquinal y dolorosamente, nos parece indescriptible del todo.

El ginete pedia misericordia al caballo porque andaba.....

Antonio se acordó del hidalgo manchego, y á pesar de sus sufrimientos, se rió como pudo .....

.....

LXXXIX.

Aquel hombre, sin embargo, no pensaba ni remotamente desistir de su proyecto:

¡Mandar una guerrilla!!!.....

LXL.

Aquello iba á herir el talon de Aquiles.

Embrollo entusiasta disfrazado de guerrero, iba á buscar la guerra de buena fe, llevando una espada, no á un lado, sino *á cuestas.*

Casi no podia tenerse á caballo, y aquel Sagitario todo descompuesto, hubiera deseado convertirse todo en un enorme proyectil ó en un aparato cualquiera, arrojadizo de sí mismo contra lo que le hubiese impedido andar adelante, mas bien moral que físicamente.

Aquella cosa que se movia oscilando á los pasos de su cuadrúpedo, y produciendo á la luz de la luna una sombra prolongada en las llanuras y en las faldas de las montañas, era un capitan.

Un capitan mandando mitades de ideas reclutas aún.

Espoleado el animal por el hombre y el hombre por sus proyectos, caminaban el uno paso á paso, y el otro *galopaba* de una manera puramente mental.

Máximo tenia á menudo que *desandar* para reunirse con su amigo.

Valia, pues, la pena de seguir adelante cuando tan trabajosamente se empezaba aquel camino, y seguian ambos *adelante* en todo sentido.

Quien iba á tener que detenerlos, era el gobierno.

El gobierno, que empezó por un lado á expedir *pasaportes* y á quitarse *de encima* importunos patriotas, mientras que por el otro lado fulminaba anatemas contra los que regresaban.

No puede culparse á México de haber esperado á los franceses con los brazos abiertos.

Con excepcion de los verdaderamente traidores, todo el mundo huyó.

Toda la poblacion supo evadirse, pretendiendo esquivar la sombra del estandarte frances.

Muchos han regresado porque no tenian adónde ir ni qué hacer.

El gobierno, al tomarse la capital, pudo hacer que se registrasen en un libro miles de nombres, y entre mil cosas que olvidó al hacer formar ese singular registro, olvidó tambien que muchos nombres consignados en esa especie de padron de infamia, pertenecen á hombres que lo siguieron y á quienes no aceptó.....

Quédense aquí estos recuerdos.

El decoro, la dignidad lo demandan.

Es imposible formular con exactitud la expresion de muchas cosas que pasaron en aquella época de luto, porque la fuerza, la necesidad ó no sé qué mano inflexible, pero no temida, vendria á ahogar la voz entre los labios.

¿Qué otra cosa pudo exigirse á una multitud sino que aceptara el ridículo por sacrificarse en aras del deber?

Hemos antes indicado que nuestros jóvenes soldados se hallaron, á los pocos dias de su salida de México, exhaustos de elementos, aun los mas precisos.

El gefe del cuerpo de ejército en que iban incorporados, se rehusó á ministrarles todo.

Les fué, pues, necesario abandonar por entonces *su empresa*.

Máximo regresó á interpelar en México su propia situacion.

Del edificio de sus ilusiones y de sus esperanzas solo encontró ruinas.

Las esperanzas y las ilusiones de Antonio, formaban una especie de *bohardilla* que se apoyaba en aquel edificio.

¡Todo era escombros!.....

El destino habia pegado fuego á aquel pobre hormiguero.

Máximo era, como ya lo saben nuestros lectores, avaro, sórdido casi, pero fuerte.

Solo pensó en la reparacion.

Antonio, cuando llegó, no pudo hacer mas que sufrir.

Al empezar estas páginas los hemos presentado á nuestros lectores.

El uno firme, reflexivo y sereno.

El otro ofuscado, moribundo de desesperacion, casi perdido.....

LXLI.

Antonio durmió por no vivir.

Bajo el hemisferio verdi-negro de su ajenjo, su sueño fué una mortal enervacion.

Anduvo, durante sus ensueños, por una especie de *pesadilla* embrollada y cubierta de malezas y cardos, de torcidos *varejones* y secos *yerbajos*, que se inclinaban agobiados por el peso de sus frutos.

Los frutos que se producian en aquella especie de jardin del infierno, eran piezas de oro adheridas á la estremidad de aquellas ramas retorcidas y calcinadas como desecadas serpientes.

Antonio se arrojaba sobre aquellas monedas, y sin llegar á tocarlas, se hacia pedazos las manos con las varas.

Aquellas serpientes le ofrecian oro, y al ir á tomarlo le mordian con encono.

A cierta distancia veia á Piedad que se reia burlándolo.

Así, dormido como estaba, sentia que la pasion le destrozaba el pecho.

Sobre un horizonte color de plomo, se destacaba el talle elegante y flexible de la muchacha, ceñido por un vestido blanco de novia.

En el fondo de aquel horizonte lóbrego y sombrío, se dibujaba el contorno suave de aquella cara, con su marco de cabellos negros como el ébano, con su adorno de pálidos capullos de rosa.

No le hablaba una palabra. Solamente le veia, sonriendo de un modo malicioso.

Repentinamente los labios de la imágen se fruncieron, haciendo una mueca despreciativa.

Se despejó en aquellos momentos un tanto el horizonte, y Antonio vió con un poco de mas claridad.

Sobre el pecho de aquel hechicero fantasma habia un alfiler en el que estaba *montado* un relicario.

El relicario contenia un retrato de hombre.

Un hombre de cabellera corta, ancha cara y barba poblada, pero sin bigotes.

En las entrañas del enamorado ardieron repentinamente todos los infiernos del celo sensual.

Quiso arrojarse sobre aquella mujer, y ella prorumpió en una carcajada insultante, burlona, espantosa.

De entre los matorrales salió entonces una mano grande, fuerte, enteramente varonil, y asiendo á la muchacha por la cintura, la arrebató hácia el centro de aquella salvaje vegetacion.

Antonio vió perderse el último fragmento de la blanca falda

del vestido, que al fin desapareció del todo detrás de aquellos pavorosos, lúgubres é inverosímiles matorrales.....

Dió un grito desgarrador, y despertó muerto de angustia y sofocándose, completamente inundado en sudor.

Abrió los ojos y volvió á cerrarlos en el acto, deslumbrado.

Estaba en su cuarto.

La vela, colocada sobre el *bureau* inmediato al lecho, estaba encendida hacia sin duda muchas horas, porque ya solo era un *cabo* coronado por un derrame de sebo frio y de gotas como lágrimas. La *flama* estaba enorme é inmóbil.

En el centro de ella se encorvaba el pábilo negro, deshaciéndose en cenizas blancas y leves chispas de oro.

Parecia aquello una salamandra en su elemento;

Un pequeñuelo demonio bañándose en fuego, y que se habia introducido allí para atormentar á aquel hombre dormido, con tan negras pesadillas.

Antonio se frotó los ojos y despertó completamente.

Quiso quitarse algo que sentia pesarle sobre el pecho.

Nada tenia; lo que le pesaba era su propio corazon.

Ya despierto, *vió* esto:

Que Piedad estaba á ochenta leguas de distancia;

Que los franceses estaban en México,

Y que él no estaba en parte alguna, pues que nada era, nada poseia, nada significaba en el mundo.

Sobre el *bureau* estaban la cartera, el *porta-moneda*, la pistola..... el reloj.

Consideró todos aquellos objetos con un aire de estupidez alarmante.

En el *porta-moneda* habia tres onzas y dos duros.

¡Cincuenta pesos para cubrir el programa de su felicidad!

Repentinamente un pensamiento vino á herirle la frente llenándosela de sombras y de rugas.....

La imaginacion de aquel hombre estaba enferma de gravedad.

Tomó su reloj, que era un artefacto antiguo de no sabemos qué fábrica.

Al ver el reloj, el reloj le vió á él.

Aquel objeto se le trasformó entre las manos en un gran ojo de plata y cristal.

Aquel ojo le lanzó una mirada espantosa, indefinible.

Detrás de aquel ojo salton y diabólico palpitaba algo.

Antonio llevó las manos á su corazon.

¡Latia con un apresuramiento!.....

Aquella mirada infernal le dijo:

«Son las tres de la mañana.»

Antonio lo puso de nuevo sobre la mesa, y despues, con un movimiento convulsivo arrebató la pistola, levantó la llave y apoyó el cañon contra la frente.

Se escucharon á un tiempo un grito y un ruido seco y leve.

Habian arrancado el cebo del piston.

El arma estaba vacía.

Antonio se incorporó completamente en su lecho, y percibió en el ángulo opuesto á Máximo, que dormia recostado en su sillon, y que habiendo despertado al grito, se incorporaba tambien desperezándose.....

Acercóse lentamente al lecho, y al comprender poco mas ó menos lo que habia pasado, produjo un sordo *gruñido* de impaciencia, y dijo *á gritos*, al oido de Antonio, estas dos únicas palabras:

—*¡Trabaja, bruto!!!*.....

Y matando la luz de un *soplido*, volvió á *tientas* hasta su sillon, y allí se quedó profundamente dormido.

El reloj se habia parado á las tres de la mañana en *punto*.....

CAPÍTULO XV.

EL PREMIO Y EL "ACCÉSIT."

LXLII.

Hace muchos años de años que la sociedad aprende el griego.

Y en esa virtud tenemos hoy un resultado: esto es, que ya vá sabiéndolo.

Es decir, que nadie se entiende.

Pero lo que cada dia se va entendiendo menos, es ese *totum revolutum* de alma y cuerpo, de idealidad y sentidos, de espíritu y materia, de razones y caprichos, que se llama «mujer.»

Una mujer lee hoy diez novelas contradictorias y absurdas, y al momento se queda convertida ella misma en una novelesca contradiccion; en un absurdo color de rosa, pero terrible.

Las mujeres serán siempre lo que quieran ser; y nosotros, los hombres, los representantes de la fuerza y de la inteligencia, los reyes de la creacion; el hombre, decimos, esta *alteza* convencional de pantalon, *perilla* y *sorbete*, será siempre y sin remedio el mico con que juega y se divierte la mujer.

Esto no tiene remedio.

Las mujeres entienden el corazon como quieren entenderlo.

Hablan de *alma*, de *sentimiento*, de *ternura*, *&c.*, de tal manera, que no parece sino que creen en todo.

Id á buscar la exactitud y el exclusivismo en esa línea de ángeles que adorais en el estrado, y las palabras corresponderán á vuestros deseos.

Llegad á la práctica, y será otra cosa.

Hay cuerpos que dan una idea detallada y aproximativa de la divisibilidad de la materia.

La parte intelectual de las mujeres explica bien la divisibilidad del alma.

Se distribuyen física y moralmente como una liba.

Una mirada para A.

Un apreton de mano para B.

Un beso leve y *al pasar* á N.

Otro id., lleno de ardor, de fuego, para P.

Simples esperanzas á K.

Todas son aproximaciones de una gran lotería, cuyo premio grande ni ellas mismas saben en quién va á parar.

Cuando las mujeres no son coquetas, son compasivas.

A nadie quieren dejar con las manos vacías.

El *todo* suele tocar á quien menos lo esperaba y á quien ellas menos pensaban.

Al mas antiguo, al mas tenaz, al mas despreciable muchas ocasiones.

Un muñeco cualquiera puede formar el capricho y aun la pasion de una sílfide encantadora.

Verdaderas diosas hemos visto que inventan y practican prodigiosos juegos de ingenio y artificio para desorientar á diez ó doce adoradores que «tardan» mucho, y entregarse en todo y por todo á cualquiera figurilla raquítica que estuvo á tiempo.

Las mujeres adoran hasta el delirio á los hombres *apartamos*.

—Tengo una urgencia de *hoy mismo*..... préstame cincuenta duros.

—*Mañana* te daré quinientos.

—Vete al diablo.

Así pasa en materia de amores con las mujeres *en general*.

Hay, sin embargo, sus excepciones.

Las que se subdividen en lotes, las que dan todo entre todos, las que conceden premios grandes y aproximaciones, las que dan á unos *premios* y á otros accésit.....

¡Lejos de ellas lo exclusivo!.....

¡Que nadie sufra!.....

Teneis una novia, una querida, una *tontería* cualquiera del corazon.

Reasumís en ella todos los amores.

La idolatrais de buena fe.

Ella *os dice* lo mismo: ¡os lo jura!

Un dia la observais inquieta.

Es que ama á otro sin querer, y no por eso deja de amaros.....

¡Oh! Está en la naturaleza de las mujeres el odiar el monopolio de sus gracias y encantos.

Siguen los juramentos, siguen las promesas, siguen los favores, sigue *todo*.

Pero ella ama á otro.

Podreis firmar al fin de vuestros amorosos billetes:

Fulano de tal y C.ª

Acaso ama al otro bajo la influencia de la pasion ó del deseo.

¡A vos, bajo la de la compasion!.....

Hay mucho en el corazon de las mujeres que no se entiende.

Es un volúmen en donde se habia escrito mucho bueno, y que se hizo pedazos durante el episodio del paraíso.

Le faltan hojas y está ilegible.

Leed seguido lo que haya.

Leereis desatinos.

La *hetaira* griega y la *griseta parisien* han venido á producir el mismo resultado.

Son todas tan peligrosas, tanto, que *se casó* Quevedo.

Es terrible recordar aquello de que César se perdió todo un mes con Cleopatra en los bordes del Nilo.

Cleopatra, de quien dice Sexto Aurelio Víctor que fué:

Tantæ libidinis, ut sæpe prostiterit: tantæ pulchritudinis, ut plurimi noctem illius morte emerint.....

¡Nuestras bellas lectoras sabrán perdonar nuestros pudorosos latines!

Si la hija del rey de los Volscos existiese hoy, olvidaria hasta la sombra del gefe de los Hunos y buscaria por esposo al primer calavera del mundo.....

¡Ahogar al amante en el vestíbulo de la felicidad!.....

Attila legó á su amada un placer demasiado *espiritual*.....

.....

Hacia muy poco tiempo que, no sabemos decir, si los franceses habian tomado á México, ó México habia tomado á los franceses.

El mariscal Forey conquistaba las simpatías de los viejos con bailes y espectáculos; las de los muchachos con fotografías y dulces.

A aquel hombre acababa de llegarle de Francia, por via de contrabando, un baston y un exceso de grotesca ternura.

La intervencion tenia todavía, ó empezaba á tener, no sé qué aire de *visita de cumplimiento*.

Se vistió de uniforme de gala, y cantaba, bailaba y reia.

El gendarme puso la espada de un lado, y pasaba el rato.

Almonte *rigió* haciendo este impío soliloquio:

Per me reges regnant.

Y lo primero que se mandó fusilar fué la sombra de Morelos.

Por todas partes se ofrecia felicidad y completo bienestar para lo futuro, en nombre y bajo la palabra de honor de S. M. Luis Napoleon, Emperador de los franceses.

LXLIII.

Respecto de nuestras mexicanas, puede decirse que la intervencion pudo llegar hasta ellas; pero no las tocó.

Creemos que tampoco ellas hubieran tocado á la intervencion.

Porque para ciertas cuestiones, juzgadas y convertidas en objeto de la apreciacion mujeril, uno es pasear en la Alameda, en presencia del mundo entero, y dar vueltas por la noche en frente del palacio y en derredor de la música austriaca, y otro es aceptar de ello más que el placer trivial de la diversion.

Las que mas aceptaron son conocidas de todo el mundo, pues que dejaron *tirada* en «plena calle» su tarjeta con su nombre.

Habia algunas para quienes el recuerdo de la carta constitucional y sus consecuencias, les arrancaba suspiros de melancolía, como si se hubiera tratado de la carta primera de un amante.

Las mujeres en ciertas materias, ó son espartanas ó nada.

No hay términos medios.

O todo el *stigma* de la infidencia, ó toda la gloria del héroe.

Una sílfide de alma bella y de excelentes sentimientos, decia una ocasion viendo un retrato de Maximiliano:

«Es un pícaro demasiado hermoso para la horca.»

«Debe acabar fusilado.»

Cuando algun sentimiento piadoso se hace expresivo delante de algunas muchachas, y aquel se refiere al fin trágico de algun traidor, ellas contestan:

«¿Quién les manda?»

Por lo demas, solo pueden merecer excusa las excepciones, atendiendo á que la mujer tiene excesivamente pronunciado el órgano de la *maravillosidad.*

La mas remilgada y *asquerosa* beldad, de cualquiera parte civilizada del mundo, seria capaz de emprender un largo viaje para ir á dar un beso á un hotentote, mico hediondo y feroz, nada mas para ver *á qué sabe.*

Creemos que si un dia se viniera á México toda la «Tierra del Fuego,» todos aquellos párias con su heteróclita fisonomía y su estrambótica figura, producirian en nuestras muchachas la misma impresion que les produjo la «elegante oficialidad» del ejército frances.....

Curiosidad hasta cierto punto justificada.

Queden, por lo demas, perfectamente en su lugar las «impresiones de viaje» de aquellas princesas y de aquellos abates, que quisieron llegar á México desempeñando *otro papel* que el de modistas ó buhoneros.

Es preciso comprender *el papel* que se hace en todas partes.

Si llega un mexicano á Paris á dar lecciones de licencia de costumbres, *hace un fiasco* redondo.

Deben haber comprendido que no queremos de ellos otra cosa que artículos de comercio, sin que México vacile en pagarlos, aunque no los necesite.

¡Los paga bien caros por cierto!.....

Peluqueros, modistas, &c.....

¡Nada mas!

LXLIV.

Eugenia, aquella luna adorable que habia arrojado algunos años antes tan tenues y amorosos rayos de luz sobre las primeras rosas de la vida de Antonio en San Angel, en la época á que aludimos, habia trasladado sus penates á una pequeña casa del poético suburbio de México que se llama San Cosme.

San Cosme es la prolongacion rosada de la línea negra de la ciudad.

La mayor parte de las casas son *entresoladas*, como se llama vulgarmente á las casas en donde no hay necesidad de subir escalera.

La mayor parte de ellas tienen á la espalda un jardin, ó cuando menos un patio con honores de tal.

Vais por allí entre callejuelas de muchachas asomadas á las ventanas, como vais por un jardin entre callejuelas de rosas y acacias reclinadas sobre las flexibles ramas de los rosales.

Aquel florido barrio, lleno de árboles, de luz y de agua, de muchachas y de mariposas, solia hace pocos años presentar no sé qué espectáculo fugitivo, pero bello.

Entre aquel *bouquet* de flores y mujeres, solia verse la sombra austera y grave del fraile fernandino ó del fraile dieguino, que cruzaban aquellos ámbitos luminosos y perfumados, como cruza un pensamiento triste por la mente serena y soñadora.

Mas tarde, la reforma dió por allí sus barretazos, y cayeron hundiéndose todas aquellas sombras.

De los escombros brotaron rosas.

Aquellas ruinas produjeron flores.

Hay algo por allí de sonrisa perpetua y de misterio amoroso.

No podreis ciertamente pasar pensando en algo serio á lo

largo de aquellas anchas calles, sin que se os distraiga á cada paso y se vean interrumpidas vuestras meditaciones por dos series de ojos de fuego y de labios de coral que se asoman por las ventanas.

Es preciso decir esto al pasar, y ver:

«¡Quién fuera mariposa!»

Pasado el gran *Tívoli* de San Cosme, vivia, como indicamos, Eugenia.

Era una pequeña habitacion, rodeada por todas partes de un inmenso jardin.

La jóven tambien lo estaba de un círculo de muchachas encantadoras.

Eugenia jamas salia á la calle.

No queria prodigarse.

Para visitar á Eugenia se necesitaba mucho cuidado.

Tenia la jóven cierta rectitud en materia de lo que llamaremos conducta, que levantaba un muro impenetrable entre su círculo y el mundo.

Aquella jóven de negros ojos y semblante apiñonado solia ser terrible.

Se dejaba admirar; pero nada mas.

Profesaba un extraño principio.

Combatia las pasiones malas, valiéndose de sus mismos encantos.

Si alguna vez la hubieran dicho que con ir á decirle al mas *desalmado* bandido del mundo las palabras: yo te amo, aquel bandido hubiera pasado á ser *un hombre de bien*, Eugenia hubiera ido á decírselas.

Pero si la hubiesen dicho que aquel hombre iba á pasar á la categoría de *santo*, aquella mujer se hubiera reido del santo y del hombre.

Habia en su casa tertulias;

Lo que se llama *conciertos y bailecitos*.

Nunca excedian de las doce de la noche.

No concurrian mas que sus amigas íntimas y los diez ó doce muchachos concurrentes á la *Gran Sociedad*, y de los cuales antes hemos hecho ya mencion.

Antonio, empero, no concurria, ni le pasaba por la imaginacion que tales tertulias existiesen.

Máximo tampoco pertenecia á aquel círculo.

Pero ambos pasaban á menudo por allí.

Máximo se habia convertido en empresario de carruajes conductores del centro «á los alrededores de la capital.»

Antonio se habia fatigado de interpelar sin cesar á su destino, y se habia vuelto á convertir en soñador.

No creia por entonces tener otra cosa en que convertirse.

Máximo vigilaba su empresa con una eficacia y empeño admirables.

Antonio acompañaba á Máximo delirando por todas partes.

Era un moribundo moral y en espera de que viniese á curarle el *acaso*, este singular doctor que á tantos cura y á tantos mata.

No se le habian vuelto á presentar mas *sotas* ni mas *reyes*, é ignoraba el camino de la vida.

No entendia las páginas de la situacion privada, referida á la pública, porque aquellas estaban escritas en un frances bárbaro.

La levita de Antonio volvió á ser una especie de vieja, que sin cesar le recordaba mejores tiempos de coqueterías, devaneos y vanidades.

Pero ahora, la situacion era terrible.

Era *novio*, y novio *oficial*.

Ya no solo se trataba de la realizacion de bellos ensueños, sino del cumplimiento de una palabra dada á una mujer.

No debia, pues, pensar en concurrir á bailes, sino en trabajar y *hacerse hombre.*

¡Hacerse hombre entre los franceses!.....

Imposible.

Volar al lado del gobierno, que se hallaba en la frontera...

Tampoco.

Ya lo habia pretendido en vano. El gobierno carecia de recursos y no podia aceptar patriotas á su lado.

¿Qué le importaba á Antonio el gobierno?.....

Aquella pluma viviente habia pretendido trasformarse en espada; pero habia tenido que volver trayendo en la punta su dignidad hecha girones.

Sufria las pullas vehementes de los patriotas de tertulia, de los entusiastas de salon, de los *teóricos* del deseo, que solo hubieran podido ocupar el recinto desocupado por Antonio.

Habia conquistado al menos la fuerza de espíritu necesaria para ver de un modo claro y distinto que solo era agredido por pigmeos.

Si es cierto que la resignacion es heróica, Antonio volaba al heroismo.

Llegó en aquella época á ver que lo terrible le insultaba, aproximándole su negra faz hasta juntarla con su cara.

Entonces escupia y daba de capirotazos en la cara de lo terrible.

Se sintió desgraciado, pero hombre.

La raquítica remuneracion de cualquiera pequeño trabajo le duraba eternidades.

Vivia casi en un desvan.

Comia nada mas para vivir.

¡Sostenia, sin embargo, sus relaciones amorosas!

—Es de suspenderse, pensaba, la pronta ejecucion de mi palabra. ¿Cómo podria ser de otra suerte, cuando la República

entera ha tenido la desgracia de marcharse á dar una vuelta hasta Paris?

Y se paseaba con Máximo por la Ribera de San Cosme.

Llegó una época en que las cartas de Piedad llegaban muy de tarde en tarde.

Antonio notaba en ellas frialdad.

En una le hablaba la jóven de la *remota esperanza* de dar cima á *su antiguo negocio.*

Antonio creyó ceder á las sugestiones de la caballerosidad y á las del corazon insistiendo, é insistió.

Pretendia recabar la última resolucion de Piedad, y la instaba porque se la diera.

En el teatro le habia dicho el sublime monosílabo *sí.*

Pero le habia añadido:

«Espere vd. mi resolucion definitiva.»

Y Antonio creia que aquella época de prueba para ambos, era el terreno mas á propósito para buscar la resolucion definitiva de Piedad.

Un dia llegó un viajero á México.

Venia precisamente del lugar adonde los acontecimientos habian lanzado á Piedad y á su familia.

Antonio se informó.

La jóven vivia tranquila y feliz, cantando en conciertos casi públicos, en beneficio de los *hospitales de sangre*, y tenia un amplio círculo de admiradores.

Se proyectaba llevarla á los Estados-Unidos.

De su salon habia salido un duelo.

Concurria á gran número de bailes, y escribia con cualquiera motivo *estrofas alejandrinas*.....

Poseia un recuerdo de carretela y dos proyectos de hacienda.

D. Martin se empeñaba acaloradamente en quitarle «aquello» de la cabeza.

Aquello era, las relaciones, ó sean amores de su hija con Antonio.

Calificaba el buen señor á nuestro enamorado de un loco de atar, sin consecuencias hasta entonces, buenas ni malas.

—No tiene hechura, le decia sin cesar á su hija. Nada ha de llevar á cabo.

Este no es un hombre *ni es nada*.

Aun no se recibe de abogado, ni siquiera es empleado.....

Será preciso forzosamente renunciar á *esto*.

No hay hombre: hay chasco. Que el chasco sirva como de una leccion.

Tiene las espaldas demasiado estrechas.....

Tose mucho.....

¡Ni aun cumpliria!.....

Y la jóven, dominada por aquellas continuas obsesiones, se habia habituado á ir considerando poco á poco á su amante, más bien como una cosa que como una persona.

Una especie de pesadilla, un sueño, un mueble cualquiera, raquítico y enmarañado, como un *plumero* abandonado en un ángulo, por decirlo así, de la imaginacion, y medio perdido entre los *tarantines* de viejos recuerdos de la muchacha.

Si alguna imágen de Antonio habia formado en la mente, ó acaso en el corazon de Piedad, un cuadro delicado y reservado con cierto aprecio y cierto esmero, aquel señor llegó á conseguir afearlo y vituperarlo de tal manera, que al cabo de poco tiempo llegó á no aparecer sino como un *mamarracho*, representando torpemente la pésima caricatura de un hombre....

A D. Martin no le salia la cuenta.

No veia á propósito á Antonio, ni para hombre de negocios.

Aquel muchacho era inaguantable en lo grande como en lo pequeño.

Su hija se habia encontrado en el mundo con un maldito

mamarracho de verso de cuatro piés, y lo habia aprendido de memoria.

Eso estaba malo.

Era preciso hacer que lo olvidara.

—Si por casualidad viene, te metes luego á la recámara, habia dicho D. Martin previendo un caso.

El viajero aquel que informara á Antonio, se hallaba á su vez bien informado.

—Ya esa muchacha se le *traspapeló* á vd., le dijo.

Y así se expresó, pues que era un hombre como escribiente.

Se habia contado en aquella capital desde el gobernador hasta el último oficialillo de los que frecuentaban la casa, que en México habia un señor licenciado con talento y *todo*, que habia tiempo se moria de amor por su hija.

Pero que la muchacha jamás le habia correspondido, porque tomaba café constantemente y tosia con desesperacion.

Andaba, por otra parte, medio raro y medio mal forjado.

Aquel hombre, ó mejor dicho, aquel señor licenciado, era Antonio.

Ya antes habia sido desechado otro pobre pretendiente enfermo del corazon, por enfermo del corazon.

Y otro obeso, por obeso.

D. Martin, al presente, se daba á Satanás por no haberlos preferido, ó siquiera á un señor que, segun decia, habia pretendido apoderarse de la muchacha como quien pretende tomar un *rediente* á la cabeza de la columna.

Todo hubiera sido bueno para su hija, todo, menos Antonio.

No servia este ni para un encargo.....

Comprendió de un golpe que era la verdad lo que hasta entonces solo habia atravesado por su mente una que otra vez, como una de esas nubes siniestras, negras y terribles que se llaman pesadillas.

No sabemos qué oscuridad repugnante vió en torno de su novia, ni qué miseria mayor y mas baja de cuantas miserias comprendia, halló en aquel negocio embrollado, espinoso y difícil como una especie de transaccion mercantil.

Aquella rosa estaba plantada en algo muy distinto de un invernadero.

Era preciso prescindir.

Era necesario que aquella flor se marchitara sin trasplantarse, ó fuera á marchitarse al lado de un dueño.

No era para él.

Él solo hubiera sido un amante que pudo llegar hasta la categoría de marido sin dejar de ser amante.

Pero esto habia sido poco, muy poco.

Hubiera sido preciso empezar por marido.

De otra suerte, la «cuestion» era evadirse de la cuestion.

Empezaban, pues, á salir todas las bolas negras del cubilete del porvenir de Antonio.

Las flores del delirio empezaron á deshojarse de nuevo, y todo volvió á ponéntele pálido y lleno de espinas.

El viajero recien llegado le habia dado á probar de un cáliz bien amargo.

Aquel *payo* recien llegado, entre frases bruscas y verdades netas, le habia hablado demasiado claro.

¡Y Antonio empezó á comprender que habia soñado unas cosas!.....

Una tontería que se llamaba Piedad.

Otra tontería que se llamaba amor.

Despertó en aquellos momentos riéndose.

Pero ¡qué risa era la suya!

Se fué á su domicilio, y allí, solo, se rodeó de cuantos objetos tenia de Piedad, y que tenian el carácter de prendas amorosas.

Cartas, retratos, cabellos.....

¡Qué *bonito* era todo aquello, y cuánto, cuánto le habia dicho en el pasado!

Repentinamente cayó un rizo sobre un papel.

Aquel rizo tenia una forma circular y quedó sobre la blanca superficie, como un cero grande y sin guarismo *á la izquierda.*

Le tenia *á la derecha.*

El guarismo era el mismo Antonio.

A su izquierda, esto es, en lugar del pasado, el símbolo ó signo de la nada.

Despues él.....

A la derecha el vacío.....

¡Ah!..... ¡No!.....

Habia caido allí una *trinitaria.*

Aquella *viola bicolora*, que así nos parece que la llaman los botánicos, hizo saltar una chispa de luz en medio de las tinieblas que poblaban el mas allá de Antonio.....

—¡Oh! ¡qué linda morena!!..... exclamó arrojando un suspiro húmedo de lágrimas interiores.

Y en seguida se puso á escribir.

El sollozo no habia sido para Piedad.

La carta era para ella.

Estaba Antonio hundido en un *dédalo* de sentimientos, sensaciones, recuerdos y esperanzas, embrollado de tal manera, que ni él mismo lo entendia.

Sentia desprenderse de no sabemos qué ligaduras, para volar á qué sé yo qué mundos desconocidos.

Eugenia, con sus ojos negros y chispeantes, con su fisonomía atractiva, con su tipo de vírgen, medio envuelta entre la penumbra de la ventana, le veia atentamente y con aire melancólico.

Parecía la figura de un ángel, empezada con los brillantes colores de una paleta mágica sobre el fondo de un lienzo sombrío.

Antonio comprendió que entrevéa el cielo al través de la tierra, despues de haber comprendido el mundo al través del cielo.

Se *apercibió* de lo que le habia pasado, de lo que le estaba pasando y de lo que le iba á pasar, y prorumpió de nuevo en carcajadas dignas de Demócrito.

Así fué como acabó de escribir su carta á Piedad.

Hubiera deseado meter sus manos en guantes para sellar aquella carta.

Le habia causado tal impresion lo que el recien venido le contara, sintió que le rodeaba algo tan humillante, y veia algo tan sucio en todo aquello, que lo hallaba en torno suyo, sin manchas, se creyó manchado él mismo, y las manos y su frente llenas de sombras y borrones.

La buena fe suele viciarse tanto en ciertos corazones, que cuando hallan la deslealtad, prefieren imputársela á sí mismos ó atribuirla á otros.

Porque la buena fe gusta generalmente de engañarse á sí misma.

Por esto es que hay mentiras sublimes.

Por esto es tambien que hay acciones malas.

¡Cuántas veces se perdona porque no se puede odiar!

Se nos figura que una vez el Padre Celestial vió el mundo demasiado sucio.

Esto no podia ser. Lo creyó demasiado.

Y entonces se arrancó el Corazon del pecho, y lo arrojó, goteando sangre, al mundo, para lavarlo.

Aquel Corazon fué Cristo.

¡Oh!..... ¡Perdonar!.....

Perdonar es trasformar el sepulcro en cuna; es decir el cadáver de Lázaro:

—¡*Levántate!*

¡Y ver que un esqueleto abandona su polvo, y que se os torna un ángel y que se precipita en vuestros brazos llorando de ternura!.....

Antonio habia puesto en su carta estas palabras poco mas ó menos:

«Eres ingrata;»

«Eres desleal;»

«Eres perjura;»

Pero *te perdono*.....

Aquella carta fué á dar *á manos* de D. Martin y á exacerbarlo del todo.

Fué, como quien dice, el *golpe de gracia*.

—Te perdona, ¿lo oyes? te perdona ese hombre.

«Te perdona el haberte *quitado* el tiempo.

«El haberte hecho *malaobra*.....

«El haber jugado contigo *y conmigo*.

«Mejor hubiera sido el que con tiempo hubiera pensado menos en locuras y hubiera aprovechado el plazo que se le dió para buscar un empleo, para hacerse licenciado; ó para ser algo.....

«Es indisputablemente necesario que hoy mismo acabe este eterno *perdedero* de tiempo.....

«Voy ahora mismo á contestar esta carta.....»

—Pero, *papaíto*.....

—Si no tiene esto remedio.....¿Qué esperas de ese hombre?

«¡La miseria, el oprobio!

«Esto será lo único que pueda legarte ese condenado coplero.

«Yo no estoy por ahí, ni debo tampoco dejarte ir á ese precipicio.

«Hoy queda roto eso.....»

—Pero, *papá*.....

—Pero hija, no debo permitirlo, y no lo permitiré.

—*Pues que se haga lo que tú quieras, papaito*.....

Y la jóven pronunció estas palabras casi conmovida.

¡Es triste decir un eterno «adios» hasta á la nube de humo que en sus instables y vagos contornos pudo dibujar un instante en el vacío y á nuestra presencia, ya el contorno de una vaporosa sílfide y el de un anguloso demonio, ya el de una ridícula caricatura!!!

Qué sé yo qué buen destino determinó á Antonio á pedir á Piedad una solucion definitiva de aquel símbolo-charáda que entrambos habian confeccionado, dándole la forma de un corazon.

Necesitaba nuestro jóven despertar bien, y el resultado de aquel paso deberia venir á imprimirle toda la lucidez de la perfecta vigilia. Se habia envenenado con un perfume demasiado sutil, demasiado espiritual, y estaba muriendo sin sentirlo.

A vuelta de correo le llegó una receta.

«Es enteramente inútil que se dirija vd. de nuevo á mi hija, pues nada tiene vd. que esperar de ella, que jamás se resolverá á unirse con quien no pueda ofrecerla otro patrimonio que la miseria. Por delicadeza debe vd. prescindir y retraerse. Por lo demás, y con cualquiera otro motivo que no sea este, me tiene vd. como su, &c.»

—¡Ah! murmuró Antonio, afectando la mayor tranquilidad. Este es un juicio de esperas y no se me concede. La resolucion del negocio era apremiante y mis maestrias injustificables.

¡Bah!..... Debí pensarlo antes.

¡Qué gentes!.....

¿Y Piedad está de acuerdo con esto?

Sin duda. Ella está de acuerdo en todo con D. Martin.

Esta es la resolucion definitiva á que aludió en el teatro.

Fuí una cosa que supusieron servirá para marido; pero me *eché* á perder, ya no les sirvo para nada.

Paciencia.

Creo disuelto mi compromiso y salvado mi honor.

Ya se *acabó* esto.....

¡Se acabó sin remedio!.....

¡Lástima! Esta muchacha tiene bonitos piés, y una voz tan dulce!.....

No nos comendaria sin duda.

Adelante.....

Y Antonio se dirigió al cajon de su mesa y estrujó de nuevo cuantos objetos conservaba, recibidos de Piedad.

Formó con ellos un pequeño bulto.

Encima escribió la direccion.

Despues volvió á guardarlo todo, diciendo por una sola vez y de un modo solemne:

¡¡¡Adios!!!

Puso en seguida en el bolsillo la carta de D. Martin y salió con ella á buscar á Máximo.

—Mejor hubiera sido que ellos hubiesen hablado mas claro, decia.

«O que yo no hubiese hablado cosa alguna,» pensaba.

No podia ni apenas encubrir su despecho.

Antonio no era por cierto una excepcion en materia de perversidad.

Tenia pasiones, pero noblesa: amaba pensando.

¡Pensaba amando!

Fué siempre este su constante pensamiento:

Entrar á las pasiones *paria;*

Salir caballero.

Pero aquella gente no pudo comprender esta especie de teología platónico-caballerosa.

Para *ellas* no pasaban tales sentimientos de una de dos cosas que se explican en estas palabras:

«Jerigonza.»

«Ridículo.»

¡Oh! ¡qué Antonio!

¡Cuánto hizo sufrir á D. Martin y cuántos sufrimientos ocasionó á Piedad!

Hasta que se resolvieron por fin á despreciarle.

Pero por mas que hizo, no pudo sentirse despreciado.

Tuvo que jugar un poco el papel del decepcionado.

La verdad es que todo lo esperaba de una manera vaga, instintiva y casi sin apercibirse de que lo esperaba todo.

No sabemos qué sintió cuando vió que era cierto.

Aquella página amorosa habia sido escrita «toda» con letra *bastardilla*.

Fué un episodio de su vida de iluso, *entrecomado* enteramente.

Entonces, sí, pudo darse cuenta de que habia notado un *no sé qué* de *subrayamiento* y de *entre paréntesis* en todas las miradas y en todas las sonrisas de Piedad, y en toda la política deferencia de que habia sido objeto por parte de D. Martin.

Toda aquella historia de amores, pudo ó debió ser escrita y quedar consignada en un párrafo encerrado entre esta doble figura:

☞ ☜

Y Antonio lo equivocó todo, y todo *lo echó á perder*.

No se le habia exigido ciertamente *dinero*.

Esto hubiera sido *altamente* «bajo» y enteramente brusco.

D. Martin era hombre que *la entendia* de vez en cuando en materia de apreciaciones, y comprendia que hay casos en

los cuales conviene hasta cierto punto no revelarse del todo *yankee.*

Habia salvado hasta donde habia sido posible cierta cuestion puramente «de apariencias.»

Repitámoslo. No habia exigido *dinero*, sino *posicion.*

La posicion á que ahora nos referimos, es una especie de dinero que no siempre rueda, que no siempre suena y que algunas veces es *falso*, lo cual suele importar poco.

Es, por otra parte, el recurso decente para lanzar á uno *enhorabuena* ó *enhoramala.*

Segun.....

Nadie se atreve, por ejemplo, á preguntarle hoy á un novio sobre sus garantías para lo futuro, con estas palabras:

«Y vd. ¿cuánto dinero tiene?.....»

Esto seria grosero, injurioso, terrible.

Pero nadie extraña que se le dirijan estas palabras:

«Sírvase vd. «indicarnos» *algo* acerca de su posicion.»

Esto ya es otra cosa, y todo el mundo lo tolera y aun lo acepta.

La posicion social, lo repetimos, no es *dinero*, no es precisamente una *moneda*, sino una especie de *crédito; billete de banco, libranza ó bono.....*

Es un artículo de comercio, una necesidad ú objeto puramente mercantil.

La «posicion social» huele *de á legua* á «casero,» «tienda de abarrotes,» «cajon de ropa,» &c.....

Máximo insistió en darle muy buenos consejos.

—Si hubieras tenido dinero, te hubieras hecho esperar *años y felices dias.*

Yo siempre te lo he dicho.

Eres un capitalista especulador del veinte por ciento de estrellas.

Las *muchachas todavía ahora* gustan de ir á hacer efectivos sus amores en «los precios de Francia.»

¡Quita allá, bandido!

Te has robado á tí mismo «pistola en mano.»

Hiciste un Momo de la sociedad y de la vida, y ahora la vida y la sociedad se te rien á dos carrillos.

Corredor entre los ángeles y *los* bestias, ¿á cómo el almud de luceros?.....

¿Cómo se entiende *eso* del tanto por ciento entre nubes?

El *tata* D. Martin te manda á procrear querubines *en case el quinto demonio*.....

Bien hecho.

Tú has de ser descendiente de algun *remolino*, como decimos nosotros:

O de alguna *vorágine*, como dicen vdes. los poetas.

Pero ¿me das un platillo mas insípido que la tal poesía?

¡Vaya una *escamocha* de nubes y sombras, de rayos de sol y purpurinas camelias, de labios de coral y codos rotos!

¿Eso piensas darle *de comer* á la *pobrecita* de Piedad?

Lo primero que hará será sin duda abortarte una égloga mal forjada y verdaderamente digna de un autor principiante!

¡Qué Antonio este!

¡Quedaste fresco!.....

¡Triple, cuádruple, múltiple animal!.....

Deja ya la cabeza por el chaleco.

Las ideas bellas y originales están caras en un décimo y hasta en un vigésimo.

¿Quieres un *toston* por tus talentos?.....

¡Anda, hijo, para sacarlos de aquí con pala y mandarlos tirar á la basura *mañana temprano!*.....

¡Pues señor.....

¡Los hombres de talento suelen hacer unas tonteras!.....

¡Y esa palomita que tal vez te traia *un mais* de oro en su piquito color de rosa!.....

Tienes roto el bolsillo de las ideas provechosas y *las andas derramando* por la calle. ¡Tonto!

Eres un puro empezado; pero por lo mismo *infumable*.

La cabeza ardiendo..... el asiento mojado.

Te estás *desbaratando*.

Saliste mentira.

A lo lejos cualquiera creeria que tú fueses un hombre.....

¡Jí! ¡jí! ¡jí!..... ¡Qué chasco!.....

Ahora que estás *vacante*, no pasas de un *cuchitril* vacío.

Muy alto: *un quinto piso*, como se dice en Francia.

Ponte *cédula* en la frente, hermano; estás desocupado.....

¡A ver si *te toman* dándoles fiador y renta adelantada!

No seré yo el primero.....

Y dime, ¿no te cobra el papá daños y perjuicios?

¡Embudo le parecia á esa criatura el tal *amarío*, al salir de él!.....

Pero vamos claros:

¿Tienes ó no tienes remedio?.....

¿Seguirás adelante, ó seguirás atrás?

¡Desínflate!.....

Esta *tirada* de «figuras» produjo en Antonio un efecto excepcional.

Pasó del sentimiento á la altanería.

No quiso quedar simplemente en la dignidad.

Inmediatamente se levantó, y fué á *remitir* á Piedad *sus cosas*, bajo cubierta.

Aquellos amores, sin embargo, no habian trascurrido «bajo cubierta.»

Tampoco quedaba así el amor propio, herido profundamente en Antonio.

El desprecio en él fué la forma que tomó el despecho.

Se exasperó por no haber podido probar todo lo que necesitaba.

Sentia que le habian devuelto su puñado de teorías arrojándoselas á la cara.

Hubiera querido morir de otra cosa que de esa enfermedad que se llama «amor propio ultrajado.»

Sentia que le pesaba en el bolsillo su pistola.

La acarició, considerándola como una especie de llave muy á propósito para abrir la puerta que comunica del mundo á esa mansion lóbrega y desconocida que se llama eternidad.

Tenia entre los labios una flor y la escupió.

Sentia muy al vivo que le estaba pasando lo que todos expresan con estas palabras:

«Darse á doscientos mil demonios.»

Máximo tenia razon y no podia contestarle una palabra.

Antonio habia siempre acostumbrado *echar* al mundo, á la sociedad, &c., á lo que la gente ordinaria llama *el tal*.

Él era quien sentia *irse*.

Era un *calavera* sin *camillas*, y se lo echaba en cara como si se hubiera tratado del *alter* indispensable en toda interlocucion.

Se sintió solo, vacío, débil, raquítico.

No sé qué soga, á la que estaba adherido para *enzaramarse*, adonde todos *trepan*, se le habia roto repentinamente, y Antonio caia perdiéndose.

Al caer, sintió que iba á hundirse y perecer en ese mar muerto, en ese océano fétido de la miseria del alma, de la miseria del cuerpo, de la miseria de la sociedad.

Se estremeció con los vértigos de la agonía.

Es horroroso naufragar en ese piélago de ondas que se rompen como harapos en derredor de una víctima para abismarla.

La miseria no es el azote de Dios, sino su olvido.

Sentir un hombre que *pierde la moral*, es sentir que se le escapa el último dedo de la mano divina que lo suspendia.

Es el empellon mas grosero que puede darse al noble, al grande espíritu.

El hombre que no se resuelve á devorar lo grande, tiene que resolverse á ser devorado por lo pequeño.

Seguramente Joh y Salomon jamás hubieran llegado á una grande amistad.....

Si Piedad, ajena á toda influencia, de una manera libre, espontánea y expedita, hubiera dicho á Antonio un «*no*» *redondo* y franco, Antonio hubiera respetado *sin chistar* la resolucion de la muchacha.

Pero *¡callarse la boca!*.....

¡Ah! ¡Esto era horroroso!

¡Ni aun el valor desgraciado concedia aquella mujer á su amante!

¡Cuánto se humillaba sola!

Todo era contrastes.

Si álguien hubiese en aquellos dias escrito la historia íntima de las ideas y de los pensamientos de Antonio, hubiera resultado un volúmen ilegible, aunque digno por cierto de este título:

«Querellas de un rey de la creacion.»

LXLV.

Máximo se habia guardado en el bolsillo la carta de D. Martin que Antonio le presentara.

«Veremos qué puede hacerse,» habian sido sus últimas palabras.

Esto es, habia empleado las que suele emplear un ministro ó cosa parecida, con cualquier pobre diablo de pretendiente á obtener empleos y cargos públicos, prévios los consabidos requisitos de rehabilitacion en los derechos de ciudadano, y rehabilitacion muy especial para obtener los susodichos cargos y empleos.

LXLVI.

Las tardes eran serenas y apacibles.

Se veia no obstante el horizonte, cerca de la hora del crepúsculo, recubierto de una ancha zona de luz roja, semejándola la vergüenza en la frente de un hombre.

Antonio y Máximo salian á pasear por el barrio de San Cosme.

El primero pensaba en sus cuitas.

El segundo en sus negocios.

Ahora, los céfiros al pasar por los oidos de Antonio, proferian un continuo *¡Pst!* desdeñoso hasta el extremo.

Todo humillaba al pobre enamorado.

Ahora, solamente al articular de una manera puramente mental la palabra *amor*, reia á carcajadas del amor y de sí mismo.

Se despertó dentro de su alma una sombría veneracion hácia Máximo.

—¡Es un hombre! —murmuraba, con no sabemos qué humillante estupefaccion.

¿En poder de quién vendrá á parar Piedad?.....

Y á este pensamiento dejó caer la cara sobre un brazo y se puso á llorar amargamente.

La habia amado tanto y la amaba aún tan de veras, que la veia perdida para siempre.

Si menos la hubiese amado, hubiera sido en aquellos momentos un poco menos resuelto.

Pero la respetó y *la hizo los honores* hasta lo último.

En aquellos dias sus amigos solian preguntarle:

—¿Qué sucede con Piedad?.....

—¿Con Piedad? —preguntaba él afectando cierta sorpresa.

—.....¡Nada! ¡absolutamente nada!..... Jamás hubo *nada* entre nosotros..... *¿Qué caso* me hubiera hecho *ella á mí?*

La familia de la jóven aseguraba lo mismo á todo el mundo siempre que para ello se presentaba una oportunidad.

Pasaron algunos dias y Máximo no habia vuelto á hablarle una sola palabra sobre el particular.

Los paseos á San Cosme continuaban sin interrupcion todas las tardes.

Solia Antonio entretenerse en cortar flores.

Pero despues recordaba que no tenia adonde llevarlas ni á quien ofrecerlas.

Volvia en sí, con las lágrimas en los ojos, y arrojaba aquellas flores.

Le parecian un sarcasmo.

En su bolsillo casi se operaba el vacío.

Unas cuantas monedas viejas se arrinconaban allí decorosamente sin resolverse á salir, como quien no quiere presentarse en público *por sus fachas*.

Su humillacion era profunda.

Sentia que bajaba precipitadamente á frotarse con el *putredo et vermis* de la sepultura.

Aquella alma, que poco antes era un manso y límpido arroyo, iba ahora convirtiéndose á gran prisa en una especie de charco sucio y cenagoso.

Daban ganas de saludarlo con aquellas palabras tan comu-

nes de nuestros cuentos populares de duendes y aparecidos: *De parte de Dios te digo que me digas quién eres.....*

Antonio era un fantasma.

Nada mas.

La momificacion era una consecuencia necesaria.

Empezó á momificarse.

Parecia que con las ilusiones de aquella alma se evadian la savia y el vigor del cuerpo.

Su amigo Máximo le tomaba el pulso á menudo.

Esto es, tomaba el pulso al enfermo moral de una presunta ineptitud para la *acquisividad*, como dicen los frenólogos.

Sufria, sufria de un modo inaudito, no hallando medio de vengarse como lo hubiera deseado.

Con acciones generosas.

Ni estaba en tal terreno, ni hubiera sido comprendido.

No faltó quien, sospechando lo que le habia pasado, murmurase un

—*¡Pobre!.....*

Que lo exasperaba poniéndolo casi fuera de sí.

Máximo, sin cesar le decia *en su cara:*

¡Bruto! ¡animal!.....

Y estas palabras herian menos á Máximo que el *¡pobre!* dicho con disimulo y como al pasar.

Llegó durante algunos minutos á perder hasta la idea de qué era *eso* que en el mundo se llama:

«Gente decente.»

Y su camisa fué camisa sucia, y sus modales fueron modales casi de gente ordinaria.

Mas sucia veia la cara de todo el mundo; pero no hallaba cómo escupirla.

Le parecia en extremo degradante tratar al mundo, como quien dice, *de potencia á potencia.*

Empezó á tratarlo así no más.

Discurria de noche y á las horas mas altas, por los suburbios de México, en busca de recintos que cumpliesen con no sé qué condiciones caprichosas de aislamiento y libertad.

Se le veia deslizarse como una sombra cuando se divisaba una luz, en los *cafetines* mas apartados y menos frecuentados por la sociedad *decente*.

Allí apuraba enormes dósis de café.

Fumaba muchos cigarros.

Escribia.....

¡Lloraba!.....

Ya no se creia hombre, sino que á solas se llamaba un *detritus* social.

Muy á menudo se le hubiera podido hallar entre una y tres de la mañana en un *cafetin* de por la calle del *Niño Perdido*.

Allí daba una gratificacion, una especie de exagerada propina, porque se le sirviera café y cigarros toda la noche.

A la luz de un planeta de *petróleo* escribia, fumaba y lloraba hasta *al amanecer*.

Era una gran sala desmantelada y sucia, en donde durante el dia entraba el *pueblo bajo* á devorar *enchiladas* y á embriagarse con *pulque*.

De noche solo Antonio entraba, y se le servia con una actitud asombrosa.

Es que pagaba *bien*, no obstante hallarse *mal*.

El sereno le conocia.

El gobierno del Distrito, como ahora se le llama, y que entonces se le llamaba de otra manera, tenia noticia de él como de un maniático.

No hacia caso de sus manías y le dejaba.

Y realmente, esto se llama en un sentido demasiado vulgar «volverse loco.»

No sabemos qué extrañas llamas ardían de aquel corazon, convertido, bajo el soplo de un oculto despecho, en una especie de hornillo de aquella siniestra locomotora que volaba precipitándose al mal.

El porvenir y la felicidad se le habian convertido repentinamente en nubes de humo, y se le iban.

Clasificaba las cosas así:

«Lo que cuesta mas, lo que cuesta menos.»

Aquella alma habia sido sorprendida por el destino en el flagrante delito de vagancia, y aprehendida y encerrada en aquel cuerpo, se le condenó á permanecer incomunicada allí.

LXLVII.

Un dia, al caer la tarde, en uno de tantos paseos por San Cosme, ambos amigos, silenciosos y al parecer en calma, se detuvieron cerca de la casita habitada por Eugenia.

¡Oh! ¡cuán hermosa estaba la tarde!

El calor del dia habia sido sofocante; pero *á esto* de las cinco el sol se anubló y empezó á caer una lluvia menuda pero refrescante y extremadamente agradable.

Todo lo que vive y se oculta del rigor de las estaciones entre las malezas, entre los árboles y entre las quiebras de las rocas, sale en semejantes casos á disfrutar de las caricias que conceden estas treguas de la naturaleza.

Aquel baño habia sido una especie de *tónico* para todo, y todo respiraba fuerza, energía, frescura y belleza.

Todas las rosas sonreian húmedas, como las leves bocas de dichosas beldades en el baño.

Los árboles parecian sacudirse, arrojando por todas partes puñados de brillantes.

Suele la naturaleza empeñarse en formar singulares contrastes con el hombre, y concurrir llena de joyas al espectáculo de la agonía del *individuo*.

Antonio sentia el corazon en ese estado que pudiera bien llamarse la atrofia moral.

La imaginacion de aquel hombre habia llegado á un extremo de excitacion verdaderamente alarmante.

Creia que aquella lluvia eran las lágrimas de todo por su nada.

Y se impacientaba por no poder descubrir quién lloraba desde arriba juntamente con él.

Si hubiera podido desesperarse, se desespera.

Pero en verdad que no sabremos asegurar si Antonio habia llegado á habituarse á esperar todo de nada, ó nada de todo.

Este *caso* suele acontecer mil veces á los hombres que tienen la sandez de pensar todo de todo.

El embrollo de *circunstancias* morales y materiales que formaban el fondo de la vida de Antonio, le tenian constituido, muy á menudo, en la personificacion de los mas siniestros *retruécanos*.

Era una *obra* rara, escrita en cierta especie de sanscrito que nadie comprendia.

Piedad y D. Martin se habian aventurado á entrabirla, y hallando solo *jerga*, arrojaron el libro con desprecio.

Pronto salió la luna.

La luna, este *peso fuerte* tirado al acaso, que promete un *mas allá* y que no acaba de caer.

La luna, esta vieja instable, que es á veces una nave de plata náufraga en las ondas del mar del cielo, á veces una faz melancólica llena de palidez y de niebla, á veces la cuchilla que abre el tenue crespon de una nube.

Antonio vió para arriba, y vió que la luna brotaba entre las delicadas gazas del firmamento.

Le pareció que del vacío habia saltado no sé qué mano invisible para encender en el vacío no sé qué tea de esperanza.

El astro alumbró al mundo y alumbró á Antonio.

Sintió *algo* menos en el corazon y algo mas en el alma.

Suspiró.....

¡No! ¡no suspiró!

Arrojó ese raudal de respiracion del hombre que se siente aliviado de una gravedad cualquiera y descansa.

—¡Qué linda es Eugenia!—murmuró.

Iba con Máximo, segun lo habrán sabido ó comprendido nuestros lectores.

Máximo, al oir aquellas palabras, se volvió brusca y repentinamente á observar á su amigo con extrañeza.

Creia que empezaba á volverse loco.

—¿Qué lindo es qué?—le preguntó casi parándose.

—Nada.

—Y ¿cuándo *te empleas* en algo?

—*¡Hum!*.....

—Porque *así* no puedes seguir viviendo.....

—*Cabal*.....

—¿En qué piensas que no me atiendes?

—¡Qué sé yo!..... en tonteras.

—Pues no pienses en tonteras: piensa en algo útil.

—Pero ¿en qué?

Es verdad. *En nada.*

Y despues dijo Máximo una palabra muy poco castiza, y sobre todo, muy poco decente;

Casi una insolencia.

Habian pasado *con mucho* la garita, y regresaban.

Por todas partes habia muchachas asomadas á sus venta-

nas y siendo objeto de las caricias del viento fresco y de las ardientes miradas de uno que otro transeunte.

Repentinamente Máximo y Antonio oyeron una música particular.

Era la armonía de un piano y de un violin tocados en la sala de una de las casas del lado derecho.

Máximo y Antonio volvieron instintivamente la cabeza á la ventana por donde brotaba aquella armonía.

—Oye! Es magnífico—dijo el segundo.

—Es bonito—dijo simplemente Máximo.

Y ambos se detuvieron á pocos pasos de allí.

La ventana estaba abierta y la sala iluminada.

Se veian pasar por dentro varias parejas.

Graciosas sombras de mujeres vestidas de diversos colores, y raquíticas formas de hombres bajo sus estrechas levitas, deslizándose todos abrazados al compás de una *polka mazourka*.

La música tocaba *Un sueño de amor*.

Aquel espectáculo nada tenia, si se quiere, de particular.

Para Antonio fué ardiente y terrible.

—He visto una pierna no mala—dijo Máximo sin separar la vista de la ventana.

Máximo era positivista y grosero en todo.

—«¡Un sueño de amor!»—balbutió Antonio, hondamente *impresionado* por aquellas armonías, aquellas mujeres y aquel baile.

La *polka mazourka* de Martinez está impregnada de una insinuante, séria y voluptuosa elegancia, y Antonio pensó en Piedad, despues *se acordó* de Eugenia, y á tales recuerdos, y á tal música, y á tal espectáculo, se mortificó, porque estaba de nuevo *impresentable*.

—Vámonos de aquí!—dijo tirando á su amigo por la solapa de la levita.

—Espera..... mira, la dulzura de la pierna de [illegible] es un poco mejor que su pierna..... es lo que me [illegible] Pepe, *zangoloteándose* casi en medio de la sala.

—Vámonos de aquí! —repitió Antonio con voz angustiada.

—Vámonos! —contestó Máximo, y siguió acechando sin moverse.

Repentinamente y por entre los árboles se deslizaron hasta la ventana algunos rayos luminosos.

Parecía que acababan de colgar sobre aquel enrejado un ténue cortinaje de crespones color de ópalo.

A ese tiempo se presentaron dos seductoras [illegible] brazos.

Aparecieron en la ventana dos muchachas.

Ellos, no obstante haberse retirado precipitadamente para hacer mayor la distancia, fueron vistos por *ellas*.

Era ciertamente aquello muy *poca cosa* para que las jóvenes se alarmasen.

El calor era excesivo, por otra parte, y continuaron en la ventana, sin *dárseles* lo mas mínimo de aquellos *parados* que sin duda las veian.

Nuestros jóvenes, consultando un tanto de disimulo, esperaron una oportunidad cualquiera para evadirse de allí con cierta naturalidad.

Se quedaron á corta distancia, medio ocultos por un árbol.

Antonio se evadió laboriosamente de la vision puramente imaginaria de su amor frustrado, y penetró de una manera insensible hasta una verdad no color de oro, pero sí color de rosa.

Esto es, detrás de sus ojillos miopes halló á Piedad en el *bailecito* de Eugenia.

—¡A Piedad? —me direis.

—Sí —os responderé.

A Piedad, íntima amiga, no sabemos cómo, de aquella especie de sílfide andaluza que se llamaba Eugenia.

Seremos sinceros. A Piedad, que habia amado á Eugenia por bella, por humana, por franca.

¡Piedad cerca de Eugenia!

¡La que cantaba junto á la que bailaba!.....

¡Lo que el mundo llama sinceridad, dando la mano á lo que llama el mundo sensatez!.....

¡Dos *amadas* de un mismo amante!.....

Si no hubiera sido aquello cierto, tampoco lo hubiera sido que hay historias que parecen novelas, y que hay novelas que parecen historias.

¡Pobres muchachas!

La una, comprendia que amaba á Antonio.

La otra, que le habia amado.....

Eran dos premisas.

Desde luego se deducia para Antonio, que las miraba como un antecedente dificil, esto:

Luego ambas.....

O bien:

Luego ninguna.

Pero raciocinando de una manera detenida, reflexiva y bajo la influencia de la inflexible lógica de *las cosas*, añadia, deduciendo con mayor exactitud, hasta donde la exactitud fuese posible en aquella *cabeza-turbion:*

—Luego á Eugenia.....

Sí, pues que Eugenia le amaria sin dinero, sin posicion, sin esperanzas *casi*.

Y Antonio, puede decirse, casi no habia cesado de soñar A Eugenia.....

Sí, pues que Eugenia vírgen, espiritual y hermosa, habia hallado el medio de hacer ver á Antonio su lindo pié, recubierto bajo una epidermis de seda rosada y otra epidermis de raso negro.

Una roseta muy semejante á una mariposa, se habia adhe-

rido á cada uno de aquellos piés.—Aquello era necesariamente irresistible.

Aquellos piececitos y aquellas piernas, redondas pero ligeras, suaves, perfumadas y color de rosa, pertenecian á una muchacha decente.

Antonio habia visto aquel *todo* divino á la luz de la luna.

Todo lo habia comprendido en *un abrir y cerrar de ojos.*

Aquellos lindísimos piés de bailarina española, de princesa de cuento; aquellos piés delicados, leves, estrechos y suaves, verdaderamente cabalísticos, como si pertenecieran á una ninfa ó á un sueño, fueron la última expresion de las fluctuantes resoluciones de Antonio.

En las ventanas de Eugenia habia flores.

Entre aquellas flores habia claveles,

Esa flor masculina y enamorada que guarda siempre la púrpura y el perfume de los labios y de los piés de las jóvenes que pasan por los jardines.....

Sí; porque cuando pasa una mujer por un verjel, los enamorados claveles dilatan su cuello verde y van á devorar á besos á la mujer.

Cuando á una muchacha le falta un amante, jamás llega á faltarle una flor.

Y así tambien cuando á un hombre llega á faltarle un amor, nunca llega á carecer de una rosa.

Queda para los viejos, propiamente dichos, la sustitucion forzosa de la rosa por el rosario.

El cielo habia ido cubriéndose de una nublazon claroscura, desbaratada y hecha girones por todas partes.

El firmamento andaba esa noche en el mayor despilfarro, y estaba bien y muy bello.

A cada rato se ocultaba la luna tras cándidos copos de nubes como espuma.

Apareció sobre el mundo de un modo intermitente y oscuro, evadiéndose sucesivamente por diversos escondites.

Se iba adornando con ricos manteos de encaje y *blondas*.

Y todo le *estaba bien*.

Se engalanaba en silencio y de noche, como una coqueta sérin que se pone lo mejor para esperar á álguien que llega ó á álguien con quien va á verse.

Su luz cayó de lleno sobre Piedad.

Aquellos rayos *perlados* bajaron á vestir de novia á la muchacha.

Alzó los ojos, y *se vió en la luna* como la luna se había visto en ella.

Fué aquella una mirada mutua, llena de vago misterio.

Un visionario hubiera visto no sé qué mirada de inteligencia en aquella mirada entre un astro y una jóven.

Aquella ventana, aquellos árboles, aquellas luces, aquel fragmento de panorama, en fin, *hicieron* en Antonio una impresion singular y profunda.

Vió todo aquello como un fragmento de la altura, dilatado hasta allí con sus astros, con sus reflejos, con sus nebulosas.

Piedad y la luna reflejaban una luz tomada de una fuente invisible.

Eugenia y el sol estaban ocultos.

Vió Antonio aquellos ojos alzarse al cielo, llenos de una azul humedad.

Aquel seno envuelto en brumosas gasas.

Suspiró con ternura, murmurando de nuevo un

—¡Cuán linda es Eugenia! —y á quien veía era á Piedad.

De Eugenia no podía percibirse sino una sombra perfectamente destacada sobre una suave penumbra.

Aquella noche Piedad apareció á los ojos de Antonio, ostentándose solo en su cuarto menguante.

Se habia interpuesto «el mundo,» «la tierra,» entre aquel astro de felicidad y aquel estravagante estremo del corazon, y el astro iba desapareciendo poco á poco.

El vestido blanco de Eugenia arreboloba entre aquellas sombras.

Aquella ventana, en su lado derecho ostentaba un O. E. y al opuesto un *Levante*.

Alboraba por el lado opuesto no sé qué de *mañana*.

Por adentro bailaban de un modo, por decirlo así, frenético.

Reinaba en aquella sala la locura.

Las dos muchachas no hacian caso, al parecer, del baile.

Ambas comenzaron á agitar sus pañuelos, haciéndose aire á la cara.

Entonces se difundió un perfume intenso y delicioso.

Se desparció primero un olor de violeta.

Despues se impregnó el ambiente de ese aroma voluptuoso que usan las beldades americanas y que tiene este nombre apremiante:

Kiss me quikly.

«Bésame pronto.»

Aquello, pues, era enteramente peligroso para la organizacion nerviosa y soñadora de Antonio.

Se estremeció de un intenso placer al recibir en la cara las ondas perfumadas, misteriosas, como el hálito de la mas seductora quimera.

Se pobló instantáneamente su imaginacion de sílfides claro-oscuras, pero bellas en extremo.

Cayó en la dulce enervacion de los sentidos, cuando los sentidos se han excitado con algo verdaderamente grato y, por decirlo así, *espiritual*.

—Seria bueno *irnos yendo*—le dijo Máximo en voz muy baja.

Pero entonces Antonio fué quien no hizo caso.

—¿Pienses estar aquí toda la noche?

Siempre silencio.

Máximo sacó su pañuelo, lo puso extendido sobre el suelo y se sentó sobre él.

Eugenia y Piedad empezaron á hablar algo.

Pero era imposible percibir lo que decian, y los jóvenes desde su escondite no pudieron oir una sola palabra.

Lo impedia, por otra parte, el estruendo que ocasionaba en la sala aquel turbion de hombres y mujeres saltando á compás de la música.

En Antonio habia el verdadero arrobamiento.

Pocos momentos despues pasó á concretarse un poco mas.

Fué á dar á una especie de delirio expresado por soliloquios.

Máximo pensaba ó calculaba no sabemos qué.

Podriamos fácilmente suponerlo.

Pensaba, por ejemplo, en que habian pasado muchos años de trabajo continuo para él, y él no progresaba sino de un modo tardío y lento.

Que habia tenido que suspender su trabajo, y en consecuencia sus progresos habian quedado en una alarmante suspension.

Esto era espantoso, y Máximo se exasperaba.

Pero á los pocos momentos aquel doble monólogo se convirtió en un simple diálogo.

—Merecia *cosa* mejor—murmuró Máximo rompiendo el silencio por cualquiera parte, y aludiendo probablemente al poco éxito de sus desvelos.

—Y yo quien me comprendiera—contestó Antonio.

—Lo creo difícil.....

—¿Difícil?.....

Y al pronunciar la última palabra, en el tono interrogatorio que hemos indicado, tuvo lugar una singular coincidencia.

De entre la parte sombría se desprendieron unas palabras pertenecientes á la conversacion de Piedad y Eugenia, pero que vinieron á formar una respuesta para la palabra interrogatoria de Antonio.

—*Nada difícil*—pronunciaron en la sombra.

Aquella casualidad sorprendió agradablemente á Antonio.

—*Yo no espero*—murmuró Piedad.

—*Yo sí*—contestó Eugenia.

¿Qué conversacion sostenian aquellas jóvenes, y sobre qué objeto?

Jamás hemos podido saberlo, y solo sí podremos asegurar hasta la evidencia que se creian absolutamente solas, y que ni una ni otra se ocupaban lo mas mínimo de Antonio ni de Máximo.

El baile habia cesado, y el viento soplaba de un modo manso, pero suficiente para imprimir en las copas de los árboles un suave vaiven, perdiéndose entre sus ramas en un apacible murmullo.

Antonio escuchó aquel rumor de los árboles como si varios grupos de amigos viejos se estuviesen *secreteando* alguna noticia que le interesase.

Consideró á la esperanza como una jóven hermosa que envuelta en rayos de luna, bajaba á decirle al oido cosas muy misteriosas, pero muy agradables.

Suspiró, sintiendo al suspirar que no sé qué peso muy grave se le quitaba de encima.

En el cielo habia una nube escotada de un modo irregular y caprichoso.

Antonio siguió el contorno de aquella nube y lo halló muy semejante al retrato fotográfico de Eugenia, si la jóven hubiese sido *sacada* de perfil.

Le pareció que todos los arbustos de por San Cosme se in-

clinaban, felicitándole por alguna buena fortuna que aun le era desconocida.

Se volvió durante aquel rato de éxtasis, sublimemente loco.

Perdónesenos tal concepto.

Su imaginacion avanzó precipitándose de tal manera, que escribió mentalmente sobre aquellos espacios azules este borrador, dirigido á la creacion entera:

Antonio y Eugenia participan á vd. su union, y se ofrecen á sus órdenes en el Paraíso, &c.

Recordó que siendo muy jóven, Eugenia en San Angel le habia visto.

Y que él, tras la negra pupila de Eugenia, habia vislumbrado un cielo de amor, de fuego, de felicidad.

Antonio habia conocido desde luego á las dos muchachas, sin saber que Máximo no habia fijado en ellas su atencion.

Pudo atraer las miradas del segundo una mujer *envuelta en carnes* que bailaba con entusiasmo en aquella sala, abrazada á *un Pepe* cualquiera, y que hacia volar sin escrúpulo la voluptuosa falda de su trage de tertulia y exhibia sin el menor inconveniente un par de gordos piés metidos en botines blancos, y un par de magníficas piernas color de rosa.....

Nada mas.

En cuanto á Antonio, creia en los presentimientos y los tenia.

Habia soñado hasta el absurdo con la felicidad presunta de su matrimonio con Piedad, y bajo su soplo ardiente habia hecho agitarse las mas bellas aunque las mas quiméricas flores conyugales, las mas poéticas y floridas cunas de inverosímiles querubines con cabecitas de rosa y oro; habia hecho volar los crespones mas púdicos que velaran el pecho mas bello y mas casto; y al despertar á la verdad bajo las presiones brutales de la vida real, habia llorado, sin consuelo, es cierto, sobre el

caducar de una ilusion, pero no sobre los escombros de la esperanza.

Esa noche, al oir las palabras misteriosas que contestaban tan de acuerdo á la palabra difícil referida á la existencia de un objeto que pudiese *comprenderle*, se volvió la resolucion de un problema de felicidad para mañana en toda una cuestion de fe.

Era, sin duda, lógico en Antonio creer, y creyó sin saber ni por qué.

Apoyó sus creencias en una nebulosa conjetura, y esperó.

«Es, pues, la fe la sustancia de las cosas que se esperan, la demostracion de las cosas *que no se ven*,» dice San Pablo en su capítulo 11.

Y Antonio *halló* en esa nebulosa claramente demostrado, que en aquella sombra habia algo que le perteneceria y á quien él mismo pertenecia, pues que sentia pertenecerle.

Este *algo* era Eugenia.

Antonio creyó y esperó segun San Pablo.

Y al creer y esperar, sintió un consuelo sin duda muy semejante al del incrédulo Pedro, cuando el Salvador le dijo:

«Hombre de poca fé, ¿por qué dudaste?»

Y es que *aun no habia venido la hora* de Antonio, por mas que *su reino no fuese* de este mundo.

Cuando la luna hubo alumbrado lo bastante, se apagó.

Cuando aquellos muchachos hubieron visto, oido y pensado lo necesario, se separaron de allí.

LXLVIII.

Por aquellos dias vivian unidos bajo el mismo techo.

Las extravagancias de Antonio tenian un carácter cada dia mas alarmante.

Máximo le *dejaba hacer*, sin contrariarle en lo mas mínimo; pero creia de buena fé que su amigo se volvia loco.

Se hablaban solamente por las tardes, estos, una que otra en que se reunian para dar sus paseos por San Cosme.

Por regla general, las conversaciones eran á media noche ó cerca del amanecer, cuando Antonio se retiraba de sus excursiones nocturnas, prolongadas, sospechosas, inexplicables para Máximo.

Este instaba algunas ocasiones á Antonio para que se consagrase á trabajar y á hacer algo.

Antonio entonces le contestaba con la mayor melancolía:

—¿Para qué, ó para quién?

Y esta respuesta derramaba la bilis de Máximo.

—Este infeliz se va á hundir; murmuraba apesadumbrado.

Aquel género de vida le era insoportable.

Para Antonio era indiferente.

El primero seguia consumiéndose entre sus cálculos, sus números y sus proyectos.

El segundo seguia poblando los espacios de su imaginacion de sílfides inverosímiles, y acordándose de la mujer de la Sombra y de la mujer de la Luz.

Entonces empezó á procurar distraerse y romper la monotonía de su vida, y empleó para ello el absurdo.

Lo imposible es una region adonde van á buscar algo nuevo las almas gastadas por las miserias de la vida.

Empezó por buscar emociones y agitacion.

Pretendió probarse á sí mismo que nada hay de horroroso ni deforme en una calavera.

Que el perfume de las rosas es veneno.

Pensó, de un modo puramente especulativo, en la subversion de todos los principios de la moral, de la sociedad, etc.

Cuando encontraba en la calle alguna muchacha decente, llena de pudor y circunspeccion, solia decir:

—Esas no se manejan con franqueza. ¡Quién sabe por qué se irá muriendo!

Se precipitó, en fin, en todas las contradicciones posibles, solamente por divertirse.

Conducia atrevidamente á los *trenes* de los carruajes de alquiler.

Pensó volverse aeronauta, y empezó á construir un aerostato fabulosamente grande.

Le ocurrió atravesar el Golfo de México en una cáscara de nuez cualquiera.

Aprender el manejo y conduccion de las locomotoras.

Provocar duelos á muerte y buscar la muerte en los duelos.

Le ocurrió todo, en fin, menos seguir fastidiándose.

É igualmente le ocurrió no pensar en Piedad en lo sucesivo.

¡Piedad!...

¡Qué equivocacion, qué absurdo, qué mentira tan real y qué realidad tan mentirosa!...

La ampliacion de objetos en un sentido especulativo, puede curar, aunque con mayor ó menor dificultad, ese mal gravísimo que se llama *idea fija*.

Nuestro jóven debió á su buen destino el apercibirse de que estaba acometido de ese mal, é *idea que volaba* para formar *un caso*.

Esto es, que estaba *en los tres cuartos y catorce minutos* para volverse loco.

Ya lo parecia.

Pensó del modo mas serio ni llegar á serlo ni seguir pareciéndolo.

Mientras él sufria, y suspiraba, y se desesperaba á solas del modo mas intelectual, mas caballeroso y quijotesco, ella

seguia cantando y bailando, coqueteando acaso con todo el mundo, y sin dársele un ardite de aquella víctima romancesca que habia tenido *la ocurrencia* de sacrificarle todo!

¡Oh! ¡qué pedazo de pobre diablo se veia Antonio cuando le ocurrian tales ideas!

Pero despues las desechaba todas, y con el alma henchida de una cristiana resignacion, murmuraba:

—*¡Paciencia! ¡Paciencia! ¡No nos convendria!....*

Y se ponia á pensar en los hoyuelos que se formaban en los morenos carrillos de Eugenia cuando la jóven reia.

Al formar el paralelo de ambas jóvenes, veia en aquel negocio un lado lleno de lo que el mundo llama inmoralidad.

El ángel, á quien hubiere Antonio dado blancas alas y diadema de oro, habia descendido y le habia hecho descender hasta la mas humilde prosa.

La mujer se le volvia ángel.....

¡Sarcasmo!....

Apuntó aquella época, pasada ya, de decepciones y desencanto, en las páginas negras de sus noches de duelo, de exasperacion y de un humillante martirio.....

Habia visto que del cielo le bajaba velando una estrella.

Al caer se le tornó un cardo.

El amor es un acto espontáneo é indeliberado, un resultado efectivo de una exigencia del corazon. Un gérmen de virtud y de grandeza es el amor.

Hay un Dios remunerador de tales actos.

Hay un cielo de placer y felicidad, y ese cielo es el premio del amante.

Aquellas jóvenes eran un azar, y aquel hombre un jugador del corazon.

Habia *ido* todo á un error, y le habia salido una monstruosidad á la puerta.

Eugenia habia aparecido como un sueño, y volaba á ser el premio de un corazon.

Piedad hizo lo mismo.

Pero el premio en que Piedad quiso constituirse no fué para Antonio; fué toda, única, sola y exclusivamente para su padre.

Le pagaba con una mezcla su amor, sus sacrificios y su abnegacion.

Hizo sus confidencias á Eugenia.

Le contó aquellos amores que tanto la habian dado que hacer.

Desplegó ante los ojos de la jóven morena y linda un cuadro completo de ilusiones desvanecidas, como le hubiera enseñado un carton de Rembrandt echado á perder.

—No es posible—le decia:—*este señor* no quiere ser mas que poeta ó literato; *no hay forma* de que se reciba de abogado; y así todo acabó. ¡Todo!.....

Aquella jóven habia recibido de manos de su padre el frio lente al través del cual veia cómo son las pobres flores de la felicidad y de la vida.

Las cuestiones de porvenir hacen estremecerse á las sílfides mas intelectuales, mas aéreas, mas vagas.

¡El porvenir!

¿Quién se precipita á sangre fria en ese mas allá, que unas veces se presenta á nuestra vista como una serie de risueñas colinas y amenas praderas, y otras como una dilatada sucesion de negras y lóbregas mazmorras?

¡Precipitad á una niña en el acaso!

Horrorizada, sin fuerzas, caerá muerta en el vestíbulo.

El orgullo de Diógenes es puramente mitológico.

¡Se remonta á unos tiempos en que pasaban tales cosas!

El Genio desnudo viviria hoy como un objeto sublime, como una copia de lo antiguo, como un *algo* enteramente pagano y

digno de quedar adornando solo, sin aplicacion ni utilidad, el púdico retrete de la mas ruborosa inglesa.

El Genio de levita vieja, es el *histoire de rire* del mundo, la caricatura grotesca de toda la sociedad, el *clown* de todos los círculos.

La sociedad entera hace del talento desgraciado un envoltorio de trapos viejos y de ideas nuevas, y lo pone en un rincon.

Si Diógenes hubiera nacido en el siglo XIX, no encendiera por cierto su consagrada linterna para buscar á un hombre ó á una mujer.

Buscaria simplemente una levita, ó se veria condenado á *correr parejas* con ese desgraciado expendedor de hierros viejos á quien todos conocemos bajo el nombre de *Chencho el de las tenazas.*

Y sin embargo, Pelletan y otros muchos dicen:

¡El mundo avanza!.....

—¡Ah! ¡Ya comprendo!—dijo una vez Antonio, despues de pensar lo anterior.

¡Ya comprendo!.....

Debo empezar por disfrazarme de nuevo.....

¿De qué me vestiré?

De todo, de nada, de cualquiera cosa que no sea de lo que soy realmente.

¡Esto es, no debo vestirme de pobre!

CAPÍTULO XVI.

LA ROSA Y LA CALAVERA.

LXIX.

¡Perdonadnos, ¡oh lectores! nuestras repetidas antítesis y nuestra inocente manía por todo lo contrastante!

Hemos tomado lecciones de vida «á pelo de cerdo» y el mundo nos sujeta á un exámen público.

Haced de cuenta, ¡oh queridos lectores! que lo que sigue es una confidencia emitida á cada uno de vosotros en secreto y perfectamente á solas.

Nuestro corazon se cansaba á completar este estrambótico *bouquet*, y nosotros raras ocasiones sabemos oponernos á las sujestiones de nuestro corazon.....

C.

Habia llegado la época de crísis para Antonio.

Esa época en la que el hombre naufraga en medio de la sociedad, sin saber nadar.

Esa época en la cual la sociedad repele al hombre por todas partes.

—¿Por qué no soy como todos?—se preguntaba Antonio con las lágrimas agolpadas á los ojos.

Y solo se contestaba:

—Porque no he sido como todos.

Todo huia de él, cuando él queria acercarse á todo.

Los hombres se guardaban su dinero y su favor, y muy al pasar le decian:

—*¡Siente vd. la cabeza!*

Las cosas, todas, todas las cosas parecian ponérsele por delante gritándole:

—«Valemos dinero! .....»

Todo valia dinero, y Antonio estaba en mala posicion.

Vivia torturado con su guiñapo de levita.

Parecia condenado á llevar á cuestas un cadáver.

Al pasar por la casa de Eugenia solia verla en la ventana, siempre llena de flores y de brillantes.

Llegó un dia á llamar la atencion de la jóven, á la sazon que se adheria estrechamente á un árbol seco, pretendiendo ocultarle su miseria.

Al principio le pareció á ella una especie de accidente del árbol ó de subdivision de aquel añoso tronco.

Pero despues le reconoció trabajosamente y pensó:

—¡Jesus! ..... ¡Oh Dios mio! ..... O está *muy mal*, ó es muy puerco.

Y apartó la vista con disgusto.

Antonio notó este movimiento, y sin cuidarse ya de si era ó no visto, echó á andar lleno de desesperacion.

Entró desalado al jardin público llamado «Tívoli de Fortúnet.»

Estaba solo.

Se internó lo bastante para perderse del todo, y allí, hablando en voz alta, dijo:

—Todo me abandona, todo, hasta esta casta ilusion, hasta este ensueño de felicidad, hasta este bello y último delirio de mi vida!

Y abrazándose de nuevo á otro árbol jóven, lozano y frondoso, rompió en llanto.

CI.

Hemos dicho que entre las excentricidades de Antonio durante aquella primera época de su amor desgraciado, se hallaba la de no dormir y pasar sus largas noches de vigilia en el salon de una especie de café de un suburbio.

Tambien hemos dicho que allí escribia y lloraba.

¿Qué escribia?

Esas páginas salpicadas de sangre, llanto y fango que el mundo llama literatura.

Escribia el testamento de su alma agonizante.

Legaba un puñado de cenizas y de harapos, de teorías, flores secas y estériles é incomprensibles conceptos.

Cabia en los ámbitos de aquella sala oscura y desmantelada, todo un mundo de fantasmas interlocutores de aquel feto de poeta de las sombras.

Decia y escribia allí, á solas, lo que jamás se hubiera atrevido á decir arrojándolo francamente á la cara del mundo.

Introducia allí el mundo, poblaba aquellas sombras de no sabemos qué universos malditos, númenes siniestros que engendraban las meditaciones y dictaban las páginas de Antonio.

Aquel excomulgado social se abstraia de todo.

El sol le importunaba como un *fashionabl* detestablemente cruel y zumbon.

Y era que veia que su ropa se declaraba sola, miserable á la luz del sol.

Amaba, pues, las sombras de la noche porque la noche le envolvia en su manto y ocultaba sus vergonzosas *poridades*.

Le era, en fin, preciso ponerse á *espiar* al mundo fuera del mundo y en un lugar en donde el mundo no pudiese espiarle á él.

Concurria á la vida de espectador; pero solia *impresionarle* demasiado el espectáculo.

En efecto, suele la sociedad representar dramas muy vehementes.....

Solia leer lo que habia escrito, y decia entonces con cierta entonacion de asombro:

—«¡Esto es horroroso!..... pero en fin..... ¡es cierto!»

Y él mismo se rehusaba á creer lo que era él mismo.

Aquel salon lóbrego, frio y tenebroso, era para nuestro desgraciado una especie de agigantada sepultura.

Solian girar hasta muy cerca de aquel solitario esas aves de la noche que graznan de una manera siniestra.

Antonio mismo solia creerse un vampiro.

Se daba horror.

Se palpaba solo, para convencerse de que era él.

—¡Quedara yo muerto aquí una noche!—solia murmurar algunas ocasiones, presumiendo que no dilataria en amanecer.

Aquella gran crisálida no deberia jamás producir una mariposa.

Antonio, con sus eternas epidérmis de *casimir*, *se formaba* muy á menudo un *tipo*.....

¡Oh! Pero hay algunos *tipos*.....

Una ocasion compró un sombrero de fieltro, ridículo, horroroso.

Al verse al espejo le vinieron deseos de preguntar:

—¿Quién es vd. para avisarme?.....

Una noche se encontró en su sala frente á frente con el demonio.

El mal, el placer, el amor, bajo sus mas peligrosas y terribles formas.

El prolongado salon estaba alumbrado y sucio por todas partes.

Allí no habia cielo raso, sino vigas negras y llenas de telarañas, como fragmentos viejos de gasa.

En todas las paredes se veian pintados muñecos obscenos y pésimamente ejecutados.

Alguien habia escrito las frases mas indecentes y las palabras mas groseras.

Habia desvergüenzas soeces, infames.

Cuando Antonio llegaba, se le abria aquel antro inmediatamente.

El *patron*, como hemos indicado, prestaba una singular atencion á las moneditas de oro que nuestro jóven le deslizaba en la mano de vez en cuando, y estaba listo con la *charola*, la cafetera y la taza.

Aquel *patron* era un bandido.

Vivia de todos los recursos que proporcionan á los bandidos esas mil industrias tenebrosas, hijas legítimas é inseparables compañeras del desórden y de la mas repugnante crápula.

Antonio le era «el amo,» pues que le pagaba bien.

El amo ejercia sobre aquel hombre detestable una singular influencia, por dos razones:

Primera. Porque aquel loco que escribia y lloraba de noche, desvelándose é inundándose en café, llevaba siempre monedas de oro en el bolsillo de su chaleco.

Segunda. Porque en la bolsa del reloj del raido pantalon

de Antonio, se veia asomando la cabeza una cosa que preocupaba altamente al patron.

Constantemente se veia por la abertura del bolsillo la argentada argolla de una *pistola-monitor*.

El *«monitor» yankee*, que sirve para fulminar instantáneamente los rayos mortales, y que sirve tambien para hender el cráneo mas duro que un casco de paladin.

Antonio jamás dejaba de llevar como al descuido, ese pequeño aparato de pocas pulgadas y de grandes resultados.

Una noche, despues de servir el café el señorlento mordor de aquella mazmorra, habia preguntado á Antonio lleno de curiosidad:

—Y esto *què's?*—señalando la empuñadura del arma.

Antonio por toda contestacion disparó el *my friend*, como llaman los americanos al arma terrible, apuntando á una de las cabeceras del salon de la cual se hallaba mas distante.

La bala se introdujo una pulgada, y en seguida Antonio, para explicar el doble uso de su pistola, la convirtió en *boxeador* é hizo pedazos parte de la mesa.

El *patron* quedó *enterado* del uso de aquel extraño instrumento, y pudo explicarse el aplomo de su dueño para andar confiado por los mas apartados y solitarios suburbios de México.

Hemos dicho antes que una noche Antonio se encontró allí con el demonio.

Efectivamente, una noche no salió el patron á servirle, sino una mujer.

Una mujer redonda, bien formada, arrebatadora.

Era una ramera.

Una de esas mujeres que no respetan la circunspeccion ni el amor propio de nadie.

De esas que buscan la influencia de un extraño dominio so-

bre toda clase de hombres, al mismo tiempo que ladronas, que vampiros, roban toda la sangre y todo el oro.

Antonio se creia *asegurado* de tales incendios.

Mesalina, Aspasia, la misma Afrodita, no le hubieran inspirado otra cosa que lástima, y las hubiera regalado dos duros y un buen consejo.

Aquella mujer tenia unos ojos negros y, por decirlo así, «relampagueantes» de una expresion que parodiaba perfectamente un gran acceso de placer.

Habia allí una lubricidad densa, compacta, por expresarnos así.

Se acercó poco á poco, y sin embargo, su trage claro volaba, dejando ver unas piernas delgadas pero redondas, y unos piés grandes, estrechos é irreprochablemente calzados.

Tenia los cabellos sueltos, negros, abundantes.

Su cuello, sus hombros y su pecho estaban descubiertos, y hasta el menor movimiento de aquella muchacha estaba lleno de una molicie y de una voluptuosidad singulares.

Al acercarse notó Antonio que aquella jóven estaba perfumada.

Se quedó mirándola, sin mas objeto que procurar *ver* si recordaba quién era.

—No me es desconocida esta cara—pensó, y se quedó meditando y mordiendo maquinalmente una extremidad del mango de su pluma.

.....—«¡Ha visto vd.!.....»—Y no daba con ello.

—«Qué sé yo!—murmuraba.

«Creo que ha de ser alguna bailarina á quien sin duda he visto medio desnuda en algun teatro.....

«Pero no!..... *Aguardo* ..... *aguardo*.....

«Esta mujer *es*..... unas fotografías, ó hay unas fotografías como esta mujer.....

«Esto es..... las que vendia Máximo *al cantado*..... ¡Qué cosa! Y en tan diferentes posiciones, actitudes y trages..... Y esta dependiente, hija ó mujer de *mi patron*, ha pasado *muy cara*, ya como americana ó como francesa!.....

«¡Oh, qué farsas!»

Y Antonio llevó ambas manos á la cabeza y se puso á reir.

Aquella muchacha, al ver que Antonio reia sin decir por qué, frunció el ceño y dijo:

—¿Qué sucede? ¿toma vd. esto, ó lo deja enfriar?

Antonio apartó sus papeles, y aproximándose la taza, se puso incontinenti á lanzar soplidos sobre el negro y caliente líquido y á apurarlo en pequeños sorbos.

La muchacha se sentó á su lado, y cruzando los brazos sobre el pecho, se puso á esperar sin proferir una sola palabra.

—¿Cómo se llama vd.?—le dijo Antonio por decirla algo.

—Qué, ¿tiene vd. mucho interes en saberlo?

—¿Yo?..... No!..... *lo que es* interes, no.....

—*Hum!* Pues me llamo *Chusha*.

—Muy bien, *Chusha*, y ¿qué ha sucedido con el *patron?*.....

—Y *¿yo qué sé?*.....

—Esto es. De tal manera, que vd. es ahora la que.....

—¿No lo está vd. viendo?.....

—Sí, ya lo veo.

—Pues entonces.....

—Nada.

Y la jóven, sin añadir una sola palabra y sin que su cara se contrajese bajo la menor sonrisa, se quedó mirando á Antonio con descaro y como desafiándole.

Antonio se estremeció bajo aquella mirada audaz, pero irresistible.

Despertó el hombre un poco.

Antonio no iba allí para amoríos ni para calaveradas, y se

exasperó de que un demonio femenino se hubiese introducido á violar aquel recinto sucio y negro pero tranquilo, de sus meditaciones.

—¿Qué demonios viene vd. á hacer aquí?—la preguntó casi á gritos.

—A servir á vd., señor—le contestó ella bajando los ojos y con cierta mansedumbre.

—¿Y no me puede servir otro?

—¿*Lo* molesto á vd.?

—No digo eso; pero no sé quién es vd., no la conozco.

—Ya lo he dicho; soy Chucha.

—Yo vengo aquí á escribir algo interesante.

—Y yo á servir á vd.

Y al decir estas palabras, la jóven *descruzó* los brazos y dejó percibir vagamente los encantos de un pecho verdaderamente artístico.

Nada habia que contestar á esto, y Antonio se resolvió á quedar abismado.

Aquella muchacha, tan hermosa como desenvuelta, ningun mal le hacia, antes bien iba *á servirlo*.

—¡Pobre criatura! ¿Qué querrá?—pensó *para sí*.

Y despues, como alumbrado por una idea súbita, preguntó á la muchacha, procurando hacerlo con la mayor finura:

—¿Y á vd., Chucha, se le ofrece algo en que pueda yo servirla?.....

Y diciendo estas palabras, hizo sonar con cierto disimulo las monedas que llevaba en el bolsillo.

—¿A mí?..... ¡Mire vd.!

La jóven dijo esto con un aire perfectamente desdeñoso, y sacó de entre sus ropas un porta-moneda lleno de grandes piezas de oro.

Antonio sintió que la cara le ardia.

¿Qué iba á hacer, ó cómo debia tratar á aquella mujer diabólicamente hermosa?

—Vamos, Chucha, hábleme francamente. ¿Quién la manda á vd. aquí, y con qué objeto?.....

Por toda respuesta soltó ella una carcajada burlona.

—¡Con qué objeto!..... ¡con qué objeto! Dice vd. bien, con ninguno!.....—dijo, y volvió á reir de una manera que ofendió á esta especie de nuevo *José*.

—Cuando acabe vd.—añadió—me hará favor de golpear la mesa para que venga yo por esto. *Lo* estoy molestando demasiado y me retiro.

Y al decir esto, su cara expresaba un soberano desden.

Se levantó y dió tal vuelta, que al volar el trage ténue y vaporoso en extremo, pudo nuestro jóven saber de qué color usaba las ligas aquella mujer.

Aquello era grave para Antonio.

Sus pasiones juveniles se hallaban adormecidas, si se quiere, pero no muertas.

Y aquellos encantos tan baratos, tan «á su alcance,» podian provocarle, en su vida de idealista, á un paréntesis de «sangre y fuego.»

Por una razon que bien podremos atribuir á la *naturaleza de las cosas* tanto como á *las cosas de la naturaleza*, podremos tambien asegurar que aquellas ligas que sujetaban las *inmaculadas* médias de aquella *cuzca*,* pudieron desde luego haber ligado á Antonio á cualquier *disparate*.

Se levantó, como hemos indicado, con el ánimo deliberado de *retirarse*, ó por lo menos de aparentar que se *retiraba*.

La nube de exquisito aroma con que al agitarse parándose habia envuelto á Antonio, le aturdió, haciéndole pensar en todo su pasado.

* Ramera.

Piedad usaba no sabemos qué perfumes que podremos llamar simplemente «regulares.»

Eugenia usaba el *Kiss me quikly*, que podia, por cierto, calificarse de un perfume (permitídnoslo) peculiar, personal: únicamente suyo.

Antonio se habia habituado á decir con cierta frecuencia,

—«Huele á Piedad.»

Y alguna que otra vez:

—«Huele á Eugenia.»

Aquella mujer, aquella maga enervadora de los sentidos, no olia á ninguna de ambas, pero *olia*.

Lo jóven se habia acercado á la *mampara* que comunicaba con las piezas interiores.

Al entreabrirla se volvió hácia Antonio, imprimiendo á su cuello y á su cintura una flexibilidad tan blanda y tan provocativa, que Antonio volvió, como quien dice:

«Del cielo á la tierra.»

O como diriamos nosotros:

«Del Olimpo al cielo.»

Poca es la diferencia:

El Olimpo es el cielo físico;

El cielo es el Olimpo moral.

—¿Nada se *le* ofrece á vd.?—preguntó aquella fatal sirena, con unos tonos de voz que bien pudieron tomarse por unos caprichos melodiosos «á flauta.»

—¡*Nada, señora!*—contestó Antonio *poniéndole una cara* terrible, y revistiéndose de la austeridad de un San Gerónimo, si es que á San Gerónimo le hubiese ocurrido *bajar* á ponerse en lugar de Antonio durante los tres cuartos de hora de aquella noche *de tentacion*.

La muchacha se quedó suspensa y como sin atreverse á entrar definitivamente.

Antonio se quedó mirándola con la faz airada, el entrecejo fruncido, la actitud amenazante.

Al pasar ella entre el marco y la mampara apenas entreabierta, la *crinolina* se levantó y volvieron á aparecer á los ojos de Antonio los piés grandes pero simpáticos, las piernas delgadas, pero redondas y atractivas, y los *cándidos* «porabajos» de aquel encantador demonio.

—*¡Hasta luego!*—dijo ella con la misma voz acariciadora y levantándose el vestido como si fuese á pasar un cañó.

—¡Hasta mañana, Chucha ó diablo—murmuró él, excitado hasta el extremo, no sabemos si de impaciencia ó de deseo.

El seno, los piés, el último giron del vestido claro de aquella *pecadora*, fueron desapareciendo muy poco á poco.

Antonio fué mirándolos perderse *sin pestañear*.

En seguida «desabotonó» su chaleco, en el cual resonaron algunas monedas «de ambos preciosos metales.»

Acto continuo llevó sus manos á la cabeza y las perdió entre sus cabellos, como si metiera los dedos para buscarse ideas.

En seguida se puso á hojear su manuscrito, preguntándose:

—..... ¿En qué *iba* yo?.....

Y como por via de contestacion, oyó en la pieza inmediata una voz dulcísima, un acento *aterciopelado*, vibrante, fácil y expresivo, espiritual y lábrico, trémulo y enérgico, que *decia* esta cancion:

Sentir nuestra sangre arder en las venas
Y el pecho afanoso con fuerza latir;
Sentir unos brazos por blandas cadenas,
Eso, ángel querido, se llama vivir.
Oir de su amante el trémulo acento,
Que suena mas dulce que el aura al gemir,
Mirar cuál palpita su seno violento,
Eso, ángel querido, se llama vivir!....

Posar en sus labios los labios ardientes
Y en mágico beso sentirse morir,
Unidos los pechos, unidas las frentes,
Eso, ángel querido, se llama vivir.
Sentir que los ojos se cierran á impulso
De insólito goce que el alma va á henchir,
Sentirse embriagado, sentirse convulso,
Eso, ángel querido, se llama vivir!....
Sentir unos sueltos, sedosos cabellos,
Rozar las megillas y suaves bullir
Al cálido soplo que vaga entre ellos,
¡Eso, ángel querido, se llama sentir!....
En dulces deliquios perder la memoria
Y oir un —«¡yo te amo!»—que el pecho va á herir,
¡Eso, ángel querido, se llama la gloria!
¡Eso, ángel de amores, se llama sentir!....

Antonio apuró aquel canto como un filtro.

El veneno empezaba á ejercer toda su influencia de un modo eficaz y resuelto.

Parecía que le acababan de arrebatar de entre las manos el manuscrito.

Mentalmente seguia.

Aquellas estrofas de *Emilio-Rey*, al mismo tiempo voluptuosas que espirituales, fueron la perla de Cleopatra, disuelta en la copa del amor, que aquella mujer presentaba á aquel hombre en nombre del término medio.....

Es decir, en nombre del amor mismo, tal cual puede y debe considerarse el amor en este pobre planeta habitado por *Nos* los pobres hombres. Antonio habia olvidado que aun no venia la muerte á divorciar en él á estos dos sublimes esposos que en el mundo se llaman *el alma y el cuerpo*.

Y que si era muy bello ser ángel, era muy grande, muy necesario ser hombre.

Las virtudes de Antonio se le convertian en vicios *á ojos vistas*.

No habia duda.

Era preciso, absolutamente indispensable amar con todo, por todo y para todo.

Vió hácia sus pasiones nobles, pero estériles, como se ve hácia la cara pálida, enfermiza y repulsiva de un remordimiento.

Recordó el proverbio persa:

«Plantarás un árbol, tendrás un hijo, escribirás un libro....«

—¿Y yo? se dijo. ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!.....

Y quiso seguir su manuscrito.

Pero su manuscrito era mas moral que físico, y al volver hácia él la vista, los negros caractéres se le *rebotaron* confusos como los gusarapos en un vaso de agua, tomado antes de que el agua se *asiente*.....

—¡Ah!..... ¡Comprendo! ¡Comprendo! se dijo. Es que yo no deberia escribir sino hasta el siglo XX.

«El siglo XIX procura el tanto por ciento para que el siglo XX lo emplee en libros y en saber.».....

.....

CII.

¡Pobrecita muchacha!

Acaso está *ignificada* por mí.....

Pero no tiene *trato*.

¡Ya se ve! Es una pobre.

Las muchachas pobres están condenadas á no tener trato.

Para tenerle, se necesita tener audacia ó dinero;

En México por lo menos.

¡Qué sé yo si en todas partes! .....

Y se representaban muy al vivo en la imaginacion de Antonio los ojos de Chucha, la cintura de Chucha, su seno, que hubieran copiado Cánova ó Chaplain, su aire lánguido y desmayado que hubiera prestado un modelo á Tennerani para su Psiquis, y sus piés que hubieran hecho incurrir en una injusticia á los viejos *amateurs* del Areópago.

—¡Oh belleza, belleza! pensó y casi murmuró. ¡Tú me has de conducir al cielo..... ó al infierno!.....

CIII.

La cancion habia cesado.

El reloj de una torre inmediata habia *dado* la media de las cuatro de la mañana.

La luz artificial de aquel salon empezaba á agonizar, amenazando sombras.

—¡Oh!..... ¡Soy un estúpido! gritó Antonio medio loco. Soy un bárbaro..... un imbécil..... ¡Chucha! ¡Chucha, hija mia!..... ¡Ven, linda; ven, paloma; ven, buitre; ven!.....

La mampara volvió á abrirse repentinamente y apareció la muchacha, mas bella, mas seductora, irresistible.

—¿Qué se le ofrece á vd., señor mio? gritó corriendo á enlazar con sus brazos el cuello sudoroso de Antonio.

—¡Que vengas!..... ¡Que me abraces y me beses..... que no me dejes solo!.....

La muchacha soltó una carcajada soberana, se precipitó hácia Antonio, y fué á inundar de miel, de púrpura y de fuego los labios ardientes del asombrado solitario.....

Aquel beso inefable, aquel dulcísimo estallido de placer,

ahogó el rumor que producia el ángel del pudor al romper, llorando, sus blancos crespones.....

Esa noche se suspendió el manuscrito de Antonio.

Tambien sus lágrimas.

Todo se suspendió.

Se habia *dado al diablo* y el diablo venia á llevarlo.

La madrugada siguiente le parecia muy triste, nublada, como si hubiese llorado.

Caso raro:

No se acordó de Piedad. Solo de Eugenia.

—¡Qué diria si supiera!..... pensó lleno de sentimiento.

Y al amanecer se retiró á su casa disgustado, melancólico, lleno de tedio.

—*Pues señor*..... ¡Ya descendimos! dijo al entrar. Solo nos falta contraer el hábito del vicio.

Para la sociedad ni aun esto me falta..... Sin duda. Nunca podrá explicarse la sociedad, por qué un hombre como yo *anda en estas fachas* sin suponer desde luego que sea vicioso ó *flojo*.

No es remoto que yo tenga enemigos y detractores.

Todo el mundo los tiene.

Y yo estoy muy expuesto á caer.

Sí, porque la sociedad, lejos de abrirme sus brazos, me manda á empellones hasta el abismo.

¡Qué dirán todos de mí!

¡Pobre muchacho! pensarán. ¡Le mató su mala cabeza!

Y con decir estas palabras, la sociedad habrá cumplido.

Pero Eugenia pensará lo mismo, y esto sí es insoportable.

La sociedad me inspira desprecio y aversion, no me importan los dichos de los hombres.

¡Pero Eugenia, tan linda, tan elegante, tan simpática!

¡Eugenia, que me habla tan directamente al corazon!

Será preciso ser un poco menos filósofo.

Soy un tratado de filosofía escrito en un tomo.

Pero este tomo está demasiado usado, desencuadernado y sucio para que nadie me lea.

Y así no puedo ir á dar á aquellas manecitas.

¡Oh, imposible!.....

La filosofía es el amor de la verdad.

En esto están todos de acuerdo.

Todos, sin duda alguna, hasta las mujeres.

Pero para estas, es evidentemente preferible amar á la verdad desnuda y no sucia.

Es preferible mil veces la mentira limpia.

No soy yo quien ha de reformar el mundo, y mucho menos á las mujeres.

Es cosa probada.....

Y Antonio empezó á desnudarse para entrar en la cama, cuando abrió Máximo la puerta de la recámara y le dijo:

—«Ahí te han traido desde ayer esos papeles.»

Sobre el bureau habia un paquete sellado y dirigido á Antonio.

Era un grande *cartapacio* dentro de un gran *sobre*.

Papel inglés, gran sello rojo, armas, etc.

Aquella enorme carta *rotulada* á *él* con enormes caractéres franceses, le llamó primero la atencion y le hizo despues pensar esto:

«No es para mí.»

—Sin duda hay una equivocacion, dijo á Máximo, que esperaba parado y ya con el sombrero puesto á ver lo que era aquello.

—Pero en fin, ábrelo en todo caso.

—Eso es.

Y rompió el sobre.

Brotaron de allí honores, invitaciones, oro, posicion!.....

—¡Qué es esto, Dios mio! dijo Antonio al ver aquellos papeles.

Era mucho y era nada.

Eran una verdad y un sarcasmo.

Una realidad y una ilusion.....

Venia guardado allí todo un antítesis. Una verdadera contradiccion, un absurdo de oro y esmalte, otro absurdo de papel.....

Al ver lo que aquello era, quedaron Máximo y Antonio aturdidos.

Aquello era demasiado.

Si les hubiese ocurrido exclamar profiriendo alguna palabra, probablemente hubieran ambos prorumpido en esta:

¡Jesucristo!

O bien en esta otra:

«¡Santa Madre de Dios!»

Pero quedaron silenciosos, aunque es verdad que estupefactos.

Máximo al ver aquellos papeles no pudo reprimir un acceso de mal humor.

Antonio se acercó bien á la vela, que aun ardia durante la prolongacion hasta la madrugada, y no obstante que aquel dormitorio estaba lleno de la atmósfera rosada de la mañana, se *pegó* á la luz artificial y se afirmó sus antiparras en la nariz del mismo modo que suele un ginete afirmarse en su caballo.

Era la miseria decente, emanada del exclusivismo en la idea, y coronada como un mártir, pero de papel y oro, por manos de un extranjero.

Antonio rió loca, desesperadamente de aquello, porque aquello era un amargo absurdo.

Y le dolió el corazon, porque era un absurdo amargo.

Se le llamaba al dinero, al honor, casi á la felicidad.

¡Pero era un aleman quien llamaba á Antonio!

Se le brindaba con un «mañana» seductor, y el «mañana» estaba formulado en prosa y verso.

Se le decia indirectamente que se le comprendia.

Que iba á premiársele por no sabemos qué, pero se le *premiaba.*

Habia besado llorando y durante diez años la cruz del martirio en el colegio.

Para el rector, nunca fué otra cosa Antonio que un muchacho medio loco y medio *calavera.*

Antonio en el colegio tenia que trabajar y que estudiar.

Trabajaba fácilmente:

Estudiaba con dificultad.

Halló en aquel establecimiento pan y abrigo, mediante el sudor de su rostro.

Pero uno de los sueños de Antonio fué este:

Que la mitad del mundo está obligado á *tender la mano* á la otra mitad.

Y siempre habia estado atento á las manos del señor Rector.

El señor Rector solia tenderle uno que otro dedo.

De los dedos del señor Rector nunca pudieron desprenderse para aquel desgraciado que aventuraba su posicion en aras de *su abnegacion,* mas que *unas que otras* gotas de oro ó de plata.

Pero Antonio confiaba en el porvenir del señor Rector, quien por otra parte le trataba de un modo suavísimo.

El señor Rector era un hombre de *porvenir,* porque era un hombre de tacto.

Un grande hombre, en fin, de ojos azules y tranquilos como dos remansos, pero profundos é insondables como dos precipicios.

Gobernaba en el colegio con la misma austeridad que hubiera podido emplear rigiendo en el gobierno.

Era una amabilidad terrible.

Signo *phonético* escrito con tinta rosada, pero indeleble.

Mirada *subrayada*, sonrisa *entre comillas*.

Profesor asombroso en la mímica social, el mundo le era un teatro.

Pero representaba su papel asombrosamente.

Si era preciso sonreir, sonreia.

Memoria prodigiosa, mirada dócil á la voluntad y á la conveniencia.

Aquel señor con su exactitud y su mirada, podia despertar la idea de una pistola de *Colt*, del núm. 2, lanzando sus balas pequeñas pero mortales, por decirlo así.

Ante el señor Rector era necesario mucho cuidado.

Los colegiales le temian mas cuando no les hacia caso, que cuando los castigaba del modo mas enérgico y rigoroso.

El «no hacer caso» del señor Rector, era insultante, era terrible.

Buscaba en *todo* la mision y el objeto de *todo*.

Veia el colegio como una cosa *pública* pero *privada*.

Si alguna vez el gobierno hubiese estado en sus manos, hubiera visto á la nacion como una cosa *privada* pero *pública*.

Antonio, segun el señor Rector, no servia para otra cosa que para escribir en la secretaría del colegio, hacer versos, soñar y perder el tiempo.

Y desde aquellos tiempos *se fijó* en que nuestro jóven no serviria para nada mas.

Solia de vez en cuando darle algunas monedas y algunos consejos, y por regla general le despedia al fin viéndole *con fijeza*, y murmurando entre su peculiar y formidable sonrisa un

Este señor es «mucho cuento,»

Que nuestro jóven ya no oia.....

Tambien el señor Rector era *mucho cuento* para Antonio, y, sin embargo, le queria.

Esto es, le queria con ese cariño de colegio que, ya lo hemos dicho antes, dura siempre.

El señor Rector siempre hubiera sido «mucha cabeza» para Antonio;

Pero nada mas.

Antonio, sin embargo, jamas hubiera podido llegar á considerarle como un magnífico volúmen del Maquiavelo.

Era para esto demasiado corazon.

Está suficientemente probado que es un absurdo la existencia de los entes necesarios en sociedad.

Y Antonio, no obstante sus sentimientos, jamas hubiera excluido á aquella cabeza de aquella regla.

Esto pudo perderle mas de una vez á los ojos del señor Rector.

Solia pensar esto, Antonio, respecto del señor Rector:

«Es necesario verle bien antes de que le vea á uno.»

Y temblaba de no conocer en lo absoluto á aquel esclavo de lo *conveniente*.

La *conveniencia* fué el primer caudal que supo derrochar Antonio.

No podia, pues, jamas llegar á ponerse de acuerdo con el señor Rector, quien respetaba demasiado las conveniencias de este mundo para no despreciarle lo bastante.

Si el segundo hubiese llegado á figurar en política, se le hubieran debido grandes, ó por lo menos notables descubrimientos:

Sentenciar á muerte sonriendo.

Y si hubiera hallado en medio de su camino al

Suprema lex esto,

Se hubiera quitado el sombrero, é inclinándose profundamente le hubiera dicho un

«¿Me permite vd.? ¡Voy á pasar!.....»

Y así, hubiera *pasado* por encima, por un lado ó por debajo de todo.

Respetaba la forma, pero despues de haberse apoderado de la esencia.

Pensaba algo, y resolvia inflexiblemente el «será» ó el «no será.»

Y cuando la resolucion estaba formada, cuando ya no habia remedio, cuando la cosa quedaba fuera del terreno de la deliberacion, solia reunir á la gente y preguntar:

—«¿Qué les parece á vdes. de esto?.....»

Y si jamas hubiera tenido oposicion á su dictámen ó á su voluntad, hubiera muerto de tedio ó de exasperacion.

Sacrificaba la *idealidad* en aras de la idea.

¿Qué le hubieran importado nunca los *principios*, con tal de llegar á los fines?.....

Si los hombres de la ciencia hubieran llegado á probarle *hasta la demostracion* que el mundo tenia ó afectaba la forma de un corazon, el señor Rector hubiera despreciado siempre el estudio del mundo.

Su cabeza, el mundo moral y el mundo social, solian formar una especie de *carambola.*

Y el señor Rector solia *desviarse* un tanto.....

Pero jamas *se perdia.*

En el complicado ajedrez de ciertas situaciones de la cosa pública, hubiera empleado de preferencia á los caballos.

Sin duda por su prurito de imprimir á las cosas una marcha anómala, irregular, sinuosa.

El señor Rector tenia un talento particular que nadie pudo ni pretendió nunca disputarle.

Algo *tenia* que *tener*.

Pero era el tipo de la delicadeza y de la conveniencia, al estudiar comparativamente estas dos palabras:

«Talento.»

«Talentos.»

El que no impendia el primero para alcanzar los segundos, era un *mentecato* á los ojos del señor Rector.

Y era formidable al dar la cuenta de *los cinco* talentos.

Era preciso con el señor Rector ser, ó una sombra ó un lazarillo.

No habia medio.....

CIV.

La vida privada del señor Rector fué siempre irreprochable.

Sus pasiones un misterio.

Sus sentimientos indefinibles.

Un ente de razon, perfecto conocedor de las vaciedades de este mundo.

Un apreciador magnífico de la importancia que tiene esta arma que se llama ridículo.

El señor Rector pasaba la vida riendo interiormente de todo y de todos.

Pero respetaba del modo mas nímio y escrupuloso todas las formas y todas las exigencias de la sociedad.

Daba la verdad en un *duro*, pero no vacilaba en recibir *lo vuelto* en lo que el mundo llama «elevacion de ideas.»

Solia burlarse de los suicidas morales, esto es, de los poetas.

Y á esto llamaba:

«Morir sin haber vivido.»

Vivir para el señor Rector, era «mandar y ordenar.»

Somos justos.

El señor Rector era «mucho cuento,» como hemos dicho.

Era preciso comprenderle.

Pero es el caso que nadie le comprendia.

O por lo menos nadie creia comprenderle.

Antonio lo vislumbraba algunas veces.

¡Nada mas!.....

El señor Rector creia vislumbrar á Antonio algunas ocasiones.

Porque algunas ocasiones el señor Rector creia todo.

Le agradaba la oposicion como una prueba de su preponderancia.

Si alguna vez hubiese el señor Rector ejercido su carácter en lo que se llama «la política del país,» su carácter hubiera sido *acuñable*.

Esto es positivo!

Suele en México «á veces» ser lo mismo.

Y hubiera dado *todo* por nada:

O *nada* por todo.

Lo cual suele tambien ser lo mismo en México.

Oh! ¡Cuánto hubiera *dado* el señor Rector porque en épocas dadas todos sus subordinados hubiesen sido locos ó estúpidos.....

El señor Rector buscó siempre el *egoismo* y no le halló.

Y dijo:

«Este no es de sí mismo.»

O por lo menos:

«¡Este no está en sí mismo!.....»

Al ver Antonio que todas aquellas cosas *rotuladas á él*, y que le venian bajo de *sobre* «caian,» rió, como hemos indicado, pero con una risa llena de lágrimas.

«Héte aquí, mi pobre Máximo, que valemos mucho, por mas que digan.»

Dijo, aludiendo irónica y amargamente á una cruz que le llegaba, y á una doble invitacion que se le hacia para ir á comer con S. M. el Emperador, y á bailar en la soirée de S. M. la Emperatriz.

—Ya ves, Máximo..... Al fin no soy tan cualquiera cosa, que esto que me llega no es una cosa cualquiera.

¡Qué quieres!.....

Se representa en estos momentos una escena de Rigoletto ó el Rey se divierte.

Lo estás viendo, Máximo.....

El bicho de escritorzuelo amamantado con teorías y quimeras, está hoy invitado á los ostiones del monarca y á los lunes de la Emperatriz.....

¡Oh! Mi frac..... ¿te acuerdas?..... ¡Mi frac!..... Aquel de elevado punto está *inmejorable* para aquello de *zangolotearse* en Palacio con alguna dama de elevado copete.

Ya lo ves.....

Aquí hay un signo esmaltado que me dice á gritos, *caballero*.....

Jí!..... jí!..... jí!!.....

¡Qué diria el Rector si me viera convidado á comer y á saltar en el dorado alcázar!!.....

Jí!..... jí!.....

Con esta cabeza de tarántula y estas patas.....

Jé! ..... jé!..... jé!

¿Vamos, Máximo?.....

Veremos qué princesa te pescas por las alturas de la corte.....

¡Diablo!.....

¿Si habré nacido para conde?.....

Mira, Máximo. Vete á buscar las armas de mi abuelo. Será preciso que las graben en la tarjeta y en el anillo.

Pues señor, yo creo que no valía la pena. Pero otro Maximiliano empeñado en morirse conmigo.

¡Gracias, amigo, no faltan guantes!

¿No te parece, Máximo, que *he quedado fresco*?

¡Yo no sé en dónde ir á buscar un poco de *frac* y un tanto de maneras!

Es necesario no preocuparse en contra de *uno mismo*.

Tarde ó temprano se nos hace justicia.

Será necesario dejar que crezca la barba y partirla en dos.

Así la lleva Su Majestad.....

Mira, hijo, por mí *no te olvides* mi portamonedas.

Adentro debe de haber una media onza de oro, lisa y casi oval.

Un Carolus III, una verdadera joya para un arqueólogo.

Vé mañana temprano á ver si el buen Hesselbart te quiere dar por ella un sombrero *papier maché*.

El Emperador lo usa constantemente.

¡Oh! dicen que sirven unas cosas en la mesa de S. M.A....

Y tú qué dices, Máximo, ¿bailó regular?

¿Cómo se dirige uno á una princesa en un baile de la corte?

Francamente, mi amigo. ¿No me percibes no sé qué olorcillo de aristócrata?

¡Cáscaras! ¡me siento muy decente!.....

¿Qué dirá el señor Rector?.....

¡*Puoah!*..... ¡Trasciendo á vizconde!.....

Y Antonio, *riéndose* amargamente, se limpió las lágrimas con una de las extremidades de la sábana.

—Pero ¿qué mas puedes apetecer? le preguntó Máximo entre impaciente y asombrado.

—Nada. Es verdad, nada!..... Ya ves..... La fortuna coronada se acerca á mi lecho. Una fortuna, como quien dice, real ó imperial..... Una cosa envidiable á fé mia!.....

—Pero veo que aceptas esta lluvia de oro y reces como un insulto. Pues bien, ¿qué mas quieres?

—Nada, es verdad. El destino me abofetea con lirios y me escupe á la cara con alféfar. Mi destino es un actor digno de rivalizar con el mismo Talma. Hoy se viste de monarca y me dice:

Toma, ¡ven!

Dices bien. No puedo apetecer mas.

Máximo por toda respuesta dió un sobrebio manotazo sobre la mesa, y produjo *una cosa* muy semejante á un sordo gruñido.

Despues se levantó, y sin añadir una palabra salió de su recámara.

Antonio se envolvió en sus ropas, sopló á la luz y quedó profundamente dormido.

Los papeles quedaron sobre el *bureau*, menos uno que habia quedado dentro del gran sobre, y que era una *nota* oficial.

Ninguno de los jóvenes la vió.

Era *un nombramiento*.

Máximo, al salir de la recámara, murmuró entre dientes y volviéndose á la puerta:

—¡Oh, maldito loco, qué suerte la tuya!

IV

Chucha habia abierto á los ojos de Antonio una de esas innumerables estancias en que vive el placer bajo mil distintas formas.

Aquella muchacha era una prostituta, porque jamas hubiera podido llegar á ser otra cosa.

El placer, el amor puramente físico, la habia revestido con el plumaje mágico y cambiante del colibrí.

Así se sentia ella bien.

No sabremos decir si sentia ó profesaba el placer.

Pero en el placer no aceptaba restricciones.

Aquella desgraciada habia evadídose de la virginidad y de la niñez, trémula, vertiginosa y brillante como una mariposa que fuera una oruga.

Tenia la belleza atrevida é irresistible que necesitaba.

Cuando aparecia algun nuevo encanto entre los hechiceros encantos de aquella mujer, como suele aparecer un nuevo capullo entre los de un exuberante y enhiesto rosal, aquella mujer lo revelaba sin pudor y sin escrúpulo, hasta ponerlo al alcance de toda curiosidad y de todo cinismo.

La divertia en extremo vivir bajo el ojo de cristal de la cámara fotográfica.

Era un demonio de lujuria, envuelto en poéticas gasas y adornado de purpúreas camelias.

Máximo habia sabido sacar de ella lo que se llama «partido.»

Aquellas formas rosadas, esbeltas y finas, bastaban para extraer los polvos de oro que buscaba Máximo en el mundo.

Contaba con ella en todo sentido y para todo.

Era su querida y su recurso.

Pero no la *queria*, sino la *apreciaba*, y la apreciaba por cierto en su justo valor.

Máximo tenia en alguno de sus libros una cuenta encabezada con estas palabras, poco mas ó menos:

Chucha.—Su cuenta,

Con la abreviatura correspondiente.

Y figuraban allí algunas *partidas* que en ninguna parte debieran por cierto figurar.

Vivia en uno de tantos *chiribitiles* que hay en México, y que no se ven, pues que no hay para qué verlos.

Un inmundo escondrijo de casa de vecindad, lleno de suciedad, de miseria y de fango; con el consagrado jergon, con

la cocina en la sala y el comedor en la cocina; con el consiguiente embrollo de la olla de los frijoles, el pan duro, la boneta con pluma rizada y los botines de raso blanco.

Máximo habia tenido cuidado de plantar un apaga-luces á aquella alma desde bien temprano.

Sopló sobre la *idea* y el honor que pudieran hallarse *allí*, y *allí* todo lo espiritual se apagó muy pronto.

El alma de aquella muchachita desgraciada, bajo el primer beso de Máximo, quedó convertida en una pavesa nauseabunda, pero llena de humo, de chispas de fuego, de pintas de oro....

CVI.

Antonio poseia una idealidad desarrollada hasta un grado asombroso.

Sabia hallar la poesía del placer.

Pero no por esto prescindia del placer de la poesía.

Si hubiese sido mas mundano, habria hallado imposible una adunacion de todo en todas, y se hubiera sentido sin duda alguna *mistificado* alguna vez.

La imaginacion le salvó por entonces.

Piedad se le marchitaba á lo lejos.

Eugenia era su ideal.

Antonio era *hombre*.

Conservó todo, menos la flor marchita.

Aquellas beldades de salon eran para Antonio rosas de invernadero.

Esto es, algo muy delicado, muy tenue, muy bello.

Chucha vino á soplar sobre el *polen* de las flores abiertas en el corazon de Antonio, y aquel polvo de oro voló á fecundar no sabemos qué flores desconocidas.

Chucha fué un *recuerdo* dado en madrugar del mundo á aquella idea disfrazada de hombre y llamada Antonio.

Él decia:

—¡*Pobre muchacha!*

Ella decia:

—¡*Pobre muchacho!*

Ambos habian dado y recibido algo mas que besos fugitivos y pasajeros.

El uno habia sentido hácia la otra no sé qué compasion.

La muchacha habia sentido ternura por Antonio.

«¿Por qué andará así?» habia dicho aquella mujer, al ver que el jóven no *andaba* como todos los señores que la mandaban buscar.

Quiso pertenecerle por capricho, ademas de las otras razones que mas tarde comprenderán nuestros lectores.

Le perteneció por instinto.....

Es que el alma se hace adorar en donde quiera que deja verse.

Y pocas frases íntimas habian bastado á Antonio para dejar trasparentar su alma á los ojos de Chucha.

A la noche siguiente, Chucha volvió á servir el café de Antonio.

Pero él la observó seria y tristona.

Ella le habló de usted.

Le llamó «señor,» pero de buena fé.

Estuvo reservada, tímida, absteniéndose de coquetería.

En los ojos de la muchacha leia Antonio algo raro.

—¿Está vd. mala, criatura?—la dijo, no sin interes.

—Me duele mucho la cabeza.

—Pues tome vd. café.....

Y por lo pronto no pasaron de ahí.

Antonio siguió algunas líneas de su manuscrito.

Para tuvo que hacerlas, tachándolas inmediatamente que las leyó.

Aquello no servia.

Habia puesto muchos desatinos.

Habia tambien empleado un estilo tan *cargante!*

No estaba para el caso.

Estaba distraido.

—¡Chucha!—gritó á poco rato.

La jóven se presentó.

¿Habria por ahí unas despabiladeras?

La cocina estaba alumbrada con un *quinqué*.

Chucha se introdujo en la *otra pieza* sin decir palabra, y á los pocos instantes presentó á Antonio, sonriendo, lo que se la podia.

Antonio la hizo sentarse á su lado.

La jóven tenia cubierta la cabeza con un *tápalo*.

Los ojos bajos.

Estaba, sin embargo, diabólicamente hermosa.

No se veia ni la extremidad de los piés de la muchacha.

Parodiaba el pudor de la ilusion.

Antonio se vió por un momento expuesto á parodiar la ilusion del pudor.

Estaba terrible aquella muchachilla.

Tanto, que Antonio se acordó de Piedad.

Es decir, de un cadáver, de un *mythos*.

Pero combatió con todas sus fuerzas el recuerdo de Eugenia.

Hubiera creido en no sabemos qué profanacion recordando á Eugenia allí, al lado de aquella mujer perdida.

Aquella perdida mujer que temblaba al servir el café de Antonio.

—Y ¿para qué quiere vd. que me siente aquí?—le preguntó como ruborizada al sentarse.

—Para que estés conmigo y platiquemos. ¿No quieres?

—Y ¿de qué hemos de platicar?..... Pues platíquense vd.

—Oye, hija—le preguntó Antonio—¿y tú has estado alguna vez enamorada?

La muchacha lanzó un profundo suspiro, se quedó mirando fijamente á su interlocutor, y no contestó una sola palabra.

Así pasó un momento.

—¿Eh?.....—le volvió á preguntar Antonio.

—¿Yo?.....—dijo ella.—¡No!.....

Y quiso levantarse; pero Antonio se lo impidió.

—Tu historia—le dijo—debe de ser interesante y divertida. ¿Cuándo me la cuentas?

Recuérdese que Antonio era *sandio* por naturaleza.

—¡Qué historia ni qué!.....—contestó Chucha, procurando de nuevo incorporarse.—¿Qué, quiere vd. divertirse conmigo?.....

—No, hija, pero me interesas.....

—Le intereso..... Pues ¿por qué no habla vd. claro como ayer?

Antonio cayó del cielo á la tierra.

—¡Si viera esto Eugenia!—pensó, dominado por una especie de remordimiento.—Eugenia tan pulcra, tan despreocupada, pero tan decente!.....

¡Soy un miserable!

No la merezco.....

—Y vd. ¿por qué no tiene su esposa, y no que anda vd. *ahí*?.....—le dijo Chucha, que había abandonado su asiento y estaba circunspecta y pensativa.

Antonio no supo qué comprender, pero se mortificó y quedó desconcertado.

—¡Es singular!—se dijo apurando su café.—El mal me pregunta: ¿Por qué me sigues?

Hé aquí un reproche sublime... Esta desgraciada no tiene malos sentimientos.

Y dirigió la vista á la jóven, que le veía de un modo....

—Y *su* novia *de vd.* ¿quién es? le preguntó ella.

—Nadie. No tengo novia.

—Eso es malo.

—¿Por qué?

—Porque debe vd. casarse, siquiera para no andar así y haciendo esas cosas.

—Es verdad.

Y Antonio calló en presencia de aquella pobre mujer, desconcertado como si por aquella boca hubiese hablado toda la sociedad.

La muchacha se retiró por fin, sin añadir una sola palabra.

Él salió de allí sintiéndose humillado, molesto sobremanera.

Salieron á un tiempo.

No obstante ser tan tarde, pudo Antonio percibir á cierta distancia un coche que se alejaba.

Tronó las manos, y el conductor contestó desde su asiento la consabida respuesta:

—¡Llevo carga!

Hemos titulado este capítulo «La rosa y la calavera,» dominados por una idea fija que roe nuestro cerebro y hace sangrar nuestro corazon desde muchos años hace.

Todo el mundo ha comparado á las mujeres con las flores.

Bien hecho, y nosotros estamos de acuerdo.

Igualmente es cierto que en nuestro lenguaje vulgar llamamos á ciertos tipos con esta palabra:

«Calaveras.»

Por una razon, tan difícil acaso de explicarse como fácil de suponerse,

Desde hace mucho tiempo hemos creido que tal palabra ó tal figura es aplicable no solo al género masculino.

Hay, en consecuencia, mujeres «calaveras.»

Pero tendriamos que entrar en muy difusos detalles si quisiésemos distinguir á la calavera de la cortesana.

Permitidnos, pues, que las identifiquemos hasta cierto punto.

Este mueble que se llama «mujer pública,» puede serlo sin ser una mujer «calavera.»

Conocemos algunas lindas muchachas que personifican á la virtud misma, y á quienes, sin embargo, no vacilamos en aplicar nuestra especie de fúnebre adjetivo.

Nuestra Chacha era todo.

La idea á que antes nos referiamos, es esta:

Que si ellas no son un declarado bien, sí deben ser aceptadas como una indispensable necesidad.

Pues que la sociedad lo quiere y lo ha querido acaso siempre.

Son las medicinas que curan las enfermedades que producen las rosas.

Son el único término medio posible entre la imposible *idealidad* en la vida y el cumplimiento de sus mas groseras exigencias.

Comprenden ú os harán creer que comprenden tan bien el lenguaje de las flores como las flores del lenguaje.

Tienen alma y labios.

Aceptan el amor, comprenden el deseo.

Suelen concurrir contentas á la casa de Mr. Baulet; pero se resignan cuando no hay mas que flores.

Son demasiado conocidas sus tocados y sus trajes, pero no su hora de comer.

El novio no puede casarse en dos años.

Esperan cuatro.

El novio no puede casarse.

¡Paciencia!

Hay en ellas algo grande y que semeja mucho al cumplimiento de una mision que cumplen sufriendo, pero con la risa en los labios, como luego suele decirse.

¡Oh! Estas bohemias son adorables cuando su tipo no degenera.

Hablar de ellas es delicado.

Algo mas: Peligroso.

—El corazon pide—dicen—que tenga el corazon.

Y jamas sujetan la felicidad á condiciones.

Tratadlas con delicadeza, ó temblad.

¡Ingratos!

¿Sabreis desechar los favores empapados en ternura que ellas os dan y que las rosas os venderian?

Tal vez mas adelante podamos explicarnos mejor.

Antonio se retiró á su casa, firmemente persuadido de que Chucha podia ser *cuanto hay*.

Todo, menos mala.

XVII.

En la incansable rotacion de la vida de Antonio, solia discurrir como un Ashaverus por mil sitios diferentes.

No se apercibia de su existencia sino cuando á ello le obligaban las jornadas.

Los momentos lúcidos y verdaderamente reales de la existencia de Antonio, eran verdaderas postas.

Solia darse cuenta de esto:

Camino muy lento para la *vida;*

Y de esto otro:

Camino muy de prisa para la *muerte.*

Perdia el tiempo.

El tiempo, que es lo que pierden los que no tienen otra cosa que perder.

Solia atravesar por verjeles y admiraba las rosas.

Iba por los cementerios, y se detenia algunos momentos enfrente de las calaveras.

Locomotora volando bajo su alta presion, veia lo bello y veia lo bueno como dos rieles.

Pasaba sobre ellos.

Se dirigia á la nada.

No se ha descubierto aún el derrotero de un ferrocarril que vaya de la tierra al cielo.

Antonio hubiera sido el primer pasajero de *primera clase.*

Tenia que estrellarse contra el espacio, contra el vacío, contra la nada, contra el cero, que es la mas formidable roca adonde pueden ir á hacerse trizas los séres todos cuya mision es el *algo.*

Aquella *inteligencia servida por órganos*, aquel ser racional, aquel *hombre*, en fin, se volvia *cosa.*

Habia pretendido ser águila.

El cielo, enojado de su soberbia, lo habia convertido en crustáceo.

Saltaba, es cierto, pero hácia atrás.

Los grandes piés y las flacas piernas de Chucha, vistas al través de los airosos ropajes de la jóven, pudieron llamar de una manera alarmante la atencion de Antonio.

Se acordó de ella en su cuarto y suspiró.

Los encantos de la muchacha habian hecho en Antonio una particular impresion.

Aquella nube indiscreta que se alzara á cada instante revelándolos á medias, le parecia poética en alto grado.

Antonio recordó la frente de Chucha.

La frente de Chucha era bella y *pensaba*.

Despues se dijo:

—La noche anterior, esta mujer no ha sido mas que una ramera, una *fille perdue*, como dicen los franceses.

Representamos *á las mil maravillas* el episodio de José y la hija de Putifar.

Bien que no con el mismo desenlace.

En las manos de Chucha no ha quedado mi capa, sino mi persona.

Rehusó dinero.....

A la noche siguiente no me ha dejado ver ni su cuello ni la punta de sus piés.

Me ha preguntado por qué no me casaba.

Ha opuesto una verdadera resistencia á mis *llanezas*.

Me ha revelado interes. Pero un interes noble.

¿Qué quiso decirme cuando me aconsejó que no anduviese *así?*

Algo bueno sin duda alguna.

Su semblante era el retrato de la buena fé y de la sinceridad.

No hay duda. ¡Pobre muchacha!

Si realmente fuera el monstruo que yo creí antenoche, al pedirla que me contase su historia, me hubiera contado *una historia*.

La de todas estas desgraciadas..... poco mas ó menos.

Que la miseria las condujo á la deshonra.

Que no pudieron sufrir los malos *tratamientos* de su familia.

Que fueron engañadas por algun perjuro.....

Que deben su afrenta á alguno de nuestros presidentes, á

alguno de nuestros arzobispos, á algun mayordomo de monjas.....

Todo eso cuentan todas; pero Chucha ha querido guardar silencio sobre su pasado y sobre todo, sin ocuparse para nada de sí misma por ocuparse exclusivamente de mí.

Y ¡de qué manera!.....

Aconsejándome, sugiriéndome ideas sanas de honor y de virtud. Dándome saludables consejos.

¡Así pudo haberlo hecho una hermana ó una madre!

¡Pobre Chucha!.... Se comprende que no tiene mal *fondo*!...

Será preciso *considerarla.*

Y..... ¿será esta una perla arrojada en el fango?.....

No se atrevió Antonio á contestarse solo esta pregunta.

Si yo enamorase á esta mujer, sería inmenso el ridículo que cayera sobre mí.

Qué, ¿me querrá esta desgraciada?

Seria un verdadero caso raro ver que el amor invadia el corazon de una mujer como estas.

El placer mata necesariamente al sentimiento.

El sentimiento tiene de ser casto por precision.

Pero esta mujer..... sobre ser voluptuosa y hechicera, habia de ser buena!.....

Y lo es, no cabe duda, supuesto que sin el menor interes ha querido pertenecerme.

Y despues, ¡me ha visto de tal manera y me ha dado tales consejos!

Pero bien: estoy en lo dicho.

Esta mujer debe necesariamente de tener una historia.

Y la historia de esta pobre criatura no puede ménos de ser rara, interesante sobremanera.

Se fué en un coche.

¿Volverá?.....

CVIII.

Antonio fluctuaba, encerrado dentro de un millon de contradicciones y de misterios.

Atacada su indolencia, que no su castidad, por el atractivo fascinador de Chucha, habia penetrado en un nuevo sendero de flores raras.

Tenia desde la noche anterior el placer á su alcance, y se volvia loco llamándole *amor*.

Habia despertado la natural compasion de un alma susceptible de compadecerse de todo, y veia en aquella alma proporciones agigantadas.

A la hora en que Antonio pensaba lo que antes hemos escrito y trataba de descifrarse á Chucha como un logogrifo, Chucha ni se acordaba de Antonio y concurria á una cita de *un cualquiera*.

Y á esa misma hora Eugenia abria la ventana de su recámara para recibir el aire libre y ver quién pasaba por la Ribera de San Cosme.

Eugenia no habia vuelto á ver á Antonio y estaba triste.

Esa noche se habia desvelado pensando en las *musarañas*.

CAPÍTULO XVII.

UN REY, UN NAIPE, UN LOCO Y UN DEMONIO.

CIX.

Quede á los cronistas la narracion de los públicos sucesos cuya influencia definitiva determina el carácter de los distributivos y privados.

Un libro en que hoy se hablase á la par del corazon, de las aspiraciones y de los desengaños de un Don *Fulano de tal*, derivándolos principalmente de la actitud de lo que se llama la cosa pública, seria un libro singular.

Su autor no podria menos de ser considerado como un loco.

Las palabras *¿y qué?* forman la expresion del bienestar de muchas gentes.

Son la última salida de la conviccion derrotada.

Llegó un dia en que Antonio no tuvo dinero.

Despues llegó otro dia en el cual Antonio no tuvo nada.

Entonces se acordó del paraíso.

Pero lo que se llama *la calle de enmedio* no produce árboles frutales.

Entonces se dijo Antonio:

—«De las doscientas mil almas que hay en México, ciento cincuenta mil, á lo menos, viven de trabajar.

«El trabajo, este escamoteo sublime de lo que se necesita, á trueque de lo que no se necesita y necesitan otros.

«¿A cómo pagarán las rarezas en la plaza?

«Los hombres hemos nacido con las manos muy grandes, sin duda porque las mujeres han nacido con los piés muy chicos.

«Piedad me desprecia.

«Eugenia me compadece.

«Chucha se me entrega.

«Las dos primeras tienen los atractivos, la belleza, la fascinacion de unos ángeles.

«La segunda tiene la hermosura de un demonio.

«Pero yo he nacido demasiado caballero, mi alma es demasiado gran señora para sujetarla á diez minutos de lupanar.

«Y demasiado *progresista* para limitarse á adorar diosas de mármol puramente *paganas*.

«Me siento un poco Praxiteles.

«Phryna era linda.

«Pero Eugenia no es una cortesana.

«Ni es posible tampoco ni necesario *largarse* hasta Tebas para arreglar cuestiones amorosas.

«Porque yo estoy enamorado de.....

«¡Oh!..... yo estoy enamorado de Eugenia; sí, de Eugenia, la de los trages de moirée, la de las perlas y brillantes, la aristocrática y arrogante Eugenia.

«¡Qué mariposa tan llena de colores, de cambiantes y de miel que es ella!

«Con estas greñas, con estas patas y con estos codos rotos, no puedo *presentármele*, sino para arrancarla un

«¡Pufff!.....

«¡Cuánta poesía hay en mi corazon, Eugenia, *si vieras!*

«¡Oh! Pero la poesía no se ve.

«¡Vamos! Mas que de Apolo, necesito un D. Rafael Salin* ó cosa semejante.

«Necesito ser bicho de pluma por dentro y por fuera.

«Un rey gritó:

«¡Mi reino por un caballo!»

«Y yo digo:

«¡Mi corazon por un trapo limpio!»

«Eugenia es encantadora.....

«¡Pero estoy tan.....!»

En estos momentos entró Máximo, se sentó gravemente y dijo:

—Por María Santísima, Antonio, vé á ver lo que haces, porque estás indecentísimo ya.

—Bien, y ¿qué he de hacer?

—Aceptar.....

CX.

Estos arranques intempestivos eran del todo peculiares al carácter de Máximo.

Solia precipitarse sobre el espíritu descuidado de su amigo, y hacer presa.

Máximo discutia poco y obraba mucho.

Era hombre de ideas y de proyectos.

Sabia, por otra parte, vivir.

Máximo vivia *de hecho*, por expresarnos así, y vivia con la inflexible independencia de sus pocos y exactos principios, sin abrir la puerta á las teorías.....

* Sastre frances.

—¿Aceptar qué?—le preguntó Antonio sorprendido.

—Todo lo que se te ofrece.

Máximo aludia al *paquete* de «gloria y honores» que su amigo recibiera.

—Gracias por el consejo, contestó este; pero apenas puedo comprender cómo tu dedo de amigo pueda apuntarme hácia un abismo, pretendiendo encaminarme hácia el porvenir.

—Un abismo de *oro y rosa*, como tú dirias, dijo Máximo haciendo vibrar entre sus labios una sonrisa no poco despreciativa.

—Pero ¿no sabes que allí adonde me llevas, está la traicion, la vergüenza, el oprobio?.....

—Nunca está el oprobio en el dinero. Ese papel timbrado con las armas de un rey, ese *cartapacio* redactado en las exactas frases del lenguaje oficial, es para tí dinero, puro oro..... compréndelo.

Vas á volver lindos cuerpos de tus sombras chinescas; tu mitología va á ser mundo.

¡Goza un *tantito*, Antonio!..... Ya pareces un cadáver.

Elige entre el Emperador y un camilo.

¿Quién te puede decir nada por la hoja de higuera que se te manda desde un palacio que poco te importa esté construido, ya dentro del cuadrilátero ó bien á tiro de fusil de tu casa?

—Pues señor.....

—Ha llegado á México un archiduque que se pasea delante de todos apoderándose de todo.

Tú vas, y á *tentujos* le escamoteas algo del bolsillo de su chaleco.

Es una oportunidad de oro, medio envuelta en el pobre guiñapo de un pecado cuya absolucion no requiere un Santo Padre.

Desde luego yo te absuelvo de culpa y pena.....

No sino *inmacúlate*, y verás que venidos otros tiempos, D. Benito y los suyos sabrán matarte de hambre.

Inmacúlate, y los hombres de la República, ó mejor dicho, los hombres del Gobierno, preferirán muchas veces á los *maculados*.....

Porque en verdad en verdad te digo, que te esperan cruces y ayunos.

Antonio, como ya demasiado lo hemos visto, carecia de lo que nadie puede impunemente carecer en este mundo, so pena de carecer de todo.

Esto es, Antonio no tenia un ápice de táctica.

Tenedla, y vivireis bien.

Vivid para vosotros mismos como se os antoje; pero para el mundo emplead el arte, y el mundo os pasará todo.

Esta puede, á nuestro juicio, ser una observacion hecha muy á solas.

Porque el mundo es un juez al que no es lícito externar sus opiniones.

Y en tal sentido, puede bien decirse que este libro es un libro dicho en secreto al mundo entero.

¡Oh! ¡si nos fuese posible llamar aparte al mundo, suplicarle que *nos dispensase una palabra*, y decirle la verdad en presencia de él, de todo él!.....

—«No vas á servir á Maximiliano,» le habia dicho Máximo, «Es Maximiliano quien va á servirte á tí.....»

¿Le harás un desaire?

¿Qué diria S. M. si tú no quisieras aceptar esta cruz, esta invitacion y este empleo?

Te da el naipe, y el naipe es un rey.

CXI.

Para que nuestro amigo dejase de ser excéntrico, era enteramente preciso que dejase de ser Antonio.

Y hay hombres que, esperando su segundo nacimiento, son asaltados por la vejez y por la muerte, y caen al sepulcro abismados entre los escombros de los extremos.

Antonio quedó despues de aquella nueva charla de Máximo, como quedaba siempre que Máximo le charlaba;

Aturdido.

Sabia Máximo imprimir tales sacudidas al espíritu de Antonio, que le mareaba.

Los conceptos de aquel bárbaro no dejaban de entrañar un fondo profundamente filosófico.

En sus frases, á medias irónicas, á medias sinceras, y siempre terribles, habia alas, habia ramores, habia zumbidos, y Máximo envolvia á Antonio dentro de ellas como dentro de un enjambre de moscardones negros y dorados.

Arrebataba aquella alma y la llevaba á volar por todas partes.

Pero la soltaba en seguida, y aquella alma caia de golpe sobre la vida y se medio mataba.

Esto iba siendo ya muy á menudo.

Cuando Máximo le hablaba de las cosas reales de la vida, Antonio creia percibir en la voz de su amigo no sabemos qué vibracion muy semejante á la de dos piezas de oro chocándose.

Hasta su mirada solia tener una elocuencia tan expresiva é insinuante, que nuestro jóven creia ver en sus pupilas animadas por la conversacion, un par de escudos pegados en

aquella cara, en una singular confirmacion de aquel concepto:

«Los ojos son el espejo del alma.»

Cuando Máximo le dijo:—*Acepta;*

Agregó, como hemos visto, una singular parte expositiva á aquella palabra.

El rey era la *carta* fatal de Antonio.

La vida de Antonio, extravagante combinacion *birjánica*, le habia producido dos reyes.

El primero le habia dado algunas sumas de dinero.

Y ahora se le ofrecia todo en nombre del segundo.

Todo.

No hemos dicho mal, supuesto que es todo, para un hombre como Antonio, poseer la suma suficiente de dignidad, decoro, honores y dinero para adquirir lo que formaba el *todo* de nuestro jóven:

La realizacion de sus mas gratos ensueños.

Aquel gran *cartapacio* que le llegara, era un salvoconducto para su corazon.

Pero habia llegado á sus manos sellado, con *griphos*, águilas exóticas, armas raras.

Y solia venirle, aunque de un modo intermitente, esta idea:

¡Quizá sea *esto* una equivocacion!

Esto, es decir, una *cruz*, un *nombramiento*, una invitacion para bailes y festines en palacio.

Se volvió medio loco algunos momentos.

Le parecia que le invitaban á comer y á bailar desde el castillo de Miramar.

Pero aquello venia desde el palacio nacional de la República mexicana.

Vió á lo lejos los talegos imperiales con la boca entreabierta cual si sonriesen.

Mas lejos, en segundo término, habia *bouquets* de ilusiones con sus precios.

Para llegar á los segundos, era enteramente preciso pasar por los primeros.

No se presentaba otro camino.

¡Ah!!!

Id ahora á esperar á que vuestras flores se marchiten!.....

El becerro de oro se ostentaba con toda su profana y siniestra majestad.

Temió Antonio y tembló en presencia de la tentacion.

Mas tarde los hombres de la República habrian de reprocharle su abnegacion quijotesca y ridícula, como una virtud demasiado alta para este mundo demasiado vulgar y egoista.

CXII.

Maximiliano acostumbraba acompañar su retrato fotográfico á los diplomas de las personas á quienes condecoraba.

Tenia un aire bondadoso, aunque lleno de esa seriedad peculiar de todos los de su raza.

El labio inferior del presunto Emperador, caia de un modo exagerado, dejándose ver entre las crenchas de oro de su barba derramando una continua sonrisa.

No era posible que brotara otra expresion de aquella boca.

Aquel hombre, cuya agigantada estatura descollaba entre el inmenso círculo de sus aduladores y de sus amigos, iba siempre formando una marcada antítesis entre su carácter verdadero y la sencillez que aparentaba.

Es innegable que aquel hombre con su extraordinaria amabilidad, pudo arrojar de sí una extraordinaria fascinacion.

Era preciso un temple superior para evadirse de ella.

Sus limosnas y sus cocinas le produjeron un gran dato:

Cierta adhesion de parte de lo que todo el mundo llama decorosamente «las masas,» no queriendo llamarle «el pueblo bajo.»

Era una especie de divino Salvador, que sin pronunciar una sola palabra, se presentaba en ambos palacios, en la calle y en todas partes con un aire que creemos bien pudiera expresarse con estas palabras:

O vos omnes qui laboramini et operati estis, etc.

Pero ya antes hemos indicado, aunque muy pasajeramente, bajo qué abstracciones deben ser juzgadas las simpatías á que el jóven Hapsbourg pudo ser acreedor.

«¡Bien hecho!»

Dijo el mundo cuando supo su muerte.

Unos llevaron luto ostensible.

Otros interior.

CXIII.

Nuestros lectores querrán seguirnos de la mano en los diversos episodios de esta historia de un corazon y una cabeza.

Máximo habia salido á la calle y Antonio se habia encerrado en su aposento.

El primero se dirigió al Palacio, entonces llamado Imperial.

El segundo tomó un pedazo de papel y se puso á escribir una carta dirigida á una persona del Gobierno.

Y el Gobierno estaba entonces lejos, muy lejos; tanto, que se habia colocado ya fuera de tiro del cañon *intervencionista*.

En aquella carta acusaba Antonio á Maximiliano de que le queria *hacer algo*, empleando el mismo tono de un muchacho de escuela que denuncia una diablura.

Queria irse á la frontera.

Aquel escuálido racimo de miembros pretendia evadirse de nuevo, sin otra aspiracion que la de *inmacularse* en lo posible, sustrayéndose á la influencia del cielo *imperial*.

El cielo imperial, que llegó á ponerse azul y á parodiar serenidad inalterable ofuscando á tantos.

Antonio se presentaba al Gobierno desde México, y suspiraba por el *matalote* y el trabuco.

Pedia en su carta una mano que lo salvase de un abismo coronado de oro y flores.

El Imperio lo metia en un talego lleno de oro, y Antonio pugnaba por evadirse gritando un

De profundis clamavi ad te.

Que no fué escuchado ni atendido, pues que el Gobierno estaba demasiado lejos para ocuparse de oir ni de atender tales cosas.

Habia pasado la época de los bailes del Saltillo.

En consecuencia, nuestro jóven apetecia de buena fé el ostracismo, el desierto, la muerte.

Pensó en el «Bolson de Mapimí» como cualquiera otro en su caso mismo y en distintas épocas, hubiera pensado en las Thermópilas.

Aquellos papeles del Emperador le inocularon no sabemos qué de espartano.

¡El Bolson de Mapimí!

En aquel océano de arena se engolfó la dignidad nacional dentro de una cáscara de nuez.

Las sombras de nuestros antepasados, de los primeros hijos de la libertad mexicana, los genios á cuyo soplo la Patria fué, guiaron al Gobierno por el océano de polvo; y Napoleon, y el hijo de cien reyes, y la ilustrada opresion que se ejerciera sobre México, no bastó para mandarnos un Chrystophorus Colombo que se encargara de descubrir la América reasumi-

da en el *Indio* Juarez, que es grande por *algo*, que es mas grande por mucho. Lo *mucho*, es decir, lo indio, y como indio vencedor.

(Lejos del carácter y voluntad del autor adular á Juarez, ni á nadie.)

Si mas tarde la política de Juarez no le imprime el mérito que nadie le negó durante la intervencion, calificado está por el mundo.....

Nuestro jóven sintió que la patria le subia á la cabeza.

Y es que nos engrandece tener algo grande que desdeñar.

La carta de Antonio, desde la palabra «Señor» hasta la firma, revelaba una notable ingenuidad.

Chispeaban, por decirlo así, las frases como un tiroteo.

Allí iban manuscritas la sinceridad y el entusiasmo.

Antonio tenia miedo de llegar á experimentar toda la influencia de la tentacion.

La tentacion, que venia envuelta en aquella especie de cartucho de cosas buenas,

Que lo eran sin duda, supuesto que tenemos que lo bueno es relativo.

Selló su carta.

La lanzó.

Esperó.

Á Antonio se le empleaba en una de las secretarías de Estado.

El secretario de aquella secretaría era hombre de poca paciencia y nada irresoluto.

Un anciano grave y austero de los que *creyeron* y *no fueron* salvos.

A los pocos dias del nombramiento de Antonio, el ministro mandó que nuestro jóven se presentase á cumplir.

Antonio fué citado de un modo breve, exacto, terminante.

No habia subterfugio ni evasiva posible.

Si hubiese pronunciado una palabra, *acepto*, aquella palabra hubiera volado á sellarle la frente como una marca ignominiosa.....

Máximo le preguntó una tarde simplemente esto:

—«¿Qué sucede?»

Antonio no contestó.

Y á poco rato, ambos, asidos del brazo y sin decir una palabra, salieron «á dar una vuelta.»

La Alameda estaba magnífica. Se habia trasformado esa tarde en un verdadero canastillo lleno de rosas y verdura.

Por todas partes se deslizaban muchachas seductoras.

Por todas partes ardian los ojos y sonreian los labios.

Todo estaba entreabierto, húmedo, fresco y voluptuoso.

Revelaban todos hallarse bien.

Antonio olvidó algunos momentos que se hallaba mal.

Llegó á sonreir distraido y pensando que la vida era algo distinto de lo que es la vida.

Suele México en sus peores circunstancias apechugar con un giron de filosofía y velar su cara con una mascarilla color de rosa.

En una de las calles de la Alameda, ambos jóvenes distinguieron á lo lejos á Piedad y á Eugenia, que venian asidas del brazo y departiendo amigablemente.

Esta, al descubrir á Antonio y á Máximo su compañero, se puso ligeramente roja.

Aquella ligeramente pálida.

Eugenia inclinó ligeramente la cabeza y Piedad la volvió del lado contrario, pero con la mayor naturalidad del mundo.

Antonio vió que habia sido visto, y sintió que una *flama* le abrasaba el semblante.

Máximo siguió *maquinalmente* silbando una marcha austriaca muy en boga.

—¡Cada dia está mas linda Eugenia!—dijo á los pocos momentos volviendo la cabeza hácia donde iban ambas jóvenes.

Casi al mismo tiempo que Máximo, Eugenia habia vuelto la cabeza.

Antonio, al notarlo, se puso densamente pálido y arrojó un profundo suspiro.

—No se ha de haber vuelto para verme *á mí*.—pensó sintiéndose completamente humillado, y sintiendo tambien que una melancolía mortal invadia su corazon.

Despues creyó que Máximo sonreia con cierta fatuidad impertinente.

Algo muy amargo le oprimió el alma. Algo muy innoble le hizo temblar.

Máximo iba muy bien puesto y él muy mal.

Tuvo envidia de las ropas y del continente de su amigo.

Al acercarse al lado de la Alameda que da frente del convento de San Diego, se volvieron ambos bruscamente para regresar al centro por otra calle.

En la *glorieta* estaba un oficial frances con una muchacha elegantemente peinada y llena de flores, cintas y colorete.

Era Chucha.

Chucha, el último y grotesco redentor de las tontas culpas de Antonio.

Solo faltaba en aquel fragmento del cuadro de su vida una figura, y esta figura pasó á lo lejos.

Maximiliano.

El archiduque imperante, el Emperador archiduque, el *Nos* austriaco incrustado en México como una rara piedrezuela

añadida al *tableau mosaïque* de nuestras revueltas y de nuestras extravagancias políticas.

El «Emperador» iba haciendo *cortesías* y saludando á todos sus consabidos «vasallos» con su sombrero *papier maché*.

Antonio creyó que le habia saludado directamente, y murmuró con cierta vocecilla inexplicable un

—*Buenas tardes, señor*,

Que hizo sonreir á Máximo de una manera terrible.

—¡No es *chocante* este muchacho!—añadió Antonio á los pocos instantes, muy serio y aludiendo á Maximiliano.

—*Mn! Mn!*—murmuró Máximo por única respuesta, y siguió sonriendo de una manera insultante.

Pero Antonio no hizo caso.

A pesar de sus trapos viejos, de la sonrisa de Máximo, de la circunspeccion de Eugenia, nuestro jóven sintió que el demonio de la altanería se anidaba en su pecho.

¡Tenia derecho para colgar una cruz al ojal estropeado de su andrajosa levita!

Por otra parte:

¡Qué barbaridad de Piedad con haber vuelto la cabeza y revelarse tan indiferente!.....

¡Una cruz de oro en un guiñapo de levita!

¡Sílfides, acorred!.....

.....Suele el cielo enmarañarse como la cabeza de un loco.

Cuando las nubes se usan, se gastan, se rompen, y en medio de este muladar de vapores, de esta mendicidad de codos rotos que se nota en la altura, de este inmenso cesto de trapero que se ha desparcido por el espacio, tiemblan ricos, vibrantes y valiosos mil brillantes luceros, deseos vienen de increpar al *Señor del éter* por sus harapos y por sus diamantes, y decirle:

—«¡Hombre, por Dios, qué desfiguros!.....»

Y nuestro jóven al pensar esto, rió de un modo burlon de su levita, de sus amores, de sus condecoraciones y de S. M.

Y murmuró entre dientes:

—¡*Qué gente decente tan ordinaria soy yo!*

Y suspiró con uno de esos suspiros de Antonio empapados en lágrimas interiores.

Eugenia habia pasado por allí muy elegante.

Cuando la vió Antonio, dijo para sí:

—*Acepto.*

Y fué que el magnífico tocado de Eugenia, su elegante manteleta de *gró* y sus pequeños botines de seda, formaban un contraste con *las fachas* de nuestro amigo; y la susceptibilidad nerviosa y sentimental de Antonio era compatible con todo, menos con las antítesis terribles en medio de las cuales se apuesta un corazon como una parada á un albur.

Y Antonio, temblando de miedo, habia apostado su corazon y lo aproximaba un poco *al rey*.

La tarde seguia serena, voluptuosa y perfumada.

Parecia que coqueteaba enseñando los hombros por las suaves y risueñas cumbres de las colinas, y los lindos piés por entre las rosas de los vergeles y las linfas de los arroyos que murmuraban como besos al pasar.

El crepúsculo empezó á *indicarse*, por decirlo así, como una promesa de sombras, de misterio, de noche, de amor.

Antonio, que estaba enamorado, hacia tiempo que habia perdido la cabeza.

Esa tarde acabó de perder el corazon, y lleno de esperanzas y deseos, se volvió á buscar á Eugenia.

Eugenia habia desaparecido.

Máximo seguia sonriendo de un modo tan tenaz como impertinente.

Tambien Máximo se cubria á los ojos de Antonio, de crepúsculo, de sombras, de misterios, pero terribles.

Antonio empezó á no querer verle de frente, sino de lado y como al soslayo.

De la misma manera, y al regresar, observando la invariable sonrisa de su amigo, le hubiera Antonio dado un sosquin, sin darse verdaderamente cuenta por qué.

CXIV.

Aquella tarde habia producido una influencia acariciadora y habia derramado suavidad y perfume en todas partes.

Habia flores, porque en México siempre las hay.

Y acontece que las flores del verjel suelen hallarse en íntima relacion con las flores del alma.

Se habrá comprendido que somos desesperadamente soñadores; y así pues, cuando una camelia purpúrea, fresca y esbelta sonríe desatándose sobre su tallo, solemos aproximarla delicadamente á nuestros labios, y nos parece oir que estallan todos los besos mas enamorados de los amores.....

Y ¿quién no recuerda entonces á *ella*?

Piedad habia venido á pasar en México una temporada y prolongaba su permanencia en México, viviendo cerca de la casita de Eugenia en San Cosme.

Piedad, artista espontánea, habia encontrado un *no sé qué* armonioso y agradable en aquella hermosa jóven y en aquella casita simpática, en la cual habia un jardin interior.

Los jardines interiores tienen un misterioso atractivo.

Cuando desde lejos se percibe un grupo de árboles plantados en el interior de un rústico edificio, y esos árboles dejan descubrir solamente sus cabelleras verdes y agitadas, parece que al pié invisible de los mismos vive y crece la felicidad del tranquilo hogar, protegida por esos amigos vegetales que extienden sus ramas como brazos para guardar á las flores de las tormentas.

Piedad, como hemos dicho, vivia cerca de Eugenia; pero en su casa no habia jardin.

La jóven habia hecho hacia algunos meses este descubrimiento:

Que no amaba á Antonio;

Que nunca lo habia amado.

Esto la hizo sufrir.

El sufrimiento y la melancolía son consecuencias inmediatas y naturales de la desilusion.

«Allá viene»—habreis dicho mil veces refiriéndoos á la felicidad que bajo cualquiera forma entreveis á lo lejos.

Se acerca, veis bien, y «¡no era ella!»

La vida está llena de estos myopes.

Tambien hemos indicado que la jóven era nerviosa, susceptible, un tanto soñadora.

Pero muy pasajeramente.

Las mujeres tendrán mucho que reprochar á los hombres; pero en ningun caso y en ningun sentido deben pronunciar la palabra *inconstancia*.

Antonio habia pulsado aquel corazon como un instrumento músico.

La pulsacion fué enérgica, y las cuerdas habian producido una vibracion armoniosa, prolongada, bellísima.

Pero aquellas cuerdas se aflojaron y aquel instrumento perdió su temple.

Cuando la jóven llegó á México, ya no pensaba en Antonio sino muy de tarde en tarde, y como hubiera pensado en un loco digno de compasion por su carácter anómalo é indomable, y digno tambien de ciertas consideraciones, pues que alguna vez la habia amado de buena fé.

En tal estado moral, la melancolía, decíamos, es una condicion necesaria.

Estaba afectada, en su corazon habia una cicatriz; pero en su frente ninguna huella amargosa se percibia.

Es notable la influencia que ejercen en el alma circunstancias puramente exteriores, por expresarnos así.

Eugenia pálida, hermosa, melancólica y aislada en S. Cosme, cumplia con todas condiciones de simpatía y atractivo.

No hubiera llamado la atencion de un transeunte vulgar.

Pero Piedad la vió pasar repetidas ocasiones por su casa, y otras varias pasó por la de Eugenia, y resultó que fué amiga de la bella casita y de la jóven que la habitaba, espiritual é interesante sobremanera.

Eugenia la oyó cantar, y Eugenia amaba lo bello en todas partes.

Las frases armoniosas de Piedad brotaban húmedas como de llanto interior. Trémulas, dulces y vibrantes como suspiros de melancolía.

Por nuestra parte no creemos poder asegurar á nuestros lectores si llegaron solamente á *tratarse*, ó si realmente fueron amigas.

Aquí podriamos sin duda *insertar* la brillante *tirade* que *nuestro maestro* Alfonso Karr lanza á la amistad en uno de sus libros mas espirituales.

Para nada diremos sino este sencillo concepto fácilmente expresivo de la verdad.

Esto es:

Qué demasiado llano consideramos el que dos flores se aproximen en llegar á unirse.

Esa tarde suspiraron ambas, porque todo suspiraba esa tarde.

Piedad, sin duda, pensó en que no existe en el mundo un Antonio cual ella se lo habia figurado.

Eugenia tambien suspiró, pensando acaso que nada en el mundo existe que valga la pena de que por ella se suspire.

Habian dado *vueltas* y paseos en la Alameda por todos los lados del jardin y en todos sentidos.

Cuando Máximo y Antonio las encontraron iban fatigadas.

Terminaron su paseo por todo el perímetro de aquel jardin y en seguida se dirigieron ambas hácia San Cosme.

Entraron en la casita de Eugenia, persuadidas de que iban seguidas por nuestros jóvenes.

No penetraron hasta las habitaciones, sino que se quedaron en el jardin.

—¿No le parece á vd. que este señor es demasiado abandonado?—dijo Eugenia, refiriéndose indudablemente á Antonio.

—¡Qué, si es perdido!

—¡Lástima por cierto!

—Y cuando visitaba á vd. ¿era lo mismo?

—Entonces se *cuidaba* un poco mas.

—¿De qué *dimanará* este abandono?..... ¡Por Dios!

Piedad no contestó, sino que se limitó á hacer un gesteciillo que bien pudiera traducirse con estas palabras: «Sépalo Dios.»

A esta sazon el crepúsculo avanzaba rápidamente, envolviendo en sus sombras á todo el hemisferio.

En el horizonte rodaba el «cúmulus» relampaguéando y tronando como el agrupamiento de los airados espíritus de la tempestad.

Empezó á soplar el viento.

Las rosas de aquel pequeñuelo jardin empezaron á doblegarse bajo el soplo del aire, y bajo el golpe de uno que otro *goterpo* que caia.

Eugenia y Piedad, que hacia pocos momentos habian tomado asiento sobre un banco de césped, se levantaron repentinamente al observar aquel cambio del tiempo.

Mientras Eugenia arreglaba sus lindos cabellos descompuestos por el aire, Piedad dió algunos pasos hácia la verja de madera pintada de verde que separaba el jardin del patio de la casa.

Aquella verja se prolongaba hasta unirse á una de las paredes laterales del jardin.

Al llegar allí vió que por el lado opuesto al en que se hallaba, habia una linda violeta, cuyo tallo pasaba por entre los de la verja, pretendió cortar una de aquellas flores.

Era preciso, para lograr su intento, vencer alguna leve dificultad ó resolverse á dar la vuelta.

Volvió casualmente la cabeza y vió que Eugenia cortaba un feston de madreselvas y adornaba con ellas su cabeza hermosa y espiritual.

Tornó Piedad á inclinarse, y en esos momentos, á poca distancia de sus dedos, cayó un objeto, causándole una momentánea sorpresa.

Era un billete adherido á un pequeño ramo de *alhelíes*, *pensamientos*, etc.

Apoderóse del billete y lo guardó precipitadamente en su regazo. Levantó la cabeza para ver hácia el lugar por donde aquello habia pasado, y una cabeza masculina, cubierta con el *kepí* militar, se ocultó violentamente tras el borde superior del muro, esquivando la mirada de la muchacha.

Con igual precipitacion se lanzó Piedad á la puerta de la

calle para observar, y solo vió á una jóven del brazo de un oficial francés.

Aquella jóven tenia por cierto *muy mal aspecto*.

Le sobraba descoco y empleaba un desenfado infinito para levantar su trage, dejando admirar un par de piernas delgadas, que redondas y finas, y unas piés no destituidos de atractivo y lujosamente calzados con unos botines de color muy claro.

Piedad quedó en un círculo de confusiones, y tomó hácia adonde habia dejado á su compañera.

Esta se acercaba coronada casi de madreselvas y exasperada con el aire que soplaba sobre su elegante trage, dejando ver algo mas que los lindos piés de aquella especie de dríada encantadora.

Si algo habia observado, nada dijo y de nada se dió por entendida.

—¡Está haciendo un aire!..... ¿No le parece á vd. que nos vayamos?.....—Fué lo único que le dijo á Piedad, que se hallaba por cierto conmovida y agitada.

—*Cuando vd. quiera*—contestó esta, temblándole aún la voz.

Y ambas unidas, aunque sin asimarse las manos ó de los brazos, como suelen hacerlo las buenas amigas, se dirigieron al interior de la casa.

Aquel nuevo proyectil que habia ido á parar hasta el seno de Piedad, le produjo una inquietud terrible.

La heria en el pecho aquella carta como un tiro.

No podia ser sino de Antonio.

Pero qué... ¿seria capaz de insistir? ¿Qué podria decirle de nuevo?

—Tal vez hice mal—pensó—en recoger esto. Pero no podia quedarse allí tirado. Es prudente haberlo quitado de allí...

¡Quién será este oficial y quién será la mujer que llevaba!.....

Se quedó un corto rato pensativa.

Se hallaba en uno de los lados del estrado de aquella alegre salita, que en aquellos momentos estaba poblada de sombras.

Tambien sintió la jóven que su mente se poblaba de sombras, y que lo que se llama «humor negro» penetraba hasta la médula de sus huesos.

Eugenia se hallaba en el otro lado de la sala apoyada contra el marco de la vidriera que comunicaba con el patiecito.

A poco rato *tocaron*.

Tocar es acercarse á una puerta, tirar del cordon de la campanilla, ó golpear sobre una de las batientes para que vigan adentro que álguien está ahí.

Suele tocarse á la puerta de un modo ostensible cuando se trata de que le abran á uno la entrada del corazon.

El enamorado que toca, toca de una manera.....

Si de tu corazon toco á la puerta,
Temblando de emocion cabe tu Eden,
Angel del corazon, ¿la hallaré abierta?
¿No me preguntas al oirme—*¿Quién?*

Si de tus lindos ojos las miradas
Pagan con su ternura mi hondo afan,
¿Tendrás tus puertas á mi amor cerradas?
¿O al escuchar que llamo, dirás—*¡Van!?*

Si comprendes, mi bien, cuánto te amo,
La entrada de tu Eden no cierres, no;
Y si á la puerta de tu cielo llamo,
No preguntes—*¿Quién es?*—porque—*¡soy yo!*

Eugenia desapareció completamente de la sala y salió á abrir.

Era un criado como cualquiera otro, que le llevaba un pequeño billete y sin querer decir de parte de quien.

Despues de algunos instantes de vacilacion, la muchacha se resolvió á tomar el billete y despidió al criado.

Casi á la misma hora ambas jóvenes leyeron sus billetes. Piedad á la luz de un cerillo en la sala, y Eugenia á la precaria luz del farolillo del patio.

El de Piedad decia, poco mas ó menos, de esta manera:

«Creo á vd., Piedad, suficientemente noble y buena para oirme aún. Nuestros amores pasados han podido dejar en mi alma un infinito de amargura. Hay en mi corazon un sepulcro cavado por vd.; pero aun no me atrevo á abismar en él mi última ilusion y mi última esperanza.

«¡Piedad! Reflexione vd. y no sea ingrata y cruel hasta matarme. La sociedad entera sancionó nuestro amor como un hecho positivo. Nuestro corazon y nuestras mútuas ilusiones se vieron coronadas con el perfecto acuerdo de toda la sociedad. No se rompen impunemente relaciones como las nuestras. Habiamos andado demasiado por el sendero de la felicidad para desandarlo sin dejar arrojados en él, vd. su dignidad, profanada acaso por la maledicencia, y yo mi corazon y mi orgullo, hechos pedazos á sus piés.

«Ámeme vd., Piedad; revoque con una sola palabra la sentencia que me tiene abismado en la angustia y el tormento; tenga vd. valor y abnégacion, y al través de mi *posicion*, sabrémos, no obstante, hallar el cielo.—*A****»

La jóven hizo pedazos aquella carta con desprecio, y se paró á arrojarlos en un rincon de la sala.

Eugenia habia leido este *de profundis*:

«Eugenia: Desde aquí de esos abismos sociales que se llaman de muy diversa manera y que yo no me atrevo á detallar-

le, brotan para vd. un amor y un corazon dignos, nobles y grandes.

«Desde ese abismo, desde esas sombras *me atrevo* á amar á vd., porque la creo tan *buena* y *generosa* como es bella.

«¿Me será lícito abrigar una esperanza?

«¿Me amará vd. alguna vez, Eugenia?

«Piense vd. que una sola palabra *de sus* labios puede devolver toda la felicidad á *su* desgraciado—á ***».

Eugenia frunció su lindo entrecejo, contrariada por los conceptos de aquella carta que nosotros hemos procurado marcar con *bastardilla*.

—Creí que me pedia prestado—dijo procurando olvidar generosamente aquellos conceptos.

Volvió á entrar en la sala un tanto preocupada y encontró á Piedad poco mas ó menos en el mismo estado.

Las mujeres poseen un instinto maravilloso para los secretos amorosos.

Eugenia no pudo menos de llamar su atencion á los fragmentos de papel arrojados en un rincon.

Para Piedad no pasó desapercibida la turbacion de Eugenia.

Ya á la luz de la vela pudo ver que las manos de Eugenia daban vueltas á un billete, que creyó encontrar muy semejante al que ella habia levantado del jardin y hecho pedazos.

¿La arrojarian otro?

Ah!..... No..... sino que *tocaron*.

Eugenia fué á sentarse al lado de Piedad y le dijo de un modo intempestivo:

—¿Creerá vd. que me he entristecido un poco desde hace un rato?..... y me parece que á vd. le ha pasado otro tanto.

Piedad sonrió de un modo amargo, y por única respuesta lanzó uno de esos suspiros que bien pudieran llamarse «involuntarios.....»

[illegible]

— ¿Creerás que me parecí, [illegible] mo á Antonio al sentarse sobre el [illegible] chándose el *bueno*, que [illegible]

— ¿Qué tienes?

— Que me fastidio soberanamente.

— Estarás [illegible]

— Es cierto [illegible]

— ¿Mañana [illegible]

— Qué sé yo: á ninguna parte, á todas, [illegible] ca, ó adonde primero me ocurra.

Y al decir estas palabras, [illegible] su *mal humor* en nubes de humo pálido y compacto.

— Y luego que tú tienes el mal gusto de [illegible] cian, de pereza, de [illegible] dándose con las manos metidas dentro de los bolsillos de su [illegible]

— Tú has de haber nacido sin nervios. Los mas enérgicos excitantes morales pierden todo su valor al aplicarse á tu organizacion de seda. Por la centésima vez te digo que no tienes corazon.

Antonio guardó silencio, y á su vez se levantó encendiendo un cigarrillo, cuya extremidad se clavó entre los labios con [illegible] su permanencia indescriptible.

— Vamos á hacer cualquiera *calaverada* ó cualquiera tontería que me saque de este [illegible] Tiene razon, yo necesitamos un poco de *cerquita*.

Y diciendo estas palabras se dirigió á la *mesa de noche*, tomó un fieltro, un poco de dinero en *menudo* que habia en el cajon, y un par de pistolas de bolsillo.

Alargó una á Antonio y partió apresuradamente con él la carta que habia tomado.

—Es necesario una ausencia, aunque sea á costa de un desórden y algunos gastos. En la cartera tienes tres ó cuatro billetes de banco.

Y ofreciendo el brazo á Antonio, salieron de nuevo á la calle.

La calle de cuchillo nunca ha sido una [illegible]

Es la desheredacion que hace la sociedad de sus hijos que no la sirven, ó de los que renuncian á las que llamamos ventajas sociales.

Nuestros jóvenes se dirigieron á una casa de juego.

Ambos preferian la sociedad [illegible]

Máximo dejó en la mesa y obligó á Antonio á que dijera algunas [illegible]

Estaba sonando [illegible]

Todo admite excepciones y de todo se escapan [illegible] hasta del honor.

El honor, que tantas veces duerme debajo de la [illegible] del prócer [illegible] en la hoja del puñal del sicario.

El honor, que no entiende [illegible] agitado por tan diversas [illegible] *Dei gloriam* de Loyola, como «Libertad, Igualdad, Fraternidad,» que emplean mas á menudo las [illegible] de carácter mas tiránico.

Cuando nuestros jóvenes entraron en la sala, [illegible] aquello de oro y de [illegible]

Todos los hombres estaban sellados. Se [illegible] un silencio profundo, y no resonaba otro acento que el del metal.

Antonio pensó, entrando, abdicar de toda timidez.

Iba á ser muy atrevido.

Nada tenia ya que perder, pues que ya lo habia perdido todo, y era preciso ver si todo lo ganaba.

Acaso esa noche empezó á germinar *en el corazon de su cerebro*, como en un seno materno, el feto de un nuevo ser.

Antonio sintió que un embrion levísimo de oro le saltaba dentro de los dedos, como puede una madre sentir el primer movimiento vital del ser que lleva en las entrañas.

Es verdad que su alma y su dignidad estaban descubiertas sin pudor.

¿Y qué?.....

El tahur que gana, debia de ser el hombre de bien que pierde.

Pero es el caso que el mundo no ve mas que el hombre que tiene dinero, ó mejor dicho, el dinero que tiene un hombre.

Esta es una teoría que era ya conocida de Antonio.

El *tahiam* puede brotar indiferentemente de una taberna ó de un palacio.

Pues que el dinero rueda demasiado y por todas partes.

Por los palacios y por los garitos.

Si todo el mundo hubiera sabido que Antonio recibirá la «duplicacion de su parada» de un rey de palacio, no hubiera podido comprender, sin calificar á nuestro jóven de un insensato, cómo iba á buscar el dinero pidiéndolo á un rey de garito.

Entre *tahur* y *traidor*, Antonio solo veia este medio:

«Miseria.»

El gran señor ó gran republicano á quien habia pedido desde México el término medio, no le habia hecho caso.

No habia tenido contestacion de su carta.

¡Pues á jugar! Si aquel señor hubiera hallándose en su lugar, hubiera acaso jugado igualmente.....

¡No sabemos á qué *carta* hubiera *ido!*

Antonio agitaba en el bolsillo de su chaleco sus monedas y sus sentimientos.

En su cartera tenia guardados sus billetes de banco y sus ideas decentes.

Cuando un hombre dice:

«Vaya el mundo al *tal!*»

Está en ocasion muy próxima de agradar al mundo, *dándole por su juego.*

Salieron diversas cartas, pero Antonio no se atrevió á *ir* á ninguna de ellas, pues que no las hallaba suficientemente emblemáticas de su propia situacion.

Cuando salió un rey, Antonio *fué á la contraria.*

Perdió.

Ya creemos haber dicho que uno de los defectos ó una de las cualidades de Antonio, era el profesar abiertamente lo que se llama *la fatalidad* ó el fatalismo.

El honor, el decoro, la dignidad, el orgullo, todas las facultades buenas y malas de aquel desgraciado muchacho, sufrieron durante aquellas largas horas de una noche de azar, mil repliegues, mil dobleces, mil *estrujones* al *barajarse* aquellos inmundos naipes, á cuyas combinaciones habia confiado toda su alma.

Aquella partida era *ocasiéria.*

Sobre la carpeta verde estaban puestas dos mil *onzas.*

La omnipotencia fundida en un Pactolo que fluia en diversos sentidos y en innumerables venas.

Allá habia *máquinas* bebedoras de oro, entidades hidrópicas de esperanzas, moribundos de ese *cólera morbo* que se llama el deseo.

Los naipes, esta siniestra biblia de la desesperacion, este código del acaso, este Koran de la ventura, se esponian, pa-

rodiando el trastorno, el desórden, el cataclismo de todos aquellos desventurados que pretendian descifrar su «mañana» en uno de esos jeroglíficos del cinismo que el vulgo llama *mono* y «carta blanca.»

Antonio iba á apostar con ilusion, pero con lo que se llama «aplomo.»

Llevaba una lista de lo que necesitaba para establecerse y llamar á la felicidad con orgullo y buena fé.

Tenia el proyecto de *sonar la bolsa de su chaleco* al dios de los sueños inocentes, y decirle:

—¡*Ahora tú!*.....

Y marchar en seguida á decirle á la primera linda rica que le ocurriese:

—¡*Vaya vd. á toditos los diablos!*.....

E ir en seguida á pedir la mano de la primera simpática *bohemia* que atravesase por la calle para ir á empeñar su *tápalo* ó á entregar sus costuras en el almacen de monsieur Maugard.

CXVI.

¿Recordais, lectores, que Antonio habia formado el presupuesto de su felicidad en pesetas, en miserables, *en mondadas cifras?*

Ese presupuesto, el mismo, el original, iba *adjunto* á los billetes de banco que nuestro *tahur* llevaba en su cartera.

—*Corre*, dijo el *tahulor* con voz de ángel, de demonio, de banquero en fin.

Tambien se trataba de «un rey.»

Antonio *fué* la mitad de su fortuna, y ganó.

Habia apostado al *mono* contra una *carta blanca*.

Al contar los cien duros que se le pagaron, involuntariamente, loco, vertiginoso, creíamos *para sí*:

—«¡Acepto!!!.....»

Y marcó en su *presupuesto* la cantidad que aquella ganancia le cubria.

Antonio tuvo la satisfaccion de ganar, de triunfar, de fuerza de voluntad para esperar á hacer sus apuestas solo cuando saliesen reyes.

Máximo le vió con ojos extraviados.

Los cien duros que habia ganado Antonio los habia perdido su compañero.

—«¡Es lo mismo!»—pensó.

Máximo, despues de ver que habia perdido, vió que Antonio habia ganado.

Comprimió con ambas manos el desordenado latir de su corazon lleno de ira, se mordió los labios, se destrozó la epidermis del pecho, y dijo *entre dientes*:

—¡Ah!..... ¡Pero no es lo mismo!.....

Y ninguno de ambos jugó el siguiente albur, pues que en él no habia un rey.

Aquel libro, que bien podria llamarse la obra en que está consignada la alternativa, volvia sus páginas, alternaba sus caprichosas figuras, escamoteaba jugando con aquellos veinte reyes de la creacion que creian jugar con él.

Antonio estaba bajo una influencia singular. En lo que se llama «un cuarto de hora.»

El rey «tomaba cartas» en lo que puede llamarse el destino de nuestro jóven.

Máximo, que hacia tiempo se habia fatigado de ser para Antonio el predicador de una extravagante moral, esa noche no pudo sufrir impasible la buena suerte de su amigo.

Y mas cuando era á expensas de la suya.

Ya tenia el amante de Piedad una pequeña montaña de oro.

Hacia largo rato que habia cubierto con cifras, que llamaremos positivas ó existentes, todo su presupuesto.

Solo habian salido dos reyes.

Salió á poco rato el tercero, y Antonio, afectando una calma perfectamente natural y aproximando al naipe real todo cuanto poseia delante, dijo:

— *¡Va todo al rey!* .....

El círculo de tahures se fijó íntegro en nuestro jóven; y Máximo llevó las manos á la frente con expresion desesperada y murmurando:

— Ah!..... bandido, vas á *desmontar!*

Y salió de allí violentamente.

CAPÍTULO XVIII.

UN AMOR DE LO ANTIGUO.

CXVII.

En todo sentido y de todas maneras puede decirse que nos quedan vestigios de las edades que pasaron.

Si esto no fuera cierto, los anticuarios y los arqueólogos serian unos locos muy divertidos.

El polvo del pasado suele traernos perfumes poco del gusto de la multitud; pero como nada hay nuevo bajo el sol, preciso será aceptar aquello de que los extremos se tocan, aceptando lo nuevo en lo viejo.

¿Quereis algo bueno y original?

Bien, ¡resucitadlo!

Nosotros solemos hallar capullos nacientes de rosa entre el polvo de los siglos, y creemos que hallamos cabellos blancos en lo que nació ayer.

El protagonista de esta historia (que lo es, podemos asegurarlo) padecia el mismo mal.

Y á fé que un anacronismo *inventado* en el siglo XIX, y si este anacronismo es de carne y hueso, viene á remolcar al

mundo una existencia—catástrofe, grave y punible como un pecado.

La sociedad condena al anacoretismo á morir de hambre sin hacer nada, y mas tarde inyecta el cadáver, le llena de flores, y bajo una aureola de no sabemos qué luz, le pone para siempre detrás de los aparadores de un museo.

La gloria humana es una *tarjeta* colocada al pié de una momia.....

CXVIII.

El fondo del carácter de nuestro Antonio cuando aun era niño y estudiante, puede explicarse con aquello que nos dice Horacio:

Atque inter sylvas Academi quærere verum.

Hubiera aprendido cuanto le hubieran enseñado, paseando en los jardines de Cerámico cerca de Atenas, y no pudo *hacer letra* en el colegio perfectamente urbano de

Platon hubiera sacado aun *partido* de nuestro jóven, y no pudo sacarle en México ninguno de los célebres doctores y de los eminentes sabios bajo cuya direccion estaba.

Si hubiera existido un *Cimon* que se hubiese encargado de embellecerle su colegio con árboles, arroyos y flores, nuestro protagonista, eterno soñador de cosas tan bellas como imposibles, hubiera descubierto á Helena en un arranque de su loca imaginacion, y Diógenes Laercio nos le trajera en su *Vita Platonis*.....

Una ocasion descubrió, no sabemos cómo, una hermosa copia de la hermosísima Venus de Praxíteles, y exclamó lleno de entusiasmo:

—¡Oh Phryné, tú me hubieras amado!.....

Sócrates y Pericles habian hecho [illegible] la influencia del talento y de la hermosura de la Aspasia de Mileto.

La Aspasia, hija de Hermótimo, [illegible] hecho un santo.

Para nuestro Antonio [illegible] el año de 1834 [illegible] Ja Olimpiada, el año 12 de la CIV Olimpiada, [illegible] Divina Majestad.

Y en consecuencia, no amó á ninguna de ambas Aspasias, sino pura y simplemente á Eugenia.

No era, por otra parte, un raudal de fuego abrasador.

Si hubiera hallado en medio de su camino á la poetisa de «los siete carbones encendidos,» á la amante de Phaon, á la beldad de Lesbos ó de Mitilene, le hubiera dicho sin remedio:

—«¡No sea vd. tan exagerada!...»

Y hubiera guardado en una elegante caja, con mas esmero aún que Dionisio de Halicarnaso y el *Pethárico Tomgino*, la «Oda á Vénus» dejada por la viuda de la *Andrómita*.

Nada mas.

¡Pero Eugenia!

¡Esa adorable Eugenia, toda corazon, toda sentimiento y ternura!

¡Eugenia, que poseia la doble belleza del alma y del cuerpo, vestal consagradora del fuego divino, sacerdotisa eterna del amor, ángel adorador de todo lo grande y de todo lo bello!

Eugenia habia impreso un *stigma* de fuego en el corazon de su amante, y Antonio comprendió que la habia amado y que la amaba *predestinadamente*.

La amaba mucho mas de lo que creia, pues que la amaba hasta la desesperacion, y era en su amor una de esas grandezas del alma que se llaman «amores sin esperanza.»

El *cachitril* de nuestro amigo estaba purificado.

Cada noche, al llamar al sueño, el *sueño* se tornaba en *sueños*.

Cada sobre contenía una florecilla de tres pétalos que el cielo le enviaba como símbolo de amores eternos y puros.

Aquel soñador loco y profano llegó á buscar las palabras mas bellas de los cánticos santos, y alguna vez pronunciaron sus labios la palabra

Virtud.

El amor puro, y que vuela libre, grande y hermoso sobre las exigencias de los sentidos, jamas disputa el nombre de su objeto.

El que ama bien, interpela desde el *fondo* del corazon á su amor, llamándole indistintamente «ángel,» «esposa» ó «dios,» y Antonio creia que Eugenia estaba

«En el cielo, en la tierra, y en todo lugar.»

Cuando sentia sublevársele lo que todos tenemos de artistas cuando amamos, y recordaba el bellísimo seno de la muchacha, sus diminutas manos y sus lindos piés, hubiera querido levantar «mano airada» contra sí mismo, ofendido de ser hombre.

El pudor, hemos creido siempre, es el deseo reprimido.

El pudor es la fuerza.

Es la salud del cuerpo en los difíciles veles de la idoneidad, y es el sol el punto de la creacion.

Es el paraíso, pero vamos.

El paraíso es el misterio.

Eva, temblando de tímido placer bajo las caricias de su amante, desnuda, circuida por todas partes de violetas y madreselvas, Eva, así es casta, es sublime, es inocente hasta donde puede aparecerlo.

Una coqueta maligna y pervertida puede en un segundo hacer un Vesubio del corazon de un niño ó de un ángel, y aquel amor será el infierno.

La mujer que comprenda su mision y se haga digna del amor, sabrá hacer de su amante un manso arroyo, y toda se abrirá como las flores para recibir las caricias de sus diáfanos cristales.

El hechicero cuerpo de Eugenia estaba vestido, y solo podia comprenderse toda su belleza teniendo que adivinarla.

Su alma estaba desnuda.

Sin embargo, era mas bella su alma que su cuerpo.....

CXIX.

Habia notado algo de humillante, de bajo, de pequeño en el verdadero valor de las frases de aquella carta suscrita por A***

—«¡Qué niño, qué loco ó qué imbécil!»—habia dicho con impaciencia.

«¡*Lástima* de muchacho!..... Se comprende bien que vive humillado y que ha tenido que sufrir demasiado en su vida!....

«Cree sin duda que deseo casarme, que tengo necesidad de algo, y me anticipa que teme amarme porque *no tiene nada*.

«¡Vaya una ofensa amorosa que me obliga á perdonarle por mi dignidad y que nunca le perdonaria mi corazon!.....

«Pues señor!.... Yo no tengo en qué ocupar á vd.»—añadió en su monólogo y suponiendo que hablaba con Antonio—«yo no tengo en qué ocupar á vd. sino en que *se esté aquí* siempre.»

Y con expresion apasionada llevó ambas manos á su corazon.

Despues quedó triste, pensativa, inquieta.

Se quedó pensando en que acaso amaba á Antonio y no le conocia bien.

Y recordó perfectamente la confidencia que Piedad le habia hecho.

—«Si Antonio quisiera hacerse amable á mis ojos—concluyó—yo sabría amarlo con todo mi corazon!...

«Piedad—siguió pensando Eugenia—*lo* ha enseñado á que cuando no se tiene dinero no se debe tener amor.

«O tal vez D. Martin.

«O acaso Máximo.....

«¡Santo Dios!...¡Y me han echado á perder esta alma!....

«Me será preciso empezar á formarla de nuevo.

«Trabajo largo, pero no por cierto dificultad superior á mi cariño.

«¡Pobrecillo!..... Que me hable algo, lo sabré comprender, le diré:

—«¡*Sí!* hijo mio!

«Y será mi hijo Antonio, pues que le daré á luz nuevamente.

«Esta obra es prolongada y laboriosa.

«Tendré que *criar* de nuevo á este espíritu, tan cobardemente abandonado por Piedad.

«Daré una mano á este huérfano.....

«¡Qué tristeza!.....

«Tener que aceptar para esto los principios.....

«*Coquetearle* un *poquillo*, hacerle comprender que mis ojos tienen brillo y mis piés son diminutos!.....

«Pero en fin, *le quiero*, y es preciso.....

CXX.

Como hemos indicado á nuestros lectores, mientras Antonio jugaba y ganaba, Máximo habia salido del elegante *grecio* en donde se hallaba *el monte* en todo su esplendor.

Se dirigió violentamente á la casa de Chucha, y la hizo llamar por la *casera*.

Máximo era una infamia discreta.

Salió la jóven al patio en un *deshabillé* que nada tenia de encantador.

—¿Qué se te parece? —le preguntó á Máximo al verle en una notable agitacion, lo cual era raro en el jóven, habitual y cínicamente cachazudo.

—Oyeme, Chucha —le dijo; —dame cuanto dinero tengas, y espérame esta noche. Te necesito.

La muchacha volvió á introducirse violentamente en su miserable habitacion, y á pocos momentos volvió á aparecer y entregó á Máximo unas cuantas piezas de oro.

—¿Pues qué me quieres? —preguntó á su antiguo amante.

—Lo verás. No salgas, espérame, que no dilato.

Y salió càsi corriendo de aquella casa, cuando cerca de la puerta se detuvo y volvió á llamar á Chucha.

—¿Hiciste todo? —le preguntó.

—Todo.

—¿Quedó bien hecho?

—Enteramente.

—¿Las dos?

—Las dos.

—Hasta luego, Chucha.

—Adios, Máximo.

El jóven voló, diréموslo así, hasta su casa, espoleado por no sabemos qué apremiante y siniestro misterio.

Algo interior ardia en aquel hombre, y las *flamas* subian desde el interior hasta el semblante.

Una vez encerrado en su cuarto, se puso á escribir varias cartas para el correo.

Máximo estaba de prisa.

En seguida escribió otras cartas que no eran para el correo.

En un momento—perdónesenos tal exageracion—en un momento quedó escrito, cerrado y sellado un *paquete*.

No le puso en el *sobre* direccion.

No habia pasado de hora y media que se habia separado de la fatal *montaña de oro* en cuya falda dejara reclinado á su amigo, cuando Máximo se hallaba de nuevo en camino para la casa de vecindad en que habitaba Chucha.

—Vístete bien, y toma, manda pedir un carruaje, y sal á despachar esto muy violento adonde te lo marcará la direccion de cada carta.

En seguida vas á esperarme al *figon* del «Niño perdido.»

Allí haces preparar botellas, bizcochos, cena.....en fin, *ya sabes*.

Vé á ver de dónde consigues flores; se necesitan flores á toda costa.

No olvides ponerte lo mejor que puedas. Mucho cuidado; se necesita que estés *bonita* y que *tú* y *aquella* parezcan *algo*.

Que se cambie camisa el *patron*.....

Será mejor que procures que no esté allí.

No vaya á ocurrirte *cuzquear* ahora, ó vayas á dormirte.

Entre dos y tres de la mañana *estaremos* allí.

¡Cuidado!.....

Conque ya sabes.....*estearina*, flores, botellas, muchas botellas: á ver qué haces para una guitarra.

Puede ser necesario que cantes, que bailes, que te enelvas loca, pero *en órden*. Ya me entiendes.....

No te cargues tanto de colorete.

Y volvió á salir corriendo.

Al salir, precipitándose en la calle, exclamó con una expresion impregnada de amargura:

—¡Oh! esto es horrible, pero necesario!.....

Se comprenderá, pues, que Máximo consumaba algo que calificaba de necesario aunque horrible.

Si nos fuese dado adelantar el desenlace de nuestro pobre libro, nos bastaria, para explicar la conducta del jóven, recordar bruscamente su carácter, que ya hemos tantas veces indicado, y hablar al mismo tiempo á nuestros lectores de la verdadera posicion que aquel guardaba.

La intempestiva buena suerte de un hombre á quien habia considerado siempre víctima de un destino severo, habia exasperado á Máximo.

Habia dejado á Antonio al frente de un pequeño tesoro, mayor sin comparacion que lo que él habia jamas llegado á adquirir á costa de inmensos afanes y sacrificios de todo género.

Y aquel oro, el que habia dejado en poder de Antonio ganancioso, habia sido suyo, de Máximo, todavía pocos minutos antes.

El mismo que habia venido á su poder mediante los esfuerzos de la mas estoica economía, de las mayores privaciones y de los mas espantosos sacrificios.

El idealista, el loco, se veia coronado de un oro que no era el de las nubes.

Máximo, asombrado, extático, confundido, habia visto sobre la pálida faz de su amigo Antonio las huellas sonrosadas de las caricias de la fortuna, y aquel jóven sórdido habia evadídose de allí y volado á hundirse entre sombras para combatir á salvo aquella improvisacion de felicidad.

Aquella felicidad que aparece no sabemos si bajo la forma de un bolsillo entreabierto que deja asomar en parte la faz amarilla de una onza naciente, ó si bajo la de un horizonte roto y que deja asomar un sol de oro.

—Y soy yo—murmuraba despechado—yo soy quien le ha conducido á esa felicidad, á ese porvenir, á ese *todo*.

Yo he sacado á Antonio de su *apuladar*, de su cieno, de su miseria, para ir á darle quieta y pacífica posesion de mi fortuna, de mi sangre, del sudor de mi rostro.

Ahora yo seré el miserable, el pobre diablo.

Él será mi *señor*; voy á tener necesidad de *estafarlo* para vivir.....

¡Oh suerte instable y maldita!

Y él, rico esta noche, se casará mañana.

Me arrancará impunemente mis amores, me arrebatará el corazon como me ha arrebatado el dinero.

¡Oh Fortuna! Eres mujer y coqueta.

¡Eres la esperanza y el tormento, la peor, la mas efímera de las ilusiones!

Será preciso conquistarte con desdenes; será preciso lanzarte á la cara el capricho por único argumento, como lo ha hecho Antonio.

Sí, porque es evidente, en estos momentos debe ser rico, y mañana será afortunado.

Y será capaz de complacerse en mi honda, en mi amarga desesperacion.....

Y no al talento, y no á las manías deberá su bienestar, ni tampoco al trabajo y á la honradez, sino á la casualidad, á ese instrumento ciego que se llama un naipe, y á ese otro instrumento ciego que se llama un monarca.

¡Id en paz, virtudes!.....

Y Máximo contuvo con el reverso de un dedo, algo que bien pudo haber sido una lágrima de desesperacion.

—No es posible que esto *pase*.

Antonio ha podido merecer rudos azotes de su destino, y yo le arrebataré las flores.

Sería inmoral lo contrario, y existe Dios.

Aquel hombre, resuelto á sacrificar á su sordidez lo mas sa-

grado, pronunciaba las palabras «Dios y moralidad» con la misma franqueza que hubiera podido emplearlas el hombre mas recto y justificado.

Dios era el tribunal de apelacion de aquel hombre que veia perderse lo que hubiera estafado al mismo Dios, si con su Divina Majestad le hubiera sido posible abrir cuenta.

No hay miserable que despues de sentirse definitivamente condenado por su suerte al vil garrote de la miseria, no interponga tal recurso de indulto.

Máximo volvió á la *partida*.

Aquel remedo del Infierno *flameaba* con el oro de unos cuantos y con la desesperacion de todos los mas.

Presentaba el espectáculo de una siniestra paleta en donde el mismo Dante hubiera tenido algo que tomar.

El *cliqueteo* de las onzas es el excitante *mas feroz* que puede darse para un cerebro metalizado.

Arroja el oro un flúido que excita hasta desesperar.

Aquellos hombres estaban, pues, en su mundo, y entre ellos Antonio, vertiginoso, ébrio, con el semblante descompuesto, lívido de emocion, se lanzaba imaginariamente á dar algunos paseos hasta su cielo.

Pero por una particularidad que nos abstendremos aun de suponer, Antonio creia no ver en su cielo otra cosa que fisonomías inmóbiles y severas.

Y era que se permitia penetrar *chorreado* hasta aquellas mansiones de idealidad, de luz y de pureza. Con el alma sucia, manchada de mundo y de prosa, criminal, en fin, ante la inmaculada diafanidad de sus ilusiones, nuestro jóven se sentia tan desconcertado ó mas de lo que se hallaba cuando en la sociedad *era visto* con su levita vieja.

Apenas descubrió á Máximo que entraba, cuando se precipitó sobre él, y asiéndole de la solapa de la levita le arrastró

hácia un lado, diciéndole con palabras entrecortadas por la fatiga:

—Ahora sí, señor mio, *veni, vidi, vixi!*

Mañana haremos en San Cosme el rapto de las Sabinas: mañana, nuevo Júpiter, me llevaré á mi Europa.

¡Mira no mas! ¡Qué diablo de cosa tan perfectamente insignificante es esto de hacerse uno rico é imprevisarse *gente!*

Ya no *respaldaré* ¡oh destino! tus libranzas.....

¡Oh cielo! ¿A cómo las felicidades, «grande con chica,» «una con otra?»

Genios del placer, *pago al contado!*.....

¡Mira, Máximo, mira!

Toma tus pobres papeluchos de billetes de banco.....

No los guardes, mezquino, enciende con ellos la *vieja* de tu puro!

Comerciante, ¡aprende!.....

Pero me das un diablo de hombre mas raro y mas original que yo!.....

Mañana mismo, desde bien temprano, tendrás cuidado de montar á caballo é ir á buscarme *casa*.

Que me la ponga Telésforo Salinas, bien puesta. Eugenia no puede ir á una bohardilla.

¿Qué dices? ¿engordaré ahora pronto?

¡Santo Dios..... qué dirá Piedad!.....

Y tú, tú mismo, ¿qué dices de esto, mi buen Máximo?

¡Bah! Si debias de haber comprendido que soy un completo alquimista y que mi porvenir tenia que ser verdaderamente *régio*.

Pero te estoy viendo una catadura medio heteróclita, hijo: tienes una sonrisa digna de Mephystófeles, Máximo!

Jé! jé! Pues habiamos de salir ahora con que eres el demonio, y entonces quedábamos frescos.

Mira, mira estos perigados de oro.

Son *Carlos*, cada uno vale diez y seis duros, y yo tengo aquí mil.

¿Me entiendes, ó no lo crees?

Es un principio—como quien dice, vale mas algo que nada, y todo es empezar.

Querias crápula, ¿no? un poco de crápula; pues bien, esta noche vamos á ser tú y yo un par de Baltasares endemoniados.

Será mi despedida del mundo, mi último adios á los desórdenes: sí, sin duda, que al amanecer el dia de mañana yo seré otro, empezaré á formar mi propia circunspeccion: voy á casarme, y esto requiere formalidad.

¡Pero qué reyes estos tan malditos!

Será preciso aceptarlo todo de ellos.

Pues señor.....

«*Acepto* definitiva, solemne, resueltamente.»

El único sacrificio á concurrir á la Secretaría de Estado y del despacho de***.

—¿Aceptas?—interrumpió Máximo vivamente.

—Acepto, Máximo, acepto, que esto no tiene remedio.

¡Oh Dánaes..... os bañaréis en oro!

Pero en fin, Máximo, ¿qué tienes que no me hablas, que no me felicitas, que no gozas de mi fortuna?.....

—Es que recorro detalle por detalle toda tu felicidad; es que organizo con exactitud y con órden todos los capítulos de esta obra de una noche. Es que anhelo *razonar* en lo posible como un programa toda la suma de nuestros preparativos para que nada falte á las delicias de nuestra noche!.....

¡Oh! el *absyntho!* Antonio, el absyntho, que ya he soñado alguna noche que el mundo te debia la invencion del placer nuevo!

Esa cabeza llena de rosas y de oro, va á ser algo nuevo!

algo maravilloso y algo grande, que se registrará como único ejemplar en los anales de todo lo grande, de todo lo maravilloso y de todo lo nuevo!

Ya teniendo oro puedes permitirte tener amor, amor de lo antiguo.

Goza con talento, Antonio, á lo Lúcullo, á lo Heliogábalo, estudia á Capúa, adivina á Pompeya ahora que puedes. Haz que te sirvan en la mesa á las tres muchachas dentro de un pastel: será una magnífica sorpresa, un placer muy *chic* enteramente digno de los tiempos de Cleopatra.

Recuerda que son incompatibles las diosas de tu imaginacion con las crinolinas de la calle de San Bernardo.

Tú eres un hombre muy amante de lo antiguo, un pedadero arqueólogo del corazon.

Se necesita para tí un poco de desnudez, un poco de pulseras de *ágatha*, camisas, gasas, calipasos y sandalias.

Un *no sé qué* de épico, de pudor desenvuelto, de inteligencia libre, algo de grande en el placer y de placentero en la grandeza.....

¡Oh! ¡Qué fatalidad que no existan ya las diosas griegas!

Cuando una mujer hermosa desnuda con talento en el *tocello*, todos los ángeles del placer, todos los querubines del amor se precipitan á envolverse en nubes, y desde una montaña de crespones aplauden gritando:

¡Bravo!

¡Ah! No despilfarres *tus bienes* en tonterías.

Fija tu atencion en los baños.

Aquí no hay *Thermas romanas*, pero veremos qué se hace para que te proporcionen el sublime anacronismo de unos goces dignos del tiempo de Domiciano.

Vamos á gozar, Antonio—concluyó Máximo viendo su reloj—vamos á bordar de arabescos y á matizar de oro y rosas

la tapa negra de esta caja mortuoria que se llama el hastidio. El tiempo pasa, y tienes tu *hoy* asido de los cabellos. ¿Quién deja el placer para mañana?.....

Y diciendo estas palabras, arrastró á Antonio fuera de aquel antro diabólico, y á los pocos instantes se dirigian en una carretela que los esperaba, hácia el suburbio *de por el* «Niño perdido,» al lugar que nuestros lectores conocen y supondrán.

CXXI.

Esa misma noche Eugenia se desvelaba.

Aquella adorable muchacha, que debió de haber nacido algunos centenares de años antes de J. C., tuvo que brotar á la vida como una rareza artística, como una joya de tiempos pasados, conservada cuidadosamente por los amantes de la impiedad.

Eugenia se hermoseaba para sí misma, y sin mas objeto por cierto que el de cultivar de una manera casi instintiva la armonía de su propia belleza.

No habia coquetería en aquella mujer, propiamente hablando, sino mas bien, y repitámoslo, un culto, una pasion, una tendencia irresistible á todo lo bello.

Y no era solamente una hermosa y poética urna de cristal. Adentro habia el rico, el exquisito aroma de la belleza moral.

Habia lo que se llama *arte* mil veces, y que nosotros deberemos llamar *naturaleza*; habia pureza de alma, ternura de corazon y una simpática y despreocupada naturalidad que llamaremos clásica.

Estudiando imparcial y detenidamente á Eugenia, era necesario creer una de dos cosas:

O que habia nacido demasiado tarde, ó que aun no debió de haber nacido.

Antonio, paciente *amador* de las flores mas bellas y mas raras, habia hallado aquella flor como un ejemplar único, y para apresurarse á cortarla esperaba á convencerse de que no era un sueño.

—«Es una sublime imposibilidad para mí, solia decir suspirando.

—«Yo quisiera hacer de esta *criatura* un alma á mi imágen y semejanza,»—habia dicho ella.

Antonio no podia resolverse á creer que Eugenia *fuese cierto*, como nadie creerá en que *fué cierto* Diana ó Vénus.

La veia como el agrupamiento, como la condensacion de sus mas risueñas y quiméricas teorías sobre la belleza física y sobre la belleza moral.

Viajero perpetuo por el campo de sus propios pensamientos, habia hallado mil ocasiones en su camino ruinas y desolacion, y ahora, entre los elegantes *áticos*, los *capiteles* truncados y las esbeltas y desplomadas columnas de esos escombros *pompeyanos*, habia hallado á Eugenia, ejemplar único, pero ideal y asombrosamente encantador, de la beldad antigua, y no sabia qué hacerse con aquel tesoro.

Si los encantos de Eugenia hubiesen sido modelados en mármol muchos años antes de que la descubriese Antonio, hubiera pertenecido á algun inglés temático y loco, bajo la denominacion de *una Médicis ó una Gnido*.

Esa noche la jóven estaba preocupada y pensativa.

Sus pensamientos, sin embargo, y su preocupacion, no la impedian sonreir como sonreia Eugenia siempre que se sentia atacada de esa dulce enfermedad, de esa hipertrofia del alma que se llama ternura.

En la sonrisa de Eugenia habia no sé qué expresion de

vemente doliente; pero era casta, espiritual, suave, inexplicable.

La boca sonriente de Eugenia remedaba los indescriptibles estremecimientos del mirto que recibe á solas y furtivamente los besos del céfiro.....

Los hechiceros ojos de la muchacha se clavaban con una melancolía infinita sobre el mármol de su *tocador*, en donde estaban abiertas unas cartas.

Eugenia descansaba en un gran sillon completamente tapizado de tela *gris*, y colocado cerca del lecho blanco y misterioso de la jóven.

El candil ardia intensamente debajo de una bomba de cristal *mate*, adornada con una zona de rosas *volubilis* y myosotis.

Parecia aquello un sol acabado de nublarse tras el tenue velo de una rosada nube.

Aquella mujer pensaba en Antonio de la misma manera que Eva hubiera pensado en Adan.

Abstractamente, y sin considerarle mas que á él mismo, sin pensar en exigencias sociales, ni en relaciones ajenas al corazon.

Todas las mujeres dicen muy á menudo que anhelan hallar un sér que las comprenda.

Eugenia lo sentia sin decirlo.

De buena fé y con una expresion infinitamente tierna y acariciadora, llamaba á Antonio—«la pobre criatura.»

Y no obstante llamar así á su amante, le enaltecia en lugar de humillarle.

Porque comprendia que aquella «pobre criatura» era nada menos que un hombre con toda su nobleza y con toda su fuerza; pero un hombre que necesitaba ser un poco mas atendido por el ojo miope del mundo.

Y queria ella forzar al mundo, á este viejo prostituido, á

que fuera mejor con Antonio, con su pobre amante, hácia quien sentia Eugenia un cariño tan puro y tan grande, que hubiera anhelado mas bien tenerle guardado dentro de su corazon que dentro del mundo. ¿A qué venia, pues, aquella carta tan humildemente impertinente, en que le pedia amor con el mismo tono que el que hubiera empleado un mendigo para pedirle limosna? Pues qué, ¿era Antonio tan bajo en sus sentimientos que tendria ella que subirle de la mano hasta ennoblecerle con el sagrado fuego de su corazon?

¿No sentia acaso él como ella, y aquel desgraciado habia tocado ya la abyeccion?

El amor engrandece y purifica, y era preciso que Antonio fuese grande y fuese bueno por ella.

«Y le quiero bien,» —murmuraba la jóven, experimentando al proferir tales palabras, algo en su corazon muy semejante á una caricia.

Hubiera tomado á Antonio como si fuera de barro, y los purpúreos labios de aquella hechicera *creadora* hubieran arrojado sobre el *manequí* de polvo el soplo del paraiso y la expresion del ser:

Faciamus ad hominem, etc.

Entonces Antonio hubiera sido por Eugenia, y Eugenia hubiera sido para Antonio.

¡Ah! ¡Cuántas veces bastaria un suspiro para abrir las puertas del cielo, y el hombre imbécil, sin saberlo, se arrastra por los lóbregos intestinos de la tierra y por entre las mas densas tinieblas sociales, buscando el oro con que pretende ántanero comprar lo que se le da!.....

Era muy tarde; pero Eugenia no contaba las horas.

Hacia algunos dias que la jóven habia paralizado la vida de su reloj, y esa noche no tenia sueño.

Puede decirse que velaba á un enfermo.

Bajo los ámbitos muellemente iluminados con aquella especie de ondas perladas de aquel *amanecer* artificial que inundaba la recámara, Eugenia se habia dicho:

—«Esperemos.»

Y tuvo realmente algo que esperar.

Uno de los billetes que estaban abiertos sobre el mármol del tocador, le habia sido entregado á deshora casi de la noche.

Aquel billete contenia nada mas estas líneas:

«Eugenia:

«No puedo vivir mas tiempo en el infierno de la incertidumbre. Oigame vd. al amanecer. Me acercaré á la ventana, y sabré definitivamente si me *salva* vd. ó me abandona.

«*A****»

Otro de los billetes habia venido poco despues de que Piedad se ausentara de su lado, y decia:

«Señora:

«Si quiere vd. comprender cuál es el valor y cuáles las virtudes del hombre á quien ama, concurra vd. ó haga concurrir á alguna persona á.....etc.»

Y se indicaban en seguida *las señas* perfectamente detalladas del salon del «Niño Perdido.....»

Eugenia habia vacilado algunos instantes; pero despues se habia sentado á la mesa y habia escrito á una de sus amigas diciéndole que la esperaba en la noche para que la acompañase á una diversion.

Era demasiado conocido el carácter excéntrico de la jóven, y su amiga fué.

Eugenia habia pedido un carruaje por toda la noche.

Esperaba.

Hay algo de semejante á una vida que se extingue ó á un amigo que se va, en un reloj que se para.

La oscilacion y el *tic tac* de un péndulo producen la ilusion

de que alguien está allí oculto y que acompaña al solitario.

El reloj se para y el solitario se estremece.

Eugenia se abismaba en horas, esas horas muertas, calladas y anónimas de una noche sin rumores y sin luz.

La falta de medida para el tiempo es su oscuridad, y cuando oimos los segundos que palpitan, nos adherimos á ellos como quien cae en un lóbrego precipicio y se asa de los mas leves detalles de la roca.

Aquel billete anónimo habia causado á Eugenia extrañeza, despertando en su corazon una siniestra ansiedad.

—¡El hombre á quien amo!—se repetia, ofendida de ver que habia sido sorprendido un secreto de su corazon.—Y ¿quién puede saber que yo amo á un hombre y quién pueda ser él?

Y en esta carta, ¿se me llama á recibir un desengaño, ó se me va á hacer patente una prueba?..... ¿Procederá de Antonio este billete, ó un enemigo suyo pretende perderle, ó un amigo mio pretende salvarme?

¡Oh! Pero de todas maneras, el anónimo me repugna; por regla general solo sirve para embozar un crímen.

É iré, sin embargo, á esta cita singular.

¡Ah, Dios mio! Si Antonio fuera malo, si su corazon estuviera ya contagiado con el hálito venenoso de la perversidad, yo no me atreveria sin embargo á odiarle ni á despreciarle; pero si fuese injusto con mis sentimientos, si no supiese comprender mi cariño, entonces le amaria, no obstante, pero le amaria, y para siempre, sin volver á verle..... sin que mis labios volvieran á pronunciar jamas su nombre.

¡Oh! Máximo..... ¿Qué clase de hombre será por fin este Máximo, á quien nunca he llegado á comprender?

Y la preocupacion de Eugenia al pensar solamente lo que nosotros escribimos, llegó á su colmo.

Poco tiempo antes de la noche á que nos referimos, Piedad habia recibido igualmente un anónimo semejante al que Eugenia acababa recibir y que tales efectos le estaba produciendo.

En aquel se acusaba á nuestro jóven de profanar en inmundos garitos el inmaculado nombre y la buena reputacion de la ex-novia de Antonio, y se la citaba igualmente para que en la noche concurriese á recibir la prueba de lo que allí se le decia.

No habia concurrido Piedad; pero el escribiente de D. Martin pudo, á corta distancia del salon del Niño perdido, observar los dos episodios que sucesivamente tuvieron lugar entre Antonio y Chucha.

Esas noches habia sido violento é indiscreto como lo era siempre.

El buen hombre que le acechaba habia tenido que retirarse horrorizado la primera noche.

La segunda fué á su vez víctima de los encantos de la jóven ramera, y ya se recordará que Antonio al salir habia llamado al conductor de un carruaje que se alejaba, y que aquel no habia tenido mas que esta contestacion:

—¡*Lleva carga!*.....

Piedad desde entonces habia considerado á Antonio como un cadáver en el cual empezaba á notarse los primeros indicios de la corrupcion.

Combatia enérgicamente todos los recuerdos de su antiguo amante, y le era molesto hasta tener que combatirlos.

—Es un miserable *muy puerco*, decia.

No merece mas que el desprecio.

Si Eugenia hubiera sabido lo que sabia Piedad, hubiera dicho indudablemente:

—¡Ay!..... Si él puede perderse, yo puedo salvarle, y merece por esto todo mi amor!

Lo bello no mude jamas, y el alma de Eugenia era tan bella como grande.

Eugenia pudo haber tenido por autor á Phydias.

Grecia hubiera eternizado de ella en sus mármoles algo mas que las manos de hada y los piés de niña de la muchacha.

CXXII.

La amiga de Eugenia llegó perfectamente engalanada de crespones, flores y diamantes.

A poco rato llegó tambien el carruaje, y nuestra hermosa solitaria para salir se limitó á colocar sobre sus hombros una de esas maravillosas trasparencias con que las jóvenes pretenden cubrirse.

Un criado armado se colocó en el pescante junto del cochero.

El carruaje partió á los pocos instantes.

CXXIII.

A la misma hora, Piedad abria temblando un nuevo billete que pusiera en sus manos una de las criadas á quien lo dejó el portador.

Decia así:

«Esta noche y á esta hora, Antonio y Eugenia se verán en una casa infame.

«Pasa algo terrible que yo habia previsto y á lo cual no habia podido dar crédito.

«La delicadeza y la fuerza de los deberes que la amistad impone, me han hecho una víctima muchos años.

«Hoy todo me lo permito, pues que puedo justificarme todo.

«¿Puedo permitirme esto? ..... ¡Oh! Yo juro á vd., Piedad, que estoy temblando, y que el tribunal mas severo á que me he presentado es el de mi propio corazon, herido de muerte, agonizante hace muchos años.

«¿Qué desgraciada condicion sujeta al ángel á ser el guardian del demonio?

«Oh! Piedad! En vano despliega vd. sus alas para arrojar una bienhadada sombra, una sombra abrigadora sobre una frente criminal, tanto mas criminal, cuanto que en esa frente solo ha podido vd. leer un mentiroso talento, una vil parodia de la idea y del espíritu.

«Yo amo á vd., Piedad, hace muchos años, en silencio, sin esperanza, como quien ama á un imposible.

«He guardado mi amor en el secreto del corazon, he querido ser noble, grande y reservado; ningun premio puedo prometerme mas que este:

«¡Sálvese vd!.....»

Y al pié de aquella carta estaba este nombre:

«Máximo.»

La jóven llevó las manos á la frente en ademan de extraordinaria sorpresa, y casi á gritos dijo:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Me vuelvo loca!

CXXIV.

Eugenia, al partir, habia dicho á sus criadas que regresaria poco antes de que amaneciese, y mandó que la ventana de su recámara quedase abierta toda la noche.

CAPÍTULO XIX.

MANE THECEL PHARES.

CXXV.

El festin nos ofrece el cáliz de la vida; pero en el fondo está el tósigo.

Brillat Savarin tuvo un tiempo no sabemos que disputa con el demonio de la gula; pero aquello evidentemente acabó en una transaccion.

Sardanápalo tenia que acabar quemado. Habia *engorrado* con exceso, y aquella digestion solo podia hacerse ó acabar de hacerse en una tumba digna.

Un banquete en donde hay amor, suele á menudo ser comparable á un *bouquet* en donde hay flores y frutas emponzoñadas.

¡Qué sé yo qué género de calaveradas condujeron á Baltasar á su último convite, digno por cierto del mas fatigado lord!

Carpio es envidiable por haber sabido describir con su épica pluma lo que es mas difícil describirse por una inspiracion tan circunspecta como la suya.

El matrimonio mas brutal del más grosero de los placeres.

No sabemos cómo ese anciano tan grave, tan circunspecto y serenito, pudo pensar esto.

Mientras que Ciro con ardor se apresta
á dar por fin el formidable asalto,
la ciudad, cual ramera deshonesta,
entrégase al placer sin sobresalto,
y á regalos que el honor detesta.

Hay algo de terrible y exacerbado en la exageracion del festin.

Es un combate de la naturaleza muerta contra la viva.

Creemos que el *inter cyphos* de los romanos fué una de las pruebas de su decadencia.

Pretender que un dolor muera ahogado dentro de una copa de *Champagne*, es una de las locuras mas ridículas de la vida.

Nosotros creemos que en algunos de tantos paréntesis terribles de la vida humana, el hombre tiene que echar mano de una pistola ó de un convite.

Evadirse de cierto género de monotonía, es tender á suicidar algo.

Creemos, en tal virtud, haber observado que las almas de cierto temple odian el aturdimiento que pueda hallarse en ese laberinto de manjares, flores y vino que se llama un festin.

El que vive entre festines, *festina* todo y todo lo hace caer.

Al siguiente dia de un convite todos los actos mas nobles de los hombres aparecen como borrachos.

Apenas puede comprenderse que la austera, la espartana, la fraternal y severa masonería se ocupe alguna ocasion del festin.

Nada exacto ha podido jamas extraer nadie del fondo de una copa.

Hay en el banquete algo que [illegible] ba el vino.

Y el mundo es demasiado diplomático para poder impunemente permitirse lo que se llama «expansion.»

Siempre nos ha parecido ver en todas esas cabezas que rodean á una mesa cargada de viandas y licores, una especie de *guerra de piña* en el juego de billar, y hemos dicho:

—¡Caerán todas, una tras otra, y quedará sola una!

Pero en las cuestiones de la vida real, esta *una* jamas *se pierde*.

Ni los hombres públicos ni las mujeres públicas deberian asociar el *negocio* con el placer que ayude.

Los espiritualistas hacen girar y hablar á las *mesas*.

El vino es el mejor espiritualista.

Y el secreto es una condicion indispensable de bienestar en el mundo.

El mundo bien comprendido, es el bienestar en la vida.

La *vida* ó el giron de vida que se pasa en derredor de una mesa alegre y *franca*, no es por cierto un giron de mundo.

CXXVI.

Antonio y Máximo se dirigieron primeramente á una casa á depositar gran parte de su preciosa carga.

Despues, al entrar al horrendo figon, tenia de tantas locuras del primero, se presentó á sus ojos un espectáculo singular, que aun cuando habia sido preparado, no se esperaba.

Allí habia una mesa propia para satisfacer las mas mínimas exigencias del mas caprichoso gusto.

Se habian introducido algunos muebles regulares.

Tres criados esperaban.

Resplandecía aquello.

Chucha, elegantemente vestida, irónicamente ataviada como una novia, sarcásticamente engalanada como una esposa, con su velo de punto á la espalda y sus flores de azahar en el peinado, esperaba tambien en el sofá, al lado de otras tres de las mas bellas, elegantes y desenvueltas prostitutas que se conocen por todo México.

Una música de baile perfectamente combinada, empezó á preludiar los primeros compases de una voluptuosa danza habanera.

Aquello era el pandemonio de la vida á los veinte años.

En un momento empezó á estremecerse en los ámbitos de aquel salon un tesoro de armonía série y apasionada, pero incitante y terrible.

Aquellas mujeres medio envueltas en crespones «por no dejar,» empezaron á estremecerse igualmente bajo las caricias de aquella música coqueta, loca y arrebatadora, hasta producir el vértigo.

Faltaba allí alguien, que llegó pocos momentos despues que nuestros jóvenes.

Emilio.

Pepe.

Santiago.

Es decir, aquellos miembros del club que á la aproximacion de los franceses se reunieron la Gran Sociedad, como recordarán nuestros lectores.

En la mesa habia ginjerá, botellas, flores, como lo habia ordenado Máximo.

Apenas abrir y suspenso delicado, un candil antiguo de cristal arrojaba sobre la mesa los rayos de sus cuarenta luces, vestidas con sus cambiantes y finísimos chispeos de colores por sus inquietos prismas.

Nadie se saludó y nuestros jóvenes permanecieron *silentos*.

Por regla general, cuando un hombre permanece *mudo* en presencia de una mujer, es que ella no lo está.

Antonio se precipitó sobre una de aquellas desgraciadas, y arrastrándola hasta la mitad del salon, giró bailando bajo las frases musicales é irresistiblemente seductoras de la *danza*.

A su ejemplo, cada uno de aquellos jóvenes arrancó de su asiento una compañera que no le pidió nada.

Bien pronto el espectáculo tomó su verdadero carácter, y el baile se hubiera prolongado indefinidamente si Mariano no hubiera impreso una variante á aquella orgía, haciendo detonar la primera botella de *Champagne*.

Ese primer estallido constituye en los convites el *surgite mortui* del placer.

El alma y el *Champagne* estallan á un tiempo.

No sabemos qué genios diáfanos se desprendieron de aquellas botellas que producian el trueno y la espuma.

La imaginacion del anfitrion y de los convidados empezó á incendiarse bajo qué sé yo que llamas azules y fosforecentes.

El placer empezó á mirar á todos con ojos de fuego.

Se bebian los perfumes de mil rosas invisibles.

Se empezaron á sentir caricias de unas manos que no se veian.

Aquello era un infierno muy bello, y bien pronto los jóvenes se sintieron alumbrados por una luz casi divina.

La que brotaba de los ojos de aquellas bellezas.

Antonio empezó á sentir que el mundo se le agigantaba en aquellos hábitos que estaban tornados de negro y oro.

Al las primeras copas del champaña, vino, el techo de aquel antro se tapizó á los ojos del atrevido jugador, de ángeles vagos y compasivos, como si el cielo hubiese entrado hasta allí siguiéndole.

Entre aquellos [illegible] formas mujeriles, espirituales rostros de hadas, [illegible] afligidos los otros.

La verdad y el pudor, [illegible] por aquellos *odaliscas* hasta aquel recinto, habían [illegible] con su traje de [illegible] y se replegaban hasta los [illegible] del balcon.

«¡Oye, Chucha! grita Máximo [illegible] vuelve á soplarme un ojo, que [illegible] qué [illegible] diablo te disfraza de niña! ¡Hubiera quedado en que no pasarías de mujerona [illegible]

«¡Oh, Máximo! tú eres un perro; podías inventar una oriental [illegible] cualquiera. Siento que mi alma tiene espasmos [illegible] quisiera estornudar tonterías. ¡Ay! No tengo hambre, tengo sed; será preciso saludar á mi abuelito evocando el espíritu de lord Byron.

«¡Acércate, Chucha; ven acá, dulzaina mia, este *Cognac* quiere darte un beso! [illegible]

«¡Oh, Camila, toda esa cara y espaldas [illegible] hija, espanta esa mariposa que se te pasea en los labios!

«¡Oh, Máximo, [illegible] en esta trompeta de cristal! [illegible]

«¡Ay! Tengo fundida toda la antigüedad en el cerebro, y hoy las mujeres se visten muy alto y muy bajo.

«Chucha, Camila, Luisa, venid [illegible] vestidos [illegible] canear en una alfombra digna de llamarse *alcatifa*.

«Vestidos un poquito, al menos [illegible] de felicidad [illegible] como quien cumple su palabra de honor [illegible] y yo [illegible] yo os doy la mano que [illegible] es mi buen amigo [illegible]

«Al demonio los trapos y salgamos [illegible]

«¡Mi corazon vibra como un arpa! [illegible]

«¡Soledad, [illegible] bailadita!

«¡Si viviera!.....

«¡Tengo amor, tengo sangre, tengo oro..... tengo todo!

«¿Qué dices de esto, Máximo? ¿Te parece que ya soy un hombre muy [illegible]?

«Perdón, ¡oh destino! Pero tu mendrugo estaba muy duro, y he preferido jugar y prostituirme..... Oye, Don Pablo, Don Máximo ó Don Diablo, ve á ver si está mi baño de absyntho..... Necesito metamorfosearme en un monstruo verde y oro para estas pobres chicas..... ¡Tú, Chucha!..... Tírame un beso, ó te la pego..... Veremos esos cobres monos, linda Pero, que ya me acerco mandando..... ¡Condenacion!..... Espabílame, Camila, ¡dame azúcar!..... La vida es una vieja coqueta..... es preciso escupir sobre su arrugado seno..... ¡Vamos, criaturitas! ¿quién quiere bailarme?..... ¡aquí hay *mosca*!.....»

Aquel arranque tan loco como intempestivo de Antonio se suspendió repentinamente.

Con intervalo de pocos segundos se escucharon por afuera del salon dos rumores prolongados, como el rumor de una lejana tempestad que rueda sobre las inmóviles cordilleras que forma el húmedo nublado en el horizonte.

Eran dos carruajes.

«¡Oh Júpiter! —prosiguió Antonio— *ahora Jove*, préstame tu rayo cargado de vejiros. El mundo es aburrido y está tan *arrancado*!..... Deberia ser aprehendido por sospechoso..... ¡Ah, Venus, corresponderme!..... Te regalaré un turbante de camelias, y nos arreglaremos en un abuacero en el Elíseo. Protesto dotarte ó casarme contigo!.....

«¡Señores, atencion! —gritó aquel bárbaro haciendo sonar ambos bolsillos de su chaleco— ¡Eugenia necesita un par de planetas para sus aretes!»

Una carcajada mal reprimida, varonil y burlona acogió el último desatino de Antonio, y al volver nuestro jóven la cara hácia el rincon de donde aquella risa habia brotado, sus pupilas se clavaron en un rostro pálido y bellísimo, pero inmóbil, cuyos ojos le veian con una expresion melancólica y doliente.

Aquella cabeza pálida y con un semblante de expresion angustiada, desapareció un momento despues, y de una manera tal y tan rápida, que hubiera sido imposible á Antonio seguir detrás de ella.

Habia sido aquella la aparicion de un objeto bajo la instantánea luz de un relámpago.

Máximo se acercó á nuestro amigo con dos copas de absyntho en la mano, y le dijo:

—«¡Por tus amores y por tus matrimonios!—¡Por ellas y por nosotros...!»

Antonio apuró *de un golpe* todo el contenido de la copa, estrellándola vacía contra la mesa.

Chucha se perdia sola á cada instante, saliendo á la piesa inmediata.

En uno de los lados del salon se eternizaba una danza violentísima, y Máximo tuvo necesidad de hacer estallar otra botella para llamar á la mesa.

Pasó en aquella mesa lo que siempre tiene que pasar en las de amigos como aquellos y un bello sexo como aquel.

El desórden se habia revestido allí con su trage de dia de fiesta y el placer relampagueaba con vehemencia en todos aquellos semblantes, rojos y fatigados bajo la lumbre de no sabemos qué astros hechos brotar á fuerza en el éter negro y tormentoso de aquellos locos.

La franqueza y la expansion aumentaban de momento en momento en aquella reunion.

Habia allí algo mas que confianza.

Santiago apuró un trago de vino, y sacando de la bolsa un retrato, se hincó de rodillas delante de aquella imágen y se puso á cantar á gritos aquel trozo de Gioachino Rossini:

Tu sei bella—tu sei bella, y c.

Emilio, ofuscado por el elegante atavío de una de aquellas rameras, tomaba con delicadeza exquisita una de las manos de la muchacha, y con aire tímido y entre profundos sollozos y ternísimas miradas, le decia aquello que se lee en las Vigilias del Tasso:

Quisiera que el cielo te me hiciera una aldeanita.....

Pepe recordaba los encantos de su amor ausente, y contemplando con arrobamiento una liga de seda y resorte, murmuraba:

—«¡Qué alma, oh! ¡qué alma de mujer!»

CXXVII.

Una de las muchachas lanzó un aullido salvaje y se precipitó sobre Pepe.

Dióle un bofetón tan cariñoso como grosero, y le dijo:

—¡Maldito! ¿Pues no estamos ya aquí? ¿Para qué quieres otras?.....

«Venid, venid, que os hallo muy hermosas.

«Sois mi dulce ventura, sois mi Edem.....

«Venid, venid, coronadas de rosas,

«Envenenadas de placer tambien!

«Desatad vuestros labios purpurinos.

«¡Mares de dicha y de ilusion bebed:

«Nuestras almas fermentan en los vinos.

«Los tenues gases y el pudor romped!!!.....»

Dijo Antonio, turbio, inquieto y vacilante ya.

—¡Sí!..... ya nos compraremos otras para romper estas,

tacaño: llevamos dos horas lo menos de estar aquí y no nos has dado nada, mezquino. ¡No te queremos! — respondió una de aquellas desgraciadas, mientras abrazaba al jóven y con disimulo llevaba una mano exploradora hasta el bolsillo de su chaleco.

— Oye, cabeza de *escobillon*, á ver si te sientas y comes en órden, que no nos entendemos, y ya yo me muero de hambre: lo primero es lo primero, y á nosotras no nos *cuadran* tus *pueras*: somos muy *delirantas* por la comida, y ya se hace tarde.

Continuaron todos rodeados de la mesa, y Chucha se acercó, y con rapidez y disimulo dijo al oido de Máximo algunas palabras que nadie pudo oir.

Levantóse el jóven precipitadamente, se dirigió á la otra pieza cuya única ventana daba á la calle, y en ella, por la parte de afuera, se dejó ver hasta la mitad del cuerpo, un hombre que esperaba.

Entre él y Máximo se entabló este rápido diálogo:

— ¿Le consta á vd. que ha pasado la carta? — preguntó el jóven.

— No tenga vd. cuidado — contestó el otro. — Va metida en un camafeo de *lacre* y montada en un anillo.

— Muy bien.....

Máximo extrajo de su bolsillo tres ó cuatro duros que puso en las manos del desconocido, quien se retiró inmediatamente.

El jóven cerró cuidadosamente la ventana y volvió á introducirse en el salon.

Al salir á él, Chucha se levantó de la mesa y volvió á la pieza que Máximo acababa de abandonar.

Los músicos habian suspendido momentáneamente sus funciones y tomaban parte en la cena.

Se escuchaba ese rumor prosaico é indescriptible que producen varias gentes que comen á un tiempo.

De vez en cuando se levantaba alguno con un vaso lleno en la mano, proferia algunos cuantos dislates obligados á brindis, y era interrumpido por la batahola infernal que todos producian con sus carcajadas, con sus *vivas*, con sus *bravos* y con el consagrado repique de vasos.

Antonio habia adoptado por única fórmula de locucion una especie de *silbá loca* que llevaba trazas de ser interminable.

Nadie le hacia caso.

La expansion empezó á tomar ese carácter alarmante, en el cual todo el mundo se siente lleno de ternura, de una absurda y loca franqueza, se tutea y procede á las mas groseras confidencias.

Los semblantes empezaron á *enrojecerse*, las miradas á extraviarse.

Para destapar las botellas era preciso romperlas.

Ellas tomaron asiento sobre el regazo de ellos.

Empezaron todos á abrazarse con un cariño superior á toda descripcion.

Antonio creia hallarse entre una concurrencia decente.

A cada momento llamaba «señoritas» á aquellas mujeres, y era saludado por *homéricas* carcajadas.

Era imposible imprimir lo que pudiera llamarse «un poco de órden» en aquella mesa.

Momentos hubo en los cuales el vértigo, la locura, lo siniestro de la balada de «Willis» no hubiera sido mas que una pobre parodia de aquello.

«Daba miedo aquella alegría,» como hubiera dicho Madame Girardin.

El placer se *codeaba* por un lado con lo ridículo, por otro con lo terrible.

Antonio estaba excitado hasta el extremo.

Máximo aparentaba estarlo.

Bajo el *colorete* y los crespones de Chucha, bien hubiera podido notarse ansiedad y palidez.

Repentinamente una boca profirió estas palabras:

—«¡Que cuente Antonio quién es Eugenia!»

—¡Por la Vírgen María, mis amigos, no confundamos!—contestó aquel, ofendido de que tal nombre se pronunciase en aquel lugar y por aquellas bocas.

—Eugenia—continuó—es un objeto cuyo nombre no debemos ni aun recordar aquí, pues que á nada vendria, y ella nada tiene que ver con nosotros.

—¡Que cuente, que cuente!—gritaron todos interrumpiéndole.

—¡Que cuente! ¿Qué tengo de contar? ¿Que existe en el mundo una mujer divina que se llama Eugenia?..... Bien, ya lo sabeis.

¿A qué viene hablar de Hebe en presencia de las Afroditas?

—¡No se entiende!—gritó Camila.—Habla claro, Antonio..... ya estás perdido, y no sabemos si nos estás diciendo picardías.

—No, hijas mias, sino que uno es uno y otro es otro. Nosotros aquí y Eugenia en el cielo!

—¡Ya me estoy encelando, ingrato!—dijo otra dando un fuerte tiron á la *perilla* de nuestro jóven.

—Pues bien, no me hableis de Eugenia. Hemos venido aquí á bailar, á beber y á divertirnos. ¿Qué tenemos que pensar en mas?.....

—¡Anda, *malcriado*, ya no puedes..... ven, vamos á *echar* una danza!

Y la *celosa* arrastró á nuestro jóven hasta en medio de la pieza, y los músicos, que ya tampoco *podian*, hicieron un

desesperado esfuerzo y tocaron la danza pedida, imprimiéndole la ardiente voluptuosidad de que ya estaba todo aquello impregnado.

El vértigo fué terrible.

Un entusiasmo del infierno se apoderó del corazon de Antonio, y rechazando á su compañera, que hacia esfuerzos por detenerle, se precipitó de nuevo hácia la mesa, y haciendo pedazos el cuello de una de las últimas botellas, la levantó por alto.

—¡Oh.....Eugenia.....Eugenia!..... —dijo ya desconcertado y balbuciente.

«¡Te veo, Eugenia, como un *requiem æternam!*

«¡Tú eres el Empíreo.....la felicidad.....tú serás la virtud!.....

«Daphne.....ven á rodear mis sienes con un laurel.....tú eres la gaya banderola del bajel de mi existencia.... Oh!!... Ven á sacarme de este purgatorio y acepta propicia mis preces!.....

«¡Señores!..... ¡Brindemos por *ella*, solo por *ella* y siempre por *ella* hasta caer.....para no levantarnos jamas!.....»

Y Antonio pretendió apurar la botella que tenia en la mano; pero vacilante, envenenado ya por el exceso alcohólico, sus miembros todos habian perdido su energía natural.

Iba á caer realmente con la botella en la mano, y todos gritaron:

—¡Que no beba! ¡Que no beba! Ya no puede.

Máximo corrió á sostenerle, y mientras con el brazo derecho soportaba todo el peso de su cuerpo, con la mano izquierda vió la hora en su reloj.

Iba á amanecer.

—Vámonos, señores; es bastante por hoy— dijo dirigien-

dose á todos en general, y salió de allí remolcando trabajosamente á Antonio.

Pocos momentos despues aquella sala quedaba enteramente sola.

La mampara se abrió dando paso á dos mujeres:

Una, disfrazada de ángel; era Chucha.

La otra, ángel disfrazado de mujer;

Era Eugenia.

Quedaron ambas suspensas en presencia de aquella mesa cargada con los despojos de la orgía, con los escombros tristes del placer.

La figura vaporosa y esbelta de la jóven ramera, apareció en la penumbra en una actitud humilde y resignada bajo su irónico velo, blanco y trasparente.

Pradier hubiera tomado entonces algo clásico de Chucha, y hoy conociéramos en nuestros salones y en nuestros gabinetes una más de las lindas estatuetas del posta escultor, llamada:

La resignacion.

Ninguna de ambas profirió una palabra.

Eugenia, pálida, solemne, grave, se dejó caer en uno de aquellos sillones y ocultó su linda cara entre las manos.

Lloraba.

—Señorita—le dijo Chucha convulsa y con acento entrecortado—perdóneme vd. si la he retenido hasta ahora haciéndola presenciar un espectáculo que tanto daño la ha hecho..... Pero tengo una sagrada obligacion que cumplir..... y no faltaré á ella; cumpliré, y jamas volveré á ver á vd., se lo juro.

Seria preciso que estuviésemos solos..... y en el carruaje de vd. está una persona. Despréndase de ella, y si le parece, terminemos cuanto antes.

—¡Vamos!—dijo Eugenia llena de amargura, y se dirigió á la puerta, atando en derredor de su hechicera cara su pañuelo blanco.

La amiga de Eugenia llevaba una hora larga de *dormir* en el carruaje despues de esperar á la jóven, á la que creia en una atrevida cita amorosa.

La dejaron en su casa, llena de impaciencia, de sueño, de confusion.

No podia, como se comprenderá, ser de otra suerte.

CXXVIII.

La noche es el período de gestacion, cuyo resultado es la aurora.

Las sombras, estos cíclopes, gigantes misteriosos, cada uno con su ojo de lucero, cada uno con su elaborar sombrío, son los sublimes herreros del firmamento, que forjando lo desconocido en las fraguas divinas, hacen saltar la luz del cielo en esas chispas del *amanecer* por las *sacudidas* de los mantos ó de las alas de los ángeles.....

¡Es en vano revolver los polvorosos *códices* sagrados para venir á dar en el capítulo 1º del Génesis: abandonad el lecho con la aurora, y hallareis la belleza primitiva, la creacion reproducida, el *in principio*, el capítulo 1º del sublime Génesis de todos los tiempos!.....

CXXIX.

Cuando Eugenia y Chucha llegaban á su casita de San Cosme, Máximo *paseaba* á Antonio, vacilante, muy cerca de la entrada del *Panteon de los Protestantes*.

Una de las ventanas de la casa de Piedad estaba tambien abierta.

Eugenia penetró sola en su casa, y el carruaje, conduciendo á Chucha, fué á colocarse enfrente y á cierta distancia.

La madrugada empezó á teñirse de «grana y arrebol,» segun la expresion de los poetas.

Eugenia salió á la ventana, y lo primero que llamó su atencion fué el torrente de luz artificial que brotaba de la ventana abierta de la casa de Piedad.

A poco rato percibió una sombra que se acercaba de una manera lenta é incierta.

El grupo de árboles que ocultara en la noche de un baile que nuestros lectores recordarán, á ambos jóvenes, nada pudo en esta madrugada presentar de *sospechoso*, ó al menos de *particular*, á la muchacha.

Máximo hacia diverger los tenues hilos de la suerte de su amigo, creyendo constituirse en un instrumento ciego pero terrible de la fatalidad.

Deshacia, por decirlo así, la crencha de oro de las ilusiones de Antonio.

Habia quedado solo y oculto bajo la enérgica sombra del grupo de árboles que ya conocemos.

Y si hubiera sido posible distinguir la expresion de su fisonomía, se hubiera visto que sus labios temblaban con la sonrisa de un triunfo seguro, pero siniestro.

Era preciso para Máximo que Antonio, que habia sido un escollo en su vida, fuese ahora el instrumento de que aquel se sirviera para coronar sus aspiraciones de todo género.

Hacia algunas horas que le habia condenado á un patíbulo moral, y en esa mañana le tenia *en capilla*, —permítasenos tal concepto.

Era aquel un cuadro lleno de sombras físicas y de sombras morales.

Los lucenos iban desmayándose entre las pálidas nieblas crepusculares, como los ojos de un *desvelado* que «ya se duerme.»

El viento despertó el canto de [illegible] al árbol, al arroyo, á la flor.

Los gallos cloquean y cantaban, las vacas mugían, y sobre el cristal de las fuentes empezó el cielo á reproducir fotográficamente su púrpura [illegible] y sus crepúsculos.

¡Oh! ¡Siempre el mismo cielo!

El destino, en esa madrugada, estaba atento, y con un dedo en sus sabiamos labios contemplaba el latido de cinco corazones.

Una pobre rasera moria de una enfermedad desconocida para *su clase*, y llevaba con angustia ambas manos al corazon.

Eugenia se sentia envuelta dentro de una nube densa, compacta y negra.

Sus labios se recogian hácia las extremidades con la expresion de una amarga duda.

Piedad exclamaba desde el silloncito que habia aproximado á su ventana, en estas únicas palabras que podian llamarse el poema de la ardiente pena al carácter tímido de la muchacha:

¡Todos son magníficos!

CXXX.

¡Señorita!..... —murmuraba temblando Antonio al acercarse á la ventana de Eugenia.

—¡Caballero!..... —respondió la jóven con un acento

que nos abstenemos de explicar, pues que jamas hemos atacado á lo indescriptible.

—Aquí estoy, *señora*.....—dijo él.

—Héme aquí, *señor*—contestó ella.

Antonio creia soñar.

Máximo desde su escondite soñaba tener.

Piedad desde el suyo murmuraba conceptos ininteligibles y se torturaba sin tregua las articulaciones de sus manos de artista.

El demonio mismo de la ironía, hubiera aplicado á aquel curioso cuarteto la música del de Rigoletto.

—Se me ha traido aquí—murmuró Antonio en voz baja y temblona.

—Y yo acudo á la cita que vd. me ha dado, porque me sería difícil rehusarme á aceptarla cuando se ignora su verdadero objeto.....

—¡Una cita! ¡Eugenia! ¡Eugenia!

—¿Ni aun recordarlo puede vd?.....¡Un esfuerzo, señor Máximo! Es muy difícil olvidar las frases de vez de sin cuita..... Pero me hace vd. la poca justicia de venir en esa actitud.

—¡Eugenia, perdon!

—Vd. es completamente libre para hacer cuanto le plazca; pero debo devolver á vd. *esto*.....

Y la jóven sacó del seno é hizo menudos pedazos la carta.

Antonio sintió que la ebriedad de la pasada borrasca se le disipaba como por ensalmo.

—¡Eugenia, por Dios! ¡Qué es esto!—gritó.

—Yo, entérese vd. bien, no he dado lugar á que la adore hasta el delirio, no he escrito por vd., Eugenia, á la mia, pero yo no he escrito esta carta ni pedido esta cita!.....

—¿No ha sido vd., Antonio? —exclamó Eugenia, interesada mas y mas de un modo tan vivo como repentino.

—¡Lo juro por mi amor!..... —

La luz empezaba á brotar y los objetos podian ya percibirse con sus detalles mas minuciosos.

Lo repetimos, habia allí cinco corazones profundamente agitados, y la mañana vino á hacer patente la palidez de cinco semblantes.

—¡Su amor de vd., Antonio!..... —murmuró tristemente Eugenia. —¡Ese amor que le conduce á los garitos, que le precipita á la traicion, al cinismo y al embrutecimiento! Ese amor cuyo nombre ha quedado esta noche arrojado entre los escombros de una orgía, profanado por el fango de unos calaveras y de unas prostitutas; ¿ese amor es el de que me habla vd. ahora?..... ¿Soy yo su objeto?..... ¡Gracias, Antonio, pero no puedo aceptarlo!.....

Y la jóven quiso retirarse de la ventana y cerrar sus balcones.

—¡Eugenia, perdon, óigame vd. —gritó Antonio desesperadamente y asiendo con ambas manos la falda del vestido de la muchacha. —¡Eugenia, por piedad..... un momento!.....

Eugenia no pudo resistir al esfuerzo de su amante, y dejó caer la cabeza entre las manos prorumpiendo en amarguísimos sollozos.

—¡Jamas! —murmuraba —jamas seré suya, pues que él no lo ha querido.....

—¿Por qué, señora, si Antonio es digno de ser amado por vd? —murmuró á pocos pasos un acento suave como una flauta.

Eugenia y Antonio se volvieron instantáneamente y quedaron suspensos y desencajados al ver que Gualdrá se acercaba.

De entre el grupo de fúbilos brotó una maldicion.

De la ventana de Piedad salieron estas palabras:

— ¿Qué es esto, Dios mio?

— Antonio, señora, ama á vd. con toda la pureza y la pura fé del primer amor.

— ¡Es verdad, Eugenia; pronuncie vd. una palabra, revoque su fatal resolucion, y sea mi esposa! Al fin ha podido hallar el número de oro en la lotería de la vida..... Eugenia..... Tengo un corazon y energía, ternura y honores, y tesoros..... y..... Eugenia, ¿quiere vd. amarme, quiere vd. ser mia, mi esposa, mi Dios?

— ¡No! — exclamó Eugenia insistiendo en retirarse.

— ¡Oh! Pero yo amo á vd.

Y Antonio sintió que el semblante se le inundaba en lágrimas.

— Señora — continuó Chucha — mis momentos son contados. Antonio es víctima de un infame, pero lo merece todo. Es pobre, muy pobre, nada posee por mas que crea poseer los tesoros que dice. El autor de todos sus males está ahí. *Máximo!* gritó Chucha con voz ronca.

Máximo salió de entre los árboles, terrible, desencajado, terrible.....

Chucha enhiesta, pálida, formidable, tomó de un brazo á su antiguo amante y le acercó á la ventana.

— ¡Oidme, por Dios, no me interrumpais! — gritó como loca.....

— ¡Habla! — dijeron todos.

— Hoy arreglamos cuentas, caballero, continuó, colocando una de sus manecitas, cubiertas con guantes blancos, nacaradas, sobre el hombro de Máximo. Vd. es un traidor. Vd. ha obligado á su amigo á aceptar la traicion. Vd. le ha disputado siempre el objeto de sus amores..... ¡Antonio! hoy empe-

zarás á ser perseguido por el Gobierno imperialista, pues que tu amigo Máximo te ha denunciado como conspirador.

¡Ocúltate, Antonio, acaso te espera el patíbulo!

¡Antonio! Nada posees. Máximo te ha robado esta noche cuanto el destino habia puesto en tus manos. Máximo estaba *en quiebra*, y tu dinero ganado en el juego le salva.

Chucha, al decir esto, extrajo del seno un papel *sellado*. Era un *recibo* que puso en manos de Antonio.

—¡Antonio, hermano mio, mi hijo, mi padre! —continuó aquella mujer desgraciada.—Hoy se te persigue en nombre de un Emperador, pues que tu amigo ha dicho que conspiras. Mañana el Gobierno liberal te buscará para fusilarte, pues que en estos momentos se te denuncia como traidor á tu patria y «servidor del Imperio.....»

Antonio, ¡cuidado! ¡mucho cuidado para el porvenir!

¡Señora—añadió la jóven y desgraciada víctima de Máximo, dirigiéndose á Angella.—Aunque sea, que pedia á este jóven. No tiene dinero, ni honores, ni edad, pero tiene corazon.....

—¡Señor!—continuó, dirigiéndose á Antonio—yo os he amado mucho, muchísimo..... quisiera yo que fuésais mi hermano ó mi hijo.....

Oyeme, Antonio, ¿no te enojas conmigo porque te quiero?..... ¡Si vieras cuánto, cuánto, Antonio mio!..... Pero no te enojes..... no seas malo..... ¡oh!... si tú supieras.... ¡Cuán amarga ha sido mi vida!..... voy á morirme..... Desprecia á este verdugo de Máximo..... Se acaba Chucha, señores..... ¡Yo no merezco esto porque le quiero mucho!..... Oye, Antonio..... ya me voy á morir..... ¿Sirve de amor, amor mio?.....

Señor D. Máximo, mil gracias..... Con permiso, señores..... mira, Antonio, esto sí..... lo merezco.....

Y la desgraciada, tomando entre sus manos la cabeza de Antonio, le aplicó en la frente un dilatado beso, un beso que bien podremos comparar á aquel beso de que habla el Dante, cuando pone en boca de Francesca estas palabras:

La bocca mi bacio tutta tremante.

¡Adios, mi amor! gritó en seguida, volando al carruaje y gritando al introducirse en él, esta única palabra:

«¡Volando!.....

Y el vehículo se perdió de vista instantáneamente.....

CXXXI.

—¡Antonio!—dijo Engenia al corto rato, apretando convulsivamente las manos del jóven. Esa mujer lleva veneno en la sangre y vá á morir. Yo tengo el veneno en el alma.... ¿Es cierto, Antonio, su amor?.....

Nuestro jóven cubrió de besos y de lágrimas la mano de su amada, é imprimió allí el sello de su amor eterno.....

CXXXII.

Máximo, cubierto de temblor y palidez, se arrastró hasta el pié de la ventana de enfrente, gritando:

—¡Piedad! ¡Piedad!.....

Pero aquella ventana se cerró bruscamente, y por dentro se oyó una voz que decia:

—¡Antes muerta..... jamas! ¡jamas!.....

CXXXIII.

En estos momentos los relojes de las torres vecinas daban las seis de la mañana.....

CXXXIV.

Cuando tendemos la vista hácia el mundo y la alzamos hácia el cielo, involuntariamente casi nuestros labios profieren estas palabras: «Rosas, harapos.»

De ellas está lleno el mundo, la sociedad, la vida moral y material....

CXXXV.

Hácia la hora del crepúsculo vespertino del dia inmediato al en que pasaron los últimos acontecimientos que llevamos referidos á nuestros lectores, un hombre á caballo, medio envuelto en sombras y llevando á la grupa una pequeña maleta, bajaba al paso lento de su cabalgadura el puente llamado de *Chimalixtaca*, á la entrada del pueblo de San Angel.

A poco rato se detuvo en la puerta de la casa que habitara Eugenia, cuando Antonio la vió por primera vez.

Una india vieja, de fisonomía *inteligente*, estaba en el zaguan, de pié y con los brazos *en jarras*.

—¿Ya vino Eugenia?—preguntó Antonio.

—No señor..... mandó este papelito.

El jóven le abrió, y decia así:

«Estoy *mala*, y no podré ir á despedirme. Te siguen mi ternura y mi bendicion. Vé, adorado Antonio, á cumplir y

á ser digno de nuestra patria y de mi corazon. Si eres un mártir, te seguiré á la eternidad; si un héroe, te esperará tierna, amorosa é invariable, tu

EUGENIA.»

—Quienes han entrado son D. Máximo y esa *señora* que siempre anda con él: *solos*, *solitos* están allá adentro..... les negué la llave; pero tanto se enojó el señor y tanto me dijo ella, que los dejé entrar por fin..... ¡Quiera Dios que no se enoje la niña si lo sabe!.....

—¿En dónde están, Isabel, en dónde están?—preguntó Antonio lleno de ansiedad.

—En el jardin, sin duda..... Pues ¿en dónde quiere vd.?....

Antonio, sin oir mas, se precipitó por las callejuelas del jardin que ya casi estaba en tinieblas.

Al dar vuelta para dirigirse hácia el centro, la cabeza de Antonio tropezó con un objeto pesado, que pendia suspenso de un álamo y al cual imprimió una violenta oscilacion.....

Poseido de un indescriptible terror alzó la cara, y vió á un hombre ahorcado que aun oscilaba.....

Al pié del árbol yacía una mujer arrojada en el suelo.

Aquellos eran dos cadáveres.

A la luz instantánea de un cerillo, Antonio pudo ver á Máximo ahorcado, á Chucha yerta: sobre el pecho de la jóven habia un papel prendido con un alfiler.

Antonio se precipitó del caballo y convulsivamente lo arrancó gritando:

—¡Miserables, bárbaros, qué han hecho!

Decia el papel:

«Olvídame, Antonio, ya ves que te pago!»—*M****

Y mas abajo:

«No podia vivir amándote sin esperanza..... ¡Perdóname, Antonio, y no me olvides!» — *Olmedo.*

CXXXVI.

Antonio soltó una carcajada espantosa.

—«¡Oh mundo, oh vida, oh sociedad, oh todo!..... Maldicion, maldicion mil veces..... Hé aquí la felicidad..... hé aquí la gloria..... hé aquí el placer..... Queda en paz, pobre y deshojada rosa de la vida..... queda en paz, miserable harapo de la humanidad!!!.....»

Y al decir estas palabras, Antonio montó de nuevo á caballo, y presa del terror, de la fascinacion, vertiginoso, loco, huyó de allí, ratido, pálido, desencajado, y pocos momentos despues, perdido ya entre las nieblas, solo se escuchaba á lo lejos el confuso galopar del caballo y el siniestro rumor de la tempestad que se levantaba detrás de las vecinas montañas.

FIN.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

~~JUN 8, 1932~~

~~JUN 29 1932~~

~~JUL 5 1932~~

Columbia
10/10/45